

MARC LEVY

La librería de los libros prohibidos



HarperCollins
Narrativa

Portadilla

MARC LEVY

**La librería
de los
libros prohibidos**

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

www.harpercollinsiberica.com

La librería de los libros prohibidos

Título original: La librairie des livres interdits

© Marc Levy / Versilio, 2024

International Rights Management: Susanna Lea Associates

© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

© De la traducción del francés, Ana Romeral Moreno

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Ilustración de cubierta: © Alexis Bruchon

I.S.B.N.: 9788419809773

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1. Mitch](#)

[2. HB 1467](#)

[3. Anna](#)

[4. La habitación secreta](#)

[5. Mathilde](#)

[6. La clase de música](#)

[7. La profesora de literatura](#)

[8. La reunión clandestina](#)

[9. La bestia humana](#)

[10. La casa dormida](#)

[11. *Por trece razones*](#)

[12. *La canción de la llanura*](#)

[13. El arte de conversar](#)

[14. El Conquistador](#)

[15. *El odio que das*](#)

[16. *El guardián entre el centeno*](#)

[17. El hijo de puta](#)

[18. La señora Bergol](#)

[19. Matar un poco](#)

[20. Cita romántica](#)

[21. La confesión](#)

[22. *El color púrpura*](#)

[23. *A sangre fría*](#)

[24. El cuaderno azul](#)

[25. *Fahrenheit 451*](#)

[26. El misterio de la cámara frigorífica](#)

[27. *Matar a un ruiseñor*](#)

[28. El arte de cocinar setas](#)

[29. *La librería de los libros prohibidos*](#)

[La Ley HB 1467](#)

[Algunos libros de culto prohibidos](#)

[Agradecimientos](#)

Dedicatoria

Para Sophie

Cita

*Visto que no hablo ni de autoridad
ni de política ni de moral
ni de la gente en la plaza ni de la ópera
ni de otros espectáculos, puedo
imprimir todo libremente, bajo la dirección,
no obstante, de dos censores.*

BEAUMARCHAIS, *Las bodas de Fígaro*

1. Mitch

Estaba de pie, frente a la mesa de madera, con la espalda ligeramente encorvada para llenar su vaso sin derramarlo. En la radio sonaban aires venidos de lejos, un maridaje de rap y *bossa nova* tan mestizo como el gato callejero que había decidido mudarse al patio de luces de detrás de la librería. Mitch lo había descubierto al salir de la cárcel, hacía un mes. El animal había debido de mudarse mientras él cumplía condena. En sus cinco años de ausencia, una espesa capa de polvo se había instalado en el interior, y un inquietante minino en el exterior. Como no le habían robado nada, Mitch, a cuyo espíritu soñador no le faltaba imaginación, había llegado a la conclusión de que el felino había vigilado la zona y disuadido a los merodeadores. Suficiente para que se encariñase con él y empezase a darle de comer por las tardes antes de cerrar la tienda. El gato, al principio desconfiado, había terminado por dejar que se le acercara, pero, a pesar de los esfuerzos del librero, nunca había conseguido hacerlo entrar en el almacén, ni siquiera las noches en las que diluviaba.

El verdadero nombre de Mitch, que sus padres habían elegido mucho antes de que naciera, era Michel; sin embargo, su madre, una encuadernadora amante del cine negro clásico, siempre lo había llamado Mitch. Su padre, obrero, erudito y trabajador, había empezado a currar en una imprenta a los quince años, hasta que un accidente laboral acabó con su vida a los cincuenta y uno. El tope de seguridad de una rotativa se soltó mientras la estaban engrasando, y

la máquina atrapó al mecánico con un crujido siniestro cuando este pasó entre los dos rodillos. Un final cruel para alguien cuyo único lujo habían sido los libros.

Padre e hijo habían mantenido una estrecha relación, y habían pasado horas juntos haciendo bricolaje, jugando al ajedrez los domingos de lluvia y dando toques al balón cuando el tiempo lo permitía, aunque por pudor habían evitado conocerse. Sus vidas quedaban ocultas tras los personajes de las novelas, y los valores se transmitían a través de conversaciones donde se hablaba de pasiones, vagabundeos, esperanza, soledad y embriaguez.

Fue tan solo un año después de su muerte cuando Mitch comprendió la magnitud del legado que su padre le había dejado, y lo solía encontrar en las páginas de algún libro, a menudo en personajes secundarios. Mitch descubría en la pluma de Hemingway, de Yates, de Bowles y de otros tantas frases o expresiones que su viejo había hecho suyas. Palabras sencillas, como a él le gustaban. Cuando siendo adolescente Mitch le había preguntado por la existencia de Dios, su padre le había respondido: «El escepticismo comienza cuando, sentado en una iglesia entre un poli y una monja, te das cuenta de que te ha desaparecido la cartera»; una tarde en la que él se había rebelado contra sus profesores, le había consolado diciéndole: «Mírame, sobrevivo, resisto —había hecho una pausa—, mantengo la situación bajo control», y como un remedio infalible para cuando su mujer se preocupaba por llegar a final de mes, repetía: «No te hagas mala sangre, ¿quieres? Todo saldrá bien».

Tanto en la imprenta como en el barrio, la gente veía con agrado, sorpresa y a veces suspicacia la manera de hablar de su padre. A fin de cuentas, probablemente fuera Mitch el que mejor lo entendiera, a pesar de que nunca había logrado averiguar si los estados de ánimo de su viejo —que es lo que había terminado siendo, habiéndole consumido antes el trabajo que la naturaleza— provenían o no de una obra de ficción.

Tres semanas después del trágico accidente, su madre había vendido la casa familiar y se había mudado a orillas del mar. Un notario le hizo entrega a Mitch de una herencia totalmente distinta,

más modesta, en forma de ahorros ingresados en una cuenta de la que él era beneficiario. No es que fuera un dineral, pero sí unos ahorrillos para permitirse un pequeño estudio, y para ofrecerle a su padre una sepultura mejor que el rectángulo de hierba bajo el que descansaba. Mitch se había gastado hasta el último céntimo para construirle un templete que lo hiciera eterno: una bonita librería, situada a dos pasos de la estación. No había sido casualidad que eligiera ese local: su padre se había pasado buena parte de su vida en trenes de cercanías. Dos horas por la mañana y otras tantas por la tarde, que él consagraba por entero a la lectura, a veces incluso saltándose la parada. Miles de amaneceres y de atardeceres tragados a través del cristal, sentado en uno de esos asientos, lejos de la comodidad del sillón del salón, aunque, como le gustaba repetir: «Conmigo los libros viajan». Una cita a la que Mitch aún no había encontrado autor.

*

Aquella tarde de primavera en la que el cielo azul mordisqueaba las nubes, Mitch se bebió de un trago la ginebra que se había servido, y el alcohol le hizo toser. No tenía ningún problema con la bebida; solo bebía para limpiar su garganta de las impurezas que había tragado al hacer limpieza general. Desde que había salido de la cárcel, se pasaba el día fregando las mesas, lijando y volviendo a barnizar el mostrador, sacando brillo al parqué, limpiando el polvo de las estanterías y sacudiendo cada libro con un trapo seco para sacar lustre a los lomos y las tapas. Mañana domingo daría el último toque y, cuando el cristal del escaparate recuperara de nuevo su transparencia, se concedería una tarde de descanso. Y entonces por fin llegaría el día de la reapertura oficial.

Las paredes de la librería y del estudio en el que vivía a las afueras le pertenecían, así que Mitch tenía con lo que mantener a flote su negocio. Siempre y cuando se anduviera con cuidado, también siempre y cuando la clientela volviera. Por suerte, su condena no había venido acompañada de una multa o del embargo de sus bienes. El juez había debido de considerar que confiscarle

cinco años de vida era suficiente. Los editores, que por una vez se habían puesto de acuerdo, habían renunciado a recuperar los libros en depósito y habían liquidado su cuenta. El fondo estaba pasado de moda, pero los clásicos seguían siendo atemporales, la sección infantil conservaba su juventud y la papelería no envejecía.

Armado de paciencia y optimismo, Mitch había decidido reanudar su vida anterior.

Echó una taza de pienso en un plato hondo que tenía por ahí, apagó la luz, puso la alarma y salió al patio para dar de comer a su fiel sereno, que se lanzó a por él ronroneando. Como cada tarde desde que había salido de la cárcel, echó un vistazo a la trampilla de la carbonera que daba al sótano. Aún no se había atrevido a volver a bajar. Cuando se había acercado, los recuerdos habían aflorado de nuevo. Quizá algún día pudiera, pero de momento era demasiado pronto, demasiado doloroso.

Tenía diez minutos para subir al tren, el último que no debía perder si quería dormir en su cama esa noche. La estación no estaba lejos. Incluso paticojo, llegaría a tiempo.

Se despidió del gato y subió por la callejuela.

2. HB 1467

Cinco años y medio antes

Alguien se había colado en el depósito, lo tenía claro. Pero ¿con qué fin? Dentro no había ningún objeto de valor, al menos, no del tipo que la mayoría de los hombres considerarían como tal, y no parecía faltar nada. Mitch conocía tan bien su guarida que le había bastado una simple anomalía para alertarlo. Había un libro que no estaba correctamente apilado sobre los demás, como si el intruso hubiera cogido el volumen y lo hubiera vuelto a colocar, pero no exactamente como lo había encontrado. Una constatación extraña por partida doble, ya que estaba seguro del todo de haber dejado en lo alto de la pila un ejemplar de *El cuento de la criada* y no el de *Rojo y negro*, que estaba ahora allí. La cerradura de la puerta que daba al patio de luces estaba intacta y la alfombra que cubría la trampilla no se había movido. La había comprado en un anticuario un martes que llovía, dos semanas después de la promulgación de la Ley HB 1467, que había cambiado su vida. Mitch desterró este recuerdo de su cabeza y se concentró en lo que estaba haciendo. Era imposible que alguien hubiera entrado en la librería, que estaba cerrada: habría saltado la alarma. ¿Por dónde habría entrado el intruso y cuál sería el objetivo de su visita nocturna?

Examinó el lugar, pensativo y preocupado. Si se confirmaba su presentimiento, tendría que encontrar lo antes posible un sitio donde poner a salvo su tesoro. Transportar ciento cincuenta kilos de

mercancía era inviable y no podría contar con ayuda externa sin que le hicieran preguntas.

Quizá fuera la complejidad de la tarea lo que le hizo plantearse la posibilidad de que el culpable fuera un roedor. Una rata, con su impulso, habría podido desplazar *Rojo y negro*. La edición de bolsillo no debía de pesar más de doscientos gramos.

Esta hipótesis le tranquilizó. Colocó de nuevo el libro en su sitio, inspeccionó otra vez el lugar como mero formalismo y volvió detrás del mostrador.

Mitch debería haber hecho caso a su instinto. Dejarse llevar por lo fácil iba a hacer que un día se convirtiera en un criminal.

*

Como todas las mañanas, Mitch bajó del tren en la estación Centro a las ocho menos cuarto. Llevaba puesta una gabardina, un pantalón azul marino, una camisa blanca y una gorra de béisbol. Como cada mañana, hizo un alto en el camino para pedir un café y tomárselo en la barra de la cafetería de la estación; hojeó los titulares de un periódico que algún cliente se había dejado y suspiró. Desde las elecciones, los aliados del gobernador habían metido mano en la prensa y ninguna redacción se podía permitir el lujo de criticar las decisiones tomadas por el poder. Mitch dejó unas monedas en un cuenco, se despidió del dueño y continuó su camino.

Entró en la callejuela a las ocho de la mañana, hacía bueno, era el comienzo de un día de otoño bien organizado. A Mitch le encantaba la rutina, la necesitaba. Mantener una librería sin ningún empleado requería una disciplina férrea y metodología. Había que abrir paquetes; redactar fichas de lectura para engatusar a los clientes; decidir qué colocar en cada mesa; llevar al día la contabilidad, cosa que hacía los lunes durante las horas muertas; limpiar el polvo en las estanterías, lo cual hacía los martes y los viernes antes de abrir, y, por supuesto, dar la bienvenida a los clientes con una sonrisa. Aguardaba los jueves más que cualquier otro día, porque era cuando recibía los pedidos. Tal vez en las cajas pudiera encontrar algún tesoro para añadirlo a su colección.

Las tardes las pasaba rebuscando en novelas que analizaba con alma de explorador. La búsqueda del santo grial comenzaba en el mismo momento en que se sentaba en el tren. Nada más llegar a casa, preparaba la comida. Sentado en la cocina, retomaba su lectura, que continuaba en el salón y después en el baño, hasta la cama. Incluso el sábado, en el restaurante, cenaba en compañía de un libro. Mitch no era una persona solitaria: sus amigos eran personajes de ficción y los quería más que a nada en el mundo.

Extrañamente, la Ley HB 1467 no impedía la publicación de libros prohibidos, ni tampoco su lectura propiamente dicha. Se limitaba a prohibir a los libreros que los vendieran y a los bibliotecarios que los recomendaran. El legislador había encontrado una forma de no llamar «censura» a lo que en el fondo lo era.

*

Al principio, cuando Mitch oyó hablar por primera vez del Proyecto de Ley HB 1467 pensó que se trataba de una broma, de un truco de campaña electoral. Era imposible que un texto tan abstruso hubiera sido ideado por un solo hombre. Tenía que haber sido necesaria la intervención de varios cerebros chalados para idear algo tan absolutamente maquiavélico, lo cual no dejaba de ser paradójico, ya que el gobernador, que reivindicaba su autoría, afirmaba estar aplicando la voluntad de Dios y devolviendo a la moral todos sus derechos. Aparentemente, el único objetivo de esta ley era prohibir libros perjudiciales para la cohesión social; sin embargo, según iba analizando los artículos, Mitch tenía cada vez más claro que lo que sus autores pretendían era que sirviera de piedra angular para un cambio más profundo y duradero.

Unos meses antes, al gobernador le había ido mal en los sondeos. Su elección había consistido en una campaña basada en el miedo, un miedo surgido de una teoría pomposamente llamada el «gran reemplazo». La idea era más o menos sencilla: hordas de extranjeros invadían la nación, librando una batalla rastrera y silenciosa. Sin embargo, las estadísticas eran claras: los extranjeros representaban únicamente el diez por ciento de la población y esta

cifra permanecía estancada desde hacía veinte años. Los que trabajaban en la industria, el comercio o los servicios públicos, hospitales, colegios, etc., vivían en diferentes barrios de la capital y del extrarradio. Mitch residía en un edificio modesto poblado por otra categoría, la de aquellos que llegaban y se marchaban cada temporada para la siembra, la recolección de fruta y verdura, o para la vendimia. Desde que los agentes de emigración daban muestras de un nuevo celo y seguían una política de tolerancia cero, los apartamentos de su edificio se habían ido vaciando. El vacío se había notado hasta en el campo, donde los productores agrícolas no podían hacer frente a las cosechas. Las frutas se pudrían en las huertas mientras que los puestos de las tiendas de alimentación y las grandes superficies lucían un triste aspecto.

Cuando se acercaba el final de su primer mandato y la inmensa mayoría de los extranjeros había decidido marcharse para ofrecer sus servicios a tierras menos hostiles, el gobernador, que se había quedado sin chivos expiatorios, se empleó a fondo y empezó a fustigar a los extranjeros del extranjero. Allí las cifras hablaban por sí solas; todo se enredaba. Se criticó la competencia desleal llevada a cabo por los países vecinos y se cortaron todas las fuentes de información que no provinieran del Gobierno, empezando por las redes sociales. A un año de las elecciones, había que encontrar a toda costa un nuevo enemigo contra el cual unir al pueblo. El portavoz del gobernador, un antiguo comentarista cuyo mérito consistía en ir de plató en plató de televisión, escupía todo su veneno sobre los peligros que suponían la diversidad y la modernidad. Según él, el único futuro posible se encontraba en el pasado, un argumento irrefutable, ya que todo el mundo parecía coincidir en que «antes se vivía mejor». El legislador no tardó en identificar la fuente del problema: había ciertos libros que pervertían a los jóvenes y les generaban pensamientos inconvenientes, deseos inapropiados y estados de ánimo inútiles. Era necesario protegerlos urgentemente frente a ese veneno que los contaminaba, y a sus padres con ellos.

Unas semanas después de que el gobernador ratificara la ley, se envió a todos los libreros y bibliotecarios del país una lista con mil

cuatrocientos libros cuya venta y consulta ya se había prohibido. La *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero; *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde; *Papá Goriot*, de Honoré de Balzac; *Sodoma y Gomorra*, de Marcel Proust; *El cuarto de Giovanni*, de James Baldwin, y *El color púrpura*, de Alice Walker, debían ser retirados de las estanterías. Y no tardó en llegarles una lista complementaria. Rápidamente se añadió literatura que amenazaba con dividir a la sociedad y con hacerla sentir avergonzada y culpable de un pasado que no era el suyo. Los libros que hablaban de la esclavitud, del racismo, de la falocracia, del abuso de poder, de las dictaduras y de sus crímenes, toda la obra de Toni Morrison, el *Diario* de Ana Frank y muchos otros iban poco a poco a desaparecer. A Mitch se le quitaron las ganas de sonreír.

*

Aquella tarde de otoño que había empezado tan bien, se presentó en la librería un inspector de seguridad pública, y todo se estropeó. Mientras fuera se escuchaba el ajetreo de la ciudad, el escándalo de los cláxones y los gritos de los hombres en el bulevar, el inspector, con su traje color antracita, inspeccionó las mesas y las estanterías, subiéndose las gruesas gafas redondas que se le escurrían moleestamente por el puente de la nariz. Con los hombros caídos y el rostro grave, pero lleno de satisfacción, se apoderó del *Diario*, de Ana Frank, y con aires de indulgencia le puso a Mitch una primera amonestación. Añadió que volvería a pasarse otro día para comprobar que no había más libros prohibidos en los estantes. De no ser así, se vería en la obligación de ordenar que precintaran la librería; ocho días era la sanción a la que se exponía por una segunda infracción. Una rabia terrible se apoderó del librero. El inspector se marchó sin esperar respuesta, y Mitch bajó el cierre metálico. Una niebla había deslucido su día, que había perdido la organización que a él le gustaba. Necesitaba tiempo para reponerse.

No volvió a subir el cierre y se pasó la tarde contemplando sus estanterías. Cuando se hizo de noche, no se subió al tren que normalmente le llevaba a casa.

Mitch había tomado una decisión que iba a cambiar su vida: resistir al absurdo. Armado con un pico, una pala y un cubo, abrió la trampilla de la carbonera y bajó al sótano.

El anticuario que le había traspasado la tienda le había contado que era probable que el sótano albergara una habitación secreta, oculta detrás de una pared de ladrillos. Según contaba la leyenda, a comienzos del siglo pasado un comerciante escondía ahí joyas y obras de arte de procedencia incierta.

—En otras palabras, receptación —había concluido Mitch.

—En otras palabras —había repetido el anticuario—, pero seguramente no sea más que una leyenda, y, aunque así fuera, aquello ocurrió a comienzos del siglo pasado. Yo no tuve nada que ver con ello —añadió, con la mano en el pecho.

—¿Por qué el comerciante tapió esa habitación? —se sorprendió Mitch.

—Un soplón le previno de que un cliente descontento se había ido de la lengua y la policía se estaba preparando para hacer una redada. Después de poner sus bienes más preciados a buen recaudo durante la noche, para borrar todo rastro de su crimen, habría construido el muro con sus propias manos.

—Si había vaciado su escondite, ¿por qué tomarse tantas molestias?

—No le había dado tiempo de hacer desaparecer los muebles en los que almacenaba su mercancía: estanterías, baúles y, según dicen, una caja fuerte imposible de transportar sin llamar la atención. Lo más prudente era hacerlo desaparecer todo, y con ello su pasado.

Mitch, a cuya imaginación no le faltaban nunca recursos, había contemplado la posibilidad de que aquella historia no fuera tan antigua como afirmaba el anticuario.

—¿Y quién le ha contado todo eso? —había preguntado divertido.

—El hombre al que compré el local, hace ya mucho tiempo. Ahora que es usted el nuevo propietario, es a mí al que le corresponde contárselo —había respondido, y había firmado las escrituras.

Y ahí se habían quedado.

Cada vez que saltaban los plomos y Mitch bajaba al sótano, se quedaba mirando el muro en cuestión, preguntándose si detrás de aquellos ladrillos habría de verdad una habitación secreta.

Su librería le había dado demasiado trabajo como para ocuparse de ello, hasta ese día.

Si aquella historia no era más que un cuento, el muro que iba a atacar podía ser de carga. Era ese un riesgo que Mitch tuvo presente al levantar el pico. Lo volvió a apoyar, subió a buscar una linterna que tenía guardada debajo del mostrador de la librería y volvió a bajar rápidamente.

Las bombillas que colgaban del techo del sótano no daban demasiada luz. Mitch apuntó con el haz de su linterna hacia el mortero y lo examinó con suma atención. No hacía falta ser un experto en construcción para ver que aquella obra la había realizado alguien que sabía lo que hacía, o que se había tomado su tiempo para que nadie pensara que los ladrillos habían sido colocados deprisa y corriendo. Las líneas de mortero parecían regulares y lisas.

Miró a su alrededor y calculó que el lugar donde estaba no debía de representar ni un tercio de la superficie del suelo de la librería que se encontraba encima —según sus cálculos, el almacén y la parte trasera del mostrador, lo cual era prometedor—. Mitch inspiró hondo y golpeó. Al primer golpe de pico se rompió un ladrillo. Volvió a golpear, y luego tres veces más, sin obtener ningún resultado. Aunque para él fuera menos urgente que para el receptor, igualmente tenía prisa, así que redobló sus esfuerzos. El calor le subía por los brazos, por los hombros y por la espalda, por donde le chorreaba el sudor. Se quitó la camisa, la lanzó a la escalera que conducía a la trampilla y siguió descamisado golpeando con todas sus fuerzas.

Al final, un gran trozo de mortero terminó por ceder a los golpes. Mitch apuntó a la grieta y continuó con su trabajo de destrucción. Se tambalearon tres ladrillos, cual tres dientes de leche listos para caerse. Dejó el pico, se secó la frente y subió al almacén para buscar un martillo y un destornillador grande en la caja de herramientas.

Minutos más tarde, consiguió por fin arrancar varios ladrillos y abrir un agujero lo bastante grande como para meter la linterna por

él. Con la cara pegada a la grieta, soltó un «Joder, ¿qué es esto?».

El haz de luz iluminaba unas baldas de estanterías que corrían a lo largo de dos amplios muros que, probablemente, llegaban hasta el escaparate de la librería. Al menos así lo suponía, ya que la linterna no tenía la suficiente potencia como para mostrar toda la extensión de la habitación secreta. Entornando los ojos, divisó tres baúles colocados uno al lado del otro, y una mesa que seguía cubierta por lo que parecía ser una sábana vieja o quizá un mantel. Vio también dos sillones, uno enfrente del otro, separados por un velador y, no muy lejos, la punta redondeada de una barra y una fila de taburetes. Frente a este descubrimiento, comprendió mejor el empeño del receptor por hacer desaparecer aquello que no solo era un lugar para guardar mercancía robada, sino también un lugar de encuentro, una especie de club privado donde debían de reunirse clientes poco quisquillosos con el origen de los bienes que compraban y con los ladrones que se los vendían.

Durante sus estudios, Mitch se había planteado la existencia de Dios, y la muerte prematura de su padre le había procurado la respuesta. El mundo era demasiado inestable para dar tanto crédito a quien lo había creado. La víspera, o quizá incluso la noche anterior a la víspera —difícil acordarse con la emoción que sentía—, se había enterado de que al jefazo de un consorcio aeronáutico lo habían despedido simplemente por una historia de unos pernos sueltos, pero, después de siglos y siglos de guerras, hambrunas, catástrofes e injusticias, se seguía venerando al gran ordenador. Aunque Mitch no era creyente, en las circunstancias que le ocupaban, lo que acababa de descubrir debajo de su librería parecía, si no un milagro, al menos la Providencia. Eufórico, cogió de nuevo el pico y golpeó hasta que el hueco fue lo suficientemente grande para poder colarse en la oscuridad.

3. Anna

En la *brasserie* Aux Trois Cousins no paraban de entrar comandas. Todo el mundo atendía a las órdenes del cocinero que las despachaba. Junto al supervisor de comidas frías, se preparaban los entrantes; en la placa se aderezaban los platos, y las salseras esperaban su turno para decorarlos. Anna estaba lista para llevar los platos que el chef comprobaba antes de darles salida.

Anna era una joven llena de vida, una currante sin igual; tenía sus altibajos, pero, quitando el mal humor de algunas mañanas, rebosaba alegría. Trabajar en esta gran *brasserie* había sido un chollo para ella, y para que la contrataran había mentido sobre su pasado. Tercer premio en el concurso del Instituto de Cocina, dos años como segunda al mando en el restaurante Rodrigo Pérez en Buenos Aires y tres años más como *sous-chef* en el Pontillac de Washington, un currículum que le habría permitido formar parte de la cuadrilla, pero que habría levantado suspicacias para alguien que aspiraba a un puesto de camarera. Se había formado en restaurantes famosos, pero pequeños, y quería aprender el funcionamiento bien engrasado de una gran sala.

Nada dejaba traslucir su nerviosismo cuando el tintineo de la campanita daba la señal de salida. Cogía dos lenguados a la *meunière* y dos rodaballos Rossini y salía corriendo hacia la puerta batiente. Llegar a la sala, servir los platos antes de que se enfriaran, volver a la cocina y repetir el proceso a lo largo de toda la tarde requería estar en forma, tener sentido del equilibrio y capacidad de

anticipación. Un movimiento demasiado brusco para esquivar a un compañero torpe, y el estruendo de la vajilla haría que su plan fracasara.

Escondida en su mano derecha, una pipeta de plástico le permitiría llevar a cabo su misión. Una ligera presión y unas cuantas gotas de un concentrado inodoro e insípido caerían en uno de los dos lenguados. Había practicado en casa, yendo de la cocina al salón, con los brazos cargados, como esta tarde. Había aprendido a contonear las caderas para sortear los obstáculos, deslizar la pipeta y apretarla entre el meñique y el anular antes de esconderla en la manga. Se había pasado mañanas enteras probando, hasta dominar por completo este truco de prestidigitación. Alrededor de medianoche, unas tres horas después de haber terminado de cenar, el inspector jefe Jabert sería presa de espasmos, seguidos de náuseas, un poco después, de violentos vómitos y, al amanecer, exhausto, mearía fuego.

Él acusaría al restaurante de haberlo intoxicado con un pescado en mal estado. «Una conclusión precipitada, un error más a sumar a su lista —pensó Anna—, pero seguramente no el último». Aunque la dosis no era letal, sí sería suficiente para hacérselas pasar canutas.

El inspector jefe Jabert no se parecía a lo que cabría esperar de un jefe de policía. De cuerpo enjuto, cara ligeramente prognata, nariz recta y fina y ojos hundidos en sus cuencas, no tenía ninguna inclinación excesiva por la bebida, no fumaba y era tan corrupto como cualquier otro. Sus dos vicios eran el buen comer y la vulgaridad. En esto último, había pocos hombres que lo igualaran. Aux Trois Cousins era una parada obligatoria para los turistas, a los que el jefe de sala instalaba siempre en la planta de arriba. Walter reconocía a su clientela, como buen fisonomista que era. Con tono obsequioso, nombraba por su apellido a los clientes habituales, como si de espumosos se tratara, con generosidad y buen grado, porque no cuesta nada, o casi nada.

El inspector Jabert se sentía como en casa, al igual que le sucedía un poco en toda la ciudad; incluso tenía una mesa asignada. Acostumbrado a gestos inapropiados, le producía un gran placer esa

clase de abusos que les gusta cometer a aquellos que, amparados por su autoridad, creen que les está todo permitido. Cada vez que el inspector Jabert iba a cenar, sin pagar nunca la cuenta, se deleitaba acariciándoles el culo a las camareras y susurrándoles groserías cuando se inclinaban para dejar el plato.

Desde sus primeras tardes en la sala, dado que era la nueva, a Anna le había tocado encargarse de su mesa. Las otras camareras le habían dado instrucciones: no cruces nunca la mirada con él, no te entretengas, no respondas a las preguntas que te haga sobre la carta, márchate en cuanto dejes los platos. Jabert era intocable y se podía permitir tocar lo que le apeteciera cuando le apeteciera. Le habían hecho ver que tendría que resignarse, y tragarse su amor propio y un poco de orgullo a cada humillación. Pero lo que nadie le había dicho era que el inspector jefe Jabert, que no había tardado en echarle el ojo, la esperaría al acabar su turno, escondido en su coche, aparcado en la callejuela.

*

Aquello había pasado hacía un mes, alrededor de medianoche. Cuando Anna estaba sacando la basura, Jabert se le había echado encima. La había empujado contra un contenedor, le había plantado los labios en el pecho y la había abofeteado cuando ella le había arañado la mejilla al intentar zafarse. Si el *sous-chef* no hubiera salido al escuchar gritos, mientras Jabert metía una mano por debajo de la falda de Anna mientras con la otra se desabrochaba el pantalón antes de penetrarla estrangulándola, habría continuado con su horrible faena. Pero José, el *sous-chef*, blandía un cuchillo de carnicero, y su mirada era lo suficientemente expresiva como para que Jabert, incluso desde la cúspide de su poder, se lo pensara dos veces. Había esbozado una amplia sonrisa y, cuando el *sous-chef* se había acercado a él, con los ojos inyectados en sangre, había farfullado: «Está bien, tal vez haya bebido demasiado. No pasa nada. Estábamos de broma. No hagas ninguna gilipollez, o te arrepentirías. Vamos a decir que no ha pasado nada, nada de nada;

un jueguito sin consecuencias. Nadie quiere problemas, ni tú ni la señorita».

Jabert se había subido el cuello del abrigo, imitando de una forma bastante patética a los polis de las películas que tanto admiraba y a los que no les llegaba ni a la suela de los zapatos. Jabert había nacido malo, se había convertido en un poli malo y toda su vida sería un hombre malo.

José había conducido a Anna al *office* en un estado lamentable, con los tirantes del delantal arrancados. Su mejilla derecha mostraba la marca roja de la bofetada que le había propinado, sentía pinchazos en el hombro, tenía la nuca agarrotada y le dolía la tripa. Compartieron en silencio lo que ambos ya sabían. La palabra de la víctima no tendría ningún peso frente a la del verdugo. Poner una denuncia contra un inspector de policía no haría más que añadir más humillación a la humillación, brutalidad a la violencia y terror al salvajismo. Y esta constatación de impotencia acrecentaba aún más su dolor. José le había servido un gran vaso de licor y le había ordenado que se lo bebiera de un trago. A continuación, había llamado a un taxi para que la llevara a casa y había pagado la carrera. También le había ofrecido cogerse unos días libres. Sin embargo, al día siguiente, Anna se había presentado en el trabajo, como si no hubiera pasado nada. Su mirada se había cruzado con la del *sous-chef* y había quedado claro para ambos: no había pasado nada. Salvo para Anna, que, a pesar de sus muchas cualidades, era particularmente rencorosa y estaba dotada de una imaginación de la que había aprendido a hacer buen uso.

*

Un mes después de la violación, al volver a casa, Jabert sufrió unos fuertes retortijones y se pasó la noche echando hasta la primera papilla. El plan de Anna había funcionado como estaba previsto, excepto en un pequeño detalle. Al día siguiente, hacia mediodía, el inspector jefe, que se sentía cada vez peor, se arrastró hasta el teléfono y llamó a los servicios de emergencia. Lo llevaron al

hospital, donde los análisis no fueron concluyentes. Habían pasado doce horas desde los primeros síntomas, y ya no se podía detectar la naturaleza del veneno. Sin embargo, el médico diagnosticó una grave intoxicación alimentaria y, al contrario de lo que había supuesto Anna, esta vez Jabert fue incapaz de sacar conclusiones precipitadas.

Nada más salir del hospital, se dirigió a la comisaría central y ordenó a dos policías de paisano que fueran a buscar sin más tardar al *sous-chef* de Trois Cousins. Cuando José entró en su despacho, Jabert, que seguía un poco revuelto, esbozó una sonrisa ambiciosa. Comenzaba su venganza. Realizarían una inspección sanitaria, y ya se encargaría él de conseguir unas sanciones ejemplares, quizá incluso el cierre, a no ser que el *sous-chef* reconociera su negligencia y dejara su puesto de inmediato. José permaneció impassible. Todo el pescado que habían servido había llegado esa misma mañana. Le preguntó al inspector si tenía pruebas de lo que estaba diciendo y, sin esperar respuesta, abandonó su despacho.

Por suerte para la *brasserie* Aux Trois Cousins, la investigación se detuvo ahí, y todo gracias a una concatenación de errores, comenzando por el médico que se había ocupado de Jabert: si hubiera dado con un buen diagnóstico y hubiera administrado el tratamiento adecuado en los plazos previstos, su paciente habría tenido muchas posibilidades de salir adelante. Pero no fue así y, a la noche siguiente, Jabert sufrió una terrible migraña. Acurrucado en su cama, tuvo una crisis de hipotermia y comenzó a temblar violentamente, antes de convulsionarse.

El segundo error, que en este caso no fue baladí, aun siendo involuntario, incumbía a Anna o, mejor dicho, a su forma de entender la química de las setas. Si la dosis letal de una *Amanita phalloides* es una media de treinta gramos, la de la *Galerina marginata*, de una toxicidad seis veces superior y a la que se suele confundir con su prima hermana, la mata envainada, es exactamente de tres gotas de la decocción que había preparado.

Por suerte para Anna, Jabert tenía demasiados enemigos para que sospechara de un simple lenguado a la *meunière* como método de

asesinato.

Dos días después, cuando el fallecimiento del inspector jefe apareció en la prensa, José esperó a Anna a la entrada de los vestuarios. Sus miradas se cruzaron y, una vez más, se entendieron perfectamente sin necesidad de hablar: no ha pasado nada. Sin embargo, Anna entregó su delantal y se marchó.

Su única intención había sido hacer justicia, hacer pasar a Jabert un rato que, aun siendo doloroso, nunca llegara a ser tan violento y traumático como el que él le había hecho pasar a ella.

*

Aquel día de otoño, Anna metió su ropa en una maleta grande. Cenó en la cocina con un libro por toda compañía y consagró el resto de la tarde a preparar su casa para un largo sueño. Cubrió los muebles con sábanas, cortó el agua y el gas, y cerró las contraventanas. Con su fachada de piedra, la casita que dominaba la vía del ferrocarril no parecía gran cosa, pero a ella le gustaba y tendría que seguir pagando durante mucho tiempo el préstamo que le había permitido comprarla. Marcharse sin saber cuándo volvería hacía que se le encogiera el corazón.

A la mañana siguiente, cogería un vuelo a Canadá, donde había encontrado trabajo de *sous-chef* en un famoso establecimiento de Quebec. Era un empleo que estaba decidida a desempeñar el tiempo suficiente para ahorrar dinero y poder hacer realidad su sueño. Si por entonces las cosas ya se habían calmado, es decir, si la investigación sobre la muerte de Jabert no había conducido a ningún resultado, volvería y abriría su propio restaurante.

Mientras tanto, se juró que nunca más volvería a cocinar setas.

4. La habitación secreta

A Mitch se le daban bien los trabajos manuales. Curioso por naturaleza, había aprendido desde pequeño observando a sus padres. Los fines de semana su padre, en el taller que había montado en la buhardilla, restauraba los trastos de los que se deshacía la gente: lámparas, estanterías viejas, mesas, sillas cojas... Mientras, su madre ponía todo su empeño en arreglar todo lo que se estropeaba en su vieja casa.

Lo suyo era el bricolaje, cocinar y la jardinería.

El tendido eléctrico de la habitación secreta, con sus empalmes de papel y sus interruptores sueltos, estaba demasiado viejo como para que circulara por él la corriente, y había riesgo de provocar un incendio. Comenzó por crear una nueva toma y colgó las bombillas suficientes para ver con claridad. Cuando las hubo conectado al contador, dio al fusible.

A la luz, todo parecía incluso más amplio. Bajo una capa de polvo, Mitch descubrió un suelo de madera de castaño de buena calidad y una cantidad de muebles igualmente polvorientos. Seis taburetes frente a una barra de zinc, dos sofás, sillones club, tres mesas provistas de seis sillas cada una, un viejo baúl abierto y, lo que más le interesaba para el proyecto que tenía en mente, filas de estantes que corrían a lo largo de la pared del fondo. Mientras inspeccionaba la zona, se hicieron evidentes dos cosas. Allí dentro, el tiempo se había detenido de repente. Muestra de ello eran los vasos abandonados en la barra, las barajas de cartas que había en las

mesas bajas, un tapete de dados en otra, blocs de notas donde aparecían apuntadas las puntuaciones, y el olor de un pasado en el que se seguían mezclando los aromas de madera vieja, cuero y malta. La habitación secreta no solo había sido un lugar de recepción, sino que había servido también de casino.

El enorme esfuerzo que había que hacer para ponerla en orden no preocupaba a Mitch. El resultado esperado le abría nuevos horizontes.

*

En el transcurso de los dos meses que siguieron a su descubrimiento, Mitch llegaba cada día a la ciudad en el primer tren para aprovechar al máximo antes de abrir la tienda. Bajaba el cierre metálico de la librería entre las doce y las dos y media, continuaba con las obras de la habitación secreta al cerrar por la tarde, y alguna noche se quedó a dormir en uno de los sofás de cuero que con tanto esmero había limpiado. Sus ratos libres los consagró a reordenar el lugar, a mover muebles, sacar lustre al parqué, aspirar, pintar, abrillantar el zinc de la barra, instalar apliques y limpiar las alfombras.

Fueron ocho semanas que le dejaron exhausto, muerto de cansancio. Cuando todo estuvo a su gusto, transportó desde el almacén los cuatrocientos treinta y siete ejemplares de libros prohibidos que tenía, de los cuales solo le quedaba uno por inventariar.

Un domingo, ya casi a medianoche, después de ordenarlos todos por autor en orden alfabético, se dejó caer en un sillón con un vaso de *whisky* de una de las botellas de contrabando que había encontrado debajo de la barra, para celebrar su obra.

Todo estaba listo. Mitch no tardaría en abrir su librería clandestina, que reservaba a una clientela digna de confianza.

A la mañana siguiente, Mitch volvió a casa con una resaca de mucho cuidado. Había un asunto que le había impedido conciliar el

sueño: ¿cómo podía saber en quién confiar? ¿Cómo podía asegurarse de que ningún cliente de la librería clandestina lo traicionara? Se preparó un café que olvidó en la mesa del salón antes de entrar en su habitación y desplomarse en la cama.

Se despertó por la noche completamente desorientado y sintió la necesidad de salir a tomar el aire. Se llevó una bolsa de la compra para llenar el frigorífico, en el cual ya no había nada comestible, y dejó su apartamento.

Ya no quedaban muchos vecinos en el edificio, pero los que seguían viviendo en él volvían de trabajar. El ascensor llevaba tiempo sin funcionar y por las escaleras subía un ruido de pasos mezclado con voces. En el pasillo de la segunda planta Mitch se cruzó con el señor Horstein. Siempre había pensado que podía ser húngaro, polaco o rumano, sin llegar nunca a saber de dónde era realmente. El señor Horstein debía de sentirse bastante incómodo, o tal vez no entendiera ni papa, porque tenía la manía de partirse de risa cada vez que Mitch le decía «Hola», «Adiós», «¿Qué tal?», lo cual suponía un freno a cualquier intento de entablar conversación. Por una vez, Horstein no se rio, e incluso hizo un gesto horrible, como si acabara de ocurrir una desgracia. Con un esfuerzo aparentemente sobrehumano, levantó el antebrazo para exhibir su reloj y dio unos golpecitos a la esfera, luego efectuó ese movimiento de cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda que, en el lenguaje universal, significa ya no hay nada que hacer, o que es demasiado tarde. Mitch lo había aprendido del jefe de departamento de su padre, un día que había llamado a la puerta. Justo después de anunciar que había ocurrido un terrible accidente, había hecho ese mismo gesto, moviendo la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

En el caso del señor Horstein, la razón era menos grave: después de fijarse en la bolsa de la compra de Mitch, trataba de explicarle que a esa hora la tienda de alimentación ya estaba cerrada. Por primera vez Mitch lo entendió, porque su vecino metió la mano en su cesta, sacó el pan que había comprado y lo cortó enérgicamente antes de darle la mitad. Luego volvió a meter la mano para ofrecerle a Mitch un trozo de gruyer y una manzana. Le dio unas palmaditas

amistosas en el hombro, con el aspecto tranquilo de un sabio, y volvió a su casa sin esperar siquiera un «gracias».

Mitch se fue a dar un paseo con un pedazo de pan en una mano, un trozo de gruyer en otra y una manzana en el bolsillo.

Al cabo de un buen rato, sentando en su minúscula cocina, se preparó un bocadillo, con la certeza de que las barreras idiomáticas no impedían en absoluto hacer amigos. Este encuentro casual fue también el origen de un magnífico hallazgo.

Mitch meditaba sobre los pasajes que más le gustaban de sus lecturas, la emoción que sentía ante su lucidez y, sobre todo, la manera en que gracias a las palabras se podían introducir matices. Por ejemplo, si bien la Ley HB 1467 prohibía a los libreros vender libros prohibidos, y a los bibliotecarios prestarlos —y volvió a leer el texto de la ley línea por línea para estar seguro—, esta no hacía ninguna mención a la posibilidad de alquilarlos.

Aquella noche, Mitch durmió como un bendito, feliz como no lo estaba desde hacía mucho tiempo.

*

A la mañana siguiente, serían apenas las ocho cuando el cierre metálico se levantó dejando entrar la luz del día en la librería. Casi nunca aparecían clientes antes de las diez, a excepción de algún que otro estudiante de colegio o de instituto que se acercaba a comprar algo de material o, más raro todavía, aquellos que seguían leyendo revistas. Desde que el gobernador fuera elegido por primera vez, los periódicos de la oposición habían cerrado, y ya solo quedaba un periódico que pertenecía a un empresario riquísimo y cercano al poder. Los artículos que salían en *El Faro* se limitaban a alabar las acciones del Gobierno y a criticar a los países distantes; y se añadían algunos artículos editoriales, muchos de sucesos y, los domingos, las noticias del clero, una página cultural y las previsiones meteorológicas de la semana.

Mitch estaba ocupado en sus quehaceres diarios. Abrió las cajas, ordenó las mesas y volvió detrás del mostrador para consultar el cuaderno de pedidos; pero, aunque pusiera todo su empeño en no

reconocerlo, no paraba de darle vueltas a una cosa: cómo compartir libros prohibidos delante de las narices de las autoridades, y a quién hacérselos accesibles. Llegó a la conclusión de que lo mejor era confiar en su instinto. Llevaba trabajando en aquello el tiempo suficiente para reconocer al tipo de lector con el que tenía que vérselas. Pero ¿somos lo que leemos? ¿Somos de izquierdas porque veneramos a Albert Camus, revolucionarios porque leemos a Karl Marx o humanistas porque nos gusta Romain Gary?

Una mujer empujó la puerta. Llevaba el pelo recogido en la nuca, y un elegante impermeable negro que le ceñía la cintura y dejaba ver sus piernas desde las rodillas, y cuyas mangas enrolladas mostraban unas muñecas y unas manos finas, pero estropeadas por el trabajo. Apoyó su maleta y se paseó de mesa en mesa, cogió un libro que dejó de nuevo en su sitio, luego otro y después un tercero.

Ella no se había fijado en Mitch, a no ser que lo estuviera ignorando adrede, mientras que él la seguía con la mirada. Estaba seguro de que nunca antes se había pasado por la librería, y se sentía incapaz de saber si era o no digna de confianza.

Una desconocida perdiendo el tiempo en su local a primera hora de la mañana podía perfectamente haber sido enviada por la seguridad pública para tenderle una trampa. Mitch era de la opinión de que todos los que se encargaban de aplicar las leyes inicuas tenían el alma corrompida, pero se negó a dejarse llevar por la paranoia. Lo más probable era que aquella mujer hubiera entrado para resguardarse de la lluvia, y concluyó que había llegado el momento de poner a prueba su olfato.

La mujer estaba hojeando un poemario y se sobresaltó cuando Mitch se dirigió a ella.

—Tenía la cabeza en otra parte; no lo había visto —dijo para disculparse por no haberle saludado al entrar.

—Se les ha escapado —dijo posando la mirada en el poemario—. Debería llevárselo: no me queda más que un ejemplar y no estoy seguro de que vaya a poder guardarlo por mucho tiempo.

Como su clienta no parecía pillarlo, el librero le explicó que Russell Banks, el autor de la obra que tenía en la mano, era un disidente, un visionario que denunciaba las fisuras de la sociedad y el control de las plutocracias sobre el orden democrático.

—Quizá no sea exactamente lo que estoy buscando —respondió ella.

—¿Qué clase de libro está buscando?

—No tengo ni idea. Va a ser para una larga temporada fuera.

—Entonces, una guía de viajes. ¿Adónde va?

—Una guía no —respondió ella—; más bien un compañero de viaje bonachón.

A Mitch le gustaron aquellas palabras. Se dirigió a otra mesa y volvió con una novela de Haruki Murakami, *1Q84*.

—Tenga —dijo—. Y, si me permite un consejo bonachón, léalo despacito para disfrutarlo a fondo.

—No leo rápido y, sobre todo, no lo suficiente —confesó ella—; nunca tengo tiempo. He entrado aquí casi de casualidad. De camino a la estación, me he enterado de que mi avión salía con retraso, así que he preferido quedarme un rato en la ciudad. No me gustan demasiado los aeropuertos.

Abrió su bolso con repentina fragilidad, pagó el libro, le dio las gracias a Mitch, agarró su maleta y se marchó sin darse la vuelta.

Mitch la vio alejarse por la calle bajo una fina lluvia que parecía importarle muy poco, y se preguntó a qué orillas estaría llevando a Aomame y a Tengo.

*

El domingo siguiente, Mitch decidió ir a ver a su madre.

El montaje de la librería clandestina le había tenido tan ocupado que se sentía culpable por haber faltado a sus obligaciones como hijo. Hacía tiempo que la tenía un poco abandonada, pero, para llegar a la Residencia de las Zarzarrosas, donde vivía desde hacía ya cuatro años, tenía que coger dos trenes y caminar treinta minutos desde la pequeña estación del pueblo. Un nombre demasiado florido para unos residentes que ya no sabían ni quiénes eran ni dónde

estaban. Mitch se gastaba buena parte de sus ahorros en hacerle la vida lo más llevadera posible en ese hogar de desesperación. Durante toda su infancia y adolescencia, habían tenido una relación tierna y cómplice. Cuando murió su padre, las cosas cambiaron: fue como si a ella le hubieran arrancado una parte de su ser. Su traslado al sur del país los había alejado, hasta que la enfermedad del olvido se manifestó.

Cuando iba a visitarla, siempre le llevaba un trozo del bizcocho que ella preparaba los domingos por las mañanas cuando él era pequeño. Se lo comía con ganas, sonriendo a cada bocado, como queriendo decirle a su hijo que todavía recordaba algunas cosas. De un mes a otro, la única razón de su sonrisa fue dar las gracias a ese desconocido que le ofrecía un poco de dulzura.

Los médicos le habían hablado de las «etapas» por las que pasaban los enfermos. A comienzos de año, fue un salto al abismo. La madre de Mitch se sumió en el silencio, con los ojos perdidos en las brumas de la ausencia. Mitch se marchaba de la Residencia de las Zarzarrosas con el corazón en un puño y el alma hecha añicos, dispuesto a no volver más, puesto que no servía de nada, aun así, volvía para dar un beso a su madre y oler en su nuca el perfume de un tiempo en el que él vivía despreocupado y el mundo era más libre.

Aprovechó la visita para contarle sus logros. Al menos con ella podía hablar sin miedo. Gesticuló para imitar la determinación con la que había picado la pared de ladrillos y explicó el ingenioso mecanismo que había ideado para esconder el agujero con una vieja librería. Nadie podía imaginarse lo que había detrás, pero al hacer presión sobre la pared del fondo un panel pivotaba hacia el interior de la habitación secreta. Y, al mirar las manos de su madre, recorridas por venas azules, maculadas con manchas marrones, recordó aquellas tardes en que ella le hacía repasar lo que había dado en clase en la mesa de la cocina. La de horas que pasaba junto a él. ¿A qué venía aquel recuerdo? Mitch lo ignoraba. Quizá los recuerdos de su madre y esa inteligencia suya tan despierta no se hubieran borrado por completo.

Quizá la enfermedad también dejara que el alma se marchara, como se creía de la muerte, pero por fragmentos, en lugar de toda entera de una vez. Y quizá, por último, siguiera rondando el amor maternal, prisionero en las paredes de su habitación.

Mitch pensó en estos «quizá». Su madre, que durante sus estudios le obligaba a transcribir lo que había entendido en fichas, le había mostrado el camino para resolver el problema. Iba a redactar una para cada uno de sus clientes habituales y de este modo descubrir cuáles se habían visto más afectados por la Ley HB 1467, aquellos a los que les gustaba que la lectura los hiciera cambiar de forma radical, que los animara a abrirse al mundo o a verlo de otra manera. Sí, Mitch era un soñador, pero estaba plenamente convencido de que lo que leemos nos inspira.

El lunes siguiente se puso manos a la obra. Estudiando minuciosamente sus historiales de ventas, consiguió seleccionar algunos perfiles que consideraba dignos de confianza. Mitch pensó en cómo podría planteárselo. Tenía la impresión de estar actuando como un traficante, lo cual en parte era cierto, ya que la lectura podía convertirse rápidamente en una adicción. Mañana y tarde, espiaba en los trenes a esos aislados del mundo a los que ya nada molesta, los que farfullan, ríen o lloran sentados en su asiento, los que a veces hacen gestos que les harían pasar por locos si no tuvieran un libro en las manos, los que, al igual que su padre, a veces se pasaban de estación.

5. Mathilde

Tenía veinticinco años. Estudiante de Farmacia, se quejaba de que sus estudios no le dejaban suficiente tiempo libre y de que no podría sobrevivir si no encontraba un poco para la lectura. Mitch nunca había logrado averiguar si lo decía en serio o era simple pose. Tenía aires de diva, el cuerpo esbelto, poco pecho, los hombros anchos y la cintura estrecha, el pelo corto y un flequillo que le llegaba justo al límite de unos ojos asombrosamente brillantes. Mathilde suspiraba mucho. También se quejaba del coste de la vida y de la falta de medios para que los estudiantes compraran libros. Cuando devolvía alguno que había leído sin estropear el canto, Mitch se lo cogía y le daba otro de buena gana. Le encantaban las novelas negras y la literatura feminista, y le volvía loca Anaïs Nin, de la cual había comprado los siete volúmenes de su *Diario*, sin devolver ninguno. Nin le había abierto paso a Miller. *Venus erótica* figuraba en la primera lista de obras prohibidas, y Mitch pensó que le encantaría tener un ejemplar. ¿Iría por ahí presumiendo de ello o no? Quizá fuera una buena forma de comprobar su discreción antes de abrirle las puertas a su librería secreta.

Siempre iba los miércoles, después de clase, justo antes de que la librería cerrara, y se quedaba para compartir sus impresiones sobre lo que había leído. Más voluble sobre lo que había odiado que sobre lo que le había gustado, hablaba con la satisfacción de aquellos a los que les encanta escucharse. Mitch no veía inconveniente en tener un poco de compañía, aprovechaba para ordenar las mesas o para

poner al día sus cuentas mientras Mathilde le daba conversación. De vez en cuando, asentía con la cabeza o murmuraba algo para que pensara que estaba de acuerdo con ella.

Aquella tarde, Mathilde le preguntaba, o se preguntaba a sí misma, sobre la pareja formada por Arthur Miller y Marilyn Monroe. ¿De verdad puedes casarte con una mujer a la que apenas conoces? ¿Cómo un hombre tan erudito había podido hacer esas declaraciones tan sumamente degradantes al escribir que su matrimonio había sido un error de principiante y su mujer un jarrón roto? Mitch, que nunca se había sentido demasiado seguro de sí mismo en sociedad, estaba convencido de ser de esa clase de hombres que no inspira nada inteligente que decir. ¿Era posible amar a Miller e ignorar sus defectos? El aburrimiento tenía en él un efecto inmediato, su mente desconectaba y le llevaba a tareas que tenía pendientes o a alguna idea que le rondaba por la cabeza. Por ejemplo, mientras Mathilde seguía con su cháchara, se acordó de una factura de la luz que tenía pendiente de pagar. Y, como un pensamiento lleva a otro, recordó que tenía que reforzar la escalera que había colocado debajo de la trampilla del almacén. Había comprado unos tablones a un carpintero de la Rue des Moines, y murmuró que era una ganga.

—¿Qué ganga? —preguntó Mathilde.

Mitch alzó la vista, desconcertado.

—Los tablones —respondió, haciendo girar un lápiz entre sus dedos.

Ella se lo quedó mirando, dubitativa.

—Tengo algo para usted —prosiguió él, imperturbable—. Pero a condición de que no se vaya de la lengua. Si no es capaz, no pasa nada. Hay un montón de gente que no puede; es más fuerte que ellos.

Aquello bastó para despertar la curiosidad de Mathilde. Se inclinó sobre el mostrador, tan cerca de Mitch que se preguntó si quizá no hubiera malinterpretado lo de «no irse de la lengua».

—¿De qué se trata exactamente? —susurró.

—De un libro —respondió Mitch, lo más calmado que pudo.

Ella se le acercó aún más. De haber querido besarlo, ya lo habría hecho; y Mitch se preguntó preocupado si tal vez el libro que estaba

a punto de entregarle no generaría un malentendido mayor.

—¿Y qué tiene de tan enigmático ese libro? —preguntó ella.

—Nada, solo que fue escrito por alguien a quien usted aprecia mucho —dijo para dejar las cosas claras.

—Mejor. Entonces, ¿por qué es secreto?

—Porque no estoy autorizado a vendérselo.

Profundamente conmovida por la confianza depositada en ella y por el estatus de privilegiada que le concedía, Mathilde se le colgó del cuello y le dio un besazo.

—No sé qué mosca me ha picado —dijo al despegar sus labios.

Como buen caballero, pero también como buen hombre para el que toda mujer supone un enigma insondable, Mitch se abstuvo de hacer ningún comentario. Le pidió que esperara unos segundos y se retiró al almacén. Abrió la trampilla, bajó al sótano y volvió a subir con el corazón a mil y un ejemplar de *Venus erótica* en la mano, que apoyó en el mostrador.

—Oh, vaya —silbó Mathilde al ver la portada.

—No he sido yo el que ha elegido el título —respondió Mitch, rojo como un tomate.

—Pero sí que ha elegido vendérmelo.

—Solo alquilárselo.

—Tranquilo, ha sido solo un beso, no una petición de matrimonio.

—A ver, Mathilde, escuche...

—Me encanta que se tome la libertad de llamarme por mi nombre.

—Señorita —se corrigió de inmediato.

—Ya es tarde, hemos pasado a la siguiente fase. Además, me parece bien.

—¿El libro?

—Que nos tomemos una copa. Me debe una explicación.

—Pero si yo no he hecho nada. Ha sido usted quien...

—Ya, pero todo ese misterio —replicó ella con evidente mala fe— no era solo para darme un libro.

—Pues sí, bueno, no. Quería hablarle de...

Más balbuceaba él, y más lo miraba ella, fascinada y encantada con su torpeza.

—Perfecto, usted tiene secretos que confesarme, y yo tengo hambre. Vayamos a cenar; pero, como soy su clienta, usted invita, por supuesto.

—Por supuesto —respondió Mitch, y cogió las llaves de debajo del mostrador.

Agarró su gabardina del perchero y se dirigió hacia el botón que accionaba el cierre metálico.

Cualquier cosa fuera de lo común entusiasmaba a Mathilde, como salir de la librería por el almacén, que para ella era algo así como marcharse por la salida de artistas. Mitch tecleó el código de la alarma y la dejó pasar primero.

La penumbra que envolvía el patio de luces generaba una atmósfera lúgubre, lo cual podía explicar que Mathilde se agarrara del brazo de Mitch, aunque después siguió agarrada cuando subieron por la gran avenida perfectamente iluminada y llena de gente. Lo llevó por una calle y luego por otra, rodearon la estación y se detuvieron delante de un restaurante de mala muerte en el que a Mitch nunca se le hubiera ocurrido entrar.

La sala era tan ecléctica como el pop oriental que escupía un viejo altavoz colgado del techo. Había unas cuantas mesas altas de formica naranja pegadas a las paredes. Detrás de una encimera de dudosa higiene, dos mujeres trabajaban afanosamente. Una de ellas, armada con un gran cuchillo, troceaba un kebab chorreante de grasa sobre su asador, mientras la otra rellenaba las pitas. Mathilde debía de ser clienta habitual, ya que la mujer del cuchillo la saludó, y la otra le guiñó el ojo al ver a Mitch. Después, ambas mujeres retomaron su trabajo.

—Aquí perfecto —dijo Mathilde, y se encaramó en un taburete verde manzana delante de una mesa.

Mitch se sentó en el de enfrente, un modelo color amarillo canario.

—Tranquilo, aquí nadie nos escuchará.

—No lo dudo —respondió él mirando alrededor.

Mathilde lo dejó solo un segundo, se dirigió a la barra y volvió con dos vasos llenos de un brebaje opaco y humeante.

—*Assam* y cardamomo, cien por cien bio —afirmó admirando su vaso.

A Mitch le asaltaron dudas, pero Mathilde se llevó el vaso a los labios y le hizo un gesto para que bebieran a la vez. Ahí había algo más que té y, aunque estuviera cargado de alcohol, la mezcla entraba sola.

Mathilde le contó que las dos propietarias eran pareja. Habían huido de Irán, donde la gente del mismo sexo que se amaba corría el riesgo de ser ahorcada. Habían hecho un largo viaje para gozar de libertad. Desde entonces, acogían a otros extraviados y daban de comer a los sintecho del barrio.

—Están gafadas —suspiró Mathilde.

—¿Por qué? —se preocupó Mitch, imaginándose ya un inusual número de intoxicaciones alimentarias.

—¿Que por qué? Yo creo que está bastante claro: el país era diferente cuando llegaron. Todavía no hemos llegado a la policía moral, pero, viendo cómo van las cosas... Los homosexuales son víctimas de un acoso constante, incluso en la uni. ¿Se puede saber qué está pasando para que la gente se haya vuelto tan intolerante y vengativa?

—Los medios de comunicación han caído en manos afines al poder: las cadenas de televisión, las radios, el periódico *El Faro*... La propaganda ha terminado por impregnar el espíritu de la gente.

—Entonces, más que gente, quizá fueran papel secante.

—Lo cual nos lleva directamente a aquello de lo que quería hablarle —retomó Mitch.

—¿Quién me negaba hace un rato que tenía algo que confesarme?

Mathilde se chupó los dedos y se quedó mirando a Mitch, transfiriendo claramente hacia su persona sus ganas de kebab. Asintiendo con la cabeza, Mitch volvió a colocar el kebab donde correspondía.

—Es raro, elegante, casi hermoso —dijo ella con tono indiferente.

Mitch se giró para mirar la sala.

—¿Qué es lo que es hermoso?

—El no intentar acostarse conmigo en la primera noche.

—Mathilde, no tengo la más mínima intención de acostarme con usted.

—Mi abuela decía: «No escupas en el florero. Quizá algún día te bebas su agua».

—¿Y se puede saber en qué circunstancias le dijo su abuela algo así?

—Probablemente un día en el que escupí en un florero. ¿Está usted con alguien?

—¿Puedo o no puedo hablarle de este libro?

—Sí o no era también la respuesta a mi pregunta.

—¡No!

—En ese caso, hábleme del misterio que envuelve a este libro; seguro que es apasionante.

Lo había dicho mordiéndose el labio, y Mitch no lograba saber si lo decía con ironía o no.

—Al principio —prosiguió—, estaba firmemente convencido de que no sería más que una mala racha que terminaría pasando, que volvería el sentido común.

—¿Esa frase la ha sacado de algún libro?

—Ya ve —continuó impasible—, cuando el Gobierno votó la prohibición del aborto, pensé que las mujeres saldrían a la calle.

—Es lo que hicimos.

—No las suficientes.

—¿Dónde estaba usted cuando la policía cargó contra nosotras?

—En casa —dijo Mitch.

—Me tranquiliza. Temía que fuera a echarme la charla.

—Al contrario. Y es lo que nos une esta noche.

—De momento, lo único que veo que nos une es esta deliciosa comida, y no adónde quiere ir a parar.

—Cuando cambiaron los planes de estudios para adherirse a la retórica del poder, los estudiantes ocuparon los institutos y las facultades, y una vez más la policía cargó para desalojarlos, y yo me quedé en casa. Después detuvieron a los opositores, a los periodistas que se negaban a dorarles la píldora, a los juristas que protestaban contra los nombramientos para puestos clave de...

—De colaboracionistas esclavizados, creo que es la expresión que estaba buscando. Déjeme adivinar, tampoco hizo nada en esa ocasión, ¿verdad?

—Sí, firmé unas peticiones.

—Está guay para su conciencia, pero no sirve absolutamente de nada.

—Exacto —reconoció Mitch.

—¿Y ha visto en mí un alma cándida con la que desahogar sus sentimientos de culpa?

—Usted no tiene para nada pinta de alma cándida, Mathilde.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la Ley HB 1467?

—No, pero algo me dice que no voy a tardar en hacerlo.

—Esta vez, soy yo el que se encuentra inmerso en la represión. Han prohibido miles de libros, y la lista aumenta cada día.

—Creo que ya nos vamos acercando. Ha decidido hacer un acto de resistencia y no se le ha ocurrido nada mejor que darme un ejemplar de *Venus erótica*. Bueno, no creo que vayan a entregarle la medalla al valor, pero, como igualmente soñaba con leerlo, algo es algo.

Mitch no respondió, pero la picardía de Mathilde había terminado por causar su efecto, dejando al descubierto un encanto insospechado. Dado que los dos veían las cosas del mismo modo y compartía su aversión por el poder establecido, podría hacerle su confidencia.

—Es un poco más ambicioso —dijo él—. Tengo pensado abrir una librería clandestina.

Mathilde lo miró con creciente admiración. Su nuez se movía como un yoyo y su pecho subía y bajaba según iba respirando cada vez más fuerte. Desconfiaba de su exceso de sentimentalismo, pero cuando Mitch le habló de la habitación secreta que había descubierto, de las obras que había acometido para ponerla a punto y de que, entre otros muebles, había un sofá que había restaurado, su único deseo fue ir allí de inmediato. Porque, para ella, la respuesta a la razón de ser de la literatura era al principio una simple cuestión de amor.

A menudo, a Mitch le entraba la pereza de pensar que las cosas, cualesquiera que fueran, no podrían ir más allá. Una vez más, se equivocaba.

6. La clase de música

Verner era profesor de violín en el conservatorio. Para llegar a fin de mes, enseñaba música dos veces por semana a cursos de primaria. Era un hombre atento, amante de la buena comida, al que le gustaba cenar solo en restaurantes. Casado demasiado joven, llevaba mucho tiempo divorciado, y no se arrepentía de ello. El sexo no había sido más que una anécdota en su vida y a Verner no le apetecía lo más mínimo conocer a otra mujer. A sus ojos, seducir era una pérdida de tiempo monumental. Bajo esta apariencia se escondía un hombre más complejo de lo que a simple vista pudiera parecer. Con Brahms acababa llorando de la emoción, razón por la cual había renunciado a que sus alumnos lo tocaran en clase; así que ninguno de ellos habría podido imaginar que cada sábado por la tarde su profesor salía de casa y cogía un tren que lo llevaba, a una hora de su domicilio, a la gran sala de una escuela de baile donde se reunían amantes del tango. Verner ya cultivaba esta pasión secreta cuando estaba casado. Nunca se había atrevido a contárselo a su esposa, y esta había terminado por sospechar que el motivo de sus desplazamientos era reunirse con una amante.

Un día, lo había seguido hasta la estación. Se había subido a su tren y se había sentado detrás de él para no perderlo de vista a través del cristal que separaba los dos vagones. Cuando Verner había bajado, ella le había seguido los pasos. Verner la había visto desde hacía un buen rato, pero le parecía que en ese comportamiento había más material para reproches que los que ella

le dirigiría después. Nunca hubo ajustes de cuentas. La señora Verner, al ver a su marido bailar tango, tumbar a un hombre de dos veces su tamaño y sostenerlo entre sus brazos, sufrió un terrible ataque de celos, más inexplicable aún teniendo en cuenta que hacía tiempo que no soportaba a su marido. Como había escrito Romain Gary, es increíble la cantidad de gotas que hacen falta para colmar el vaso. Despechada, dio media vuelta. Al volver a casa, Verner se había encontrado sus cosas perfectamente guardadas en una maleta que le esperaba a la entrada.

Durante las dos horas de trayecto que efectuaba cada sábado, a Verner le gustaba leer, y sus lecturas eran tan complejas como él. Sintiendo curiosidad por todo, había entablado, si no amistad, al menos sí una relación de estima y simpatía con el dueño de la librería de al lado de la estación.

Mitch no había olvidado la decepción del profesor de música cuando le había anunciado que no podía satisfacer su pedido. *De ratones y hombres*, a causa de sus diálogos salaces y vulgares, aparecía desde hacía poco en la lista de libros prohibidos a la venta. Más que decepcionado, el señor Verner había manifestado su enfado, tratando a los censores de estúpidos ignorantes, meapilas «y comemierdas», había añadido. Por ello, cuando Verner se presentó en la librería un sábado, poco antes de coger su tren, Mitch consideró su «candidatura». Como profesor, a Verner le pagaba el Gobierno, lo cual volvía el asunto delicado; pero a Mitch no iban a frenarlo semejantes prejuicios. Además, después de que se promulgara la ley que prohibía la escolarización a niños provenientes de familias sin papeles, un cierto número de profesores había falsificado los registros para que estos niños pudieran continuar con sus estudios, y otros los habían escondido durante las redadas realizadas por las brigadas de inmigración. Verner tenía toda la pinta de ser de estos.

Mientras miraba las obras repartidas sobre una mesa, Mitch tosió lo suficientemente fuerte como para que Verner se preocupara. A un nuevo ataque de tos, Verner acercó.

—¿Se le ha metido algo en la garganta? Tengo pastillas de regaliz, si quiere —le propuso.

—En la garganta, no, pero sí un ratón debajo del mostrador —respondió Mitch como si de pronto se hubiera convertido en un agente del contraespionaje durante la Guerra Fría.

—¡Ratones! Cada vez hay más —se indignó el profesor—. ¿Qué podemos esperar, si no recogen la basura más que tres veces por semana? No paran de hablarnos de la floreciente economía del país y de la debacle de los países vecinos; pero, mientras tanto, tengo la impresión de que la palabra «economía» se ha convertido en sinónimo de «apretémonos el cinturón»; bueno, sobre todo el nuestro.

—No estaba hablando de ratones —murmuró Mitch.

—Está usted un poco raro esta mañana. Entonces, ¿qué diantres tiene debajo del mostrador, si es que esa frase quiere decir algo?

Mitch bajó la vista y, por un segundo, Verner creyó que quería enseñarle la bragueta, opción que descartó enseguida, ya que su librero siempre le había parecido una persona en su sano juicio. Para poder ver con mayor claridad, se asomó por encima del mostrador, atisbó la portada del Steinbeck y lanzó una sombría mirada a Mitch.

—No me diga que se dedica al mercado negro; me sentiría muy decepcionado.

—No, señor Verner, y no tengo la más mínima intención de vendérselo.

—Ya veo: se hace el duro para subir los precios.

—No se trata de dinero. Me han amenazado con precintar la librería.

—Entonces, ¿a qué viene toda esta farsa si no me lo puede vender?

En ese preciso instante, una clienta empujó la puerta de la librería. Mitch se inclinó rápidamente hacia Verner.

—La ley no habla de la posibilidad de un alquiler. ¿Ve el matiz?

El profesor analizó este matiz con la mayor circunspección, sintiendo que toda su inteligencia estaba siendo puesta a prueba. Era mayor que su librero, en realidad, menos de lo que uno pudiera imaginar, pero Verner se sentía viejo desde la adolescencia, y

pensaba que era por eso por lo que Mitch se había dirigido a él, convencido de haber percibido en su voz una necesidad de aprobación. Honrado con esta repentina autoridad, agitó la mano para ordenar a Mitch que les librara cuanto antes de aquella intrusa. Lo que les ocupaba era muchísimo más importante que una clienta.

La señora Bergol era una clienta habitual que tenía la peculiaridad de profesar un amor sin igual por las novelas eróticas, pero que a su vez era lo bastante tacaña como para acercarse cada día para leer un capítulo y marcharse con las manos vacías. Además, era especialmente dura de oído. A Mitch no le preocupó su presencia y, para tranquilizar a Verner, esperó a que ella llegara a la mesa donde se encontraba su objeto de concupiscencia y que retomara la lectura donde la había dejado el día anterior, para gritar:

—Señora Bergol, ¿no le gustaría leernos una escena tórrida?

Ella ni siquiera levantó la cabeza.

—Vale, puesto que quiere mi opinión —susurró Verner—, le diré que sus juegos de palabras son muy peligrosos, amigo mío.

—Deformación profesional —respondió Mitch.

Verner alargó el brazo, cogió el Steinbeck y lo metió rápidamente en la bolsa.

—Lo más prudente sería que me lo prestara. Se lo devolveré el próximo sábado, lo que me deja una semana para reflexionar sobre su idea. No digo que sea mala, pero requiere ser estudiada, sobre todo, si se está jugando que le precinten la librería.

Se despidió de Mitch, pasó por detrás de la señora Bergol y se marchó para ir a su clase de tango.

*

Por la tarde, Mitch recibió una animada afluencia que contrastaba con la calma de la semana. Una pareja acomodada, que acababa de llegar de provincias, había llenado una bolsa entera con libros infantiles, la mesa de novela negra había sido arrasada y la de narrativa general tampoco es que se quedara atrás. Mitch se había tirado todo el tiempo yendo de acá para allá, aconsejando y atendiendo a todo el mundo. Al caer la tarde, agotado, hizo caja,

preparó el pedido de la semana, ordenó las mesas y cerró la librería a las seis y media, justo después de que llegara Mathilde.

—Es bastante misterioso cuando no hay nadie —dijo ella.

—Tengo demasiados días misteriosos —respondió él, y la hizo salir por la puerta de atrás.

El patio oscuro producía su efecto. Mathilde se le agarró del brazo, pero, en lugar de avanzar hacia la calle, puso su atención en la trampilla de la carbonera y lanzó a Mitch una mirada que lo decía todo sobre su interés por el sofá en el que tantas veces había pensado desde aquella primera noche.

—¿Es la entrada a la cueva secreta?

—No exactamente —respondió Mitch—. Debajo de la escalera no hay más que un sótano.

—Dime la verdad —insistió Mathilde.

—Vamos, cenemos donde te apetezca. Necesito cambiar de aires.

Mathilde se le quedó mirando seria, con las manos en las caderas.

—Si no confías en mí, no pasa nada, pero en ese caso prefiero regresar a casa y no volver a verte nunca más.

Aunque el tono sonara falso, Mitch supuso que llevaría a cabo su amenaza. Era demasiado tarde para coger el último tren y no le apetecía nada pasar la noche en la librería. La silueta de Mathilde asomada a la trampilla de la carbonera anunciaba una derrota inminente. Sacó las llaves de su bolsillo y abrió el candado.

—Ve tú delante —le dijo, y levantó un lado—, y ten cuidado de no caerte: los escalones no están muy estables.

Mathilde bajó al sótano y Mitch la siguió, con la mano agarrada al postigo, que cerró tras de sí.

El viejo anticuario que le había vendido el local a Mitch los observaba desde su ventana, en la tercera planta del edificio cuya pared trasera daba al patio de luces.

*

Mitch iluminó el sótano, se acercó a la estantería y empujó el panel del fondo. Se escuchó un chasquido y el panel pivotó sobre su eje. Mathilde se quedó ojiplática, como si acabara de presenciar un

milagro. Avanzó despacio, pensativa, como si estuviera entrando en una cripta. Paseó por la habitación acariciando con cierta despreocupación los libros de las estanterías, encendió una lámpara que había apoyada en un velador y se dirigió hacia la barra. De un salto, se encaramó en la misma y se sentó con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en el zinc.

—Es sencillamente mágico —susurró.

—Me lo he currado un montón —reconoció Mitch.

—Este lugar se merece mucho más —soltó ella.

Mitch suspiró. Acababa de felicitarlo, y ya le estaba haciendo un reproche.

—No puedes conformarte con hacer viajes entre las dos plantas para compartir semejante tesoro, a cuentagotas, como un viejo avaro.

—¿Preferirías que pusiera un cartel en el escaparate para proclamar que todos los libros prohibidos están disponibles en mi sótano y que me cago abiertamente en el Gobierno?

—Algo así, pero un poco más sutil, evidentemente.

Mitch estaba demasiado cansado para responder a sus burlas y entrar en su juego. Volvió la cabeza hacia la escalera para indicar que había llegado el momento de marcharse. Mathilde se quitó el jersey y la camiseta, descubriendo su pecho y su pálida piel que olía al frescor de la noche. Le hizo una seña para que se acercara, y lo rodeó con las piernas.

—No tengo ningunas ganas de discutir —dijo, y lo besó.

*

Después de hacer el amor, Mathilde lo condujo a uno de los lugares que guardaba en secreto. Un club de *jazz* lleno de humo, donde los efluvios de tabaco y marihuana que flotaban por encima de las mesas bastaron para embriagarlo. La noche acabó en la habitación de estudiante que ella tenía alquilada en la ciudad. El mobiliario se reducía a un pequeño escritorio, una mesa y un grueso edredón arrugado echado sobre un colchón tirado en el suelo. El baño era minúsculo, pero había arrastrado a Mitch bajo la ducha.

Agotado y rendido, fue a acostarse. Mathilde, aún llena de energía, se acurrucó a su lado.

—¿Crees que hay ciertos sitios que están predestinados?

—¿A qué? —preguntó Mitch bostezando.

—Al bien, al mal, al amor, al odio, a la condena, a la salvación.

Mitch alzó la vista al cielo. Era un ateo convencido, a pesar de que hacer el amor con Mathilde fuera un pequeño anticipo del paraíso.

—¿Nunca te ha pasado que al entrar en un sitio te sintieras divinamente, como para no querer volver a marcharte, o, al contrario, que sintieras que te faltaba el aire y quisieras largarte cuanto antes? —continuó.

—Probablemente —respondió él. Le pesaban los párpados.

—Pues yo tengo una explicación para eso.

Se volvió hacia él, apoyándose en un codo y con la cabeza reclinada sobre la mano.

—Las paredes se cargan de energía, positiva o negativa. Algunos lugares, por ejemplo, son auténticos nidos de amor, y otros, antecámaras de separación. Se nota mucho cuando algo terrible ha pasado en un sitio, al menos, yo lo noto. ¿Tú no? ¡Mitch, como te duermas te echo a patadas!

Mitch abrió los ojos y comprobó que los de Mathilde resplandecían de impaciencia. Quería compartir con él algo importante, tan importante que nada podría impedirselo. Mathilde hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana, y no aceptaba un no por respuesta.

—En el siglo XVI, un carpintero construyó su casa en la linde de un bosque. En aquella época, los carpinteros se encargaban también de amputar a los heridos graves, y, como había muchos accidentes, acondicionó un rincón de su taller para ello. A su muerte, su hijo ocupó su lugar, hasta el día en que tanto la casa como el taller fueron destruidos por un incendio. Unas décadas más tarde, el bosque fue talado para dejar espacio a un pueblo. Al estallar la guerra, convirtieron un granero en dispensario, justo donde había vivido el carpintero. Cuando el pueblo se transformó en una aldea, el

dispensario se convirtió en una clínica rural. Un siglo más tarde, la aldea ha pasado a ser una gran ciudad, y el dispensario, un hospital.

—¿Qué hospital? —preguntó Mitch.

—El hospital universitario de nuestra ciudad, mira tú por dónde.

—¿Y de dónde has sacado eso?

—Pues del hospital universitario... ¿Dónde crees que estudio? Ese lugar estaba destinado desde el principio a que en él se curara gente. Y ahora, piensa en lo que has descubierto debajo de tu librería: no puede ser simplemente fruto del azar.

—¿Mi sótano estaba predestinado a convertirse en una librería clandestina? —preguntó Mitch con cierto tono de ironía.

—¿Qué se cocía ahí dentro antes de que tú lo sacaras de su letargo?

—Por lo que dijo su antiguo propietario, receptación. Yo creo que se reunían para beber, bailar y jugar a juegos de azar en una época en la que divertirse estaba prohibido.

—¿Qué te decía yo?! Tu habitación secreta ha sido pensada para que en ella se luche por la libertad.

A continuación, Mathilde le explicó a Mitch todo lo que tenía que hacer si no quería conformarse con ser un simple soñador, sino contribuir a lo que ella calificó como una importante lucha por la justicia.

Mathilde tenía el poder de hacer que la pereza se esfumara, de despertar en los hombres una ambición que antes de acostarse con ella desconocían.

7. La profesora de literatura

Verner consideraba que su carrera era mediocre. Era tan duro consigo mismo como con sus alumnos, entre los cuales nunca había encontrado ningún portento. Uno solo le habría bastado para justificar toda una vida dedicada a la enseñanza. A diez años de jubilarse, si no renunciaba antes, a Verner no le quedaba mucho más por descubrir de sí mismo, así que era lógico que concediera más importancia al concurso de la escuela de tango, cuyas pruebas eliminatorias tenían lugar los jueves por la tarde desde hacía varias semanas. Después de cenar, encendió su cadena de música, puso un vinilo en la platina y repitió sus pasos en el salón, al ritmo de *La cumparsita*. Bailaba solo, manteniendo la postura erguida y las piernas ligeramente flexionadas. Todo residía en el control de los movimientos, en la sensualidad y en las emociones que estos emanaran. Tras años de trabajo, por fin Verner vislumbraba una posibilidad de victoria. Pero desde el anterior fin de semana, la conversación que había mantenido con Mitch ocupaba casi por igual sus pensamientos.

*

Al siguiente jueves, Verner se presentó a última hora de la tarde en la librería. Llevaba en la mano una maleta tan pesada que le hacía parecer una torre de Pisa empaquetada en un viejo impermeable y clavada en un par de mocasines usados.

—¿Se marcha de viaje? —se preocupó Mitch.

—No diga tonterías y deje que recobre el aliento —respondió el profesor acercándose.

No sin gran esfuerzo, levantó la maleta y la apoyó delante de Mitch, al lado de la caja registradora. Al abrirla le temblaba la mano, se le empañaron los ojos brevemente y se agarró al mostrador como si fuera a desplomarse.

—Esto sí que se merece un copazo —dijo, y le mostró al librero la cincuentena de libros que había en el interior—. Para enriquecer su colección, he hecho una selección en mi biblioteca. Están todos en la lista.

Mitch echó el cierre, encerrando con ellos a la señora Bergol, absorta en su aventura erótica, que pareció no darse cuenta de nada. Por educación, Mitch le preguntó, gritando, si no le importaba echar un ojo a la librería. Tenía un asunto pendiente con su cliente y le prometió que no le llevaría mucho tiempo. La señora Bergol se humedeció el índice de un lengüetazo y se encogió de hombros mientras Mitch volvía a pasar detrás del mostrador. Se apoderó de la maleta e invitó al profesor a seguirlo. Una vez en el almacén, Mitch movió la alfombra y levantó la losa del suelo, recortada entre dos pedruscos. Verner no pareció especialmente sorprendido y bajó las escaleras que se le mostraban, agarrándose a la cuerda de cáñamo que recorría la pared.

Si la escalerilla de la carbonera iba a parar al sótano, la escalera que Mitch había construido daba detrás de la pared de ladrillo, es decir, directamente a la librería secreta.

Al pie de la escalera, Mitch encendió los plafones y Verner observó el lugar soltando un silbido de admiración. Mitch apoyó la maleta en una mesa baja y ordenó los libros en los estantes mientras Verner lo observaba.

—He estado pensando mucho en la pregunta que me hizo —dijo el profesor.

—¿Qué pregunta?

—Me temo que a su proyecto le falta cierta ambición.

—¿Usted también?

—¿Puedo saber a quién más se lo ha dicho?

—A una amiga —respondió Mitch volviéndose hacia él.

—¿Qué clase de amiga? Bueno, en el fondo no es asunto mío, pero, dado que somos de la misma opinión, estoy de acuerdo con ella. Se arriesga demasiado para tan poco. Al paso que va, va a reservar estas preciadas lecturas a un número muy reducido de personas, a unos privilegiados, lo cual es contrario al sentido que yo le otorgo a la literatura. Hay que ser más amplio de miras, mucho más; en cierto modo, hay que resistirse.

Mitch permaneció en silencio un rato, absorto en una intensa reflexión.

—Podría crear un club de lectura —dijo por fin—. La gente se reuniría en esta habitación, en la que fácilmente caben unas cincuenta personas, una o dos veces por semana. Haríamos debates, pensaríamos juntos en las acciones que podríamos llevar a cabo para burlar la ley, para intentar que los libros prohibidos puedan seguir siendo leídos. Incluso podríamos idear un sistema de envío.

—Es usted muy mal actor. Ha sido su amiga la que le ha sugerido esa idea, ¿verdad?

Mitch asintió con la cabeza y después cogió dos vasos que llenó de *whisky*. Verner levantó el suyo para brindar y se lo bebió de un trago.

Ambos bebieron un segundo vaso, y luego un tercero, y no hizo falta añadir nada más porque ya estaba todo dicho. El profesor miró su reloj y suspiró.

—Me llevará una hora ser capaz de recuperarme. Mientras tanto, no diría que no a una ayudita para subir las escaleras: me parecen más inclinadas que hace un rato.

Mitch lo ayudó a llegar a la superficie y lo acompañó hasta la puerta.

—Quédese con la maleta. Se la regalo. Ya no viajo; solo a una hora de aquí.

La señora Bergol aprovechó que el profesor se marchaba para salir detrás de él, no sin antes lanzar una mirada de reproche a Mitch.

Verner se equivocaba al suponer que había sido Mathilde la que le había sugerido a Mitch la creación de un club de lectura. La idea era totalmente suya, o casi. Mathilde tenía sus convicciones, sus indignaciones selectivas, sus ideales; pero ningún plan para concretarlos. Sin embargo, tenía razón en una cuestión: empujar a la gente a desconfiar de todo el mundo era justo lo que el Gobierno estaba buscando.

Por la mañana, Mitch se había levantado sigilosamente de la cama, había recogido sus cosas y se había marchado del estudio de Mathilde sin hacer ruido. Preocupado, había ido a dar un paseo a orillas del río, donde le había abordado una profesora de literatura que había tenido en el instituto. La señora Ateltow había reconocido a su alumno sentado pensativo en un banco.

—No has cambiado mucho —dijo, y se sentó a su lado—. Y no me digas que yo tampoco. Han pasado veinte años.

La señora sentía curiosidad por saber qué había sido de su vida. Mitch se lo contó. A ella no le sorprendió, y determinó que la profesión de librero le iba como anillo al dedo. Recordaba un chico aplicado y notablemente soñador, una combinación rara, ya que por lo general se era o lo uno o lo otro. Mitch no recordaba nada de aquello, como tampoco las anécdotas sobre él que la señora Ateltow estuvo encantada de contarle. Resultaba demasiado habladora para alguien que había dormido poco, pero su compañía era agradable, sus ojos más vivaces de lo que Mitch recordaba y su voz relajante. Le contó que vivía en la otra punta de la ciudad, que no solía viajar y que profesaba una fidelidad inquebrantable a la librería de su barrio. Y, aunque Mitch le dejara caer que se estaba haciendo tarde y que tenía que regresar, la señora Ateltow todavía no había terminado.

—¿Es una mujer o es tu negocio lo que te pone de tan mal humor?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Mitch.

—Eres un chico guapo, pareces en forma, tienes un trabajo bonito, y cualquiera diría que todos los males del mundo pesan sobre tus espaldas.

—Digamos que son tiempos difíciles para un librero.

—La gente lee menos, eso te lo concedo. Mi librería es la primera en quejarse, pero el negocio le va bastante bien; tal vez no lo estés haciendo como deberías.

—A mi librería le va tan bien como a las demás, pero ahora los funcionarios deciden lo que tengo derecho a vender. No, peor aún: lo que ya no tengo derecho a vender.

La señora Ateltow le dio unas palmaditas en la mano para reconfortarlo. Su mirada se perdió en algún punto entre la orilla y el río que fluía frente a ellos.

—He oído hablar de esa ley. Es absurda, y más absurda aún es la cantidad de personas a las que les ha parecido que estaba justificada. Pero se publican tantos libros al año que me imagino que no debe de ser tan grave como lo pintas.

—Se equivoca. Un contenido de carácter sexual, un personaje explícitamente LGTBI, un lenguaje juzgado de ofensivo, una alusión al suicidio, a lo que hay que añadir los libros que tratan del racismo o de la xenofobia, los que cuestionan las religiones, todo aquello que perturba, ofende o se aparta de la moral que ellos predicán ha sido prohibido. Señora Ateltow, la mitad de los autores que usted me hizo descubrir han sido ahora eliminados de los programas de estudio. Hoy día, usted no tendría derecho a hablar de ellos, a mencionar su trabajo o a leernos un pasaje en clase.

Y fue así como una mañana en la que hacía bastante fresco, mientras soplaba una agradable brisa y una hermosa luz se reflejaba en las ondulaciones del río, una profesora jubilada, sentada en un banco en compañía de uno de sus antiguos alumnos, se enteró de lo que hasta entonces no sabía. La revelación fue tan fuerte que sintió una opresión en el pecho. La señora Ateltow había echado pestes cuando se había votado la Ley HB 1467 en el Parlamento, y había echado pestes también al hacer la compra y ver que el precio del beicon había subido, e igualmente había echado pestes el día en que, después de dislocarse el hombro a causa de una mala caída, había tenido que esperar cinco horas en urgencias sufriendo el martirio antes de que alguien se ocupara de ella. La señora Ateltow

reconocía que había soltado muchas pestes en los últimos años, y su pasividad la asustaba.

Se volvió hacia Mitch y se lo quedó mirando con la misma cara de disculpa que tenía cuando entraba en clase y les plantaba un examen sorpresa a sus alumnos.

—Y tú, mi pequeño Mitch, ¿has hecho algo con tu indignación?

Ya no quedaba nada de autoridad en su voz. Mitch incluso percibió compasión, ese tipo de compasión que infunde confianza y que hace del otro un aliado. Él le reveló con cierta emoción que había guardado varios centenares de libros prohibidos y le explicó que estaba pensando seriamente en infringir la ley y que seguía dándole vueltas a la mejor manera de proceder para que no lo pillaran. Añadió que cualquier sugerencia por su parte era bienvenida.

La señora Ateltow apuntó con el dedo al aire, esta vez no para mandar callar, sino para darse un tiempo para pensar. Se levantó, se paseó por la orilla del río, pasó y volvió a pasar varias veces por delante de Mitch murmurando y se detuvo de repente para observar a una pareja de ánares reales que se disputaban un trozo de pan.

—¡Derrotarlos con sus mismas armas! —exclamó la señora Ateltow, recuperando el vigor del profesor dispuesto a hacerse con una clase de alumnos revoltosos—. Si al Gobierno le ha dado con los libros es porque les tiene miedo, porque teme su poder. Es lo que me esforcé en transmitirlos a través de las lecturas que os mandaba. A menudo me odiabais, pero os estaba enseñando el arte de comprender más que el de juzgar de forma precipitada; desbarataba vuestras certezas y vuestros prejuicios. En mis clases, conocimos extranjeros, salimos al encuentro de otras civilizaciones, reflexionamos sobre ideas nuevas, confrontamos diferentes mentalidades. El gobernador quiere mantener tal cual el estrecho mundo en el que reina. Mi pequeño Mitch, lo que nos espera es mucho más importante de lo que te puedas imaginar, a condición de que demuestres valor y un poco de locura. Visto que tienes esos libros, hagámoslos circular diez veces más que antes. Es posible que las autoridades nos echen el guante y nos lo hagan pagar, pero, si no hacemos nada, estamos jodidos.

—¿Me está sugiriendo que los ponga en el escaparate? No funcionará: ya ha venido a verme un inspector; me obligarán a cerrar el negocio.

—Tengo una idea mejor. Los jóvenes sienten un hambre voraz por todo lo que está prohibido. Nos arrancarán esas lecturas, idolatrarán a sus autores, no hablarán de otra cosa entre ellos. Vamos a generar un contagio contra el cual los censores no podrán hacer nada. Lo hablaré con algunos antiguos compañeros que siguen en activo, gente de confianza, por supuesto.

Conmovido por su fervor, también Mitch se quedó pensando. Hacer que los libros circularan por los institutos y las universidades le parecía demasiado arriesgado. Tarde o temprano, un profesor o un vigilante confiscaría alguno; tarde o temprano, habría varias personas involucradas y no necesariamente todas simpatizarían con la causa; tarde o temprano algún alumno amenazado con una sanción se iría de la lengua y las autoridades localizarían la fuente. Generar tal entusiasmo por los libros prohibidos entre los jóvenes era en sí mismo una idea formidable, siempre que se encontrara el medio apropiado para inculcarles el virus de la lectura.

Mitch le dio las gracias a la señora Ateltow y luego intercambiaron sus contactos antes de separarse, prometiéndose que volverían a verse pronto.

La solución al problema se le apareció de camino a la librería.

*

Llamó por teléfono a Mathilde para invitarla a cenar, lo cual le encantó y conmovió, ya que era la primera vez que él tomaba la iniciativa. Ella quería saber dónde la llevaría, pero, como era sorpresa, él no le dijo nada, salvo que tenían una cita al día siguiente en la librería, justo después del cierre.

Nada más colgar, Mitch llamó al señor Verner, que comenzó rechazando la invitación, educada pero firmemente. Mitch le prometió una buena cena acompañada de un vino excepcional.

Verner odiaba cenar en compañía, pero, si era por una buena causa...

La señora Ateltow aceptó la invitación cuando todavía Mitch no había acabado la frase, viendo como único inconveniente tener que cruzar la ciudad. Nada más colgar, repasó el programa que tenía previsto para el día siguiente con el fin de poder prepararse como es debido para la velada. Después llamó a su hijo, que tenía la mala costumbre de pasar a verla sin avisar, y le contó que había quedado con unas amigas para jugar a las cartas.

Mitch cerró la librería un poco antes, obligando a la señora Bergol a interrumpir de modo prematuro su lectura. Salió a comprar unas cosas, dos botellas de buen vino, y se metió en la cocina en cuanto llegó a casa. Aunque reunir a sus invitados en un restaurante le habría requerido menos esfuerzo, no quería que oídos curiosos pudieran escuchar lo que tenía que decir.

*

Al día siguiente, llegó a la ciudad en el primer tren de la mañana, cargado con una bolsa a rebosar. Atravesó el patio de luces, entró en el almacén y bajó rápidamente a la habitación secreta, donde puso un mantel y cuatro cubiertos en una antigua mesa de *bridge*. A la hora del almuerzo, se acercó a una ferretería y compró un hornillo eléctrico y un frigorífico de bar que le entregaron una hora después.

El resto de la tarde se le hizo eterno.

*

La señora Ateltow se presentó treinta minutos antes. Su peluquero no había escatimado en rulos, y ella se esforzaba en aplastar sus indomables rizos.

Verner llegó a la hora en punto, poniendo al principio mala cara, pero cambió radicalmente de humor al toparse de lleno con la sonrisa de la señora Ateltow. Mitch los presentó, y el hecho de haber sido ambos profesores les dio de inmediato tema de conversación. Desde entonces, pasaron olímpicamente de Mitch.

Mathilde hizo su entrada un poco después. Frunció el ceño al descubrir el comité de acogida, y no disimuló su impaciencia para que aquella gente se marchara. La fría sonrisa de Mitch le hizo pensar firmemente que se había dejado engañar.

—Para una velada a solas, es una sorpresa... En cambio, para un club de lectura, cinco no es lo que yo llamaría un exitazo, a no ser que esperes todavía más gente —lanzó a los asistentes.

Mitch buscó quién era el quinto invitado al que se estaba refiriendo Mathilde. Echó un vistazo general y vio, detrás de una columna, a la señora Bergol hojeando febrilmente las páginas de *Nos corps enlacés dans la moiteur de l'été*. Se acercó a ella, le quitó el libro de las manos con delicadeza, metió un marcapáginas antes de cerrarlo, se lo regaló y la acompañó a la puerta, que cerró con una vuelta de llave. Mathilde concluyó que no esperaba a nadie más. Mitch acompañó a sus invitados al almacén. Bajaron por la escalera que los conducía a la habitación que ya era secreta tan solo para la señora Bergol.

La comida superó todas las expectativas de Verner, a pesar de no esperar demasiado de aquella velada, aparte de tener que cenar y charlar al mismo tiempo, dos cosas que para él eran absolutamente incompatibles, al menos, hasta esa noche, ya que la comida era succulenta, y su vecina, deleitosa. Hacía mucho que Verner no disfrutaba de la compañía de una mujer y, mientras se volvía a servir una generosa ración de estofado de buey, se preguntó cuáles habrían sido las razones que habían hecho que su matrimonio se fuera a pique. ¿Qué crimen había podido cometer para que su mujer lo despreciara hasta tal punto? Esta inmersión en aguas profundas lo llevó, después de un momento de silencio, a preguntar a su vecina qué pensaba de la guitarra española; a él le gustaba mucho y la tocaba todas las noches antes de acostarse. La señora Ateltow le respondió que nunca la había escuchado y añadió que pondría remedio a esa laguna al día siguiente.

Mathilde permanecía extrañamente callada, observaba la mesa, intrigada por el comportamiento de Mitch en su rol de perfecto mayordomo que rellenaba el vaso de vino de sus invitados cada vez que se vaciaba y retiraba los platos para poner otros según iba

avanzando la noche. Parecía tranquilo, ocupado, pero muy poco pendiente de ella, hasta el punto de que Mathilde se sintió incómoda al principio, y después, extraña. No era la primera vez que se sentía embriagada por el alcohol. Las memorables borracheras que se había pillado siempre la habían hecho sentirse ligera y dispuesta a reír por cualquier cosa. Esta noche era justo al revés. Se sentía incluso más torpe que Verner, cuyo flirteo de principiante en otra ocasión le habría hecho gracia. Estaba acostumbrada a verse rodeada de desconocidos, en fiestas donde por inercia y pereza se apoderaba de ella la sensación de estar en otra parte. Tenía el don de escuchar a los demás con indiferencia, sin dejar que lo que dijeran pudiera afectarla. Esta noche no. Mathilde solo pensaba en una cosa: en pasar una última noche con Mitch, lejos de su casa y lejos de la vida a la que volvería después de haberlo dejado.

Mitch abandonó la mesa para ir a buscar una última botella al bar. Verner se disculpó ante su vecina y lo alcanzó.

—Así que esta cenita con desconocidos era una trampa —dijo, y lanzó una mirada concupiscente a la señora Ateltow, que había entablado conversación con Mathilde.

—No, pero, de haberlo sido, hubiera caído usted solito en ella —respondió Mitch mientras secaba unos vasos—. Me da la sensación de que no le disgusta.

—Puesto que ha llegado el momento de las confesiones, permítame decirle que ha descuidado a su encantadora amiga.

Mitch miró a Mathilde.

—No era mi intención.

—Eso se lo tendrá que decir a ella —encadenó Verner—. Bien, su estofado de buey era excelente, pero creo que ha llegado el momento de pasar al plato fuerte: ¿exactamente por qué nos ha reunido?

Mitch tosió bastante fuerte para que la señora Ateltow se callara. Todas las miradas se dirigieron a él.

—El señor Verner tiene razón: ha llegado el momento de que les desvele el motivo de esta velada. Les agradezco mucho que me hayan obligado a pensar. Efectivamente, alquilar libros a cuentagotas carecía de ambición. Si están aquí, es porque cada uno de ustedes

ha contribuido a un proyecto que me gustaría compartir, y también porque me gustaría pedirles que me ayudaran a ponerlo en marcha. Si movemos un poco los muebles, esta habitación tiene capacidad para un centenar de personas. Una o dos tardes por semana, podríamos reunir aquí a estudiantes. Señora Ateltow, si aceptara volver a trabajar, podría hablarles de lecturas que cambiarían su mundo por uno mejor, libros que les devolverían la esperanza. Lo hacía de maravilla, sé de lo que hablo. Señor Verner, usted podría invitar a sus alumnos y tocar para ellos: haría el ambiente más alegre. Estas reuniones tienen que ser momentos de celebración y de intercambio, donde todo el mundo se sienta bienvenido, libre y encantado con la idea de haber pasado a formar parte, en cierto modo, de la resistencia. Si la cosa cuaja, aumentaremos la frecuencia de los encuentros, y tal vez convenzamos a otros libreros de hacer lo mismo. Lo sé: dicho así suena muy ambicioso, pero creo que puede ser el origen de un movimiento que nadie censure, que ninguna autoridad podrá parar.

—¿Y yo? —preguntó Mathilde—. ¿Cuál es mi papel en este bonito proyecto?

—Cien personas a la vez es una clase muy grande —intervino la señora Ateltow, adelantándose a Mitch—. Estoy un poco oxidada, y una ayuda me vendría de maravilla. ¿Qué le parece si me ayudara a recibir a todos esos jóvenes? Así, la diferencia generacional no sería un obstáculo.

—Se lo agradezco, pero me estaba dirigiendo a Mitch.

—Ayúdame a organizarlo todo; no podría hacerlo solo. Y, si le hablaras de nuestro proyecto a estudiantes de otras facultades, reunirías a hordas de gente. Sé que te estoy pidiendo que asumas un riesgo, y nada te obliga a hacerlo si no quieres.

—¡Por supuesto que quiere! —exclamó la señora Ateltow—, ¿verdad?

—¿Cuándo sería el primer encuentro? —inquirió Mathilde.

—Lo que tardemos en ponerlo en marcha. Digamos que dentro de una semana.

—Yo no tengo libres ni los jueves ni los sábados —anunció Verner.

—El miércoles —propuso la señora Ateltow.

Se aprobó la fecha y se selló el pacto. Verner echó un vistazo a su reloj y propuso a la señora Ateltow acompañarla en el camino de vuelta, explicando que, pasadas las nueve de la noche, las calles no eran tan seguras como pudieran parecer. Mitch subió a abrirles la puerta. Cuando iba a despedirse de ellos, los dos profesores ya se alejaban por la acera. Mathilde, que había salido detrás de ellos, se quedó plantada delante del escaparate.

Por fin Mitch se fijó en que se había soltado el pelo, y había cambiado sus vaqueros por un vestido ligero, y sus deportivas por un par de bailarinas. No se hacía ilusiones sobre cómo iba a terminar la velada, pero aun así le pidió permiso para acompañarla.

—Tu amigo es un señor mentiroso —dijo—. Todavía no son las nueve y las calles son totalmente seguras.

Lo había dicho con voz más lenta y con un tono que sonaba un poco falso.

—¿Qué te pasa?

—De verdad que tienes el don de hacer preguntas tontas, Mitch. ¿Qué habrías respondido si tu antigua profe no hubiera acudido en tu ayuda?

—Lo que te he propuesto. No necesitaba que ella respondiera para pensarlo.

—Mitch, tengo algo muy importante que preguntarte: ¿qué es lo que más te motiva de esta aventura, despertar a los estudiantes o ponerte en la piel de un héroe?

—Pero ¿tú me has visto? ¿De verdad te parece que tengo pinta de héroe, yo, que me da miedo cortarme cuando me afeito por las mañanas?

—No todos los héroes llevan capa. Pensemos en los que llevan libros —respondió ella con un atisbo de sonrisa.

—No sé qué es lo que me motiva. Quizá seas tú la que me ha animado a hacer algo importante, al recordarme que, si cedía o me rendía, me soportaría todavía menos a mí mismo.

—A veces pienso que soy un poco teatral, pero, mira, ¡acabas de darme una lección! Te dejo; tengo que ir a reunir las tropas.

Mitch la siguió con la mirada. Mathilde se alejaba y a él se le habían quitado las ganas de volver a bajar a su guarida secreta. La noche le devolvía a su soledad y su extrarradio.

Entró de nuevo en la librería, giró el pestillo y pasó detrás del mostrador para apagar la luz. Escuchó un extraño tintineo y detuvo el cierre metálico que bajaba lentamente.

La señora Bergol, con la cara pegada al escaparate, daba golpecitos con el dedo al cristal con la misma cadencia que un pájaro carpintero.

—Pero ¿qué hace ahí? —le dijo abriendo la puerta—. La librería está cerrada.

—Sé perfectamente que está cerrada; no soy tonta.

—Vuelva mañana. Podrá leer todo lo que quiera. Se ha hecho muy tarde.

Lo agarró de la muñeca y apretó con todas sus fuerzas.

—Tengo que hablar con usted; es importante.

—¿Hay algún problema? —se preocupó Mitch.

—Si no le compro ningún libro, es porque apenas veo. Todavía distingo la noche y el día, entreveo los objetos que me encuentro a mi paso, la silueta de la gente con la que me cruzo; pero las letras no son más que formas danzantes, y las líneas, olas que se ondulan en las páginas. Es una pena, porque antes leía muchísimo, me encantaba. Me he acostumbrado a lo que me ha tocado; tenemos que resignarnos a que nos hacemos mayores; pero, desde que mi marido murió, mis días se han vuelto mucho más largos. Es por ello por lo que vengo a su librería. Durante dos horas, hago como que leo. A veces es aburrido, sobre todo, cuando no hay clientes, pero, en cualquier caso, me siento menos sola porque está usted. Me hago la sorda por discreción, para no molestar, pero oigo perfectamente. Y, hablando de esto, hace un rato, antes de que me echara, he oído a su amiga hablar de un club de lectura que usted está organizando. Llevo toda la noche pensando en ello. Para mí sería una oportunidad para volver a entrar en contacto con los libros. En fin, voy al grano: me gustaría formar parte de su club, por favor.

Mitch se quedó estupefacto. La verdad era que nunca había tenido en consideración a la señora Bergol. Acostumbrado a su forma de

actuar, se conformaba con saludarla de lejos cuando entraba en la librería, ya que no veía ninguna razón para ayudarla o para recomendarle nada. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que un velo opaco ocultaba el color de sus ojos: una catarata, que debería haber sido operada antes de que llegara a ese estado tan avanzado. Pero él no sabía nada de su salud ni de sus medios, así que no se atrevió a hablar de ello. Bajo su abrigo abierto, llevaba un impecable vestido negro de algodón que ceñía su frágil silueta. Sus arrugadas mejillas no le restaban nada de belleza a su rostro. Mitch no veía razón alguna para negarle lo que pedía, aunque tuviera que ayudarla a bajar y volver a subir las escaleras. Su presencia no molestaría a nadie.

—Vale, de acuerdo —dijo—, y, para que no vuelva a aburrirse cuando esté vacía la librería, siempre y cuando no tenga demasiado trabajo, yo podría leerle uno o dos capítulos de algún libro queelijamos juntos.

—¿Los que hojeo no están bien?

—Sí, sí —respondió Mitch con tono lacónico—. Espéreme ahí a que cierre. La acompaño a casa.

—Muy amable, pero ¡todavía puedo arreglármelas sola! —respondió antes de dar media vuelta.

La señora Bergol se despidió de su librero y subió por la avenida.

*

Aquella noche, sentado en un banco de la estación, Mitch se quedó frito esperando al tren. Después siguió durmiendo durante todo el trayecto, con la cabeza apoyada en el polvoriento cristal de la ventanilla. Caminó hasta su casa a rastras, subió las escaleras preguntándose cuándo llegaría por fin a su piso y continuó la noche vestido sobre la cama.

8. La reunión clandestina

Mitch empezó a dedicar su tiempo libre a preparar el local. Trabajaba incluso más que de costumbre, dormía bastante poco, pero aun así no se sentía para nada cansado; incluso, al contrario: cada día se despertaba más en forma que el anterior y con la moral por las nubes. A la hora del cierre, bajaba al sótano, desplazaba las mesas bajas, y colocaba los sofás, las sillas y los sillones delante de un escenario imaginario que ocuparían Mathilde y la señora Ateltow. Luego, cuando ya no quedaba nada por hacer, ordenaba los libros en las estanterías o escribía fichas de lectura. Mathilde fue a echarle una mano la tercera noche, y todas las que le siguieron. Apareció sin previo aviso, no escuchó ninguna consigna —Mitch renunció enseguida a dárselas— y se encargó de la decoración. Había descubierto en un anticuario un lote de viejos carteles publicitarios que anunciaban conciertos de grupos cuya música nunca había escuchado: Pink Floyd, los Rolling Stones, Supertramp, ABBA, Guns N'Roses, Nirvana, R.E.M., Weezer. La perla de la colección era un retrato gigante de Freddie Mercury, vestido de blanco, con un micro tan cerca de la boca que cualquiera hubiera pensado que se lo iba a tragar. Este último lo clavó con chinchetas detrás del bar. Mitch no trató de averiguar cómo ni por qué esos pósteres podrían enriquecer unas veladas literarias. Ella parecía conocer la respuesta por los dos, y su entusiasmo y su buen humor lo tranquilizaban. Mientras trabajaban, Mathilde le contaba cómo eran sus días en la facultad, le hablaba de los cursos que le habían interesado, de los que le habían

parecido un tostón, le explicó cómo funcionaban químicamente los antiinflamatorios, disertaba sobre los efectos secundarios de la aspirina y se entusiasmaba con el descubrimiento de una prometedora molécula para el tratamiento de ciertos cánceres.

Cuando no tenía nada que contar, se sentaba en un sofá y leía mientras silbaba. A veces desaparecía un par de horas y volvía como si solo hubieran pasado unos minutos. Mitch había terminado por aprender dos cosas de ella: Mathilde necesitaba aprovechar cada segundo, y temía los silencios. A modo de rebeldía, o simplemente por fastidiarla, pegó al lado de Freddie Mercury un cartel con la portada original de *1984*.

*

El domingo siguiente, se quedaron durmiendo hasta tarde. Mitch llevó a Mathilde a dar un paseo por la orilla del río. Al cruzar un puente, él se detuvo. Mathilde se dio cuenta y se dio la vuelta rápidamente, aunque apenas los separaran unos centímetros. Frunció el ceño, preguntándose qué excusa le pondría para anunciarle que la dejaba tirada. Ella no le daría tiempo y respondería que le daba absolutamente igual, que también ella tenía que irse, que tenía un montón de cosas que hacer, empezando por repasar las asignaturas que había dejado de lado para consagrarle sus noches. Todo aquello se le pasó por la cabeza en menos de un minuto, mientras Mitch seguía mirándola fijamente. Él no tenía la más mínima intención de dejarla tirada; se conformó con limitarse a decirle que la veía más guapa incluso que de costumbre. Con las mejillas rojas, Mathilde se colgó de su brazo y se olvidó de lo que tenía que repasar.

—Qué tonterías dices. Estás nervioso, ¿verdad? Todo va a salir bien —le prometió—. Tu donjuán añoso rellenará las horas muertas con su guitarra, y conozco bien a los compañeros que he invitado: no les falta capacidad de réplica.

—¿Cuántos crees que vendrán? —se preocupó Mitch.

—He invitado a unos veinte. —Alzó la vista al cielo e hizo como que contaba—. Yo diría que unos veinticinco. Y les he pedido que

hicieran correr la voz. He exagerado un poco para motivarlos. No podrán resistirse a la tentación de participar en una velada reservada a un pequeño número de iniciados concienzudamente seleccionados. Ya sabes, no eres el único que sufre censura; ahora está prohibido hablar de política en la uni, aunque te puedo asegurar que los que van a venir no se van a privar de hacerlo.

—Imaginándonos que cada uno de tus invitados traiga a otro, deberíamos de rondar las cincuenta personas, y, si Verner reúne a otros tantos, llenaríamos la sala.

—Lo sabremos muy pronto —respondió Mathilde.

*

No fueron más que sesenta. Treinta y dos en el equipo de Mathilde, veintiséis en el de Verner, una sola persona en el de la señora Ateltow, quien había convencido a su librera de participar en una reunión de la que tal vez pudiera sacar provecho, y por último la señora Bergol, que no se lo habría perdido por nada del mundo. Era un número inferior al que Mitch tenía previsto, pero para ser la primera vez le parecía un resultado muy digno.

La señora Ateltow no había perdido la práctica. Describió magistralmente las consecuencias de la Ley HB 1467, en especial cómo terminaría por afectar al pensamiento colectivo, y explicó las razones —políticas y no morales— que la habían motivado. Contrapuso esas motivaciones hipócritas a las de los autores de los libros prohibidos, que, aun siendo de culturas, países, épocas, estilos y géneros diferentes, habían tratado de compartir a través de sus textos una reflexión sobre lo humano, un rechazo a la ley del más fuerte, a la barbarie y a las desigualdades; y que también habían intentado dichos autores hacer surgir un deseo de tolerancia, justicia y libertad. No había quien parara a la señora Ateltow. Mitch trató de recordar si cuando él la había conocido se entusiasmaba tanto al dar clase. Ella citó autores y textos que recuperaban el derecho a los matices. Luego, de una manera un poco teatral, hizo una pausa y se giró hacia la biblioteca, arrastrando con su mirada la de aquellos estudiantes para que admiraran los centenares de libros prohibidos

que había allí. La librera de la señora Ateltow se quedó boquiabierta, con cara de chiste, preguntándose cómo su colega había podido acumular y, sobre todo, esconder tal cantidad de obras prohibidas. No le dio mucho tiempo a pensar en ello. Mathilde hizo su entrada triunfal en medio de un gran recogimiento.

Mitch intercambió una sonrisa con Verner, buscando en su mirada pícara la confirmación de lo que estaba pensando. Las dos mujeres habían tenido que ensayar su exposición para lograr una sincronización casi perfecta.

En efecto, no habían dejado nada al azar. Mathilde se paseó entre las filas, repartiendo con despreocupación y con un estudiado contoneo de caderas una lista de títulos que ella y su cómplice habían elegido para la próxima reunión del club.

El ejercicio consistiría en pensar de aquí a entonces qué cuestiones suscitaban esos textos para que los hubieran prohibido. Entre ellos se encontraban *Confusión de sentimientos*, de Stefan Zweig; *El extranjero*, de Albert Camus; *El amante*, de Marguerite Duras; *Cuando cae la noche*, de Michael Cunningham; *El hundimiento de la casa Usher*, de Edgar Allan Poe, y *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood. Cuando Mathilde hubo terminado de repartir las hojas, se sentó en el respaldo de un sillón vuelto hacia la asamblea, a la que dominaba desde su pedestal. Luego cruzó las piernas, ofreciendo una perspectiva privilegiada de su persona, y acalló los murmullos. Esperó unos segundos y entonces cautivó a la audiencia hablando de las virtudes liberadoras de una literatura proscrita por las autoridades.

Verner, subyugado, observaba con admiración esta presentación, que le parecía magistralmente sincronizada. Apreciaba la musicalidad de su voz y del ritmo que dominaba tan bien como una música consagrada.

Un poco después, Mathilde abrió el debate al público. Una decena de estudiantes fueron tomando la palabra por turnos, aunque ninguno logró alcanzar el nivel de las dos oradoras que los habían precedido.

Hacia las diez de la noche, le tocó el turno a Verner, que agarró su guitarra y sorprendió a Mitch desde los primeros acordes.

—Y espere a que caliente —le susurró a la señora Ateltow.

La velada terminó un poco antes de las once de la noche. Los estudiantes se marcharon entusiasmados; Mitch entregó a cada uno un libro que habían elegido previamente. Verner caminó un poco por la acera de la avenida con la señora Bergol, ya que la señora Ateltow se había subido al coche de su librería.

El estreno fue un éxito: los universitarios habían firmado para la próxima sesión, fijada para el siguiente lunes, y habían prometido incorporar nuevos miembros. Sin embargo, en el camino de vuelta, Mitch y Mathilde hablaron muy poco.

*

Unos días más tarde, Mitch recibió la visita del anticuario que le había vendido el local. Llevaba puesto un abrigo con cuello de piel sintética que le hacía parecer un mafioso muerto de hambre disfrazado de pilingui de lujo. El pelo engominado y peinado hacia un lado para esconder su calvicie no mejoraba el cuadro. El rostro del hombre, hasta ese momento inexpresivo, se torció en una mueca extraña cuando lo saludó. Luego se paseó silbando y alzando por turnos los hombros y las cejas. Mitch se preguntó si sería un tic.

—¿Está buscando alguna obra en particular? —le preguntó.

—No —respondió el anticuario—, estoy dando una vuelta. Se está bien aquí. Está limpio, incluso muy limpio, diría yo. Me parecía más pequeño desde casa. Ha hecho un buen negocio.

—Los libros ocupan menos espacio que las antigüedades —respondió Mitch, preocupado por el propósito de esa visita.

El anticuario se inclinó sobre una mesa, cogió un libro y lo volvió a dejar casi de inmediato.

—Y bien —dijo—, ¿ha visto ya de cerca de qué se trataba?

—¿Ver qué? —preguntó Mitch.

—La habitación, detrás de la pared de ladrillo.

—Ah, ¿aquella historia que se remontaba, si no recuerdo mal, a quien estuvo aquí antes de usted?

—Sí, justo aquella historia.

—No —respondió Mitch—, no he tenido tiempo de ocuparme de aquello que usted mismo calificó de leyenda.

—Anda, qué raro —respondió el anticuario. Ahora el tic le había llegado a la boca, su labio superior subía esporádicamente hasta el extremo de su nariz—. Me pareció verlo bajar unas cuantas veces por la trampilla de la carbonera y escuchar lo que podrían ser golpes de pico.

—¿Me espía?

—No, pasaba por ahí.

—¿Por el patio de luces?

—Sigo tirando ahí la basura —explicó el anticuario—. Vivo en el edificio que hay justo detrás.

—No lo sabía.

—Así que ¿nada de golpes de pico en el ladrillo?

—Creo que ya le he respondido.

—Pues es muy raro, y una pena. —Suspiró el anticuario.

Reanudó su paseo por las mesas, silbando más fuerte cada vez que se paraba para hacer como si se interesara por una portada. Si hubiera pasado las pruebas para encarnar a un ladrón de poca monta en una película de serie B, le habrían dado el papel.

—¿Qué quiere? —preguntó Mitch, que no había conocido nunca a nadie tan irritante.

—Hacer yo también un buen negocio. Creo que me lo debe. Verá, necesito espacio para almacenar unas cosas a las que tengo mucho cariño, y me vendría muy bien debajo de casa. Podría alquilarle esa habitación por un módico precio.

—Alquilarme una habitación que no existe es una cosa muy extraña.

—Deje de hacerse el listillo conmigo. ¿Quién era toda esa gente que entró ayer por la noche? ¿Y dónde fueron cuando cerró?

—Así que me espía. Esa gente, como usted dice, eran estudiantes que asistieron a una lectura que tuvo lugar aquí mismo. Corrí las mesas para la ocasión.

—Pues tuvieron que apiñarse muchísimo. Debe de ser apasionante una sesión de lectura. ¿Podría autoinvitarme, la próxima vez, como

vecino? —prosiguió el anticuario, con una arrogancia que empezaba a sacar verdaderamente de quicio a Mitch.

—Si es usted estudiante, ¿por qué no?

—No me hable en ese tono, o terminaré por pensar que no quiere hacerme el favor.

—Y, exactamente, ¿qué necesita almacenar?

—Antiguallas. A mi edad, uno se vuelve sentimental y he acumulado muchas cosas de las que no consigo deshacerme.

—Está bien, deje de hacerse el listillo conmigo. Sabe perfectamente que esa habitación existe, porque sacaba provecho de ella. Me imagino que el lugar donde tiene guardada ahora su mercancía ya no le conviene, por alguna razón que no quiero saber. Así que ha pensado que el sótano de mi librería sería un escondite perfecto. Pues lo siento, pero no.

—Tenga por seguro que se va a arrepentir. Si cambia de idea, como ya le he dicho, mis ventanas dan a su patio de luces: no tiene más que silbar.

El anticuario guiñó un ojo, quizá otro tic, y se fue.

Cuando se hubo marchado, Mitch tuvo un sentimiento extraño, una sensación desagradable que le duró toda la tarde. Pensó en contárselo a Mathilde, pero finalmente consideró que Verner sería mejor consejero en la materia.

*

Al profesor de música le sorprendió verlo a la salida de clase. Le llevó a la terraza de un café, donde se sentaron. Mitch se sentó enfrente de él y le contó, con una cerveza delante, la visita que había recibido esa misma mañana.

—¿Y le dijo que se arrepentiría?

—Palabra por palabra —respondió Mitch, examinándose las palmas de las manos como si en ellas fuera a encontrar, entre la línea de la vida y la línea de la fortuna, una solución al problema que le ocupaba.

Verner se ventiló su vaso.

—Va de farol —afirmó después de secarse la boca con el reverso de la mano—. No estaba presente en la reunión, así que no puede estar al tanto de nada..., salvo de que ha habido una reunión, lo cual, que yo sepa, todavía no está prohibido. Creo que se está preocupando por nada. ¿Qué piensa de esto su amiga?

—No se lo he dicho.

—Ya veo, ya —soltó Verner, aunque Mitch no viera nada—. El otro día estuvo formidable, una auténtica revelación. Y menudo binomio; fue magnífico. ¿Va bien la cosa entre ustedes?

—Yo creo que sí —respondió Mitch, que no lo tenía nada claro.

Verner le dejó pagar la cuenta y se levantó, feliz con la idea de volver a tocar pronto la guitarra en su librería.

*

Mathilde y Mitch siguieron viéndose dos o tres veces por semana. Después de las reuniones del club, que cada vez tenían más éxito, pasaban la noche en casa de ella. Mitch se marchaba por la mañana antes de que ella se despertara o cuando ella hacía como si siguiera durmiendo. No hubo más cenas a solas, ni clubs de *jazz* ni momentos compartidos en esos lugares que ahora ella mantenía en secreto.

Desde la adolescencia, Mathilde sentía debilidad por los chicos imprevisibles, exaltados y apasionados, aunque no necesariamente por ella, que se diga. Se había encaprichado de un buen número de inútiles, hasta el punto de rozar la ley de la serialidad. Había tenido una relación con un hombre divorciado que sabía más de coches que de su ex, con la que había estado casado seis años. Luego había encadenado con un músico que no soportaba el alcohol, y, cuando se había decidido a adoptar un estilo de vida irreprochable, había dejado espacio en su vida a un profesor de yoga de cuerpo perfecto, pero que se pasaba demasiado tiempo meditando como para poder disfrutar de él.

Había muchas cosas que Mathilde admiraba de Mitch: era diferente a los hombres con los que había estado hasta entonces, no se aburría con él, su humor y su ternura le daban a su vida el gusto

de un viaje inesperado, pero sin tormenta. Paradójicamente, se parecía a los libros que elogiaba delante de los estudiantes, aquellos que explicaba tan magistralmente que bastaba con echar un vistazo rápido a sus páginas para encariñarse con el personaje, aprender a conocerlo y no pensar en otra cosa que en el placer de volver a verlo por la noche.

Desde el principio sabía que aquella historia no duraría, lo cual exacerbaba aún más su deseo de aferrarse a él cuando estaban juntos en la cama.

*

Una mañana, seis semanas después de la primera reunión del club —mientras tanto había habido otras doce—, la policía apareció de improviso en la librería. Mitch fue esposado. El inspector le anunció que tenía derecho a guardar silencio y que todo lo que dijera a partir de entonces podría ser utilizado en su contra. Sentado en una silla, Mitch asistió a un registro en toda regla. Permaneció impasible frente al placer que la policía mostraba sembrando el caos, vaciando estantes, tirando los libros al suelo, volcando las mesas y reventando las cajas del almacén. Cuando terminó el registro, ningún policía se tomó la molestia de levantar la alfombra llena de polvo que cubría parte del suelo del almacén. La visita al sótano al que habían entrado pasando por la trampilla de la carbonera no había dado nada de probatorio, sino tan solo algunos libros de texto antiguos de antes de la reforma de los planes de enseñanza, ordenados en los estantes de una vieja librería. A nadie se le ocurrió que una simple presión en la pared de esa vieja librería habría abierto la puerta a la escena del crimen. Tres horas de caos para echar el guante únicamente a dos ejemplares ilícitos, sacados del almacén. *El retrato de Dorian Gray* y *El origen de los otros*, un ensayo de Toni Morrison que había sido todo un éxito frente a los ciento cincuenta estudiantes presentes en la tercera reunión del club. Mitch no olvidaría nunca aquella velada, el ambiente era espectacular y el debate tan encendido que Mathilde había tenido que subirse a la barra para devolver la calma cuando la señora Ateltow se había

quedado sin voz. Un poco más tarde, Verner había encadenado una serie de piezas desenfundadas de flamenco con un virtuosismo extraordinario, y había podido disfrutar de tres bises. Una velada memorable, que había marcado el comienzo de ese movimiento de rebelión que Mitch tanto había soñado.

Lo subieron a un furgón y, durante el trayecto, lo único en lo que pensó fue en ordenar su librería. Si tenía que pasar la noche en comisaría, se pondría manos a la obra al día siguiente.

No le dio tiempo. El fiscal que se encargó del caso, un tal Salinas, vio en ello un trampolín para su carrera. Puso en marcha la investigación de prisa y corriendo y el juicio comenzó solo dos semanas después de la constatación de los hechos. Por suerte para Mitch, en ausencia de pruebas de la existencia de un lugar donde habrían tenido lugar las reuniones subversivas, los cargos que pesaban contra él se limitaban al comercio ilegal de unos cuantos libros.

*

El argumento del alquiler que esgrimió el abogado defensor no impresionó al jurado. Al contrario, vieron en esta estrategia circunstancias agravantes, una malicia que confirmaba una intención premeditada, una voluntad de burlar la ley distorsionándola. «Sobre todo, de burlarse de los valores que garantizan la estabilidad de la sociedad», había agregado el fiscal Salinas. El acusado no se había limitado a promover una literatura transgresora, sino también obras obscenas. ¿Acaso no habían encontrado en su librería, entre otros libros prohibidos, obras tan escandalosas como las de Atwood?

«No, no las habían encontrado», había objetado la defensa.

«Pero figuraban en un inventario», había retomado la acusación, que afirmó que ese librero, lejos de las obligaciones de su oficio, que consistían, al igual que las del profesor, en contribuir a la educación y al bienestar de la población, creía estar por encima de la ley y se mostraba deliberadamente anarquista.

Alzando la voz, Salinas aseguró que Mitch vendía literatura pornográfica a menores, lo cual era mentira y decía mucho sobre su propia perversión.

Distribuyendo una decena de libros entre el jurado —de los cuales solo dos provenían de la librería de Mitch—, añadió que se dirigía a los jóvenes más maleables para atormentarlos con lecturas traumáticas, lo cual era, evidentemente, una estupidez infundada.

Agitando un ejemplar de *Fahrenheit 451*, la novela de Ray Bradbury, como si de una biblia roja del anticristo se tratara, pidió al tribunal una pena ejemplar para un reincidente al cual un inspector de seguridad pública ya había multado por hechos similares.

Durante las cuatro horas que duró la audiencia, a Mitch ya no le sorprendió nada, ni la mala fe de la acusación, ni la pasividad de los miembros del jurado, que solían asentir con la cabeza, ni el absurdo de aquella parodia de la justicia. Simplemente le tranquilizaba que la policía no hubiera sido capaz de encontrar la entrada a la librería secreta, que su colección estuviera a salvo y, sobre todo, que la lista de libros que había entregado a los estudiantes durmiera en el cajón que había detrás de la barra del bar. No molestarían a ninguno, lo cual le permitía tener la conciencia tranquila. Aun así, hubo una cosa que le extrañó: la ausencia de Mathilde, de la señora Ateltow y de Verner; sin embargo, se sentía demasiado cansado para tenérselo en cuenta.

El jurado no se molestó en retirarse para deliberar. Se emitió el veredicto y el juez condenó a Mitch a cinco años de cárcel.

9. La bestia humana

Durante las primeras semanas de su encarcelamiento, Mitch no podía creer lo que le estaba pasando ni lo que le pasaría en los próximos cinco años de su vida en prisión por haber «traficado» con libros. Armas, droga o algún producto peligroso habrían podido justificar semejante sanción, pero ¿cómo podían temer las palabras hasta ese punto? Y lo entendía aún menos en la confusión del amanecer, cuando el sueño se aleja. Con los ojos aún cerrados, esos primeros instantes de conciencia le recordaban su trabajo de librero. Pensaba en reponer lápices, bolígrafos y paquetes de folios; en hacer inventario; en comprobar qué pedidos de los clientes habían sido entregados y en llamar para avisar de que podían pasar a buscarlos; en reorganizar el escaparate; en hacer un poco de limpieza y en poner al día las facturas pendientes. Pero, en cuanto sus ojos veían las paredes de la celda, libros, lápices y bolígrafos, folios y clientes se esfumaban entre los barrotes.

*

Una tarde bastante soleada, al volver del paseo por el patio, el jefe de los carceleros —al que todo el mundo llamaba «Sargento»— se dirigió a Mitch en el pasillo gritando su número de recluso. Mitch se preguntó qué habría hecho, pero el Sargento no le dejó tiempo para dar con la respuesta. Los golpes de porra se abatieron sobre sus hombros, sus riñones, su pierna derecha (la izquierda estaba

fuera de su alcance, porque se había caído y se protegía como mejor podía, acurrucado en posición fetal). El Sargento prosiguió con su paliza delante de los demás presos. Nadie se atrevió a rechistar, pero todos apretaban los dientes. El Sargento terminó de desahogarse propinándole una magistral patada en la cara. Tras ello, se subió los pantalones, que se le habían escurrido por debajo de la panza debido al esfuerzo realizado, y se marchó tan tranquilo. Dos compañeros de infortunio ayudaron a Mitch a levantarse. El que le sujetaba por las axilas le explicó que aquello era la costumbre. Los nuevos tenían derecho a ese trato. «Es la manera que tiene el Sargento de demostrar quién manda aquí», le había murmurado. De camino a su celda, Mitch sentía que estaba a punto de llorar. No podía hablar, ni siquiera mover los labios; con la cara tumefacta, apenas veía. Aunque esto lo entendió más tarde, acababa de empezar su condena bajo el tiránico reino del Sargento. Al caminar por el corredor, se preguntó cuál sería el empleo que aparecía en la nómina de aquel hombre, si estaba casado, si tenía hijos o un perro. Pensar en aquello podría parecer una tontería, pero se volvía una necesidad imperiosa para poder resistir en la cárcel y al miedo de ser consciente de que su torturador era un ser humano. Porque nada podía mantener a raya a una bestia salvaje, salvo su sensación de estar saciada. Nada podía hacerle entrar en razón, cuando incluso el peor de los hombres mantenía viva una chispa de humanidad, por pequeña que fuera. Sostenido por sus dos compañeros, Mitch volvió a su celda.

*

Pasaron dos meses, y luego otro, y otro más. Como cada mañana desde hacía seis días, los habían reunido en el patio. Las lluvias torrenciales que habían caído la semana anterior habían erosionado la carretera de tierra batida que conducía del centro penitenciario al cementerio situado en la linde de un bosque, cinco kilómetros al norte. Había que arreglarla, retirar los restos de barro que se acumulaban en las roderas y rellenarlos con grava. Pasaron lista, y tres guardias armados los escoltaron a lo largo de toda la marcha. El

carcelero subido a lo alto de la torre de vigilancia observó cómo sus minúsculas siluetas se perdían en el horizonte.

Una hora más tarde, el cortejo se detuvo. Los detenidos fueron colocados en fila india y les quitaron las esposas. Apenas había amanecido, pero el calor ya quemaba sus nuca bañadas en sudor y sal. El Sargento cogió su cantimplora y dio un gran trago; a los presos les entraba incluso más sed al verlo refrescarse, viendo cómo su nuez pataleaba cada vez que deglutía. Los suyos hicieron lo mismo. El Sargento vació en el suelo lo que quedaba y enroscó el tapón. Una mancha oscura apareció en el polvo justo en el lugar donde se había vertido el agua.

*

La hora de despertarse era las cinco y media de la mañana, cuando los carceleros golpeaban con la porra en la puerta de los dormitorios. Había que saltar de la cama y hacerla al estilo militar en un tiempo récord, antes de que el Sargento apareciera para su inspección general. Cuando consideraba que una litera no estaba perfecta, arrancaba las sábanas y la manta, y el que dormía ahí se llevaba una buena. Dos semanas con este trato bastaban para convertir a un detenido en un alumno modélico. Un día, durante una inspección, Mitch se dio cuenta de que los presos casi disfrutaban al observar su trabajo bien hecho. Y cuando el Sargento hubo terminado su ronda y se retiró sin decir nada, Mitch vio que sus rostros de hombres se habían vuelto los de unos niños que se sienten gratificados simplemente porque su maestro no les ha gritado; incluso él mismo sintió casi vergüenza de haber estado a punto de dejarse atrapar.

*

Si el país casi no recibía noticias del mundo exterior, el centro penitenciario no las recibía en absoluto. Ni televisión ni periódicos, y ningún libro para los presos. Los años que siguieron fueron como una ruptura en el tiempo. Un espacio en el que Mitch estaba

irreconocible. El día a día, por duro que fuera, se fue asentando y consiguió superar cada jornada, sobrevivir cada noche colmando su mente con proyectos imaginarios.

*

Una mañana, Mitch se encontró en la acera, junto a una cabina telefónica superviviente de otra época. Necesitaría tiempo para volver a ser él mismo, pero tenía la mirada de un hombre que lleva en su interior todas las esperanzas de una vida nueva. Se giró una última vez, levantó la vista hacia la torre de vigilancia y se alejó cojeando un poco debido a su pierna derecha, que le dolía cada vez que se avecinaba lluvia. En el cruce, recobró las fuerzas y sonrió al pensar que el Sargento seguiría con su vida detrás de los muros de una cárcel.

Tuvo que esperar un buen rato hasta que pasó el autocar que lo condujo de vuelta a la ciudad. Los campos de trigo y de cebada fueron reemplazados por suburbios en los que se erguían enormes edificios. Dos horas más tarde, Mitch reanudó su marcha silenciosa, arrastrando lentamente su pierna tullida hasta que llegó adonde había un cierre metálico echado sobre un escaparate en el que se entreveían, por detrás de los travesaños, libros cubiertos por una capa de polvo.

Mitch pasó por el callejón y desembocó en el patio de luces. Un gato callejero dormía encima de un viejo contenedor de basura. El gato abrió los ojos y se lo quedó mirando fijamente. Mitch lo saludó con un movimiento de cabeza y buscó las llaves en el bolsillo de su chaqueta. Cruzó el almacén y se colocó detrás del mostrador, donde pasó el resto del día sentado en un taburete, observando el destrozo que habían causado los policías el día de su arresto. El tiempo ya no ejercía el mismo efecto sobre él; cinco años pasados entre rejas, sin la más mínima visita, le habían enseñado a hacer de sí mismo su mejor aliado. Al caer la noche, se imaginó la silueta de Verner coqueteando con la señora Ateltow, mientras el fantasma de

Mathilde deambulaba delante de las estanterías, y el de la señora Bergol hojeaba un libro cogido de una mesa.

Entonces una sonrisa inmensa se dibujó en su cara.

*

Durante todo el tiempo que Mitch estuvo poniendo en marcha su librería, se abstuvo de pensar en su vida anterior. Había tomado esa decisión en la cárcel y recordaba perfectamente el momento preciso. Fue al final de una tarde en la que se había negado a obedecer una orden estúpida. El carcelero de guardia le había aconsejado que guardara silencio, añadiendo que, a seis meses de finalizar su condena, sería una pena que cometiera una falta que pudiera alargarla. En su mente se agolpó un montón de pensamientos, pensamientos que se iban volviendo cada más más oscuros, en una mezcla de rabia y resignación. Rememorar el pasado le permitía matar el aburrimiento, pero también conllevaba una desesperación que lo iba matando a fuego lento. Aquella tarde, Mitch sintió cómo se iba deslizando por una pendiente peligrosa, y que no tardaría en llegar a un punto de no retorno; así que, antes de que fuera demasiado tarde, se juró a sí mismo que ya solo pensaría en el futuro.

A pesar de que cada tarde tenía la ocasión de revocar esta decisión, cuando surgía el recuerdo, como el diablo, cuando ordenaba los libros en una mesa o se quedaba mirando más tiempo del debido la silueta de alguna mujer que pasaba por delante del escaparate, o cuando se quedaba ensimismado ante la sombra de un árbol que la luz de la tarde proyectaba en el suelo entre dos estanterías, cuando, mañana y tarde, al cruzar el patio de luces su mirada se posaba en el postigo de la trampilla de la carbonera, Mitch encontraba siempre la forma de escapar a la tentación.

Un sábado soleado, se acercó al parque para leer en un banco, pero su aspecto solitario y paticojo no gustó a los padres de los niños que jugaban cerca de la zona de juegos y llamaron a la policía.

A pocos días de la reapertura de su librería, cuando volvía a casa, Mitch se fijó en una pareja que subía por la avenida, agarrados de la mano. Los siguió hasta la estación, porque le venía de camino, y esa imagen despertó en él sensaciones que había olvidado. Los perdió de vista en el vestíbulo, y una vez en el andén borró de su mente el recuerdo lejano de aquellas noches pasadas en tascas y clubs de *jazz* llenos de humo. Sin embargo, los recuerdos volvieron a la carga en el tren y mientras se preparaba la cena en la cocina. No distinguía bien los rasgos de Mathilde, su rostro se había vuelto borroso, como los de las fotos picadas por el tiempo. Con el corazón hecho jirones, se refugió en su lectura nocturna.

10. La casa dormida

La maleta pesaba tanto que le había costado trabajo retirarla de la cinta transportadora. Un viajero la había querido ayudar, pero ella había conseguido levantarla antes de que él interviniera. Al cabo de tantos años, la moneda que encontró en el forro de su impermeable le pareció una señal, buena o mala, no podía saberlo; pero con esas cuatro monedas pudo sacar un carrito de la regleta. Pasó el control de aduanas y salió del aeropuerto. El aire fresco de la mañana hacía tiritar a los pasajeros que esperaban en la fila de los taxis. Anna había conocido el viento de las llanuras, la nieve resplandeciente que cubre los campos, los montones de nieve endurecidos en las acequias, las caminatas en las que el aliento sale en forma de penacho blanco. No le daba miedo el frío. Los años que había pasado lejos de casa no habían venido acompañados de días fáciles, así que, cuando el taxista le preguntó si había tenido buen viaje, fue incapaz de responderle. Había soportado inviernos que no hacían la vida fácil, había realizado grandes esfuerzos sin contar nunca las horas, había renunciado al amor porque tenía en mente un proyecto que contaba más que amar y ser amada. Había huido, había aprendido muchas cosas de su profesión, de ella misma, de los límites y de su aguante, y había apartado el suficiente dinero para hacer realidad su sueño.

Cuando el coche tomó la autopista, Anna apoyó la cabeza contra el cristal y se quedó dormida. Una hora más tarde, volvió a abrir los

ojos en su barrio de las afueras. Una tienda de perfumes había sustituido el cine de arte y ensayo, y una farmacia se había instalado en la esquina de la calle que antes ocupaba una sucursal bancaria, de la cual ya solo quedaba un cajero automático. Pagó la carrera, llevó su maleta hasta la entrada, cogió las llaves y entró en su casa.

La casa no había sufrido demasiado por haber estado abandonada tanto tiempo. Anna empujó las contraventanas de la planta baja, volvió a abrir la llave del agua, giró la llave del gas y comenzó a quitar las sábanas que cubrían los muebles.

A última hora de la mañana, después de una limpieza general, comprobó con una sonrisa que todo había recuperado su encanto. Subió a la planta de arriba, entró en el baño, esperó a que el agua parduzca se aclarara y se dio una ducha helada que la dejó como nueva. A continuación, deshizo la maleta, ordenó meticulosamente sus cosas, y se vistió con un pantalón y una camisa de algodón. Anna tenía una cita a primera hora de la tarde que no podía perderse por nada del mundo.

Se peinó, se miró al espejo y bajó a la planta baja. Una lluvia fina acariciaba las ventanas. La calma que reinaba en la casa le angustiaba. Cinco años de retiro forzoso no habían borrado sus recuerdos.

Anna se puso su impermeable y salió por la puerta de atrás. La maleza había invadido el jardín hasta la vía del tren de abajo. Avanzó hacia el cobertizo que había junto a la cerca que separaba su casa de la de los vecinos, y tuvo que pelearse con una puerta rebelde. Al pasar el tren, soltó un patadón al lugar donde se había hinchado la madera y por fin consiguió soltar la puerta del marco.

Sacó del trastero un rastrillo, una cortadora de césped manual y un rollo de yute enmarañado con telas de araña que parecía una momia. Luego se agachó y hundió la mano para coger lo que andaba buscando: un estuche de piel, atado con un cordón de cuero, donde generalmente los chefs guardan sus cuchillos.

El suyo contenía una pipeta y dos frascos de cristal llenos de un líquido parduzco. Allí, por las noches, antes de dormirse, a menudo

se había preguntado por qué los había guardado, si era la manifestación de un sentimiento de culpa o cierto remordimiento que había querido mantener vivo. Hoy no sentía ni culpa ni remordimientos. Más bien al contrario. Nunca más sería víctima, y el mundo estaba mejor sin el inspector Jabert.

Anna volvió a cerrar el estuche, lo metió en su sitio y volvió a empujar la puerta del cobertizo. Por último, despacito, tomó el camino que discurría junto a las vías hasta la estación. Una hora más tarde, bajó del tren y, volviendo a sumergirse en el tumulto de la gran ciudad, llegó al notario.

*

El esplendor del edificio se mantenía a duras penas a costa de evidentes sacrificios. El olor a cera barata le repugnó nada más empujar el portón. El ascensor no funcionaba, subió andando a la tercera planta, se detuvo en el descansillo débilmente iluminado y llamó al timbre. La recibió un joven auxiliar, que la condujo a un despacho.

Todas las partes estaban presentes, sentadas en torno a una mesa redonda que había en medio de la habitación. Anna, con su impermeable negro y el pelo recogido en un moño; el vendedor, un hombre con una calvicie avanzada y cejas pobladas; el notario, vestido con un traje tan gris como su piel, y el ayudante, con un bigote que le hacía parecer un joven lord inglés del siglo pasado. El vendedor sacaba un pañuelo de su bolsillo y se enjugaba la frente cada vez que el ayudante pasaba una página de las escrituras de traspaso que leía en voz alta.

Anna firmó el cheque, el vendedor firmó el acta, el notario estampó su sello y los felicitó. El local que había comprado para abrir su restaurante estaba en ruinas, pero, por el precio por el que lo había adquirido, difícilmente podía esperar algo mejor. Desde hacía un año, escrutaba los anuncios que aparecían en un periódico especializado que le llegaba por correo ocho días después de su publicación, aguardando el negocio que le permitiría llevar a cabo su proyecto. Las fotos que había recibido debían de haber echado para

atrás a los demás compradores, pero no a ella, que había invertido en el local la mitad de sus ahorros. La otra mitad serviría para pagar las obras y asegurar el sueldo de un equipo reducido al mínimo, a la espera de que las recetas le garantizaran una cierta autonomía.

Anna, que acababa de desembarcar de un largo viaje, caminaba feliz bajo la lluvia en una tarde gris. Si todo iba bien, en unos meses abriría su propio restaurante.

11. *Por trece razones*

El lunes, a las diez de la mañana, Mitch volvió a abrir su librería con la sensación de que por fin podía respirar tranquilo, una sensación que no duró mucho. Los primeros clientes, una pareja que iba de camino a la estación, entraron dos horas después.

El hombre, entrado en los cuarenta, llevaba un elegante traje oscuro. Se quedó cerca del escaparate, echando miradas furtivas a la avenida. La mujer, vestida con un pantalón negro y una blusa, con grandes gafas cuadradas que le cubrían la mitad del rostro, avanzó hacia el mostrador y le pidió con voz apenas audible un ejemplar de *Por trece razones*. Le explicó, con tímida cortesía, que estaba tratando de acercarse a su hija, que atravesaba un periodo difícil. Mitch se acordaba de la novela de Jay Asher, que había causado gran revuelvo en el momento de su publicación. Contaba la historia de una chica que, poco antes de suicidarse, enviaba a sus allegados unas cintas de casete en las que explicaba a cada uno el papel que había jugado en su decisión. Mitch no tenía ninguna duda de que, con semejante tema, la obra estaría prohibida. Como mero formalismo, abrió el cajón, consultó su vieja lista y se disculpó: el título no estaba disponible a la venta. La clienta se lo quedó mirando, perpleja.

—Se lo vi ayer a la recepcionista del hotel donde nos alojamos. Fue ella la que me habló de él y me lo recomendó.

Mitch recibió esta noticia en silencio, alzó de nuevo la mirada y se preguntó si la recepcionista en cuestión sería alguno de los

estudiantes que habían asistido a las reuniones clandestinas que él organizaba. Desconfiado, temía que detrás de aquella pareja se escondieran dos inspectores de seguridad pública.

—No discuto que haya podido encontrarlo en alguna parte, pero eso no quita que yo no pueda vendérselo.

—¿Y por qué no? —se indignó la mujer—. ¿No le gusta mi cara?

—No, por supuesto que no, no es eso —balbuceó Mitch.

La mujer se lo quedó mirando con la consternación que adopta la gente que no tiene un gran repertorio de expresiones. El hombre, cuyos rasgos se habían crispado, se acercó y golpeó con el puño en el mostrador.

—Escuche, si no tuviera ese libro, lo habría dicho inmediatamente. Iría encantado a comprarlo a otro sitio, pero nuestro tren parte en menos de una hora, y lo necesitamos. Le ofrezco el triple de su precio, ¿le parece bien? —dijo, y se sacó un billete grande del bolsillo.

Hubo un momento de vacilación, de confusión. Mitch se quedó mirando a ambos, sus ojos se posaron en el billete y volvieron a subir hacia sus clientes. Olía a trampa que apestaba. Que dos inspectores le hicieran semejante jugada el día de la reapertura le puso furioso.

—He dicho que no —dijo con tono glacial—. Sé la clase de personas que son ustedes. Váyanse y no vuelvan.

La mujer sacó pecho; le temblaba la mandíbula. Se dispuso a decir algo terrible, pero su marido la cogió del brazo.

—Ni te molestes. Es un retrógrado gilipollas. —Suspiró y la arrastró hacia la puerta.

*

Dos horas más tarde, el malestar generado por este incidente seguía sin disiparse. Como no se había presentado ningún cliente más, Mitch sintió la necesidad de despejarse un poco. Desde que había salido de la cárcel, había vivido recluido entre la librería y su apartamento para tratar de rehacerse. Había llegado el momento de volver a restablecer el contacto con el mundo exterior.

A la hora del almuerzo, fue a un café. Le sorprendió ver que en el mostrador había un periódico que no era *El Faro*, y aún más escuchar a sus vecinos debatir abiertamente sobre las reformas en curso.

A lo largo de la conversación que estaba espiando, Mitch comprendió que el Gobierno había cambiado recientemente. Le dio un vuelco el corazón, se disculpó por entrometerse, contó que acababa de volver de un largo viaje y se enteró de que el gobernador había sido derrotado a principios de verano. Inmediatamente se habían celebrado elecciones y la política que las había ganado había devuelto todas las libertades al país. Semejante noticia debería haber suscitado en él una alegría inmensa, pero ocurrió lo contrario. Explotó porque le habían dejado cumplir condena hasta el final por un crimen que ya no era tal desde hacía tres meses. Se habían olvidado de él en su celda, como si su vida no contara para nadie.

Pagó la cuenta, se marchó del café y bajó por el bulevar inspirando hondo para intentar calmarse, pero fue en vano.

Cuando llegó a la librería, su enfado había mudado en rabia. Los ojos se le inundaron de lágrimas y mandó a paseo los libros de una mesa.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? —se indignó una anciana que acababa de empujar la puerta y estaba delante de él, estupefacta.

—¿Señora Bergol?

—Dios mío, ¿dónde ha estado todo este tiempo? —Abrió su bolso y le tendió un pañuelo—. ¿Mal de amores? —preguntó.

—De amor propio —respondió Mitch secamente.

—Mucho más complicado.

—¿Qué es más complicado?

—Reconciliarse con uno mismo que con los demás. Y bien, ¿dónde ha estado?

—Como si no lo supiera —rumió Mitch.

—Si lo supiera, no se lo preguntaría. Yo estaba en el hospital cuando usted desapareció. Me tiré allí dos meses, dos meses horribles. —Suspiró levantando las manos al cielo—. El personal sanitario hace lo que puede, pero la comida es una bazofia. En la

cocina deben de pensar que nos vamos a morir todos. —La señora Bergol se pellizcó la barbilla e hizo una extraña mueca—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. En cuanto salí, vine aquí corriendo, y por una buena razón, pero estaba todo oscuro. No se veía prácticamente nada por el escaparate. Pensé que se había ido de vacaciones. Volví con regularidad, varias semanas seguidas, pero, como la librería seguía cerrada, terminé por pensar que había cerrado, para mi desgracia. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Mitch permaneció en silencio y la anciana se lo quedó mirando, perpleja.

—He vuelto. El resto poco importa —replicó él—. En fin, me alegro de que mi ausencia no le haya preocupado tanto.

Ella se irguió, con las manos en las caderas.

—Y a usted ¿no le preocupó mi ausencia mientras me abrían en canal?

—No sabía que la hubieran hospitalizado.

—Pues yo no sabía que usted había salido como alma que lleva el diablo. ¡Hala! ¡Empate!

Mitch tosió. Pasó lentamente una página de su cuaderno de pedidos, que no contenía ninguno, y alzó la vista a su clienta.

—¿Y se encuentra mejor ya? —preguntó de mala gana.

—Pobrecito, no es usted nada observador. Le compro ese ejemplar de *Claire de femme* que hay en esa mesa —dijo, juguetona.

La señora Bergol se lo quedó mirando con insistencia, con los brazos cruzados. Se apiadó de él, se inclinó y abrió los ojos como platos.

—Aproveché que me tenían que operar del estómago y del intestino para que me operaran también de cataratas. Pensaba que mi pérdida de visión era otra degeneración más, una más en la lista, comenzando por mis caderas. Vamos, que, si lo hubiera consultado antes, me habría enterado de que no era así; pero siempre me ha dado un miedo atroz ir al médico. Mientras no iba, me sentía bastante bien. En cualquier caso, y dado que mi salud le apasiona, las operaciones fueron de maravilla.

—De verdad que me alegro mucho —respondió Mitch.

—¿Va a parar ya con su numerito de buen samaritano? Me la trae al fresco que se haya levantado con el pie izquierdo. Si no fuera porque en el pasado fue tan amable conmigo, ya me habría marchado hace tiempo a comprar mi libro en otra parte. Y, vista la poca gente que hay o, mejor dicho, que no hay, estaría perdiendo la venta del día. Y ahora, dígame qué es lo que no va.

Era una orden, no una pregunta. Cogió la escalera de la estantería, la empujó delante del mostrador y se sentó en el tercer peldaño.

—¡Tengo todo el tiempo del mundo!

Mitch mencionó su arresto, su juicio y la cárcel, que le habían supuesto cinco años de una vida que volvía a retomar desde hacía poco. Pero la curiosidad de la señora Bergol estaba lejos de verse saciada. Entonces le habló de la conversación que había interceptado a la hora del almuerzo y de la cólera que sentía desde entonces.

—Entiendo —dijo ella, sumida en una profunda reflexión antes de cambiar de opinión y negar con la cabeza—. No, no le entiendo.

—¿Qué no entiende?

—¿Tiene usted la más mínima idea de lo que ocurrió mientras estaba en la cárcel?

Mitch se encogió de hombros. Lo único que sabía era aquello de lo que se había enterado en el café hacía un rato.

—La represión no paró de crecer. Usted no fue el único que acabó en la cárcel. Arrestaron a mucha gente, antiguos periodistas, escritores, cineastas, músicos, profesores considerados demasiado liberales, investigadores considerados demasiado adelantados a su tiempo, estudiantes, incluso mujeres a las que acusaron de haber abortado después de que les fuera prohibido. La situación se volvió insostenible, todo el mundo estaba aterrorizado y la resignación ya no bastaba. El último año, la economía se hundió, la rabia creció y nació un movimiento de protesta. Al principio de manera discreta, hasta el día en que explotó un escándalo. El gobernador había invitado por todo lo grande a una delegación de oligarcas a los que había prometido eliminar las últimas normativas medioambientales a cambio de unos cuantos millones embolsados en los bolsillos del

partido. Nada especialmente nuevo en materia de corrupción, aparte de que aquellos a los que se les estaban haciendo esas concesiones dirigían un consorcio petrolero extranjero. Fue suficiente para acallar a los últimos partidarios del régimen. La gente bajó a la calle, paralizaron todo, y esta vez la policía no pudo hacer nada para disolverlos. La impopularidad del gobernador se había vuelto tal que su entorno empezó a sentir miedo y le obligó a convocar elecciones.

—Es lo que tenía entendido —dijo Mitch.

—¡Entonces, alégrese en lugar de comportarse como un egoísta! —se cabreó la señora Bergol.

Mitch se incorporó en su taburete, tieso como un colegial al que le acaban de echar la bronca.

—Liberaron a cientos de presos —prosiguió ella—. No debía de encontrarse usted con los presos políticos, y tuvo que ser por eso, sin duda, por lo que se olvidaron de usted. Pero ahora es libre, ¿no? ¡Y, cuando digo libre, quiero decir libre de verdad!

—Probablemente tenga razón —admitió Mitch.

—No recuerdo haberme equivocado. Ahora que estamos de acuerdo, tengo que confesarle algo. He echado mucho de menos sus lecturas.

—Ahora ya no las necesita —respondió Mitch.

—No comparto sus gustos literarios, pero me gustaba mucho tener compañía. Cinco años son muchos, sobre todo a mi edad. —Suspiró.

—También a la mía, sobre todo entre rejas. Entonces, ¿nadie le dijo nada de la redada policial ni del juicio? —insistió Mitch.

—¡Pero mire que es cabezota! Nadie le cuenta nada a una anciana que pasea sola por la calle. No había ninguna nota en el escaparate, y las desgracias de un librero no eran mayores que las de cualquier otro —prosiguió ella—. Permítame decirle que está dirigiendo su rabia en la dirección equivocada.

Mitch se preguntó adónde quería llegar.

—Odiar a los que lo metieron en la cárcel en lugar de reprobar a los que se olvidaron de sacarlo. Seguramente no le apetezca escuchar mis consejos, pero de todas formas le voy a dar uno: no

pierda el tiempo rumiando el pasado. Piense solo en el futuro; tiene la oportunidad de tener uno.

La señora Bergol se bajó del taburete, abrió su monedero, pagó la novela de Romain Gary y la metió en el bolso, sin añadir nada más. Mitch se levantó para acompañarla a la puerta.

—¿Ahora cojea? —dijo ella.

—No —respondió él.

—¡Sí que cojea! Volveré a pasar otro día para verlo —prometió antes de marcharse.

Mitch no tuvo más clientes aquella tarde y se pasó el tiempo dándole vueltas al sermón que le había soltado la señora Bergol. Rehacer su vida y no pensar en otra cosa que en el futuro era, sin duda, lo mejor que podía hacer.

*

A las seis de la tarde, después de bajar el cierre metálico, decidió ir a dar una vuelta a orillas del río antes de volver a su barrio de las afueras.

Al pasar por delante del palacio de justicia, se detuvo en seco. Se había quedado sin respiración.

A diez metros de él se hallaba un hombre cuya cara Mitch nunca olvidaría. El fiscal Salinas, que tras un juicio sumario había conseguido la pena máxima para que su caso sirviera de ejemplo, discutía con un colega. Tenía el aspecto afable de alguien que está contando un buen chiste, seguro de su efecto.

La señora Bergol tenía razón en una cosa a la que ahora encontraba sentido: había dirigido su rabia hacia el lugar equivocado, aunque ahora no era rabia lo que sentía, sino un irrefrenable deseo de venganza.

12. *La canción de la llanura*

Mitch no había experimentado nunca esa sed de venganza, la emoción que provoca la idea de saciarla y la preocupación cuando uno busca la forma de llevarla a cabo. Caminaba a un lado y a otro del andén esperando su tren, y lo único que veía era la cabeza de Salinas. Salinas en el estrado de la sala de audiencias; Salinas apuntándole con el dedo; Salinas exigiendo una pena ejemplar; Salinas y su inquebrantable deseo de rectitud; Salinas, cuyo alegato parecía un sermón; Salinas, que se sentía lo más, con su toga negra, y se pavoneaba con la arrogancia de los poderosos.

Cuando el tren se detuvo en la estación, Mitch, que estaba al fondo del andén, se montó en el vagón de cola, en lugar de en el tercero, como solía hacer. Se sentó en uno de los asientos en el momento en el que el tren se ponía en marcha.

Las últimas luces del día se iban extinguendo. Por primera vez Mitch no leía, sino que iba elaborando todos los posibles escenarios para liquidar a su enemigo. Cada cosa a su tiempo. Lo primero, pensar cómo proceder para que no lo pillaran. Fuera cual fuera el método, la sentencia no debería llegar de repente. Su propio encierro había supuesto una larga agonía, así que Salinas debería dñarla despacio. Con la respiración entrecortada, Mitch pensó primero en utilizar un revólver; apretar un gatillo probablemente fuera lo que requería menos habilidades y, en materia de asesinatos, él carecía por completo de ellas. Por desgracia, un disparo era demasiado ruidoso, el objetivo demasiado inmediato y, a no ser que

disparara a quemarropa, podía errar el tiro. Un arma blanca daría tiempo al muy hijo de puta de ver llegar la muerte mientras se iba desangrando, pero apuñalar a alguien era un acto del cual Mitch no se sentía capaz, ya que trocear un pollo crudo o destripar un pescado le daba náuseas. Darle una buena paliza le pegaba más. Había aprendido a pelear en la cárcel, pero solo para defenderse, nunca para atacar. Se pasó la mano por el pelo, se frotó las mejillas e inspiró hondo. Estaba tan excitado que le temblaban los músculos. Sabotearle los frenos del coche sería limpio y discreto, pero también terrorífico cuando esa basura humana de Salinas pisara el pedal. Demasiado aleatorio, y tampoco era plan de causar daños colaterales. Ese cabrón de fiscal ya había condenado a suficientes inocentes como para añadir otros más. Su burdo vocabulario cada vez que pensaba en el fiscal no le molestaba lo más mínimo, incluso, al contrario, Mitch lo disfrutaba enormemente.

De repente, las ruedas chirriaron y el tren comenzó a ir más despacio hasta que se detuvo. Mitch se volvió hacia el cristal y su mirada se posó en la fachada trasera de una casita que daba a la vía, a escasos veinte metros. Había una mujer en la ventana, sentada en el alféizar, absorta en su lectura, cruzando y descruzando las piernas, que se balanceaban en el vacío. Su camisón flotaba al viento. Mitch reconoció la portada de la obra que tenía en la mano. *La canción de la llanura*, de Kent Haruf, la historia de una mujer que sacrifica la vida por su familia y finalmente recupera su libertad. Haruf, considerado demasiado descarnado, había sido prohibido.

Al sentirse observada, la mujer levantó la vista y se quedó mirando con extrañeza a ese pasajero que le dirigía una sonrisa tímida que muy poco tenía que ver con la alegría.

Mitch tuvo la sensación de que el tiempo pasaba extremadamente despacio y que la mirada de esa mujer atravesaba un océano inmenso antes de llegar hasta él. Era una mirada capaz de borrar todo lo que la había precedido.

El tren volvió a arrancar y la casita desapareció.

Aquella noche, tumbado en la cama, con las manos detrás de la nuca, Mitch miraba fijamente el techo de su habitación sin poder

conciliar el sueño. ¿Cómo dormir cuando en un mismo día has sentido un irrefrenable deseo de venganza y el deseo loco de amar?

*

Anna caminaba por la acera con un manojo de llaves en la mano, sin poder creérselo todavía. Lo que desde tanto tiempo ansiaba estaba ahí, al fondo de la calle, y no lograba definir lo que sentía. Alegría, excitación y miedo en proporciones difícilmente cuantificables.

—¿En qué me he metido? —murmuró, y empujó la puerta del restaurante que acababa de comprar.

La luz del día entraba por el cristal opaco y generaba una atmósfera espectral. No quedaba nada o casi nada de su antiguo uso. Trozos de escayola caídos del techo cubrían el suelo del comedor, jirones de papel pintado arrancados de las paredes, algunas mesas cojas y grises de polvo, viejos periódicos amarillentos amontonados debajo de un espejo picado. Anna se abrió paso entre los escombros y entró en la cocina. El material que todavía quedaba no se podía utilizar, la campana extractora pendía de un cable como un esqueleto colgado de una horca. Incluso los roedores se habían marchado de aquel lugar.

«Todo saldrá bien; no hay nada que haga pensar lo contrario», pensó Anna. Una máxima que debía a su antiguo vecino, en el Gran Norte, un viejo granjero generoso y optimista que la conducía en su camioneta hasta la parada del autocar cada vez que su coche se negaba a arrancar.

Anna había disfrutado de su vida en medio de aquellas inmensas llanuras: pistas de tierra que conducían a granjas aisladas, barreras hechas con tablones y alambradas que cercaban los prados donde los acianos despuntaban en primavera en medio de la hierba fresca. En invierno, al caer la tarde, el frío se volvía temible cuando la noche se cernía sobre la llanura; pero ella había domesticado su soledad, apreciaba la discreción que la arropaba y se había hecho a la casa que alquilaba por poco dinero. Cuando había llegado al pueblo de

aquella tierra perdida, a cuarenta kilómetros al norte de la gran ciudad, nadie le había hecho preguntas. Los lugareños la habían observado y habían esperado antes de formarse una opinión. Con el tiempo, se enteraron de que venía de lejos, de que era una persona educada que pagaba sus compras al contado, y de que las pocas veces que se había demorado en el bar del pueblo había bebido tanto como los demás y había cantado con ellos para luego marcharse sin incidentes.

—Todo va a salir bien. No hay razón para pensar lo contrario — volvió a murmurar al comprobar la cantidad de trabajo que le esperaba.

Bastaría con tener cuidado con los gastos, elegir a las personas adecuadas para las obras y hacerse con buenas instalaciones. Anna sabía perfectamente cómo equipar un restaurante. La cocina era pequeña, pero, organizando bien las cosas, no se pisarían los pies entre fuegos y fogones. Abriría un tabique y pondría un cristal para poder echar siempre un ojo a la sala, que tendría cabida para treinta cubiertos, no más. La decoración estaría en consonancia con la carta, alegre y delicada.

Anna se había entrenado y sentía que dominaba suficientemente su profesión como para lanzarse.

Cuando la reforma fuera avanzando, se equiparía en una subasta de liquidación. La mayoría de los restauradores tiraban la toalla al cabo de uno o dos años de actividad, y aquellos que como ella se lanzaban a la peligrosa aventura de abrir un local se resistían a ir a las subastas, por superstición. Anna era obstinada y no creía en la mala suerte.

Cogió una silla que le pareció lo bastante sólida como para sentarse en ella y miró a su alrededor. Se imaginó el ajetreo de la cocina, el ruido de los cubiertos, el murmullo de las conversaciones en el comedor; un mundo que estaba aún por llegar, pero que ya la hacía feliz.

Antes de abrir la librería, Mitch se acercó al palacio de justicia. Debido a una noche de insomnio había revisado las páginas de unas novelas policiacas. Los maestros del género estaban de acuerdo en una cuestión. Al contrario de lo que afirma el dicho, los crímenes perfectos claro que existían, pero no se improvisaban, sino que requerían una preparación pormenorizada, comenzando por la localización.

Se abrió paso entre la multitud al entrar en el recibidor, se metió en el pasillo de las salas de audiencias y se detuvo delante de cada puerta. Un cartelito colgado con chinchetas en un corcho indicaba el juicio que se estaba desarrollando ahí dentro, el nombre del juez y el del fiscal. Escuchó gritos y se dio la vuelta. Tres hombres avanzaban hacia él. Salinas parecía feliz al ver el efecto que causaba en sus colegas.

A pesar de que Mitch no le quitó los ojos de encima, el fiscal pasó por delante de él y continuó su camino sin prestarle la más mínima atención. Y esta indiferencia hizo aumentar su sed de venganza.

Al salir del juzgado, Mitch notó unos fuertes pinchazos en la pierna. Sin embargo, el cielo estaba de un azul impecable y las previsiones meteorológicas no daban lluvia. La cabeza le daba vueltas, el corazón le latía demasiado rápido y tuvo que apoyarse en una pared para no perder el equilibrio. Un hormigueo le recorría los brazos y le subía hasta la nuca y las mejillas. El malestar le duró unos minutos. Una vez se hubo atenuado, Mitch fue a sentarse en la terraza de un café para recobrar fuerzas y poner sus ideas en orden.

En la acera de enfrente, reconoció a Verner, que bajaba de un taxi y se disponía a entrar en una tienda. Mitch quiso acercarse a saludarlo, pero inmediatamente cambió de opinión. El profesor de música, la señora Ateltow, Mathilde: todos lo habían abandonado a su suerte. Ni uno solo había ido al juicio ni a visitarlo a la cárcel.

Al cabo de unos segundos, se fijó en una mujer que bajaba por el bulevar, en dirección a la estación para coger el tren. Con su viejo impermeable negro ceñido a la cintura, e incluso con el pelo y las mejillas manchadas de escayola, rozaba la perfección. Pronto llegaría a su altura, y Mitch hizo como que estaba muy ocupado mirándose

las uñas. El impermeable se detuvo delante de su mesa, Mitch levantó la vista y quedó impresionado por la sonrisa de Anna, que parecía destinada a él. Al instante pensó que una mujer tan impresionante solo podía ser fuente de desengaños.

—Nos conocemos, ¿verdad? —dijo ella con curiosidad.

Sin duda, debía de haber reconocido al pasajero indiscreto que se la quedó mirando en su ventana desde un tren parado en la vía.

—No era mi intención ser grosero —respondió Mitch levantándose—. Era lo que estaba leyendo lo que...

—¡Sí, 84! ¡Era usted!

Mitch frunció el ceño.

—No creo, no había nacido.

—Yo tampoco; hablo del libro.

—¿Orwell?

—Tampoco, un autor japonés.

—¡1Q84! —exclamó Mitch.

—Exacto, usted me lo recomendó. Hace mucho. No tiene por qué acordarse, pero yo sí. Usted fue la última persona con la que hablé antes de marcharme.

Anna habría podido decirle que cuando uno lo deja todo atrás no se olvida de este tipo de cosas, pero era demasiado arisca para confesarle a un hombre al que solo había visto una vez que la novela que había elegido para ella había permanecido a su lado durante los últimos cinco años, y que algunas tardes, cuando la soledad la arrastraba a tierras oscuras, hallaba luz en sus páginas. Aomame y la joven Fukaeri habían sido sus compañeras de exilio.

—Espero que lo disfrutara —dijo Mitch.

—Guardo de él un maravilloso recuerdo. ¿Sigue teniendo esa librería tan bonita, cerca de la estación?

—Más que nunca —respondió Mitch.

—En ese caso, pasaré a verlo para que me recomiende otra lectura.

Se despidió con la mano y lo dejó tan de improviso como había aparecido.

De pie en la terraza del café, Mitch, a punto de creer en un milagro, siguió con la mirada a esa figura que no tardó en

desaparecer entre los transeúntes. Habría podido invitarla a que se sentara, habría podido preguntarle por el viaje que había mencionado, habría podido preguntarle cómo era posible que lo hubiera reconocido, o al menos habría podido preguntarle su nombre. Pero no había hecho nada en absoluto y se sentía terriblemente culpable por ello. Su única esperanza era que ella cumpliera con su palabra y que no tardara mucho en llegar el día en que volviera a su librería.

*

Anna se detuvo delante del escaparate de una tienda que había en la esquina de una calle, y se sacudió el polvo de los hombros, las mejillas y el pelo, horrorizada por el estado en el que se había presentado.

«Olvídate inmediatamente de este encuentro y céntrate en tu proyecto, o te arrepentirás toda tu vida», se prometió a sí misma retomando la marcha.

En la estación, hizo justo lo contrario. Llamó al contratista al que tenía pensado encargar las obras y, mientras negociaba arduamente el presupuesto, con el móvil atrapado entre el cuello y la oreja, consiguió sacar con increíble destreza del bolsillo de su impermeable un cuaderno para poder apuntar en él la cita que acababa de fijar para el día siguiente en un café situado a pocos pasos de una bonita librería.

Corrió para no perder su tren y saltó al último vagón.

*

Al día siguiente, Mitch volvió al palacio de justicia poco antes de la hora del almuerzo. El día anterior, al consultar los carteles a la entrada de las salas de audiencias, se había enterado de que las audiencias se interrumpían a mediodía. Se sentó en un banco a las doce menos diez y esperó a que Salinas apareciese en lo alto de las escaleras para seguirle los pasos. Mitch tenía por misión descubrir dónde almorzaba el fiscal, y si prefería comer solo, como Verner, o

pavonearse con sus colegas. Para determinar el mejor *modus operandi* antes de pasar a la acción, debía saberlo todo de su presa, sus horarios, los lugares a los que el fiscal tenía la costumbre de ir y sus amistades.

Salinas cruzó la explanada y empujó la puerta de la *brasserie* Aux Trois Cousins, en la esquina de la calle. Mitch lo siguió unos minutos después y echó un vistazo general a la sala al entrar. La recepcionista lo condujo a la mesa que había elegido, lo suficientemente cerca de la que le interesaba para poder espiar a sus vecinos. Sentado en el banco, el fiscal esperaba, echando vistazos al reloj, antes de que apareciera un hombre corpulento que fue recibido con un «Su señoría» cuando la recepcionista le retiró la silla para que se sentara. Mitch creía que un juez y un fiscal no podían verse fuera, y, aunque tenía razón para pensarlo, a los dos comensales se la traía sin cuidado que los vieran en público.

No se enteró mucho de su conversación, salvo cuando Salinas rechazó el plato del día, porque era alérgico a los crustáceos. El fiscal hablaba sin cesar, parando muy de vez en cuando para llevarse el tenedor a la boca.

El juez había terminado su plato hacía un buen rato y escuchaba con paciencia sumisa. Si el poder había cambiado recientemente de manos, estaba claro que seguía en manos de Salinas. La comida duró menos de una hora. Cuando los dos hombres pidieron los cafés, Mitch pagó la cuenta y se marchó del local. Y, mientras se alejaba de la *brasserie* Aux Trois Cousins, Anna se acercaba.

13. El arte de conversar

Nada más pasar la puerta giratoria, buscó una cara que le fuera familiar entre los camareros, aunque solo se cruzó con la del jefe de sala, cuya frágil silueta asomaba a la salida de la cocina. La sala comenzaba a vaciarse. Anna fue hacia él y le dirigió una sonrisa amable.

—Señora, ¿desea comer? —preguntó el jefe de sala con voz aguda.

—Tiene manchada la chaqueta. No debería presentarse así en sala —respondió ella, y le guiñó el ojo.

—¿Disculpe?

—Walter, soy yo, Anna. Trabajé de camarera con vosotros.

El jefe de sala apretó los labios y arrugó la frente, lo que inmediatamente le dio el aspecto de un mapa topográfico.

—Ya veo —respondió, cuando en realidad no veía nada—. ¿Está buscando trabajo?

Anna negó enérgicamente con la cabeza para mostrar que no era el caso.

—Un puesto de camarera, quizá —insistió él.

—Todavía no.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Está José en la cocina?

—Ya no trabaja con nosotros —respondió el jefe de sala.

—¿Desde hace mucho?

—Desde hace un tiempo —respondió el jefe de sala sin hacer el más mínimo esfuerzo por disimular su impaciencia.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—Usted no me dijo dónde se marchaba sin dar el preaviso. Y, aunque lo hubiera hecho, como un gesto de cortesía, por ejemplo, habría esperado de mí la mayor discreción.

—José era mi amigo. Me gustaría volver a verlo.

—La cuestión es si también a él le gustaría volver a verla a usted.

Miró su reloj como si en él se hallara la respuesta.

—Espero que esté disfrutando, Walter.

—Señor Walter.

—Ya no soy su empleada.

No hacía falta ser psicólogo para entender que no le caía simpática y que esta conversación no llevaría a ninguna parte. Anna dio media vuelta, se alejó con paso rápido, empujó la puerta batiente de la *brasserie*, dio otra media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—Buenos días, Walter, ¿me reconoce?

—Qué graciosa —soltó el jefe de sala con cara de pocos amigos—. ¿Está segura de que no está buscando trabajo?

—Ya no soy camarera. Soy chef.

—¿Chef? —dijo él, y silbó—. ¿Y en qué prestigioso establecimiento tenemos el gusto de probar su cocina?

—Yo... todavía no he elegido el nombre, pero abrirá muy pronto. De hecho, si conoce a alguien que esté cansado de que le paguen mal, no dude en decírselo, pronto necesitaré un buen jefe de sala.

Walter tosió, con la cara demudada. Luego movió los labios y le dio a entender que tenía trabajo. Anna asintió con la cabeza, resignada con su derrota, aunque la conversación todavía no había terminado.

—¿Esa historia del restaurante es verdad o me está tomando el pelo?

—¿Usted qué cree?

—Hay que echarle cara para venir a robar personal. ¿Es por eso por lo que quiere hablar con José?

—Estoy segura de que espera de mí la máxima discreción.

—Evidentemente. —Walter suspiró. Respiró hondo. Parecía sentirse francamente inspirado y cambió de actitud—: Lo despidieron justo después de que usted se marchara.

—¿A José? ¡Es el mejor chef que he conocido!

—¿Ha conocido a muchos?

—¿Por qué lo despidieron?

—Un incidente grave en la cocina, no puedo decirle más, y que quede entre nosotros. Al pobre le costó mucho encontrar trabajo. Las últimas noticias que tengo de él son que trabajaba en un restaurante mediterráneo del este de la ciudad. El Conquistador —precisó alzando la vista al cielo, como si se tratara de un espantoso drama—. Huelga decir que yo no le he contado nada.

—Por supuesto.

Walter la cogió del brazo, se inclinó hacia ella y murmuró:

—Cuando su local abra sus puertas, hágamelo saber. Me acercaré a ver cómo maneja la sala.

Soltó su presa y desapareció en la cocina. Anna se marchó de la *brasserie* muy contrariada. No había ido a ver a José para robárselo. Hacerle abandonar semejante barco para embarcarlo en su frágil embarcación era irreal y no estaba a su alcance. Pero no había hecho falta pensar demasiado para hacer una conexión entre su despido y el envenenamiento del inspector jefe Jabert, y se sintió responsable de lo que le había sucedido. Iría a verlo en cuanto pudiera, o al menos cuando encontrara la forma de que la perdonara.

Se acercaba la hora de su cita. Se dirigió al bulevar de la estación y llegó con un poco de retraso al café donde la esperaba su contratista. El señor Bariquez era un hombre competente, probablemente honrado, pero inflexible en lo referente a los precios. Sus gafas redondas le daban cierto aire académico, pero solo cierto aire, porque se expresaba en una jerigonza que daba a entender que su infancia la había pasado en muchos países. Cada tres frases, repetía: *Pas de promesas nell'aria, non sto discuter la calidad*, que venía a decir que no hacía castillos en el aire y que no iba a ceder en temas de calidad. Al hablar de la cocina afirmó, con cierto tono

grave, que la *ventilassione estait primordiale*, añadiendo, para insistir sobre este punto, que lo *conezco*.

Anna quería creerlo, pero le costaba mucho concentrarse, carcomida por la culpa al imaginarse a José removiendo paellas en la cocina del Conquistador. Era una auténtica pena, aunque no tuviera nada en contra de la paella. El señor Bariquez acabó aceptando un descuento del cinco por ciento, después de repetir tres veces seguidas que se sacrificaba porque ella era muy «bonito», lo cual, dicho por él, quería decir «simpática». Anna le dio las gracias, firmó el presupuesto y le entregó un cheque al contado.

Al salir del café, se preguntó si un buen libro no la ayudaría a cambiar de aires. Se trataba de una pregunta totalmente desinteresada que condujo sus pasos un poco más abajo en la avenida.

*

Mitch estaba mordisqueando un lápiz, absorto en su inventario, cuando se abrió la puerta.

—¿Qué libro me recomienda? —preguntó la clienta.

La mandíbula inferior de Mitch descendió sus tres buenos centímetros mientras las cejas se arquearon otro tanto.

—¿Un libro? —respondió, pillado desprevenido.

—Normalmente, es lo que se suele venir a buscar a una librería, ¿no?

Ella esbozó esa sonrisa sincera que se le escapaba cada vez que su espontaneidad la empujaba a decir cosas de las que inmediatamente se arrepentía.

—Normalmente, sí.

—Entonces, perfecto, yo soy una mujer normal, de lo más normalita, incluso —dijo, y bajó la mirada hacia su viejo impermeable.

—Ah, no, de eso nada. No entiendo cómo no puede verlo.

—Da igual. Hagamos como si así fuera. La verdad es que me encantaría marcharme con una buena lectura.

Preocupado por no cojear, Mitch contrajo los músculos de la pierna antes de salir del mostrador para dirigirse a la mesa. Cogió una obra, leyó la contraportada, hizo una mueca, la volvió a dejar para coger otra, y así cinco veces. Anna se acercó a él y le posó una mano en el brazo.

—¿Se decide? —Él se quedó delante de ella, en total silencio—. Propóngame algo. Cualquier cosa me irá bien —le prometió ella con voz poco convincente.

—¿Un té?

Ella se lo quedó mirando, muda, y Mitch se puso tan rojo como un tomate en medio de un campo de alfalfa. Anna y él tenían en común carecer de instrucciones frente a las vicisitudes de la vida.

—... que le proponga un libro, evidentemente —se recuperó Mitch, confundido.

—También me vale un salón de té —respondió Anna, sorprendida al darse cuenta de que la idea la emocionaba, aun teniendo pendiente un montón de trabajo—. No he tenido un minuto para comer —añadió a modo de excusa—. Le dejo que elija el lugar. Ya pasaré a por el libro otro día.

Mitch cerró la puerta de la librería y la hizo salir por el patio de luces. Ella se fijó en el gato callejero y se acercó a acariciarlo.

—¿Es suyo?

—No, es el sereno.

Anna no hizo ningún comentario y lo siguió. Dejaron la avenida, se metieron por una callejuela, doblaron en otra, subieron por una tercera y cruzaron una cuarta. A Mitch le preocupaba no solo que llevaran una hora deambulando sin decir más que banalidades, sino no tener ni idea de adónde llevarla, por la sencilla razón de que nunca había estado en un salón de té. Acababan de bordear una plaza cuando Anna hizo un alto para recapitular.

—Nos hemos alejado mucho, ¿no?

—No creo.

—¿Sabe dónde estamos yendo?

—No creo.

—Es lo que me estaba pareciendo.

—Suelo ir a dar un paseo a orillas del río, pero es un poco típico como lugar.

—Nunca hay que tener miedo a los tópicos —respondió ella—. Pero creo que el río está en la otra punta de la ciudad. El primer café que encontremos valdrá.

Y, al cabo de diez minutos, señaló con el dedo el escaparate de un pequeño bar que no parecía nada del otro mundo, pero que los pillaba de camino. Anna tomó asiento en un banco y pidió un vodka.

—Es un poco pronto todavía, pero necesito algo que me anime de verdad —dijo ella.

—¿Un mal día? —preguntó él. Ella asintió con la cabeza—. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Puede, pero prefiero no pensar en ello. Nada le impide contarme el suyo.

Mitch pidió un tequila y el camarero se largó.

—Y usted, lo del tequila, ¿es por gusto?

—Qué va. De hecho, fue ayer cuando debería haberlo bebido.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó Anna.

—Que volví a ver a una persona que me hizo mucho daño. Pensé que podía hacer borrón y cuenta nueva y mostrarme indiferente, pero ocurrió justo al revés.

—¿Una mujer?

Mitch negó con la cabeza.

—La rabia no va conmigo, pero, desde que me lo crucé, estoy furioso, y no me gusta esa sensación.

—Y él ¿cómo reaccionó?

—No me vio o no me reconoció.

—¿Una vieja historia de amor?

—En absoluto. —Mitch sonrió.

—Entonces, ¿qué fue lo que le hizo?

—Es una larga historia; le aburriría.

Anna se inclinó hacia él. Podía leer en los rasgos de Mitch lo mucho que le había costado hacer esa confidencia, y, cuando había afirmado que la rabia no iba con él, lo había creído sin reservas.

—Vale, pero ha despertado mi curiosidad. No puedo preguntarle a qué se dedica porque ya lo sé, y si usted me devolviera la pregunta

tampoco sería muy original. Podemos perfectamente estar callados. El silencio no me asusta.

—Y usted, ¿hay alguien en su vida al que no perdonaría nunca?

—Lo hubo —respondió ella—, pero le di un poco de su propia medicina. Ahora estamos en paz.

—¿Usted cree que la venganza alivia?

—No, bueno, quizá. No hay nada honorable en la venganza, pero a veces es una cuestión de supervivencia negarse a que te aplasten. Es algo que las chicas descubren demasiado a menudo en el instituto.

—¿Qué tipo de adolescente era usted?

—Esa sí que es una pregunta curiosa. No me la habían hecho nunca —dijo Anna, y se echó a reír—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no se me da muy bien conversar, como ha podido ver. Incluso ha debido de pensar que no me interesa. Al contrario. Supongo que, si quieres empezar a conocer a alguien, es mejor empezar por el principio de la historia, como con los libros.

—Vale —dijo ella—. Me volvía loca el fútbol, y, como tenía un físico andrógino, conseguí que me aceptaran en un equipo de chicos. Corría más rápido que ellos y marcaba muchos más goles que ellos. Al final me gané mi puesto de delantero. Nadie conseguía parar mis tiros, y a mí me encantaba humillarlos. Había perfeccionado una técnica infalible. En el momento de tirar, soltaba un grito ronco, como los jugadores de tenis, lo cual me daba un gran impulso y sobresaltaba al portero. ¡Gol! Cuando me empezó a crecer el pecho, se me negó mi sueño de hacer carrera en el equipo masculino.

Mitch proyectó su mente a las lejanas orillas del río para no mirarle el pecho a Anna.

—¿La echaron por tener pecho? —preguntó, con la mirada puesta en una mala copia de un Mondrian que había colgada en la pared que había detrás de ella.

—Fui yo quien les dio puerta. La naturaleza siguió su curso. Mis compañeros de juego fueron creciendo, su musculatura se fue desarrollando y, con ella, su resistencia: no podía competir con ellos en el terreno de juego. Soy muy mala jugadora.

—¿Y después?

—Corrí hacia la edad adulta con una energía salvaje, pero ese es otro capítulo.

—¿Y para qué esa energía salvaje?

—Para irme de casa.

—¿No se llevaba bien con sus padres?

—Dependiendo de los días, pero se fueron encadenando los que no. Me negaba a hacer lo que esperaban de mí. Yo quería hacer realidad otro sueño.

—¿Y lo consiguió?

—Casi. Por eso he vuelto.

—¿Dónde se marchó?

—Lejos, muy lejos; pero no paro de hablar y usted de hacerme preguntas.

Mitch consideró que el arte de conversar era más complicado de lo que había supuesto, que debía de haber un cierto número de preguntas por hacer, y otro cierto número que no. De repente, los libros le parecieron maravillosamente accesibles.

—Y usted —preguntó Anna—, ¿ha hecho ya realidad su sueño?

—En este momento estoy trabajando en ello.

Ante la mirada perpleja de Anna, Mitch se corrigió de inmediato.

—No me refería a este momento con usted, aunque lo esté disfrutando mucho... ¿Esto sí se puede decir?

—Se puede. Entonces, ¿a qué se refería?

—Bueno..., yo también vuelvo de un largo viaje.

—¿Dónde ha estado?

—En la cárcel —respondió Mitch.

14. El Conquistador

—¿Ha matado a alguien? —preguntó Anna.

—Me halaga que sea lo primero que se le ha pasado por la cabeza. ¿Me ha visto usted cara de asesino?

—No creo que haga falta tener una cara especial para serlo.

—Pues siento decepcionarla, pero no tengo alma de criminal.

—No está bien dejarme con la intriga. ¿Me va a decir qué fue lo que hizo?

—No paro de hablar y usted de hacerme preguntas —respondió Mitch.

—¿En serio quiere jugar a esto?

—En la facultad, un día llegó un compañero con la nariz hinchada. Todo el mundo pensaba que se había hecho respetar y a su alrededor reinaba un aura indescriptible. Pues el muy animal terminó por reconocer que, al cambiar la rueda de la moto, había tirado demasiado fuerte y se había llevado un golpe en toda la cara. Su aura desapareció junto a la rueda de repuesto.

—¿Acabó en la cárcel por una rueda pinchada?

—Organizaba lecturas con estudiantes en el sótano de mi librería.

—¿Y es delito?

—Vender libros prohibidos lo era. Habrían podido condenarme a una multa o precintarme el local, pero el fiscal buscaba un trampolín para su carrera e hizo que mi caso sirviera de ejemplo.

—¿Qué libros fueron prohibidos? —preguntó Anna, convencida de que Mitch le estaba tomando el pelo.

—Aquellos que infringían la norma establecida por los partidarios del poder, las novelas que desbarataban sus convenciones y su visión de la sociedad. Cualquiera podía señalar una obra que consideraba inapropiada. Bastaba con rellenar un formulario para que fuera retirada de las bibliotecas. La que le vendí formaba parte de ellas. Seguramente tuve que dudar en separarme de ella. Espero que fuera sincera cuando me dijo que le había gustado.

—¿Lo dice en serio?

Anna vio en su mirada que así era. Pidió otro vodka, que se bebió de un trago antes de volver a dejar el vaso como una pirata dispuesta a capitular.

—Recuerdo haberle dicho aquel día que necesitaba un compañero de viaje bonachón, pero no sabía que me había convertido en su cómplice.

—La venta estaba prohibida, no la lectura.

—¿A quién se le ocurrió una ley tan absurda?

—El verdadero misterio es que la gente aceptó que se aplicara. Me llevó mi tiempo entender lo que me había pasado, y tiempo, lo que se dice tiempo, tuve mucho. Los tiranos necesitan un Estado tiránico, y para lograr sus fines confían a un montón de gente pequeñas tareas que no les parecían reprobables. Cada cual da lo mejor de sí para ser recompensado, para obtener una prima o un ascenso. Los agentes de policía que vinieron a detenerme no hicieron más que su trabajo: arrestaron a un defraudador, nada que les quitara el sueño. Y lo mismo pasó con el secretario judicial, los miembros del jurado, el juez y el conductor del autobús que me llevó a la cárcel. Es así como se establecen los regímenes totalitarios, dividiendo las responsabilidades de manera que nadie se dé cuenta de que es un eslabón de la atrocidad.

—¿Y el fiscal?

—Le dirá que hizo cumplir la ley, y que mi destino no le impidió volver tranquilo a casa y dormir la misma noche que hizo que me condenaran. Para las tareas importantes, el régimen se apoya en los colaboradores más crueles. Es su caso. Ahora es fiscal general (ha conseguido un ascenso).

Anna lo observaba de manera extraña, sumida en un largo silencio, y Mitch se sentía incómodo.

—¿He dicho algo que le ha molestado? —preguntó.

—Para nada. Estaba pensando.

—Si la compañía de un exconvicto le incomoda, no se preocupe: lo entendería perfectamente.

—No me preocupo, y le confirmo que usted no tiene nada de criminal.

—¿Qué le hace decir eso?

—Por un segundo me he puesto en su lugar.

—Ah, ¿y cómo ha sido?

—¿Cuánto tiempo pasó en la cárcel?

—Cinco años.

—¿Cinco años por unos libros?

Había gritado lo suficientemente alto como para que sus vecinos de mesa se dieran la vuelta.

—Yo creo que no me habría podido resistir a hacérselo pagar —continuó en un tono mucho más comedido.

—¿En serio? —se sorprendió Mitch.

—¡En serio! —respondió ella con una sinceridad apabullante.

—¿Y quién le dice que no es mi caso? ¿Tiene hambre?

—Más que el perro de un ciego —respondió Anna.

Mitch le tendió la carta, pero Anna la dejó en la mesa sin tan siquiera mirarla y le sugirió que cambiaran de sitio.

El restaurante donde lo llevó era muy distinto de aquellos a los que solía ir Mathilde.

Era un restaurante de clientes habituales donde los camareros se hacían llamar por su nombre. La luz azulada de la tarde entraba por los grandes ventanales, y caía sobre los espejos que había empotrados en las paredes y enmarcados con azulejos antiguos. Por la atmósfera, uno tenía la sensación de estar entrando en un Madrid anticuado. El ambiente de El Conquistador era alegre y servían cocina de fusión. Anna se quedó sorprendida y enamorada cuando probó los espárragos de Aranjuez. Estaba lejos del clasicismo

aburrido de Trois Cousins y pensó que había algo nuevo bajo el sol en el trabajo de José.

—Es realmente increíble —se extasió Mitch limpiándose los labios—. ¿Cómo se llama mi plato?

—*Cochinillo*[\[1\]](#) al horno —respondió Anna con voz ausente.

—¿Tiene algo en contra del *cochinillo* al horno?

—El cocinero que trabaja en esta cocina y yo tuvimos una relación muy cercana.

—¿Y ya no la tienen? —preguntó Mitch, que veía empañarse la velada como un almuerzo en la hierba cuando el cielo se nubla.

—Fue en otra vida.

—Ya veo. ¿Me ha traído a cenar al restaurante de su ex?

—Usted no ve nada. Fuimos cómplices, pero nunca pasamos de ahí.

—¿Por su parte o por la de él?

—Por la de los dos. Es más complicado de lo que se imagina.

—Yo no me imagino nada. Si es tan complicado, ¿por qué ha decidido venir aquí?

—¿Le importaría si cambiamos de tema? No nos conocemos, pero no me apetece nada ser deshonesto con usted.

—Usted sabe un montón de cosas de mí, pero yo no he conseguido averiguar mucho de usted. Intente verme como alguien tan bonachón como lo fueron Aomame y Fukaeri.

—¿Se acuerda de todos los personajes de las novelas que recomienda?

—De aquellos que me han marcado, sí.

—José tuvo problemas de los que yo soy responsable. Cuando me marché, no volví a tener noticias suyas. Me daba un poco de miedo volver a verlo, pero venir aquí con usted me ha dado el valor que necesitaba.

Mitch dejó que pasaran varios ángeles antes de lanzarse.

—Y él ¿tuvo noticias suyas?

—Ya se lo he dicho; fue en otra vida.

—¿Los problemas de los que me habla tienen algo que ver con ese viaje del que no me habla?

Anna puso una cara que nada tenía que ver con la pregunta que le acababa de hacer. Le temblaba el mentón ligeramente y con la mano buscaba a tientas un vaso que tenía delante, con la mirada fija en un hombre de complexión considerable que se dirigía derecho hacia ellos. José saludó rápidamente a Mitch, como cuando se ignora de forma intencionada a alguien, y se dirigió enseguida a Anna:

—¿Qué haces aquí?

—Comprendo que estés molesto conmigo, lo siento mucho, pero te juro que no me había enterado de nada hasta esta mañana.

—¿Molesto por qué? —preguntó José inclinándose sobre la mesa.

—Por lo que te ha pasado.

—Pero ¿qué dices, Anna? Tú no tienes nada que ver con mi vida.

—Walter me habló de un accidente grave en la *brasserie*, así que pensé que...

José negó con la cabeza, incrédulo.

—Piensas demasiado, y no deberías pensar en voz alta, no sé si me explico —dijo, y fulminó con la mirada a Mitch—. Le partí la cara al chef de Trois Cousins; hacía tiempo que se la estaba buscando, y al final la encontró. Y, aunque me costó Dios y ayuda, ahora soy cien veces más feliz. Aquí soy yo el chef y me siento orgulloso de los platos que salen de mi cocina.

—Incomparables —intervino Mitch esperando calmar los ánimos.

José se sentó en el banco y se sirvió vino en el vaso de Anna. Se lo bebió de un trago y soltó un largo suspiro.

—Maldita sea, ¿por qué has venido?

—Porque tenía que hacerlo. ¿Por qué te molesta tanto?

—Cuando te marchaste, aquello tuvo sus consecuencias. Vinieron a la *brasserie*, interrogaron a todo el mundo y...

Se interrumpió y miró a Mitch.

—¿Y? —insistió Anna.

—Analizaron minuciosamente la lista de empleados y se interesaron por aquellos que habían dejado su puesto de trabajo después de... del incidente. Dos semanas después, un poli vino a preguntarme por ti. Fue gracias a él por lo que me enteré de que habías desaparecido. Como te podrás imaginar, no dije nada. Pero no fui el único al que interrogó. Ha llovido mucho desde entonces,

pero, teniendo en cuenta lo que pasó, nunca abandonarán el caso. Advertida estás, aunque, como siempre, harás lo que te dé la gana. ¿De verdad le gusta la cena?

—De verdad —se apresuró a decir Mitch.

José se quedó impasible, cosa que casi nunca ocurría, por no decir nunca, y que significaba que estaba contento. Se levantó, le dio un beso en la mano a Anna, se despidió de Mitch con la misma falta de interés que al llegar, y volvió a la cocina.

Mitch quiso pagar la cuenta, pero el camarero se negó: invitaba la casa.

Salieron del restaurante y caminaron uno al lado del otro en aquella agradable noche.

—¿Qué pasó en Trois Cousins para que la policía...?

Anna se lo quedó mirando de tal manera que Mitch se interrumpió en medio de la frase. En sus ojos había esa petición de silencio de la que solo las mujeres son capaces. Llamó a un taxi, le dio las gracias a Mitch por aquella inesperada velada y se subió al coche.

—Vaya pensando en mi próxima lectura: necesito un nuevo compañero! —gritó desde la ventanilla mientras el taxi arrancaba.

Mitch se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la estación.

En el siguiente cruce, la soledad se posó sobre él como la lluvia de invierno que nos huela la sangre.

[1] En castellano en el original. (*N. de la T.*)

15. *El odio que das*

Día tras día, la clientela iba volviendo. Los antiguos clientes saludaban a Mitch con la cortesía justa. Hacían sus compras y se marchaban sin perder más tiempo. Ni uno solo le había preguntado, como si fuera normal que una librería cierre de la noche a la mañana para volver a abrir cinco años más tarde. Lo sabía todo el mundo, pero nadie se preguntó por su paradero, y mucho menos se rebeló; hacer como si nada era lo mejor para tener la conciencia tranquila.

Mitch no lograba expresar lo que sentía. Trataba de convencerse de que había dejado atrás su pasado, pero cada tarde, cuando cerraba la librería, su pasado seguía ahí. Y cada mañana subía el cierre metálico dispuesto a no dejarse llevar por el rencor, convencido de que este solo le aportaría desgracia. Ahora les dedicaba más atención a los lectores de paso. El negocio iba bien y durante el día se sentía feliz, pero un poco menos al caer la noche.

No volvió a tener noticias de Anna. Al cabo de dos semanas se hizo a la idea de que no volvería a saber de ella, lo cual no le impedía seguir dándole vueltas a qué es lo que podía haberla hecho huir. ¿Algo que había dicho?, ¿alguna pregunta que había hecho?, ¿su conversación le habría parecido aburrida? Y, por si no tuviera bastante con lo que torturarse, acabó por pensar que la compañía de un exenchironado le habría servido de diversión solo por una noche.

Al llegar a esta conclusión, Mitch remontaba poco a poco. Después de todo, había cumplido su condena, no le había hecho daño a nadie

y no se traía entre manos ningún asunto misterioso susceptible de despertar el interés de la policía. Cuando juzgaba humillante el persistente silencio de Anna y estúpidas las esperanzas que en ella había depositado, siempre y cuando la librería estuviera vacía, soltaba alguna palabrota. Aquella mañana tocó: «Pero ¡qué gilipollas!».

—Veo que la calidad de la acogida no ha mejorado —soltó el hombre que acababa de entrar en la librería.

—¿Verner?

—El mismo que viste y calza, amigo mío. Bueno, lo que queda de él.

Mitch salió del mostrador para recibir al profesor.

—Debería colocar una campanita —prosiguió Verner—. Cada vez que uno entra aquí, tiene la impresión de que usted no se da ni cuenta.

—A menudo es el caso, y mejor así. Desde que cerró la sala de espera de la estación, la gente viene a pasar el tiempo mientras espera a su tren; entran y salen sin comprar nada.

—A lo mejor, si no los llamara gilipollas, los viajeros se marcharían con algún libro —sugirió el profesor.

—Bueno, Verner, ¿qué quiere? —preguntó Mitch con voz gélida.

—Verlo, querido, ¿qué si no? ¿Qué le ha pasado en la pata? ¡Antes no cojeaba!

—Una mala caída esquiando —respondió Mitch.

—Qué gracioso. ¿Dónde ha estado? Podría haber dado noticias.

Verner parecía totalmente sincero al hacerle aquella pregunta. Mitch conocía sus dotes de actor y estaba decidido a no caer en su juego.

—¿Cómo que dónde he estado?

—¿No ha quedado clara mi pregunta? Pues yo diría que sí. ¿Se puede saber por qué está siendo tan poco amable?

—¿También usted va a hacer como que no sabía nada? —preguntó Mitch, a punto de perder la paciencia.

Verner se mosqueó y tomó la delantera.

—¿Saber el qué? —preguntó alzando el tono—. Vine a la reunión, el día y a la hora acordados. ¡Pero usted se ve que no, porque el

cierre estaba echado! Pensé que me había equivocado de día, volví a pasar al día siguiente y al siguiente, al salir de clase, pero la librería seguía cerrada. Llamé por teléfono, pero la línea terminaba por cortarse. Así que volví, una y otra vez...

—¿Y? —perdió los papeles Mitch, que veía cómo la cara del profesor se iba poniendo cada vez más roja.

Verner hinchó el pecho y comenzó a andar a grandes pasos por la librería, con las manos en la espalda. Le oscilaba la cabeza adelante y atrás a cada paso que daba, como un gallo a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Pues deduje que había echado el cierre y que se había marchado sin dejar rastro. No le voy a negar que recibí un duro golpe en mi amor propio. Aun a riesgo de repetirme, creía que éramos buenos amigos, y el desprecio que demostró al no volver a dar señales de vida me dolió. Hala, ya lo he dicho.

—¿En serio espera que me trague que no se enteró ni del arresto ni del juicio?

—¿De qué arresto y de qué juicio me está hablando? —preguntó Verner sin aire.

Y, para darle más efecto a su estupefacción, se sentó trabajosamente en una mesa.

—¡Mi arresto y mi juicio! —gritó Mitch—. Me he tirado cinco años entre rejas.

Verner se hundía cada vez más; todo su ser parecía abrumado por el peso de la noticia.

—Le juro que no sabía nada. ¿Cómo habría podido saberlo?

—¿Por la prensa, por ejemplo?

—Hacía tiempo que había dejado de leer *El Faro*, y por una buena razón, que era que no informaba de nada. Le pido por favor que crea en mi buena fe. Déjeme invitarle a una copa, a condición, claro está, de que me lo cuente todo.

A Mitch no le apetecía nada ir a tomar una copa: era muy temprano; y, aunque la hora se hubiera prestado a ello, no lo hubiera hecho. Para su desgracia, Verner no parecía tener la más

mínima intención de marcharse. Mitch fue al almacén y volvió con una jarra de agua, firmando su rendición.

El profesor le escuchó sin interrumpirlo en ningún momento. Mientras contaba su historia, Mitch se hacía algunas preguntas. Para poner semejante cara, o bien Verner era un mentiroso profesional, o bien decía la verdad cuando afirmaba que no estaba al tanto de nada.

—¡Es terrible! —suspiró cuando hubo terminado su relato.

—Sobreviví.

—No me refería a la cárcel, sino a mi ignorancia —contestó el profesor—. Habría ido a verlo, le hubiera llevado pasteles, habríamos podido conversar. Algo con lo que mantener ocupada mi soledad, y la suya, por supuesto.

Verner tenía el don de ser tan atento como bondadoso, un equilibrista genial capaz de hacer una pirueta para recuperarse antes de la caída.

—Pero no fue así —concluyó Mitch.

—Y ahora, ¿qué va a hacer? —prosiguió el profesor.

—Mantener mi librería a flote —respondió Mitch, que no quería entrar en la venganza que le obsesionaba cada vez más.

—Y su preciosa colección ¿se la confiscaron?

—No, nunca descubrieron la entrada a la habitación secreta. Me pillaron por dos tristes libros que me olvidé en el almacén. ¿Salinas no se acercó nunca a preguntarle?

—¿Quién es Salinas? —preguntó Verner.

—El fiscal que pidió mi cabeza.

—Nunca he oído hablar de él —dijo a punto de escupir en el suelo para demostrar su evidente buena fe.

Mitch casi se sentía avergonzado por haber dudado de él. Nadie podía fingir tan bien, ni siquiera el viejo profesor.

—Me alegro de que no tuviera problemas. Y espero que los demás tampoco —dijo Mitch.

—Si quiere preguntarme por la señora Ateltow, siéntase libre.

—La verdad es que, para serle sincero, me da absolutamente igual.

Verner se frotó la barbilla, hizo unos gestos para dar a entender que tenía un secreto, se levantó y se acodó en el mostrador, tamborileando con sus diez dedos. Luego inspiró hondo para añadir gravedad a lo que se disponía a contar.

—¿Una redada, un juicio y una dura condena, por un par de libros? Perdóneme, pero me huele raro.

—Pues así es.

—Le falta ambición cuando piensa. Tal vez los agentes no encontraran lo que andaban buscando; aunque, si vinieron tantos, es porque algo estaban buscando.

—Buscaban que sirviera de ejemplo para aterrorizar a los bibliotecarios y a las demás librerías, para disuadirlos de resistir.

—En ese caso, es igualmente absurdo que no me enterara de nada. Y me parece incluso mucho más sorprendente que mi querida señora Ateltow tampoco se enterara de nada de lo que ocurrió por su librería, que se marchó de su visita encantada y decidida a seguir el movimiento.

—¿Organizó ella otras lecturas? —preguntó Mitch, al que por primera vez le interesaba la cháchara de Verner.

—No podemos culpar al Gobierno de haber hecho demasiada publicidad de su ejemplo. No tiene ningún sentido, pero vaya usted a saber lo que se cuece al otro lado de las paredes del ministerio y en las cabezas de los que trabajan en él.

—¿Adónde quiere llegar exactamente, Verner?

—Al Capone acabó sus días en la cárcel por fraude fiscal y no por todos los delitos de sangre que había cometido.

—Le agradezco la halagadora comparación.

—¿Sabía usted que, a cambio de su impunidad, su contable entregó a los agentes del FBI las pruebas que necesitaban? El Gobierno se valió de ese delito relativamente menor para lograr sus fines.

—No lo sabía, y no veo qué relación pueda tener conmigo.

—Pues no lo vea. Si usted dice que lo que le condujo a la cárcel fueron simplemente dos libros, pues habrán sido ellos y nadie más. Después de todo, usted es el más indicado para saberlo.

Verner levantó su largo esqueleto y se decidió a marcharse.

—Me alegro de que haya vuelto, y aún más de que sobreviviera a todo aquello. Si me permite, volveré a pasarme uno de estos días. Quién sabe, quizá le apetezca compartir una copa de verdad.

Justo antes de salir, se giró y sonrió con torpeza.

—Y a la divina Mathilde, ¿la ha vuelto a ver?

—No desde el día que me arrestaron.

—Qué lástima. Y mire que parecían muy unidos.

—Yo también lo pensaba, pero me equivocaba. No vino el día del juicio, ni tampoco después para visitarme en la cárcel.

Verner cerró la puerta tras de sí y subió por la avenida.

*

Hasta bien entrada la tarde, Mitch no entendió el sentido de la lección del profesor, del tono cargado de ironía que había empleado para reprobar a los libros y a «nadie más». Mitch siempre había considerado que la redada policial había estado motivada por el informe del inspector que había encontrado el *Diario* de Ana Frank en la estantería. Se había resignado a su condena, y se había reprochado no haber sido lo suficientemente prudente y haber obrado a la ligera al dejar por ahí tiradas otras dos obras prohibidas en el almacén. La hipótesis de que alguien hubiera podido denunciarlo le cayó como un jarro de agua fría.

*

Al día siguiente, cerró la librería treinta minutos antes que de costumbre. Salió por el patio de luces, dejó al pie del cubo de basura un comedero con pienso para el gato que dormía en el alféizar de la ventana y subió por la avenida. Llegó al palacio de justicia a la hora en que terminaban las audiencias. Era la quinta incursión de este tipo que hacía en dos semanas. El jueves, Salinas apareció en las escaleras solo unos minutos después del cierre del palacio.

La primera vez había conseguido seguirlo hasta el distrito de al lado. El fiscal se había subido a un lujoso coche azul marino que dejaba perfectamente claro que su sueldo era muy superior al de un

librero. Gracias al atasco, Mitch no lo había perdido de vista durante buena parte del trayecto, pero solo durante una parte. La siguiente vez, había sido más previsor, se había comprado una bicicleta y había ido pisándole los talones al coche hasta la barrera de una calle particular. Salinas había aparcado el coche al fondo del camino antes de entrar en un lujoso chalet.

Dos días más tarde, había salido en misión de reconocimiento a la hora del almuerzo. Había atado su bici a la verja del callejón antes de aventurarse en él. Acampado en la acera delante del chalet de Salinas, había ido apuntando en un cuaderno todos los detalles que le parecían interesantes. El edificio, rematado por un techo de tejas azules, constaba de tres plantas. Racimos de flores malvas colgaban de una glicinia que trepaba por la fachada y se enredaba en la barandilla de un balcón en la primera planta, tras el cual se erguían tres ventanales. No había ninguna cámara que vigilase la puerta de entrada. Mitch había hecho un croquis del conjunto, se había guardado el cuaderno en el bolsillo y había vuelto a pie a la librería porque lo único que había encontrado de su bici era la rueda delantera, encadenada a la verja.

La cuarta sesión de vigilancia le había llevado a una callejuela oscura, situada no muy lejos del palacio de justicia. De camino, el fiscal se había girado dos veces, y Mitch, temiendo que lo hubiera visto, había tenido que dar media vuelta.

Por prudencia, había esperado unos días antes de retomar su persecución. Aquel jueves, mientras Salinas salía del palacio, se arrastró tras él, manteniendo una distancia considerable. El fiscal, que se dirigía hacia la misma callejuela, se giró de nuevo y, de repente, cambió de itinerario. Mitch continuó su camino en línea recta y se coló en el hueco de un portalón que había enfrente de la callejuela. Fue una apuesta arriesgada, pero sensata, ya que el fiscal volvió a aparecer poco después y se dirigió hacia la entrada de un club. Mitch pasó por delante del club sin detenerse y se apoyó en una farola que había un poco más allá. Apuntó el nombre del establecimiento y se volvió a marchar al cabo de una hora, cansado de jugar a los espías. El conservatorio no quedaba lejos, así que

decidió hacerle una visita a Verner, que debía de estar a punto de terminar sus clases de por la tarde.

En el escenario del salón de actos, el profesor escuchaba a cuatro alumnos que repetían delante de él el primer movimiento del *Concierto de Aranjuez*. El conjunto tocaba armoniosamente y Mitch no era insensible a la música, así que se sentó en un sillón y se dejó llevar. Poco después, notó que alguien le daba unos golpecitos en el hombro.

—Si necesita una habitación de hotel, no tiene más que decirlo.

Mitch se incorporó y se frotó los ojos. Verner lo miraba con una hostilidad casi palpable.

—No se queje si no lo invito la noche del estreno. Ronca como un metrónomo; es muy molesto.

—Lo siento. Llevo un tiempo durmiendo mal.

—Venga más a menudo a mis ensayos; recuperará el sueño atrasado —respondió Verner como un resorte—. Está corriendo el tiempo y tenemos que dejar paso a la clase de danza. ¿Está dispuesto a invitarme a una copa?

—¿No era usted el que me iba a invitar a mí?

—Eso, viejo, fue antes de que viniera a roncar como un oso a mis clases.

Pasaron por los bastidores, donde las jóvenes bailarinas hacían sus estiramientos. Sus amplios movimientos estaban llenos de gracia, y Mitch se detuvo para mirarlos. Verner lo llamó al orden. Abandonaron el edificio por la salida de los artistas.

La noche caía en la ciudad, el cielo se había vuelto gris. Mitch arrastraba su pierna lo mejor que podía para seguirle los pasos a Verner, que caminaba a buen ritmo.

—¿Conoce el club privado que hay detrás del palacio de justicia, el Anaconda?

—¿El Annapurna? —rectificó Verner, sorprendido.

—Sí, el Annapurna.

—Es un puticlub venido a menos, pero que conoció sus momentos de gloria. En tiempos del antiguo gobernador, las personas importantes se daban a la mala vida. Lo gracioso de los

conservadores es que su bonita moral se aplica únicamente a los demás. A estos distinguidos caballeros les cojeaba el catequismo durante las tardes de entre semana, pero los domingos rezaban con fervor. El confesionario ha debido de oír de todo.

—¿Y eso cómo lo sabe usted?

—Oiga, ¿de verdad espera cazar a un viejo zorro como yo con una cuerda tan gruesa? Di clase de guitarra a la encargada. Por supuesto, y no me ponga esa cara, me tomaría muy mal que pusiera en duda mi palabra. El establecimiento es privado, pero puedo recomendarle, aunque, a su edad y con su físico, sería una verdadera pena que tuviera que frecuentar este tipo de lugares.

—El fiscal Salinas va todos los jueves por la tarde.

—Ahora me toca a mí preguntarle cómo lo sabe... No me diga que lo ha seguido —se preocupó Verner.

—No, me lo encontré de casualidad.

—Miente usted tan mal que resulta patético. A ver, dígame, por Dios, a qué está jugando. ¿No ha tenido ya bastantes follones?

—Probablemente —respondió Mitch.

—Si me permite un consejo, no sé qué está tramando, pero tiene toda una vida por delante, así que deje de fastidiarla. Crea a un experto en el tema. Ahora, le sugiero que nos vayamos a brindar por el futuro, a un lugar más conveniente. Conozco uno que no queda muy lejos, y se come de maravilla..., en caso de que le entren ganas de invitarme también a cenar.

Mitch apreciaba la compañía de Verner, pero cuando soltaba sus discursos, encantado por el efecto que producían sus monólogos, le exasperaba a más no poder.

Atravesaron el cruce, subieron por la avenida y Verner giró en una calle comercial en la que había varios restaurantes, uno de ellos en obras.

16. *El guardián entre el centeno*

Coordinar los diferentes gremios de albañiles, electricistas y fontaneros requería mucha energía y paciencia, pero, desde que el señor Bariquez se había embolsado su cheque, sus intervenciones se resumían a alguna que otra visita rápida y le dejaba a Anna el papel de maestra de obras. Ella había terminado por cogerle gusto y le encantaba el ritmo que había imprimido a su cuadrilla. En dos semanas, el espacio se había metamorfoseado. Los suelos tenían más polvo todavía, pero ya nada parecía desordenado. Se había abierto un hueco en el tabique que separaba la cocina de la sala, las superficies verticales estaban listas y los antiguos electrodomésticos habían sido retirados. En poco tiempo, la fontanería estaría terminada y el alicatador no tendría más que ponerse manos a la obra. Si mantenía este ritmo, de aquí a una o dos semanas podría pasar a las instalaciones, y en un mes, comenzar con los ensayos. Anna contaba con poner en marcha su cocina antes de abrir las puertas al público.

Echó un último vistazo a la obra, se miró en el espejo, se sacudió el polvo de los hombros y del cuello de su impermeable, se colocó un poco el pelo y salió.

Una vez en la calle, cerró la puerta con llave, se la guardó en el bolsillo y se alejó silbando. A diez metros de ahí, Mitch parecía un *spaniel* bretón paralizado en medio del campo. Se escondió en el hueco de un portalón, lívido, y, como también había dejado de respirar, Verner se le quedó mirando, muy preocupado.

—¿Se me va a desmayar, o es que ha visto una aparición? Aunque, formuladas al revés, una y otra no tendrían por qué ser incompatibles.

—Cállese, Verner.

—Cada vez mejor —dijo el profesor alzando la vista al cielo.

Anna dobló la esquina de la calle.

—Es terrible: de tanto jugar a los espías, ise lo ha terminado creyendo! —exclamó el profesor—. ¿Esa mujer era Mata Hari?

—No, simplemente alguien a quien no quería ver.

—¿No quería verla o no quería que ella lo viera a usted?

—Deje de hablarme como si tuviera diecisiete años.

—Es que usted no se ha visto. Si no, no me haría ese reproche. A ver, ¿quién es esa bella desconocida?

—Pasamos una tarde juntos, me prometió que volvería a la librería y...

—¡Por favor, no me diga más! Ya me hace sentir mal, viejo.

—Deje de llamarme «viejo». Es usted treinta años mayor que yo, y eso, siendo generoso.

—Eso no cambia nada. Es por dentro por donde es usted viejo.

—¿Perdone?

—Me ha entendido perfectamente. Vive como un monje en su librería, sus únicos amigos son los libros, y, cuando se cruza con una mujer, hace el camaleón y se camufla en la pared. Es usted un viejo, y punto.

—Pues fíjese, mis otros amigos me dejaron un poco tirado mientras me pudría en la cárcel —protestó Mitch.

—¿Cuáles, si no es mucha indiscreción?

—Pues, para empezar, usted, la señora Bergol, la señora Ateltow...

—Qué jóvenes, sus amistades. Menos mal que su novia de aquel entonces bajaba la media de edad; pero, de todos modos, estará de acuerdo conmigo en que tengo razón. Si se ha recuperado ya, vayamos de una vez a tomar esa copa, aunque tendrán que ser varias para borrar de mi memoria el espectáculo al que acabo de asistir. Aproveche para contármelo todo de esa persona que silba tanto y tan bien.

Verner llevó a Mitch a un bar, un vestigio de un club de *jazz* que debía de haber conocido sus momentos de gloria en el siglo pasado, o que quizá nunca los hubiera conocido. Las paredes estaban cubiertas por un papel rojo, tres espacios acogían asientos en polipiel, y una docena de mesas miraba a un escenario en el que un músico, más añejo que un buen *whisky*, rasgueaba, con los ojos cerrados, las cuerdas de su contrabajo, marcando el compás a un saxofonista que se estaba desgañitando.

—Un poco siniestro su local —observó Mitch, y se sentó en una silla.

—Porque no sabe ver la alegría allá donde se encuentra —respondió Verner—. Escuchar a estos pardillos me hace subir la autoestima. Me refiero a mi carrera musical. El barman prepara el mejor *manhattan* de la ciudad, y, como le tengo un miedo terrible al avión, viajar en estas condiciones me viene de maravilla.

Dos *manhattan* más tarde, Mitch se entregó a su encuentro con Anna.

Cuando llegó al punto en que ella se subió al taxi, Verner guardó silencio y luego se giró hacia él con cara de guasa.

—Puesto que le gusta jugar a los espías, no se le habrá pasado por alto que, hace un momento, estaba saliendo de un restaurante en obras. Y, por lo que he podido entender de la conversación que mantuvieron, ella no es arquitecta. Así que podemos concluir que ese restaurante es suyo. Lo cual podría tenerla completamente monopolizada, creo yo. Si a eso le añadimos sus problemas con la policía, los cuales desconecemos por completo, tendría sus buenas razones para estar muy ocupada.

—¿Hasta el punto de no encontrar unos minutos para venir a verme?

—Todo depende del valor que usted les conceda a esos minutos. Un encuentro no es cuestión de tiempo, sino del momento. ¿No se le ha ocurrido pensar que quizá los problemas que su amiga cocinera le mencionó puedan tener algo que ver con su silencio?

—No —respondió Mitch, y se aferró a las palabras de Verner, a la espera de una conclusión favorable.

—¿Le contó la verdad sobre su historia?

Mitch confirmó que le había hablado a Anna de su paso por la cárcel.

—Permítame una hipótesis que, quiero precisar, aún no es más que una hipótesis. Imaginemos que usted no le ha disgustado; seamos incluso optimistas y supongamos que le ha gustado. Se entera de que ha salido de la cárcel, ella misma tiene sus más y sus menos con la policía; si estamos lidiando con un alma generosa, que por qué no iba a serlo, debe de pensar que su compañía le podría resultar peligrosa. Viendo la cara de bobo que está poniendo, déjeme poner los puntos sobre las íes: ella se está privando de ir a verlo para protegerlo, para que no le salpiquen sus problemas.

—Rebuscado, pero posible —admitió Mitch, y pidió un tercer *manhattan*.

—¿Cuánto hace que no suelta usted una carcajada? —pregunto Verner.

—No tengo ni idea.

—¡Ventílese esa copa!

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—Lo contrario de lo que debería, lo cual explica que sea un viejo solterón.

—¿Y la señora Ateltow? Parecía que...

—A mí también me parecía, pero prefirió que fuéramos buenos amigos. Lo cual es la peor tortura que una mujer puede infligir a un hombre que esté prendado de ella. Una crueldad sin límites. Si tiene sentimientos, no se deje embarcar en ese tipo de compromiso.

La velada se prolongó hasta bien entrada la noche, pero Mitch y Verner no hablaron más que de libros y de música. En el momento de separarse, y como la música soportaba mejor el alcohol que la literatura, Verner le sugirió encarecidamente a Mitch que pusiera fin a su deseo de seguir al fiscal, y añadió que haría mejor en mirar a otra parte que al palacio de justicia.

*

Como el último cercanías se había marchado hacía mucho, Mitch decidió pasar la noche en la librería. Al entrar en el almacén, miró la

alfombra que recubría la trampilla. Los polvorientos sofás del sótano le habrían resultado más cómodos que el suelo de la tienda, pero no encontró las fuerzas necesarias para volver a la habitación secreta.

El gato le despertó temprano, frotándose contra su mejilla y ronroneando.

—¿Por dónde has entrado? —preguntó Mitch, y lo levantó para apoyárselo en el torso.

Al sereno no le apetecía nada escucharlo y pegó un salto para encaramarse al radiador. Mitch cerró los ojos y se despertó una hora más tarde, solo.

Se reincorporó, se masajeó la pierna y abandonó la librería por el patio de luces. De vuelta a casa, se afeitó con cuidado después de darse una larga ducha, eligió una camisa blanca, su mejor chaqueta y cogió el tren en sentido contrario, con una resaca persistente y el corazón más liviano ahora que había tomado una decisión.

Al llegar a la ciudad, se tomó un desayuno en un café y pasó por una floristería. Con un ramo de peonías en la mano, se dirigió hacia la calle comercial que había recorrido la noche anterior con Verner, y se detuvo delante del escaparate oculto por hojas de papel de estraza. Después de inspirar hondo, empujó la puerta.

Anna, de cuclillas delante del mostrador, le daba la espalda, con una lijadora a los pies. Pasó el dedo por la madera y lanzó la lijadora. Un ruido estridente se apoderó del espacio. Mitch aprovechó para acercarse tres pasos.

—¡Si no está perfectamente lisa, el barniz se rajará! —gritó ella.

—Depende del número de capas —respondió Mitch gritando a su vez.

Anna se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Cómo me ha encontrado?

—De casualidad, al pasar por la calle, la vi entrar.

—¿Y, también de casualidad, me ha comprado flores mientras paseaba?

—¿Le gustan?

Anna se levantó, cogió el ramo, lo dejó en un cubo y lo llenó de agua.

—El fontanero me ha dejado tirada. Por la mañana me traen la placa. Si no está lista la toma del gas, la dejarán por ahí, y a los alicatadores, que vienen por la tarde, no les quedará más remedio que marcharse.

—¿Tiene herramientas? —preguntó Mitch, que por el rabillo del ojo había visto el material necesario apoyado en un banco de trabajo.

—Los obreros han dejado una caja en el *office*, pero usted no es fontanero.

Mitch se quitó la chaqueta y la apoyó en una silla. Anna lo siguió con la mirada mientras cogía un soplete y se ponía unas gafas de buzo. Frente a él se formó un arco eléctrico.

—No llevará mucho tiempo —dijo él.

Anna no respondió, preocupada por comprender cómo, y sobre todo por qué, ese librero al cual no había vuelto a dar señales de vida se empeñaba en soldarle la toma de gas. Pero no le dio mucho tiempo a pensar, porque Mitch se levantó, admiró su soldadura, sopló el cobre para quitar el polvillo y se dio la vuelta, tan contento.

—Aquí lo tiene. Así cada vez que encienda los quemadores, se acordará de mí.

—Con esas gafas, como para no hacerlo —dijo ella—. Gracias, me ha hecho un enorme favor. Ahora dígame qué hace aquí.

—Soldar, y, si necesita algo más, aproveche: es mi día libre.

—¿Ha cerrado su librería para venir a verme? —preguntó Anna con educación.

—No, he cerrado mi librería... porque me apetecía. Ya se lo he dicho, pasaba por aquí...

Con las gafas de soldador cubriéndole la cara, parecía un personaje salido de una novela de Julio Verne, lo que lo hacía poco creíble.

Anna encendió un hornillo eléctrico y puso a hervir agua.

—¿Su sueño es este restaurante? —preguntó Mitch observando el lugar.

—Quizá lo llegue a ser.

Anna sirvió café y se puso a caminar por la habitación. Con una taza en la mano, le contó cómo tenía pensado ordenar la sala y le

enseñó el bar donde los clientes esperarían su mesa.

—Las comidas permiten cuadrar las cuentas, pero las bebidas alcohólicas resultan más rentables. En cuanto pueda permitírmelo, contrataré a un buen barman. La gente se ha vuelto cada vez más aficionada a los cócteles. Bueno, primero tengo que terminar las obras, a las que, como usted mismo puede comprobar, todavía les queda un poco.

—He venido a ayudarla —declaró Mitch.

—Es muy generoso por su parte, pero usted ya tiene una librería, y para eso están los obreros. Bueno, cuando están.

—A ayudarla con los problemas que me dijo que tenía con su amigo cocinero —prosiguió Mitch.

Desconcertada, Anna apoyó la taza en el borde de una mesa y Mitch la atrapó de milagro. Anna tenía la mirada tan perdida que él le pasó la mano por delante de los ojos sin obtener la más mínima reacción, ni siquiera un parpadeo.

—Usted no sabe nada de mis problemas —murmuró ella.

—Ni necesito saberlo, pero soy su coartada.

—¿Qué coartada?

—Bueno, testificaría que estaba con usted.

Volviendo en sí, ella dio un paso atrás.

—¿Qué clase de problemas se piensa que tengo, exactamente?

—Eso da igual. Ya no los tiene, puesto que el día en que se produjeron estábamos juntos. Simplemente tendremos que elegir un lugar que podamos describir los dos, y ponernos de acuerdo sobre lo que estábamos haciendo. Dar un paseo por la orilla del río, por ejemplo, discutir sobre un libro o sobre una receta, o —se le iluminó la mirada como si acabara de hacer un gran descubrimiento— ide un libro de cocina!

Una barrendera subió la calle y pasó por delante del escaparate. Anna esperó a que el silbido de los cepillos se alejara.

—¿Ha pensado en todo eso antes de venir aquí?

—Sí, he pensado en todo —respondió Mitch, y asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Bueno, pues... porque son cosas que se hacen, sin más.

Anna lo cogió del brazo y lo arrastró hacia la puerta del restaurante.

—Sin duda es el detalle más bonito que han tenido nunca conmigo, pero no puedo aceptarlo. No necesito una coartada, y usted ya va servido de problemas. Me pasaré a buscar mi libro en cuanto pueda, se lo prometo.

Mitch salió y ella se quedó en el umbral de la puerta, esperando a que se alejara. Nunca lo reconocería, ni siquiera a sí misma, pero esperaba que se diera la vuelta. No lo hizo.

Cuando volvió a la sala, miró el ramo de peonías que había en el cubo. Eran espectaculares. Luego sus ojos se posaron en la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla. La cogió y salió corriendo a la calle.

—¡Espere! —gritó.

Mitch aceleró el paso. Ella lo alcanzó, sin aliento, y se plantó delante de él.

—No estoy acostumbrada —dijo Anna.

—¿A qué?

—A lo que ha hecho.

—Una soldadura.

—Sí, una soldadura. Pasaré por la librería en cuanto termine mi jornada. Podemos ir a dar una vuelta por la orilla del río de la que hablé, bueno, si le sigue apeteciendo.

—Si le hace ilusión, por qué no.

—Me haría mucha ilusión.

—Hasta esta tarde, entonces —respondió Mitch.

*

No solo se había tomado el día libre por Anna. Si había elegido ir a verla a primera hora del día, era porque se imaginaba que lo que vendría después podría no salir como él esperaba. Si ella hubiera aceptado su ayuda, el futuro podría haber sido diferente. Después de una visita rápida a la librería, arrastró su pierna bajo la lluvia torrencial hasta el palacio de justicia. Los viernes, Salinas se sentaba al volante de su coche azul alrededor de mediodía. Mitch lo tenía

muy bien estudiado. El coche estaba aparcado en la planta menos dos, en una plaza situada a veinte metros del lugar donde desembocaba el ascensor.

Subiendo por el bulevar, Mitch escuchaba una vocecita que le decía que estaba cometiendo una tremenda gilipollez, que había conocido a alguien que prometía, que Anna era diferente al resto de las mujeres que había conocido, que en ella había visto un mundo inimaginable y que lo más inteligente sería arriesgarse a lo loco por ella en lugar de saciar su sed de venganza. Pero la voz no era lo suficientemente fuerte como para hacerle entrar en razón ni para apaciguar esa rabia que lo devoraba.

Para escapar a la cámara que había encima de la barrera del aparcamiento, entró en el palacio, cruzó el recibidor y bajó por las escaleras que llevaban a la planta menos dos.

El lugar le pareció más oscuro que cuando lo había inspeccionado a principios de semana. Su reloj le indicó que tenía quince minutos antes de pasar a la acción. Dos columnas ofrecían un escondite perfecto para sorprender a Salinas de camino. Optó por la que estaba más cerca del coche. Cuando se abalanzara sobre él, el fiscal no tendría ninguna posibilidad de escapar.

Sacó del bolsillo interior de su chaqueta la porra telescópica que había recogido en la librería. Recogida, medía apenas quince centímetros, pero bastaba con sacudir la funda con un golpe seco para que se desplegara. Un arma de este tipo podía fracturar un fémur o una tibia, romper una clavícula o un brazo, o partir una mandíbula; un golpe en los riñones o en la nuca podía ser fatal. Apretó los dedos alrededor del mango, se pegó a la columna y esperó a su presa.

Diez minutos más tarde, el fiscal apareció, con su traje azul marino y su maletín en la mano, andando a paso rápido hacia su coche. Mitch desplegó la porra. El ruido metálico hizo que Salinas pusiera mala cara y que se detuviera para mirar alrededor.

—¿Hay alguien ahí?

Mitch contuvo la respiración. Gotas de sudor bañaban su frente, y tenía la camisa pegada al cuerpo. Salinas se puso de nuevo en

marcha y pasó por delante de la columna. Mitch lo vio acercarse al coche.

En el momento de pasar a la acción, un ruido terrible resonó en su cabeza, un crujido tan fuerte que creyó que le iban a reventar los tímpanos, el mismo crujido que se había producido cuando el Sargento le rompió la pierna al molerlo a palos y que no había dejado de torturarlo desde entonces.

El fiscal abrió la puerta de su coche. Mitch, con la respiración entrecortada, fue incapaz de moverse.

Cuando el motor del coche rugió, Mitch volvió a doblar su porra, la metió en el bolsillo y esperó a que el coche llegara a la rampa para deshacer su camino.

Era cuestión de tiempo. Algún día, Salinas vería a la muerte estrecharlo entre sus brazos, y entonces sabría lo que es el miedo.

17. El hijo de puta

A las siete de la tarde, Anna llamó al cierre metálico. Había renunciado a su impermeable negro por una gabardina clara, se había recogido su pelo castaño cobrizo en un moño sujeto con dos lápices y llevaba un gran bolso de tela colgado del brazo.

—¿Se había olvidado de nuestra cita? —preguntó.

—No, ¿por qué me lo pregunta? —respondió Mitch abriéndole la puerta.

—Está poniendo cara chafada. —Anna giró sobre sí misma—. Mejor así, ¿no? —Mitch parecía indeciso—. Con la gabardina beis se ve menos el polvo, ¿no le parece?

Él solo veía su piel luminosa, su sonrisa radiante y esos grandes ojos que invitaban a la vida y a la libertad.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta del poder que ella ejercía sobre él. Si Salinas destilaba por sus venas un veneno de odio y rabia, Anna era el antídoto.

Tal como habían acordado, fueron a dar un paseo a orillas del río. La brisa era suave y el cielo estaba teñido de púrpura, hecho para durar. Mitch habría sido plenamente feliz si hubiera sabido qué decir, mantener una conversación, aunque fuera banal. Pero era un paseo en el mayor de los silencios.

—No sé qué decir —terminó por mascullar—; tengo que parecerle un auténtico peñazo. No me siento cómodo en compañía de...

—¿De una mujer? —preguntó Anna.

—De alguien que apenas conozco.

A Anna le pareció que en esa respuesta había una humildad de la que carecían muchos hombres.

—Yo tampoco, pero va a ser difícil que nos conozcamos si no nos contamos nada. A ver, comienzo yo. ¿Qué le hizo ser librero?

—Mi madre era encuadernadora y mi padre se pasaba el día leyendo. Él me transmitió su pasión, me enseñó a viajar por mundos imaginarios y a conocer seres que colman la soledad. Tenía la manía de robarles frases. Yo pensaba que lo hacía aposta, pero ahora me pasa también a mí sin darme cuenta. Ninguna otra profesión me habría hecho tan feliz. Me hice librero para compartir lo que siento cuando entro en un libro. Codearse con ideas nuevas, atravesar épocas, descubrir civilizaciones, entender mentalidades que nos son extrañas es —hizo una pausa y le pareció que la gabardina de Anna era magnífica— perpetuar la magia de la infancia. Leer es abrirse al mundo.

—Bueno, pues para alguien que cree ser un rollo, acaba de plasmar en palabras lo que yo nunca habría logrado expresar para explicar lo que siento cuando estoy en la cocina.

Anna se dirigió a un banco que había enfrente del río y apoyó el bolso a sus pies. Sacó unos cubiertos, un mantelito que desplegó entre ambos, dos tazas, un táper, un paquete envuelto en aluminio y un termo. Primero abrió el táper y descubrió, en todo un surtido de rojos, verdes, ocre y amarillos, un plato que Mitch no había visto nunca.

—No sabe la de tiempo que he dedicado a pulir esta receta —explicó ella—. Es una combinación entre un *dahl* y un curri vegetariano que, modestia aparte, creo que roza la perfección, gracias al polvo de almendras, por supuesto —precisó como si hubiera resuelto uno de los mayores misterios culinarios de todos los tiempos.

Pinchó un poco con su tenedor y lo acercó a los labios de Mitch. Mucho más tranquila al ver cómo lo disfrutaba él, le explicó apasionadamente por medio de qué química había obtenido esa fusión de texturas y sabores, cómo cortar las verduras, el orden en el que cocinarlas, la delicada incorporación de las especias y los tiempos precisos de cocción, sin olvidar el polvo de almendras y la

temperatura, que debían mantenerse constantes. Mitch se encontró en el corazón de Udaipur, la ciudad que había inspirado a Anna. Deambuló con ella por las calles de la ciudad, se paró delante de un puesto de un gran bazar al aire libre mientras ella elegía todo lo que le hacía falta. Luego, cuando la cesta estuvo llena, bajaron a orillas del lago Pichola, que había visitado únicamente a través de sus lecturas adolescentes durante su etapa india, a los quince años. Un poco más tarde, Anna sirvió un té aromático, desenvolvió la hoja de aluminio y cortó dos porciones de un bizcocho de chocolate. La noche comenzaba a instalarse y a ella le apeteció subir a un talud para admirar las últimas luces de la tarde reflejadas en el agua. Mitch la siguió, pero la pendiente era escarpada y se detuvo a medio camino.

—Vaya subiendo; ahora la alcanzo —dijo frotándose la pierna.

—¿Le duele mucho?

—La verdad es que no. Solo cuando hay humedad en el aire. No me puedo quejar.

—No me mienta, Mitch. No sabe hacerlo y las pequeñas mentiras son las más delicadas.

—¿Sabe usted mucho de pequeñas mentiras? —dijo alcanzándola.

—Yo ya he hablado bastante por hoy, y no piense que se va a salir con la suya yéndose por la tangente.

—Si tanto le interesa. Pero la verdad es que no me atormenta el ser paticojo. Me he acostumbrado a arrastrar la pierna como un esclavo arrastra sus cadenas. Lo que pasa es que mis andares a veces incomodan a los demás. Y temo que puedan incomodarla a usted también. En la calle, o en el tren, la gente me mira con cara rara, y, cuando me apetece ir a leer a un parque, tengo que mantenerme alejado de las zonas de juego.

—¿Por qué? —preguntó Anna.

—Lo diferente asusta, o quizá sea la ignorancia la que nos roba un poco de humanidad. Me ha pasado que mi simple presencia inquietara a los padres. Se temen lo peor; susurran entre ellos. Un día, incluso llamaron a la policía.

—¿A la policía? Pero usted tiene todo el derecho del mundo a sentarse donde le plazca.

—En principio, sí, pero en mi vida no ocurre así. La primera vez, los agentes de policía que me detuvieron descubrieron mi pasado, así que pasé la noche en el calabozo de la comisaría. Tuve que repetirle cien veces al inspector que simplemente quería leer al aire libre, que ni me había fijado en que el banco en el que me había sentado se encontraba delante de un lugar donde había niños jugando. Era una pequeña mentira, como dice usted; me gustaba mucho leer cerca de ellos. Sus gritos y sus risas te reconcilian con el mundo.

—¿La primera vez? ¿Hubo más?

—Una más, pero en esta ocasión fueron bastante amables y me soltaron al cabo de una hora, después de prometerles yo que me mantendría alejado de los columpios. Ello no deja de ser irónico, ya que es precisamente a la justicia a la que le debo andar así.

Como el dolor parecía calmarse y Mitch había recobrado el color, Anna renunció a su escalada y lo llevó a un banco.

—¿Un accidente? —preguntó.

—Antes del juicio, una paliza me ocasionó una doble fractura. Pero fue estando en la cárcel cuando me dejaron hecho polvo.

—¿Cómo?

—No me gusta mucho hablar de lo que pasó allí dentro; me trae malos recuerdos.

Anna se miró las manos. La repentina tristeza de su rostro hizo pensar a Mitch que le había dolido que él no confiara lo bastante en ella como para confesarle algo.

—Vale, le voy a contar un secreto, pero no quiero que me juzgue mal. Allá va: cuando las lluvias erosionaban el camino de los muertos, nos sacaban para rellenar las rodadas. El camino se llama así porque, a diez kilómetros de la cárcel, detrás de un sotobosque, hay un cementerio. A las familias les gusta pasear por ahí los domingos; nunca se adentran demasiado, no lo suficiente como para ver los muros del centro penitenciario, pero sí para quejarse de su mal estado. Ya habíamos terminado de currar, pero por desgracia no a tiempo. Cada vez que pasaba esto, los guardias se volvían locos porque regresaban más tarde a casa. Para hacérselo pagar, elegían a cuatro presos y se los llevaban a dar un pequeño paseo.

—¿Qué clase de paseo?

—Ahora se lo explico. Simplemente nos decían que teníamos que pasear por la carretera. Pero uno de los guardias agarraba a alguno de nosotros por el cuello y lo plantaba sobre el capó del autobús mientras los demás se adentraban bien escoltados en el sotobosque. Cuando estaban lo bastante lejos, gritaba que el hijo de puta le había soltado una patada. Perdón por el lenguaje, pero así es como llamaban al preso elegido para su representación. Entonces conducía al hijo de puta junto a los demás, empujándolo a golpes de vergajo. Es una especie de látigo que te corta la respiración cuando te golpea en la parte baja de la espalda. Yo vi cómo moría un preso, con los riñones reventados. En fin, que cuando nos juntaron a todos detrás de los árboles, nos obligaron a quitarnos la ropa, la ropa interior y los zapatos, y los lanzaron lejos. A la señal, comenzaba la búsqueda del tesoro, a paso ligero, por supuesto. Teníamos que salir pitando para buscar nuestra ropa y para evitar los golpes del vergajo, que nos azotaba los pies. Cuando recuperábamos lo esencial, nos prohibían vestirnos. El conductor aparcaba el autobús, con los faros apuntando hacia el sotobosque, y, cuando salíamos, desnudos delante de los guardias y los demás presos, se reían por habernos humillado.

—Entonces, ¿fue así como se destrozó la pierna?

—No exactamente. Fue una tarde que me habían elegido para hacer el papel del hijo de puta. No podía soportar más la crueldad a la que nos sometían sin motivo. Me entró un ataque de rabia y tomé la delantera. Le arreé un patadón en la tibia al guardia. Se me quedó mirando, incrédulo, a lo que siguió una lucha encarnizada. Sus compañeros escucharon los gritos y corrieron en su auxilio. Y acto seguido me hicieron pagarlo. Sabían que me había roto la pierna; el Sargento ya me había dado de lo lindo. Al menos, los otros tres presos escaparon del ritual. Mi último combate me costó diez días en la enfermería y seis meses con muletas. El enfermero no era un mal tipo, pero estaba muy lejos de tener las competencias de un cirujano ortopeda; hizo lo que pudo. La ventaja de estar en una celda es que tuve mucho tiempo para hacer los ejercicios de rehabilitación.

—Lo siento muchísimo, Mitch —resopló Anna, muy conmovida.

—Usted no tiene la culpa.

—Golpear a aquel guardia fue realmente suicida. Debería habérselo pensado dos veces antes de ponerse así.

—Así es como estaba, así es como estuve todo el tiempo que pasé en la cárcel, y así es como vuelvo a estar. Desde que salí, solo pienso en una cosa: vengarme del que me metió entre rejas.

—¿Más que de los guardias que le sometieron a semejante suplicio?

—Ellos viven en un universo de violencia. La mayoría de los presos no estaban ahí por razones políticas. Acabé en la cárcel equivocada. Pero Salinas, por su parte, gozaba de una vida privilegiada. Es un hombre instruido y cruel que disfruta abusando de su poder. Me utilizó, plenamente consciente de lo que hacía el día que me condenaron. Ni siquiera se molestó en leer uno de los dos libros que me reprochaban haber escondido en mi librería. Perdí cinco años de vida por dos libros. Por más que intento hacerme entrar en razón, la rabia es más fuerte que yo.

Anna se había quitado el lápiz que le sujetaba el moño y daba golpecitos con él en el banco, un tic que tenía cuando se ponía nerviosa. Mantenía la sangre fría, pero el relato de Mitch la había enfadado muchísimo.

—¿Y cómo tiene pensado saciar esa sed de venganza, si no es mucha indiscreción?

La pregunta pareció sorprender a Mitch. En el punto en el que estaba, le pareció más honrado decirle toda la verdad.

—Si le he contado todo esto, es para que no piense que mi deseo encierra algo animal, o para que no me tome por un chalado. Cuando volví a ver a Salinas pavoneándose en las escaleras del palacio de justicia, me entraron ganas de saldar cuentas. En fin, creo que fue eso lo que sentí.

—Cuando se trata de este tipo de cosas, es mejor estar seguro de nuestras intenciones —dijo Anna, y se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Una cosa son las intenciones, y otra, pasar a la acción. Es como con el valor... Al cruzar un puente, uno sueña con ese momento de heroísmo, diciéndose que, si alguien se estuviera ahogando, saltaría

al agua. No hay más que esperar a que ocurra para saber de lo que se es capaz... o no.

—¿Ha saltado ya a un río para salvar a alguien?

—No he salvado ni matado a nadie, lo cual me convierte en un tipo bastante banal.

—Mitch, no pienso eso en absoluto. No veo nada banal en usted.

—¿Es un cumplido?

—Incluso sus preguntas son de una idiotez poco banal.

—Mientras tanto, esta mañana he estado a punto de pasar a la acción.

—¿Y ha renunciado?

—Sí, cualquiera diría que le decepciona.

Anna se alejó unos pasos, absorta en sus pensamientos. Su cara se iluminó y se acercó de nuevo a él.

—Aunque usted no está enfermo, igualmente es contagioso. Bueno, vale.

—¿Qué es lo que vale?

—Esta mañana me propuso ayudarme, y me parece bien, pero a cambio de que acepte que yo también lo ayude.

—¿Ayudarme a qué?

—A liquidar a su fiscal, y los dos estamos de acuerdo en que es una ayuda mutua, nada más.

—Nada más —aseguró Mitch.

Ella le besó en la mejilla como si fueran buenos amigos. Luego recogieron los restos de comida y los cubiertos, que guardaron en el bolso de Anna, y se marcharon, cada uno por su lado, esperando que el otro no creyera una palabra de lo que acababan de prometerse.

18. La señora Bergol

Dos días después, Mitch volvió a pasar a ver a Anna. Estaba en su cocina y de malísimo humor, en medio de una discusión con el alicatador, porque era evidente que, si su trabajo se hubiera hecho correctamente, la última fila de azulejos no habría quedado torcida detrás del fregadero. Si se habían inventado las líneas, por algo sería. El alicatador había tenido el morro de señalarle que la línea del horizonte era curva y que todo el mundo se había acostumbrado. Anna no soportaba que un hombre la tomara por idiota por el simple hecho de ser él hombre y ella mujer, así que le sugirió que se fuera a dar un paseo a su línea del horizonte o directamente a la mierda. Se hizo el silencio en la cocina.

Aún no le había dado tiempo a saludar a Mitch, pero lo tomó como testigo.

—¿Está o no está horizontal? —le preguntó.

—Está torcida —respondió él en un tono relativamente interesado.

—Ahí lo tiene: está torcida —replicó, soltándole perdigones al alicatador—. Este señor es arquitecto; al menos él conoce su profesión.

El alicatador cogió su bolsa y se marchó del restaurante dando un portazo que hizo temblar la alacena.

—¡Y tengo más para los pintores! —gritó Anna.

Había llenado sus pulmones y apretado las mandíbulas. No era su mejor cara, pero los hoyuelos que habían aparecido en sus mejillas le sentaban de maravilla.

—Habían prometido dos manos de pintura —añadió—, y estoy segura de que han dado solo una. Adelante, compruébelo usted mismo, y ya me dice.

—¿En mi calidad de arquitecto?

—No tiene gracia y no me apetece reír.

Para Mitch, cada momento que pasaba con Anna era a la vez maravilloso y terrorífico. Maravilloso porque era la mujer más sorprendente que había conocido, y terrorífico porque le daba la impresión de no estar a la altura de lo que ella tenía derecho a esperar de un hombre.

Se mantuvo deliberadamente a distancia. La otra tarde, en el banco, su perfume le había provocado tal turbación que le había durado toda la noche. Tan persistente fue que, por la mañana, casi se le habían quitado las ganas de matar a Salinas y, lo que era aún más perturbador, en lugar de querer ajustar cuentas con el fiscal, había soñado que hundía su cara en la nuca de Anna, de donde manaba un olor a jabón, a yeso y a chocolate.

Anna rascó con el dedo la pared y la pintura se descascarilló.

—Aquí esta: una sola mano de pintura.

—Basta con pedirles que le den otra; no es el fin del mundo.

Se sintió defraudada y no lo demostró. Pensaba que a Mitch le interesarían más sus problemas, que propondría dar esa segunda mano de pintura juntos. ¿Acaso no había prometido ayudarla? ¡Sí, lo había prometido! Se sintió decepcionada, aunque supiera perfectamente que el verdadero problema era otro. Ya cuando le había soldado aquello en la cocina, y sobre todo en el banco enfrente del río, cuando estaba a su lado, había sido invadida por el deseo de que la besara y por el deseo de alejarse lo más rápidamente posible para que no la besara; incluso había subido a un talud, con el pretexto de querer admirar las últimas luces de la tarde, que le importaban un comino.

—Tengo trabajo —dijo con sequedad—, y estoy segura de que usted también. Me pasaré a verlo a la librería, después de descuartizar a los pintores. Por cierto, no se le vaya a ocurrir cargarse a su fiscal sin mí, ¿entendido?

Cobardemente, Mitch respondió que no tenía ninguna intención de hacerlo.

—Muy bien, prefiero que también estemos de acuerdo en ese punto.

Mitch se preguntó por qué un alicatado torcido y una mano de pintura la obsesionaban tanto, cuando podrían haber ido a sentarse a la terraza de un café, disfrutar del viento templado que soplaba por la ciudad, y compartir una tarde que lo tenía todo para ser perfecta.

Anna le dio un beso en la mejilla para echarlo, lo cual le molestó, pero al mismo tiempo le permitió embriagarse brevemente con una bocanada de jabón, escayola y chocolate, con unas ligeras notas de acrílico, lo cual en sí mismo no lo echaba a perder.

—Tengo una propuesta que hacerle —dijo Mitch desde la puerta. Ella esperaba que fuera a quitarse la chaqueta y coger una brocha—. La próxima vez que estemos juntos, no hablaremos ni de mi librería, ni de sus obras, ni de nada que nos concierna directamente.

A Anna le pareció una propuesta absurda, pero tenía demasiadas preocupaciones para hacérselo ver.

—Muy bien, hablaremos de lo que a usted le parezca bien.

—No, no; tenemos que estar también de acuerdo en ese punto. De cine, política y religión, ¿le parece bien?

—De política y religión, por qué no..., pero ¿qué tiene que ver el cine?

—Nada —respondió Mitch.

Y se marchó.

*

La señora Bergol se pasó a hacerle una vista al final de la tarde. Llevaba un vestido vaporoso de color melocotón que sin duda debía de quedar bonito en el escaparate de una tienda, pero en ella, mucho menos. Se encontró a Mitch absorto en sus pensamientos y tosió tres veces antes de conseguir captar su atención.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo cerrando su cuaderno de notas.

—¿Tendría unos tomates muy maduros?

—No sabía que tuviera un sentido del humor tan desarrollado —respondió Mitch, impasible.

—No trataba de hacerme la graciosa. Y usted debería pensar en colgar sus horarios de apertura, porque no hay quien los entienda. Cada vez que hago el esfuerzo de venir hasta aquí para comprar un libro, está cerrado. Si le ha dado por la jardinería, tenga cuidado: es una actividad que con bastante rapidez puede volverse obsesiva. Mi marido pasaba más tiempo con sus verduras que con su mujer.

—Siento oír eso.

—Ya da igual. Está muerto; fulminado por un infarto mientras recogía brócoli.

—¡Y luego dicen que las verduras son buenas para la salud! —Avergonzado, Mitch carraspeo un poco para esconder su apuro. Se le había escapado—. Lo que quería decir es...

La señora Bergol se dio la vuelta al oír a una clienta reírse de la broma. Al ver que Mitch solo tenía ojos para esta última, la señora Bergol le recordó educada, pero firmemente, que ella había entrado primero.

—He estado pensando en lo que me propuso, ¡y es imposible! —exclamó Anna.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué? —preguntó Mitch.

—Porque la religión y la política son precisamente las razones por las que corté todos los puentes con mi familia, así que es imposible hablar de ello sin que me afecte. Nada que nos concierna, ¿no fue esa la condición que puso?

—En ese caso, de pintura, cine... Mejor olvidemos la pintura. De cine y...

—¿Me va a atender o va a seguir soltando chorradas con cara de bobo? —se rebeló la señora Bergol.

—Le dejo que se lo piense —dijo Anna antes de marcharse—. Venga a verme al restaurante, pero no antes de las nueve: todavía me quedan dos paredes por pintar y estoy sola.

La señora Bergol esperó a que hubiera cerrado la puerta y se volvió hacia Mitch.

—Lo lleva usted claro. Lo siento por la religión; habría mucho que decir al respecto. Puede salir del apuro con el cine, siempre que no la aburra hablándole de películas pretenciosas para parecer más inteligente; ella ya sabe lo que hay. En cualquier caso, sea cual sea el tema que elija, no sea aburrido. El resto da un poco igual.

—¿Qué resto? —preguntó Mitch.

—Ella le gusta a usted, y usted le gusta a ella, así que no pierdan el tiempo con complicaciones.

—¿Qué complicaciones? —insistió él.

—Su vida está a punto de dar un giro, y hacer como si no se estuviera enterando de nada es tan conmovedor como lamentable —añadió en tono brusco—. Yo había venido a buscar algo para pasar el rato, pero verlo en semejante estado me parece mucho más entretenido que un libro. Volveré a pasarme mañana a la misma hora, y ya me contará qué tal ha ido su cena. ¡Y procure estar abierto!

La señora Bergol se fue con su vestido vaporoso, dejando a Mitch perplejo.

*

La perspectiva de su velada con Anna ocupaba por completo su pensamiento. El cine no era su terreno preferido: su madre lo llevaba solo cuando proyectaban películas de cine negro porque a ella le entusiasmaba. Cuando tuvo edad de ir solo, las sesiones eran demasiado caras para poder permitírselo.

Se subió al taburete para llegar a un estante, cogió una enciclopedia de cine y la leyó de corrido hasta las nueve menos cuarto. Se puso su chaqueta, se miró en el espejito del almacén, le sirvió la comida de la tarde al gato y se dirigió a su cita.

*

Anna se había soltado el pelo y llevaba encima del vestido un delantal atado a la cintura. En medio del comedor había una mesa en la que había dispuesto dos cubiertos. Mitch se preguntó cómo era

posible que hubiera podido trabajar tan a destajo desde por la mañana. El parqué estaba impecable, una araña de doce brazos colgaba del techo, las paredes brillaban con luz propia —eso y el olor a pintura fresca no dejaban lugar a dudas de cómo había pasado Anna la tarde—, y además había cocinado pasta con bogavante, amenizada con una salsa con ralladura de limón.

—¿Ocurre algo? —preguntó cuando Mitch se la quedó mirando en total silencio.

Se sentó y, como estaba prohibido hablar de cualquier cosa que los concerniera, no preguntó por la receta y se zampó la pasta felicitándola en varias ocasiones. Nada que pareciera una conversación. Durante el postre —una extraordinaria *mousse* de chocolate—, decidió lanzarse a la piscina.

—¿Por qué la religión y la política la alejaron de su familia?

—¿En qué habíamos quedado? —señaló Anna dando golpecitos en la mesa con un dedo.

—Vale, usted gana, me rindo.

—Mi padre era un patán que creía fervientemente en un Dios que nunca vería y se negaba a confiar en los hombres con los que se codeaba. No tenía ninguna fe en lo real. Predicaba amor los domingos y durante la semana se colmaba de odio.

—¿Dónde está?

—Ni lo sé ni me importa.

—¿Le hizo daño?

—Si verte humillada continuamente duele, entonces él me hizo sufrir lo peor —respondió Anna con voz lúgubre—; aunque debo reconocer que hizo crecer en mí un deseo salvaje de salir adelante yo sola y de demostrarle que era un pedazo de cretino.

—¿Y su madre?

—Ella era su criada o su cómplice, dependiendo del día. Murió cuando yo tenía diez años, y su muerte volvió a mi padre todavía más orgulloso. ¿Le gustan los relámpagos?

Mitch se preguntó a qué clase de relámpagos se refería Anna. Desapareció en la cocina y apareció con un relámpago de chocolate que inmediatamente le recordó el aroma de su nuca.

—Dígame si está demasiado cremoso.

Después de haber repetido dos veces pasta con bogavante y de no haber dejado nada de la *mousse*, estaba a punto de reventar, pero aun así lo probó.

—No lo está.

Anna le dio un mordisco al relámpago y soltó un largo suspiro.

—¡Pero mira que miente mal! La crema es demasiado espesa y al glaseado le falta gracia. Tengo que empezar todo de cero.

—Si usted lo dice.

No tenía la más mínima intención de contrariarla; de eso ya se encargaba el relámpago.

—Y lo de vivir rodeado de libros, ¿no le ha hecho nunca pensar en coger la pluma? —preguntó, y se llevó los relámpagos a la cocina para tirarlos a la basura.

—Si mi librería fuera una clínica veterinaria, ¿me imaginaría como un gato?

Anna sumió su mirada en lo que quedaba de crema de chocolate en la cacerola. Parecía tremendamente afectada. Mitch habría jurado que estaba hecha de una madera más fuerte. No sabía nada de la química de los sentimientos, y la posibilidad de que la reacción de Anna se debiera a lo que sentía por él se le escapaba por completo.

—Sí, sí que lo he pensado —continuó él—; de hecho, lo pienso a menudo, pero no me veo capaz.

—¿Por qué?

—Pues...

—¿Por qué tiene tan poca confianza en usted mismo? ¿No sabe quién es?

—Delante de usted, en absoluto.

—No diga eso, Mitch.

Se dio la vuelta y se inclinó sobre el fregadero, para asegurarse de que él no podía verle la cara.

—Pero es la verdad.

—Vale, entonces dígame qué piensa de mí.

—Pienso que tengo suerte —dijo, y se acercó a ella.

—Es muy amable e insuficiente. ¡Quiero detalles!

Aunque Mitch dispusiera de un amplio vocabulario fruto de sus lecturas, no encontraba las palabras, y mucho menos el orden en el

que le hubiera gustado expresarlas. No hay nada más difícil que hablar de una mujer; más aún cuando sientes algo por ella. De Anna pensaba que era despierta, brillante, decidida, tenaz, atenta y que se comportaba de una manera singular que a él le fascinaba. Que a su lado ya no se sentía ajeno al mundo, que hacía que quisiera abrazarla o que ella lo abrazara a él, que lo había liberado al contarle lo que nunca antes se había atrevido a contar. Pero Mitch no sabía cómo hacer semejante confesión, así que alargó las manos hacia su rostro y por fin hizo lo que ella esperaba... La manera más sincera de demostrarle lo que sentía por ella. Anna se dejó besar y lo besó a su vez.

—Anna, yo no soy el tipo valiente que usted piensa.

—Mitch, soy más perspicaz de lo que imagina. Y, suponiendo que este beso vuelva a pasar, deberíamos ser más sinceros.

—Yo siempre lo he sido —respondió Mitch.

—Le creo. Si no, no le habría besado, aunque en realidad creo que ha sido más bien usted quien me ha besado a mí. Me refería a ser sinceros con nosotros mismos. Los dos tenemos en común no ser muy sociables, lo cual para un librero y una futura restauradora es bastante invalidante, lo cual me lleva de vuelta a lo que nos habíamos prometido: ayudarnos mutuamente, aunque no nos hayamos mantenido estrictamente fieles a esa promesa.

—Preferiría que no fuera una hipótesis.

—¿Qué hipótesis?

—Que este beso vuelva a repetirse.

—Sí, yo también, pero no cambie de tema. Tenemos que entrenarnos para que la gente nos perciba de otra manera.

—¿Cómo quiere que la perciban?

—Para empezar, que algún día reconozcan que soy una gran chef y no un florero en la cocina.

—Nadie podría pensar algo parecido, y menos aún alguien que la conozca.

—Pues ese es el problema, que es difícil conocerme. Nunca se me ha dado bien entablar relaciones, y menos aún con aquellos a los que hay que complacer para que se te reconozca en el mundillo —admitió, retorciendo con los dedos el cordón de su delantal.

Inspiró hondo y su mirada se perdió tan lejos que Mitch prefirió callarse.

—Yo también he sufrido mis humillaciones, no es el único que ha sobrevivido a la violencia —confesó ella.

La idea de que alguien hubiera atacado a Anna hizo que a Mitch le diera un vuelco el corazón.

—¿A qué clase de violencia se refiere? —preguntó.

La expresión de su rostro se había vuelto seria, y Anna dedujo que todavía no había llegado el momento de contarle más. Le cogió las manos.

—¿Tanto desea vengarse?

—Sí, pero no sé cómo actuar —respondió Mitch, como si su ignorancia hiciera aquello más razonable.

—Lo pensaremos juntos. El problema es que, en el momento de pasar a la acción, se come demasiado el coco, hasta el punto de olvidarse de lo que ese fiscal le hizo. Hace falta un mínimo de rabia para matar a alguien, a no ser que seas un asesino.

Aunque no les faltara razón a los razonamientos de Anna, lo dejaron un poco perplejo.

—¿Quién es usted, Anna?

—Le he hecho una pregunta, pero usted no ha podido responderme. No me pida lo imposible.

Quiso ayudarla a recoger, pero ella le indicó la esquina de la encimera donde debía sentarse. La cocina era su territorio. Cuando todo estuvo en su sitio, Anna se lavó las manos, se quitó el delantal y se volvió hacia él.

—No te lo he contado todo, pero, puesto que hemos prometido ser sinceros...

Lo había tuteado por primera vez y, fuera lo que fuera lo que le hubiera ocultado, siempre que no fuese que había alguien más en su vida, le importaba muy poquito.

—He matado a un hombre —dijo con tanta sencillez como si hubiera reconocido haber estropeado una receta.

—Los problemas de los que hablaba...

—Sí —lo interrumpió Anna—, lo cual explica por qué me fui a vivir al extranjero. Si no has cambiado de opinión, podemos pasar la

noche en mi casa. Sabes donde vivo, ya que el otro día me mirabas desde la ventanilla del tren.

19. Matar un poco

Mitch no había tenido muchas aventuras en su vida, pero Anna era la mujer más generosa que había conocido. Al amanecer, mientras ella dormía profundamente, sus piernas se entrelazaron y él se habría quedado así para siempre. Mirando con fijeza al techo como único horizonte, se preguntó si todo aquello era real. Para asegurarse, olió discretamente la piel de Anna y se dio cuenta de que embriagarse con el perfume de una mujer mientras duerme ya es amarla.

—Hoy no vienen los obreros —masculló ella.

—Lamento oírlo —respondió Mitch pensando justo lo contrario.

—Es fiesta, una festividad religiosa; no me preguntes cuál.

—Entonces, podríamos pasar el día juntos.

—¿Y tu librería?

—Cerrada por festividad religiosa.

—Avanzas rápido con tus pequeñas mentiras.

—Diez kilómetros al norte, hay un lago navegable. Podríamos alquilar una barca...

—Diez kilómetros al sur está mi restaurante. Podríamos poner los apliques del comedor, limpiar a fondo el material de cocina...

Si ella estaba feliz, él lo estaba también, y a Mitch le pareció un plan formidable.

Con el taladro en la mano, sujetaba entre los dientes un lápiz para marcar dónde iban los agujeros mientras Anna aguantaba el aplique para que estuviera perfectamente derecho. Una vez puesto y encendido, los dos tuvieron la sensación de que habían pasado a otra fase. Cualquiera que se hubiera molestado en observarlos, se habría quedado impresionado por la complicidad que los unía, y nadie habría podido pensar que solo habían pasado una noche juntos.

Un poco más tarde, Mitch estaba cepillando la puerta de la despensa —al guardar la vajilla en los estantes de la alacena, Anna le había jurado que la puerta rozaba en lo alto del marco—, cuando ella se detuvo en seco, con una salsera en la mano.

—¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué la salsera debe ir en el primer estante?

—Por qué maté a un hombre.

—Solo si te apetece contármelo.

—No me apetece, pero, si me lo pides, lo haré.

Mitch cogió de nuevo su cepillo y continuó reduciendo la puerta.

—¿Un accidente? —preguntó.

Se acababa de clavar una astilla enorme en el pulgar.

—No exactamente —respondió Anna, y movió una ensaladera para volver a colocarla unos segundos más tarde en el mismo lugar de donde la había desplazado.

—¿Un asesinato?

Al quitarse la astilla, el pulgar empezó a sangrarle.

—Un poco —respondió Anna con cierta indiferencia.

Mientras le ponía una tirita en el dedo, Mitch se preguntó qué es lo que habría querido decir con eso de «un poco». Le quiero «un poco» tenía sentido, le he matado «un poco» no lo tenía en absoluto. A no ser que se tratara de un asesinato accidental, aunque Mitch no tuviera la más mínima idea de lo que eso podía significar, ya que cada palabra tenía una definición bastante precisa.

Causar la muerte al volante en estado de embriaguez era un asesinato en toda regla, no había espacio para «un poco», y Anna no había mostrado ninguna inclinación hacia el alcohol. Durante el pícnic en el río, había servido té y había acompañado con agua su

pasta con bogavante. A no ser que esa sobriedad pusiera de manifiesto una antigua adicción. Pero Mitch descartó de inmediato esta hipótesis.

Cogió el cepillo —con la energía que imprimía, no tardarían en pasar por debajo de la puerta— y, cuanto más pensaba en el significado de ese «un poco», más crecía el misterio. Si Anna hubiera matado a alguien de forma accidental, no habría tenido que huir. Incluso si hubiera empujado a su agresor por un balcón, sin tener la intención de tirarlo por la barandilla, se hubiera tratado asimismo de un accidente y de un indiscutible caso de legítima defensa. Anna no tenía un temperamento violento, así que, puesto que solo había matado «un poco» a alguien, probablemente solo fuera «un poco» responsable. Esta conclusión le resultó tranquilizadora.

—Una pregunta, una sola —dijo, colocando por fin la puerta en sus goznes—. ¿Sientes remordimientos?

—No —respondió ella.

Mitch se quedó ahí. La siguiente media hora, Anna no dijo ni mu, y él tampoco, cada uno atendiendo a sus tareas en un silencio que lo decía todo.

De repente, cambió de opinión sobre el temperamento de Anna. Acababa de coger un martillo de un tamaño bastante impresionante y puso una expresión que todavía no le había visto nunca.

Golpeó violentamente las baldosas que había encima de los dos escurreplatos, y destruyó de forma metódica la primera fila, luego la segunda. Hizo una pausa para evaluar la escabechina y golpeó de nuevo más fuerte, y no paró hasta después de haber destruido por completo la tercera y cuarta fila.

—No estaba recto —dijo a voz en grito, a punto de echarse a llorar—. Las juntas terminarán por romperse. ¡El agua se filtrará y entonces el moho lo contaminará todo!

En medio de una nube de polvo, Mitch descubrió en los ojos de Anna un problema mucho más serio que la alineación de unos azulejos blancos, por muy torcidos que estuvieran. Y sabía exactamente cuál era el motivo.

—Retrasar la apertura de tu restaurante no cambiará nada. Estás de los nervios, y es normal porque tienes mucho talento. Todo saldrá bien.

—No hay nada que haga pensar lo contrario —murmuró, parafraseando a su vecino del Gran Norte.

Mitch se acercó al cobertizo, cogió una escoba y un recogedor, recogió los restos y los llevó a la basura. Cuando todo estuvo limpio, hizo un segundo viaje y volvió cargado con una caja de azulejos y un cubo de masilla.

Mientras reparaba los destrozos, un camión aparcó delante del restaurante. Dos repartidores descargaron unas mesas y unas sillas apiladas. Bajo la mirada de Mitch, Anna les indicó cómo colocarlas, cambiando diez veces de opinión hasta que los dos hombres las dejaron en medio del comedor y se marcharon sin esperar.

Entonces Anna se preguntó si la fe que Mitch había depositado en su futuro no era exagerada.

—¿Sabes? —gritó Mitch desde la cocina—, para esa historia del bar, tengo un libro increíble de cócteles. Si me pongo a ello, seguro que me las apaño. Vendré por la tarde, cuando cierre la librería. Quizá sea lo más rentable.

Anna se volvió hacia él entornando los ojos.

—Si todavía no te has puesto con el libro, ¿cómo sabes que es increíble?

Mitch se quedó mudo un instante.

—Bueno, lo que quería decir es que, si necesitas una mano, aquí tienes las mías.

Anna le dio un beso. Juego, set y partido.

*

Hacia las ocho de la tarde, el comedor comenzaba a parecerse al de un restaurante. Las paredes se habían secado, el parqué estaba encerado y la araña proyectaba una hermosa luz sobre las mesas, que aún seguían desordenadas. Anna volvió a entrar en pánico cuando observó el resultado de toda la jornada. Mitch la abrazó y le

pidió que le dijera en qué estaba pensando y que le prometiera que sería totalmente sincera.

—Bueno, es que...

Le falló la voz.

—Venga, dilo, ¿qué es lo que está mal?

—No quiero que me juzgues; sé lo mucho que te has esforzado en ayudarme, pero hoy me entraron ganas de mandarlo todo a paseo.

—¿Y ayer?

—También.

—Bueno, en total, desde que te has lanzado a esto, ¿cuántas veces?

—Unas diez.

Mitch se echó a reír.

—No tiene gracia.

—¿Diez veces? Eso no es nada. Cuando compré mi librería, estuve a punto de mandarlo todo a paseo unas cien veces mientras la arreglaba.

Anna se miró en el gran espejo y se vio fea.

—Lo más duro ya ha pasado —le aseguró Mitch, y le pasó el brazo por los hombros.

No le apetecía nada dejarla y le habría encantado pasar la noche con ella; de hecho, añadió que era lo que más le apetecería; pero, después de mirarse él mismo en el espejo y de comprobar el estado en el que estaba, no le quedaba otra que volver a su casa. Si se daba prisa, aún podría coger el último tren.

Anna sacó una llave de su bolsillo y le enseñó la camioneta que había aparcada delante del restaurante.

—La he alquilado —dijo—. Mañana tengo que ir a las subastas. Si me sonríe la suerte, volveré con todo el material que todavía me falta, y tengo una larga lista.

*

Una vez que se pusieron en marcha, Mitch le propuso acompañarla, ya que necesitaría ayuda para trasladar el material. Anna le dio las gracias y le recordó que tenía una librería y unos

lectores que le necesitaban para recuperar el tiempo perdido por una estúpida ley, que ella se las apañaba muy bien sola, que a eso llegaba y que no tenía la más mínima intención de que aquello cambiara.

Pararon en una estación de servicio, llenaron el depósito y cenaron un sándwich y una bolsa de patatas fritas en el área de descanso. A medianoche, llegaron por fin a casa de Mitch.

Anna admiró las estanterías que cubrían las paredes del salón y descubrió algo que no tenía en común con él: en su casa, ella no tenía ninguna foto de su familia.

Hicieron el amor bajo la ducha y se acurrucaron en la cama.

—Si cierro la librería un poco antes, podría acompañarte. Simplemente tendrías que dejar el material más pesado en la camioneta. El lavavajillas, el congelador y el frigorífico deben de pesar una tonelada. Si lo has descargado ya todo, podría instalarlos. No es mala idea, ¿no?

Anna dormía, o hacía como que dormía.

*

Al día siguiente, al despertar, Mitch se encontró una nota apoyada en la almohada.

Estudia, ocúpate de tus clientes y no te preocupes por mí. Me pasaré a verte en cuanto pueda, y no me repliques.

Un beso,

Anna

P. D.: en la boca.

La leyó dos veces. Unas pocas palabras y una sonrisa bastan para alegrar un día, y la posdata de Anna estaba llena de sonrisas.

A media mañana, mientras guardaba en unas cajas los ejemplares no vendidos, dejando siempre uno en la estantería para darle una oportunidad, se preguntó si su sed de venganza seguía intacta... No era así; de lo contrario, no se lo estaría preguntando; pero entonces

le surgió otra pregunta: ¿lograría ser plenamente feliz sin ver satisfecha esta venganza?

Se había pasado la vida queriendo ser útil, y el trabajo que había elegido se ajustaba a esa línea de conducta: ayudar y honrar la vida, comenzando por la de su padre, al que había dedicado su librería. Siempre se había mantenido en un segundo plano, disfrutando únicamente de lo que ofrecía a los demás o de lo que compartía con ellos. En el colegio, los profesores escribían en sus boletines de notas que era un chaval bondadoso, curioso y atento; cosas que la mayoría entendía como debilidades, cuando en realidad comportarse así requería mucha imaginación y valentía. Sin embargo, ¿dónde quedaría su amabilidad si finalmente infligía a Salinas los sufrimientos con los que soñaba cada noche? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de una clienta a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Así que es cierto: ha vuelto. Qué maravillosa noticia —exclamó la señora Ateltow.

Parecía tan conmovida que Mitch pensó que iba a abrazarlo.

—Efectivamente, he vuelto.

—¿Qué tal el viaje? ¡Menudo cambio de vida!

—¿Qué la trae por aquí, señora Ateltow? —preguntó Mitch, impasible.

—Vaya pregunta. Pues saber de usted y recordar los viejos tiempos. He echado tanto de menos nuestras veladas... Nunca tuve la ocasión de darle las gracias; se marchó tan rápido. Mi librería le tomó el relevo, pero nunca fue lo mismo.

—Cuánto lo siento —respondió Mitch con tono glacial.

La señora Ateltow se mordió el labio superior, se colocó su pelo blanco y se contoneó con torpeza.

—¿Los libreros tienen la obligación de guardar el secreto profesional? —preguntó en el tono más serio del mundo.

—Por supuesto —respondió Mitch, como si aquello fuera lo más lógico—. Si se me permite la indiscreción, ¿puedo preguntar por qué?

—Porque no confío en la mía.

—¿En las lecturas que le recomienda?

—No. En eso es bastante buena, pero le gusta tanto hablar. ¿Sabe?, mi hijo se preocupa mucho por mi bienestar. Hasta el punto de que se ha vuelto un auténtico tirano. Vigila todo lo que hago y sostiene que la culpa de que tenga la cabeza en otra parte la tienen mis lecturas; que, si no estuviera tan enganchada a esas historias fantasiosas, sería más sensata y no le daría tantas vueltas a qué hacer con mi vida.

—¿Sensata en qué sentido?

—Pues, para empezar, en mis comentarios; no soporta que mis ideas políticas sean distintas a las suyas.

—Menuda estupidez. ¿Qué edad tiene su encantador querubín?

—En diciembre hará cuarenta y dos.

—En ese caso, lo lleva claro. —Mitch suspiró—. Es lamentable que ejerza semejante influencia sobre usted y aún más que sea una persona tan obtusa.

—No es lo que él piensa lo que me influye, sino la pensión que me pasa para vivir y por la que no puedo mandarlo a paseo, y no por falta de ganas. No me juzgue mal; ojalá cuando usted tenga mi edad le vaya mejor que a mí. Para las mujeres de mi generación, ser independiente era mucho más difícil de lo que uno pueda imaginar.

La señora Ateltow había conocido a su marido en el instituto donde trabajaba como profesora auxiliar, y él, como director. Siempre se había sentido acomplejada por su físico; si se hubiera visto de otra forma, habría entendido el encanto que desprendía... El señor Ateltow le sonreía cada vez que ella se acercaba a dejarle un expediente, y su amabilidad con esa joven provista de un cuello demasiado largo y encaramada sobre unas piernas demasiado delgadas (los alumnos la llamaban la Avestruz) había hecho rápidamente que se convenciera de que no iba a encontrar mejor partido. Le horrorizaba la idea de convertirse en una solterona. Seis meses después de una noche en el cine, se casaron y ella tuvo que renunciar temporalmente a la carrera de profesora con la que soñaba desde que era adolescente para dedicarse a su hogar.

El señor Ateltow fue un encanto los meses que duró el cortejo, pero, después de ponerle el anillo en el dedo, la cosa cambió. A lo

largo de los años, demostró ser un hombre autoritario, henchido de sí mismo y mucho menos inteligente de lo que ella había imaginado al casarse con él. Prueba de ello era la cantidad de tonterías que decía o, peor aún, las ideas preconcebidas que tenía acerca de todo.

Se aburrió con él durante veinte años. El nacimiento de Rony, que desde su más tierna infancia demostró que había heredado los genes de su padre, no fue más que un breve paréntesis. Cuando el señor Ateltow fue arroyado por un camión de la basura mientras daba su paseo dominical en bicicleta, su viuda descubrió que tenía unas dotes para la comedia que hasta entonces desconocía. Con una sonrisa inquietante dibujada en el rostro, había arrancado de las manos la pala al sepulturero y se había apresurado a cubrir el ataúd de su esposo. Su círculo más íntimo había creído ver en su gesto la consecuencia de una pena insondable, y no la alegría extrema que sentía ante la idea de recuperar por fin su libertad. Albergaba la esperanza de poder vivir algún día ese gran amor que todavía no había conocido. A la espera del milagro, volvió al trabajo y fue profesora de alumnos más mayores.

Por desgracia, los pocos ahorros que había dejado el difunto señor Ateltow se agotaron enseguida y su exigua pensión de profesora no cambió demasiado su situación financiera. Rony tomó el relevo, garantizando a su madre una vida desahogada a cambio del poder cada vez mayor que ejercía sobre ella.

Amante de un «estilo de vida saludable», empezó controlando su comida, inspeccionado con regularidad su frigorífico, confiscando sus golosinas y no permitiéndole más que un vaso de vino al día, a la hora de la cena.

Mucho tiempo después, cuando la señora Ateltow empezó a salir —demasiado a menudo, para su gusto— con un profesor de música, con un sueldo anómalamente inferior al que un hombre de su edad debería ganar, Rony, que ocupaba un puesto importante en un gran banco, consiguió la suficiente información para llegar a otra conclusión más. Era inconcebible que de verdad se hubiera encaprichado de un supuesto artista muerto de hambre que, además, bailaba tango los sábados. Las lecturas de su madre eran la causa de sus despropósitos sentimentales. Al día siguiente, *Gamiani*.

Dos noches de pasión, de Musset; *El amante*, de Marguerite Duras, y también *El amante de lady Chatterley*, de D. H. Lawrence, fueron a parar a la basura.

Al escuchar la confesión de su antigua profesora de literatura, tirada en su mostrador como si fuera un diván, Mitch comprendió que probablemente Rony no fuera ajeno al desencanto amoroso de Verner.

—Tranquila, si viniera su hijo a preguntarme sobre usted, cosa que dudo, le doy mi palabra de que no le diré nada. Y, ahora que hemos dejado las cosas claras, ¿hay algún título en particular que le interese? —preguntó.

La señora Ateltow no respondió, al menos, no inmediatamente. Se reincorporó y paseó su larga silueta por la librería, con el bolso colgado del brazo.

—Fue él quien me informó de su regreso —dijo hojeando un ejemplar de *Trópico de Cáncer*.

—¿Él? —preguntó Mitch.

Sabía perfectamente que hablaba de Verner, pero quería demostrar su ejemplaridad en materia de secreto profesional librero.

—Nos vemos de vez en cuando a escondidas, poco tiempo y en contadas ocasiones. Me dijo que se había marchado de viaje. Qué suerte la suya. Es mi mayor sueño. —Se le iluminó la cara como si acabara de tener una revelación—. ¡Eso es lo que debería hacer, fugarme!

—A su edad, ¿no sería mejor plantearse otra solución? Hablar con su hijo, por ejemplo, y decirle lo que siente.

—No me escucharía. Sus intenciones no son malas; al contrario, está convencido de que lo hace por mi bien; y, en cuanto me quejo, más se convence de que he perdido la cabeza. La verdad es que los hijos son horribles, pequeños vampiros que plantan sus colmillos en tu vida y te succionan la sangre hasta dejarte sin una gota. Y la cosa no mejora con la edad. Me da tanto miedo que un día me lleve a una residencia de ancianos. ¡Prefiero la cárcel!

—No lo creo —respondió Mitch lacónico.

—En fin, no he venido a lamentarme de mi suerte, aunque sea lo único que he hecho desde que he entrado. Me lo llevo —dijo sacudiendo la novela de Henry Miller—, lo esconderé debajo de la cama, junto a la caja de bombones y la botella de *whisky*. No hay nada como los dos juntos para pasar una buena noche.

Siguió paseando su bolso de mesa en mesa. Murmurando algo que solo ella oía, se detuvo en el estante «Religiones y esoterismo» y se dio la vuelta y empezó a mirarse los zapatos.

—Si necesita que le eche una mano para poner un poco de orden, estaré encantada de ayudarlo.

A Mitch le parecía que su librería estaba perfectamente ordenada, pero la propuesta de la señora Ateltow sonaba tanto a un SOS que se quedó pensando.

—Se me ocurre otra idea —dijo—. Imaginemos que viene a visitarme dos veces por semana, digamos que los martes y los jueves, a la hora del almuerzo. Podría ocurrir que alguno de nuestros conocidos en común estuviera casualmente aquí. Y podríamos suponer también que juntos ordenaran un poco mi almacén, pero solo un poco.

Los ojos de la señora Ateltow empezaron a brillar como un faro perdido en un peñón en medio de una noche oscura.

—¿Y cómo hará ese conocido para enterarse?

—De eso me encargaría yo —respondió Mitch.

—¿Lo sabría solamente él?

—Secreto profesional —respondió Mitch—, y el almacén no tiene ventanas.

La señora Ateltow abrazó el bolso contra su pecho, con la misma ternura que si se tratara de un caniche. Las lágrimas le desbordaban los párpados. Mitch la acompañó a la puerta y le prometió que todo saldría bien.

Al poco de que se marchara, le entraron ganas de compartir con Anna lo que le acababa de pasar. Ya se había contenido dos veces esta mañana, obligándose a respetar las instrucciones que le había dejado en su notita.

Poco antes del mediodía, cerró la librería. Hoy, Salinas volvía a casa a la hora del almuerzo, como hacía todas las semanas, solo, ya que su celibato continuado explicaba las noches que pasaba en el burdel.

El fiscal era un hombre de costumbres y de muy poca imaginación. La fantasía le era ajena, incluso el coche le combinaba con los trajes. Llevaba una vida absolutamente ordenada.

El aire otoñal era de una humedad asfixiante y excepcionalmente cálido. Mitch esperaba que las puertas del ventanal de la primera planta de la mansión estuvieran abiertas, lo que le ahorraría tener que forzar la cerradura. En el plan que llevaba urdiendo desde hacía tiempo, la glicinia le serviría de escalera.

En el bolsillo llevaba todo lo necesario para acometer su venganza y librarse del hombre que le impedía ser plenamente feliz.

A las doce y media, entró en la callecita particular. El callejón estaba desierto. Hizo guardia unos segundos en la acera para asegurarse de que no había nadie asomado a la ventana de la casa de al lado y se lanzó.

Durante su cautiverio, la cuerda de escalada había sido el único deporte que había podido practicar después de su paseo forzoso por el camino de los muertos. Era la única actividad para la cual su pierna no suponía una discapacidad excluyente. Al cabo de un año de ejercicio constante, llegaba al gancho que había clavado en el techo más rápido que cualquier otro preso y subía sirviéndose solo de sus brazos. Su récord fue dos subidas consecutivas de cinco metros en menos de 9:54 segundos. Según sus cálculos, el balcón se encontraba a seis metros del suelo.

Escalar por la glicinia, menos regular que una cuerda de cáñamo, le llevó siete segundos, y empleó otros dos más en pasar al otro lado de la barandilla. Las ventanas estaban entreabiertas y sujetas con una falleba, así que no tuvo más que levantar el enganche para colarse en el salón.

Un sofá y dos poltronas de terciopelo azul se enfrentaban a cada lado de una mesa auxiliar de lapislázuli. Mitch miró su reloj: Salinas

llegaría en unos diez minutos. Sin embargo, escuchó ruido de pasos en la planta de arriba. Mitch había pensado en todo, salvo en el servicio doméstico. Se fijó en una puerta que había al fondo del salón, asomó la cabeza y descubrió el estudio del dueño de la casa, que albergaba dos majestuosas librerías y una fila de armarios de madera que cubría por completo la pared de enfrente del ventanal.

Se puso furioso al recorrer con la vista los títulos de las obras que descansaban en los estantes. La mayoría de ellas habían sido incluidas en la lista de libros prohibidos; entre ellas, una edición original de *Fahrenheit 451* y otra de *El cuento de la criada*. Salinas había utilizado libros de su propia biblioteca para hacer que lo condenaran.

Estaba a punto de coger un ejemplar cuando oyó la voz del fiscal en el gran salón. El mayordomo que lo acompañaba anunció que la comida estaba servida. Salinas le respondió que tenía que hacer una llamada que no podía esperar.

Mitch corrió hacia la puerta del primer armario. Imposible esconderse dentro: estaba lleno de carpetas. El segundo, un guardarropa con tres abrigos, un fusil de caza apoyado en la culata y un paraguas, ofrecía el suficiente espacio como para poder meterse en él, justo a tiempo. El fiscal entró en su despacho, se sirvió un vaso de oporto, descolgó el teléfono e inspiró hondo.

—Gracias por cogerme la llamada —dijo—; sé lo valioso que es su tiempo. Le pido mucho, y estaré siempre en deuda con usted. Tengo que ganar este juicio —imploró.

Salinas miraba la base del teléfono, enrollaba el cable entre los dedos y movía la cabeza cada vez que asentía felizmente a lo que su interlocutor le decía.

Mitch, con la cara pegada al resquicio del armario, debería haber cedido al deseo de abalanzarse sobre él para acabar de una vez por todas, pero el espectáculo al que estaba asistiendo le causaba una sensación inédita, un extraño disfrute. La hermosa mansión, el mayordomo de tono ceremonioso y el coche azul a juego con los sofás daban igual: Salinas había perdido su soberbia. Suplicaba, y la miseria de su alma rezumaba a través de su frente chorreante de sudor.

—Le prometo que no está tratando con un ingrato —añadió—. Siempre es un placer hablar con usted. Sí, puede contar conmigo. Es un caso cerrado. Se lo agradezco infinitamente.

Qué difícil era ser fiscal. Aliviado, Salinas colgó el teléfono y volvió al salón. Mitch aguardó en su escondite con la oreja puesta. Escuchó al mayordomo anunciar que había alguien que solicitaba «ver al señor».

—No espero a nadie —contestó el fiscal.

—Me aseguré de ello antes de subir a verlo, pero la mujer insiste. Asegura tener revelaciones importantes que hacerle.

—En ese caso, bajemos a darle la bienvenida.

*

Sin moros en la costa, Mitch salió del armario, pasó por detrás del gran escritorio, se sentó en el sillón del fiscal y observó la habitación, incómodo por el sentimiento que se apoderaba de él. La piedad nada tiene que ver con la compasión o la empatía. Es condescendiente, arrogante, suficiente, todo lo contrario de lo que él era. Sin embargo, era piedad lo que sentía. Salinas era rico, tenía poder, dinero, renombre, y vivía en una soledad más terrible que la que había conocido en la cárcel, porque era culpa suya.

Esa piedad no cambiaría en nada la decisión que había tomado. Miró el vaso de oporto, lo cogió, lo dejó unos segundos después y abandonó la mansión por el balcón de la biblioteca.

20. Cita romántica

Mitch era un hombre de palabra. Al abandonar la calle particular, se encaminó hacia el conservatorio para informar a Verner de que le esperaba en la librería los martes y los jueves a la hora del almuerzo. Al principio, el profesor de música recibió esta noticia con cautela; luego, algo que no era para nada propio de él, abrazó a Mitch, brevemente, sin añadir nada más.

—¿No me pregunta por qué tiene que venir los martes y los jueves al almacén de la librería? —se sorprendió Mitch.

—No.

—Pero ¿vendrá?

—Evidentemente.

—Es consciente de que no se trata de pillarnos una cogorza, ¿verdad?

—Me parecía bastante probable.

—¿Y no quiere saber nada más?

—Nada.

—¿Puedo preguntarle a qué se debe esta falta de curiosidad?

—Bueno, Mitch, había prometido que no me iba a ir de la lengua, pero, dado que estoy en deuda con usted..., nuestra querida señora Ateltow me llamó para contármelo todo acerca de su generosa propuesta. ¿Y sabe qué es lo que me vuelve loco? Hace años que barajo la idea de un lugar discreto donde podríamos vernos a escondidas. Le ofrecí alquilar un pequeño apartamento, incluso le dejé elegir el barrio. También le sugerí que nos inscribiéramos a un

club deportivo, iniciarla en el tango, pero no sirvió de nada. Ha bastado que fuera usted el que lo organizaba todo para que aceptara.

—Si estoy entendiéndolo bien, ¿me está dando las gracias, Verner?

—No.

—De nada.

Cuando Mitch ya estaba a punto de marcharse, el profesor lo llamó para preguntar si presentarse con flores sería una buena idea o demasiado exagerado.

—Todo depende del tamaño del ramo —respondió Mitch.

—Por supuesto —aceptó Verner, que parecía muy satisfecho con esa solución—. Si le apetece echar una cabezadita, vamos a tocar Grieg.

Mitch rechazó con educación la invitación y volvió a su trabajo. El día fue pasando muy despacio, hasta parecerle insoportablemente largo. A las ocho de la tarde, seguía sin tener noticias de Anna y volvió a casa. Quizá fuera mejor espaciar las veladas y quedar como un señor no atosigando. Después de todo, ¿qué tiene de malo echarse de menos? Las ganas de volver a verse serían incluso mayores, a pesar de que esas prórrogas amorosas le parecían tan inútiles como un experimento científico cuyo resultado no aportara ninguna información.

A las ocho y cuarto de la tarde, Anna escuchó la respiración regular de la cámara frigorífica, con la misma ternura de los padres que escuchan cómo duerme el bebé que les ha arruinado el día. Su restaurante iba tomando forma. Ella sola lo había traído al mundo y lo observaba, conmovida, preocupada por verlo crecer y aterrorizada por el caos que iba a suponer en su vida. Ocuparse de él requería, más que trabajo, vocación. El día la había dejado agotada, a pesar de que contratar a un mozo de almacén en la sala de subastas, que le había ayudado al comienzo de la tarde a descargar la camioneta, le había permitido recuperar un poco de tiempo perdido. Se había tomado una hora en mitad del día para un asunto personal. Exhausta, apagó las luces y por fin volvió a casa.

Mientras tanto, Salinas cenaba en su despacho, preparando la acusación de un juicio que le traía por la calle de la amargura. Al terminar el plato, que acompañó con un vaso de oporto, sintió un gran cansancio. Al día siguiente se jugaba un asunto importante para su carrera, por lo que era necesaria una noche de descanso. Dejó su sillón, cruzó el salón y se metió por el pasillo que le llevaba a las estancias privadas.

A las nueve menos cuarto, el fiscal estaba tirado en su habitación, a los pies de la cama. Tenía la camisa manchada de sudor a la altura del torso. Sus ojos, muy abiertos, contemplaban con indiferencia cómo el día tocaba a su fin. Y lo seguían contemplando cuando llegó la noche, con sus estrellas, su silencio y su oscuridad.

*

Pasaron dos días sin que Mitch recibiera una visita o una llamada de Anna, lo cual le dejó perplejo y triste a la vez. Hizo todo lo que estaba en su mano para escapar de la soledad: ordenó su librería, abrió un libro para volver a dejarlo poco después, con la mente demasiado ocupada en buscar un sentido a ese silencio que lo consumía por dentro. Encontró varios.

Preso de sus problemas, había vuelto a escapar..., una hipótesis que le parecía poco probable. Si después de matar «un poco» a alguien se había tomado un descanso para acercarse a comprar un libro, también podría encontrar un momento para avisarlo. Había decidido poner fin a su relación..., pero, en ese caso, se lo habría hecho saber. Todo lo que sabía de ella desde que la había conocido demostraba que no le daba miedo asumir decisiones. Las obras de su restaurante habían vuelto a retrasarse, y, por orgullo o para que no pareciera que estaba abusando de él, había renunciado a pedirle ayuda...

Cuando contemplaba esta tercera hipótesis, Mitch se replanteaba la primera, luego la segunda, y así sucesivamente. Seguía dándole vueltas, incluso cuando salió a dar un paseo por la orilla del río para distraerse un poco, o cuando se dedicó a tareas inútiles por

completo. Los libros nunca habían cambiado tanto de estante y de mesa. Anna le había escrito que no se preocupara por ella, que iría a verlo en cuanto pudiera, y había especificado que no quería que le replicara. De eso hacía dos días, y Mitch se daba uno más antes de acercarse a aclarar las cosas. Lo único que le impedía empujar la puerta del restaurante, aunque ya se hubiera aproximado dos veces a la entrada de la calle comercial, era su irrefrenable deseo de besar a Anna, y de no volver a separarse de ella hasta que no acabaran la mudanza, sin importarle el tiempo que esto pudiera llevarle. Para ello, había una razón lógica y sencilla. A Mitch no había nada que le hiciera más feliz que ayudar a alguien a quien quería. Hacer las cosas juntos las volvía increíbles, incluso poner unos azulejos.

Varias veces pensó en saltarse las consignas que le había dado. Iría directo hacia ella, sin darle tiempo a discutir, y la abrazaría. No obstante, Mitch pensaba que este tipo de cosas no se hace cuando una mujer ha decidido desaparecer.

Por la noche, cuando estaba en la cama y su sufrimiento había subido un escalafón más, se rebelaba, y murmuraba a su barba de tres días —había dejado de afeitarse— que no era su hombre de los recados, que nada justificaba semejante abandono, que estar muy ocupada no era excusa y que habría bastado una llamada para aliviar todo su malestar.

Cuando se despertó por la mañana, solo tenía clara una cosa: el caos de su mente no era propio de él. Probablemente lo mejor era no hacer nada.

*

Apoyada en la pared, con las manos metidas en los bolsillos de su delantal, Anna observaba el comedor, volvía la cabeza hacia la cocina, se detenía en su reflejo en el gran espejo y suspiraba antes de volver a empezar con la visión de conjunto.

Colocar las mesas en diagonal y a la misma distancia las unas de las otras era una tarea imposible de acometer sola. Cada vez que movía una, retrocedía diez pasos para comprobar que no había

respetado la alineación. En la cocina, los estantes de la vajilla no estaban a la altura adecuada, tendría que vaciarlos y volver a colocarlos. Uno de los quemadores de la placa estaba estropeado, a pesar de que el subastador había asegurado que la susodicha placa había sido revisada por completo. La seguridad de la cámara frigorífica, un gran botón rojo que garantizaba que nadie acabara encerrado en ella, funcionaba la mitad de las veces; cuando el inspector fuera a supervisar el local antes de entregarle la licencia, sería lo primero que comprobaría.

Pero el motivo de su desánimo venía de otra parte: Mitch no se había molestado en ir a verla desde hacía dos días; peor aún, no había dado señales de vida. Vale, tenía una librería que mantener, una clientela a la que atender; y sí, tenía una vida tan ocupada como la suya, pero no era excusa suficiente.

Con una simple llamada habría bastado. Casi se arrepentía de haberle dejado aquella nota que decía demasiado sobre sus sentimientos.

Cada vez que buscaba una razón para su silencio, encontraba varias. Estaba siendo presa de las dudas, una mujer como ella era demasiado complicada, sus problemas le habían preocupado, había abusado demasiado de su tiempo. Y por la noche, al irse a dormir, cuando su tristeza subía un escalafón más, recordaba que también ella le había dedicado mucho tiempo, empezando por hoy mismo, aunque él no lo supiera.

Aquella noche, al igual que la anterior, con la cabeza apoyada en la almohada y mirando al techo, Anna se preguntó cómo había llegado a ese punto. Había sufrido humillaciones, soportado violencias indescriptibles y se había rehecho ella sola en medio de una naturaleza hostil; había sido lavaplatos, camarera, pinche de cocina, trabajando sin descanso, y así durante años, para encontrar una salida. Su sueño estaba a punto de hacerse realidad, pero, a pesar de estar agotada, no lograba quedarse dormida. No se preguntó demasiado por la razón de su insomnio: el encuentro de dos personas que han sobrevivido al dolor que les han causado sin perder su facultad de amar no es cualquier encuentro.

Y entre ellos había una gemelidad evidente, como entre dos seres que descubren una aversión común a la ópera o al brócoli al vapor, y se quedan maravillados ante semejante milagro.

*

Cogió el primer tren de la mañana y llegó mucho antes de su horario habitual. El gato ni se dignó a abrir los ojos cuando cruzó el patio de luces. Mitch se había despertado en medio de la noche, pensando en el desorden reinante del almacén en el que Verner y la señora Ateltow estaban a punto de encontrarse. No había nada donde sentarse, nada para apoyar una taza de té, ni siquiera una lámpara para iluminar sus conversaciones. Ni la una ni el otro tenían edad para quedarse de pie mirándose como perros de porcelana. Su tan esperado cara a cara corría el riesgo de acabar en naufragio, y él sería el único responsable.

Se quitó la chaqueta, se remangó y se puso manos a la obra, comenzando por mover todas las cajas, que apiló contra la pared. A continuación, pasó el aspirador por la alfombra. Renunció a adentrarse en el sótano para subir algunos muebles; pero, para compensar esa cobardía, liberó una mesa de la librería y la llevó al almacén. Luego le tocó el turno al taburete que había detrás del mostrador y al pequeño escabel que servía para llegar a los estantes más altos. A falta de sillas, Verner y la señora Ateltow no podrían sentarse a la misma altura para discutir mirándose a los ojos; tendrían que conformarse con los medios a su alcance. Sin embargo, las dos tazas descascarilladas no parecían gran cosa... Mitch se acercó corriendo al café donde solía desayunar y consiguió que le prestaran un juego de té. Luego se pasó por la tienda de alimentación para comprar un paquete de Earl Grey, una caja de galletas, azúcar glas, un cartón de leche y un mantel de papel decorado con papanoeles. Diciembre quedaba aún lejos, y la tienda de alimentación vendía esta clase de artículos solo durante las fiestas de Fin de Año. El único que le quedaba en la estantería era uno que no había vendido el invierno pasado.

Un poco antes de mediodía, Mitch colocó dos tazas de porcelana en la mesa, una tetera, un hervidor eléctrico, la caja de galletas, una jarra de leche (que hasta esa misma mañana había sido un cubilete para los lápices) y dos cucharillas. Ya solo quedaba sacar la fregona del cubo antes de llenarlo de agua para meter el ramo de flores destinado a la señora Ateltow. Cuando admiró el conjunto, el fruto de sus esfuerzos le pareció increíble.

Verner llegó el primero, vestido con un traje inglés verde, un chaleco a cuadros amarillo mostaza y un par de mocasines marrones. Mitch le condujo hasta el almacén y le sugirió que se sentara en el escabel, que era menos cómodo que el taburete. La señora Ateltow se presentó unos minutos más tarde, con un vestido blanco de muselina que le quedaba de maravilla. Se había recogido el pelo con una peineta de nácar, y Mitch nunca la había visto tan maquillada, pero su cara radiante compensaba esas extravagancias y la rejuvenecía diez años. Ella se paseó por la librería y lanzó unas miradas furtivas al escaparate, como si temiera que alguien la hubiera seguido. Mitch indicó con la mirada el lugar de la cita, ella se desplazó sigilosamente y desapareció detrás de la puerta del almacén.

Por discreción, se mantuvo lo más alejado posible de los dos tortolitos.

A las doce y media, un furgón escoltado por un coche negro aparcó junto a la acera. Ocho agentes de policía entraron precipitadamente en la librería. Solo uno no llevaba puesto el uniforme, un inspector, que le comunicó a Mitch que estaba arrestado. Dos agentes lo agarraron y le llevaron los brazos a la espalda, y un tercero le puso las esposas mientras el inspector le explicaba que estaba acusado de asesinato y que a partir de ese momento tenía derecho a guardar silencio porque todo lo que dijera podría ser utilizado en su contra. Y antes de que Mitch pudiera protestar, se lo llevaron *manu militari*.

—Las pruebas son claramente incriminatorias —añadió el inspector, y lo empujó hacia el furgón.

La comitiva arrancó, con las sirenas a todo trapo, en dirección a la comisaría central.

Mitch, prisionero entre dos policías, tuvo la sensación de estar inmerso en una pesadilla, y no era la primera vez que hacía esta inmersión.

21. La confesión

Estaba sentado en una silla, con las manos esposadas a la espalda. El inspector que tenía enfrente guardaba silencio. Pasaba lentamente las páginas de un expediente y a veces asentía con la cabeza para dar más gravedad al momento. Llevaba diez minutos con el mismo jueguito; entonces el poli sacó una foto en blanco y negro, una impresión sacada de la cinta de grabación de una cámara de seguridad, y la deslizó hacia él.

—Este hombre sentado en un banco del palacio de justicia, justo enfrente de la sala de audiencias, ¿lo reconoce?

Aunque la imagen estaba un poco borrosa, Mitch estaba en condiciones de saber quién era el hombre en cuestión; pero, ya que todo lo que dijera podía ser utilizado en su contra, no respondió.

—Muy bien —dijo el inspector, y chasqueó la lengua.

Puso otras tres fotografías delante de las narices de Mitch.

—Y aquí, en el aparcamiento del palacio, ¿tampoco sabe de quién se trata?

En la primera foto, Mitch bajaba por la rampa que conducía al sótano, en la segunda se lo veía escondido detrás de un poste y en la tercera aparecía de espaldas subiendo hacia la superficie.

—¿Todavía nada? —retomó el inspector, exasperado—. Quizá una ampliación le ayude a verlo más claro.

Esta vez era evidente, Mitch era perfectamente reconocible.

—¿Y qué?, ¿está prohibido ir al palacio de justicia o aparcar ahí el coche?

—No, cuando se tiene uno. El problema es que no hemos encontrado ningún coche matriculado a su nombre, lo cual me lleva a preguntarme qué diablos hacía usted en ese aparcamiento.

La cara del inspector parecía tallada en mármol, la chaqueta del traje le apretaba los hombros, cosa que le daba una corpulencia aún más imponente. En los puños de su camisa brillaban unos gemelos, como si los puliera por la mañana después de un afeitado bien apurado y antes de sacar brillo a sus zapatos. Todo en él recordaba la ropa que visten aquellos que quieren impresionar.

—Ya me acuerdo: aquel día diluviaba —respondió Mitch— y me resguardé allí. No veo nada ilegal en ello.

—Lo aceptamos. Y, si le digo que el fiscal Salinas fue asesinado hace tres días, ¿me va a decir también que no sabía nada?

—No lo sabía. ¿Cómo habría podido enterarme?

—Por la prensa o por la televisión, por ejemplo.

—Solo leo libros y no tengo televisión.

—¡Por supuesto! Lo que pasa es que hay otro problema, aún mayor que el anterior. Un vecino del fiscal al que hemos enseñado estas fotos lo ha reconocido formalmente y afirma que lo vio rondando en varias ocasiones cerca de su casa, ¡y no en cualquier momento! —exclamó tamborileando con el dedo en la mesa—. Un exconvicto que acaba de salir de la cárcel, que tuvo al señor letrado Salinas como fiscal, rondando por el palacio de justicia, por el aparcamiento donde la víctima deja su vehículo, delante de su domicilio, donde casualmente se encuentra el día de su asesinato. Menudas coincidencias, sí, señor. ¡No he visto tantas en mis veinte años de carrera! Según usted, ¿cuánto tardará el jurado en convencerse de su culpabilidad? ¿Es consciente de que esta vez le espera cadena perpetua? —dijo en tono condescendiente—. A no ser que...

—¿Qué? —preguntó Mitch, con un nudo en la garganta.

—¡Confíese! Diré que, presa de remordimientos, colaboró espontáneamente. Podría intentar que le cayeran tan solo veinte años. Es mucho, pero no tanto para un reincidente. Usted es joven; aún le quedarían unos cuantos años para vivir en libertad, siempre que no mate a nadie más, claro está.

—Yo no he matado a nadie, ¡y el crimen por el que fui condenado no era tal! —se enfureció Mitch.

—Por supuesto. Todos dicen lo mismo. Mi oferta es únicamente válida en la siguiente hora. Después será demasiado tarde. —El inspector volvió a tamborilear en la mesa—. Me olvidaba de un último detalle: la brigada criminal ha encontrado toda una serie de huellas dactilares en el domicilio del fiscal; todavía no tenemos los resultados, pero prefiero comentárselo por si sabe ya que van a aparecer las suyas. Una hora, ni un minuto más —añadió, y se levantó.

Se marchó de la habitación y dejó a Mitch pensando en su propuesta. Le bastaron solo unos minutos para llegar a la triste conclusión de que no tenía escapatoria. Había dejado sus huellas dactilares por todas partes. En el despacho de Salinas, en los pomos de las puertas, en las baldas de las estanterías, en las tapas de los libros en los que había puesto las manos y en el vaso de oporto. Como si aquello pudiera cambiar en algo su suerte, se preguntó desde qué ventana habrían podido espiarlo, porque estaba seguro de haber comprobado todas y de no haber visto a nadie.

¿Y si el poli iba de farol y aquel misterioso vecino no existía? Por el tema de las huellas dactilares, siempre podría decir que el fiscal había aceptado recibirlo en su casa y que le había ofrecido un vino. El mayordomo lo desmentiría, y la palabra de un antiguo enchironado no valdría más que la suya. Por mucho que Mitch hubiera leído un montón de historias, era incapaz de hacer que una se mantuviera en pie. Veinte años o cadena perpetua, una ecuación que cualquiera que no hubiera estado antes en la cárcel habría resuelto enseguida; en cambio, para aquellos que hubieran conocido el infierno, los servicios del Sargento, las frías noches de invierno y el calor sofocante del verano en el camino de los muertos, era un cálculo más complicado.

Valoró las posibilidades que tenía de conseguir un sobreseimiento. El motivo sería fácilmente esgrimido por la acusación, las pruebas de las que disponía el inspector eran irrefutables, y los únicos puntos ciegos eran el arma del crimen y la hora exacta en la que había tenido lugar. A Mitch le hubiera gustado mirar su reloj para saber

cuánto tiempo le quedaba antes de que se decidiera su suerte. Sin embargo, era doblemente imposible, porque se lo habían confiscado y porque el más mínimo movimiento tenía como efecto inmediato apretar más las esposas, que ya le cortaban la circulación de las muñecas. Calculó como mucho media hora, un poco menos quizá, y retomó el hilo de su narración desde el principio.

Repasó mentalmente los juicios que se celebraban en las novelas de este género, las de Grisham y Connelly, que le gustaban, y se concentró en los momentos decisivos, cuando todo parecía condenar al acusado, y la situación daba un giro inesperado. Entonces se puso en la piel del abogado que le sería asignado.

En efecto, su cliente había ido al palacio. Después de cumplir con una pena injusta, estaba en su derecho de entender por qué el fiscal Salinas se había ensañado hasta ese punto con él. Al no desear que lo vieran en compañía de un antiguo preso, el fiscal le había pedido que lo esperara cerca de su coche, en la planta menos dos (hasta ahí, la cosa iba bien), sin que nadie lo descubriera (lo cual explicaba por qué se había escondido detrás de un poste), que era lo que el acusado había hecho, en vano. Al suponer que el fiscal lo había despachado o que algo le había retrasado, se resignó a marcharse del aparcamiento (la tercera fotografía). El fiscal salió poco después al volante de su coche y, al verlo caminar por la calle en pleno aguacero, le había ordenado que se subiera a bordo. Lo había conducido a su casa y lo había recibido directamente en su despacho (motivo por el cual el mayordomo desconocía su presencia). Un librero apasionado no podía evitar acariciar una o dos de las obras que contenía la biblioteca (ello explicaba la presencia de sus huellas dactilares en los libros). El fiscal había servido un vaso de oporto al acusado (de nuevo, las huellas dactilares). Sin embargo, la llegada de una visita había puesto prematuramente fin a su entrevista. El acusado había salido de allí con tanta discreción como había entrado. Estas explicaciones, tan racionales como claras, llevaban a la siguiente conclusión: ¿a cuántos hombres y mujeres había hecho condenar Salinas de forma indebida? ¿A cuántas de sus víctimas había enviado injustamente a la cárcel para impulsar su carrera? ¿Cuántas de ellas habrían podido querer vengarse? ¿La policía se

había molestado en analizar las demás pistas? ¿No estábamos asistiendo, una vez más, a otra demostración flagrante de una justicia expeditiva? ¿No se había señalado al culpable ideal cuando nada probaba su implicación, aparte de un desafortunado cúmulo de circunstancias?

Mitch casi podía sentirse orgulloso del relato que había construido, aceptable para una novela, menos creíble en la realidad, pero no del todo imposible. Simplemente, estaba muerto de miedo, y le quedaban quince minutos como máximo para tomar la decisión más importante de su vida. Defender su inocencia y arriesgarse a ser condenado a cadena perpetua, o confesar. El tictac le impedía pensar en las fallas de su razonamiento. Le temblaban las manos, sentía el latido del corazón en sus sienes, y el sudor le bajaba por la espalda. Al borde del desmayo, le faltaba el aire y su única esperanza de salir de esa, si es que aquello era aún posible, le exigía recuperar la calma, lo cual es más fácil decir que hacer cuando tienes el tiempo contado.

En el centro penitenciario, cuando el miedo se apoderaba de él, huía mentalmente, algo que ni los muros ni los barrotes podían impedir. Una vez más, Mitch cerró los ojos y se encontró detrás del mostrador de su librería. Había clientes paseando de mesa en mesa, él aconsejaba a uno de ellos, colocaba de nuevo los libros en su sitio, paraba para meter tras la portada de alguna obra la ficha de recomendación que había escrito.

Su respiración volvió casi a normalizarse y se preguntó con qué clase de fiscal se las tendría que ver, con un amigo de Salinas deseoso de vengarlo, o con alguno de sus enemigos a los que había eclipsado. Vio más claramente la requisitoria.

La acusación presentaba las fotos al jurado, preguntaba por qué un hombre que tenía una cita iba a esconderse detrás de un pilar sino porque era un asesino que acechaba a su presa. El vecino misterioso testificaba que lo había visto merodeando a solas en la calle particular, el mayordomo explicaba que era imposible que el

fiscal volviera a casa sin haberse cruzado con Mitch. Ya solo quedaba la cuestión del arma del crimen.

Cinco minutos, trescientos segundos, confesar y resolverlo con veinte años de cárcel, no volver a ver nunca más a Anna, perder para siempre su librería, veinte años tratando de sobrevivir cada día, veinte años o arriesgarse a la cadena perpetua. Tictac.

El inspector entró de repente, lo levantó por un brazo y lo arrastró al pasillo hacia una sala de interrogatorios siniestra. Primera etapa de un largo descenso a los infiernos.

—Espere aquí —ordenó, como si a su prisionero le quedara otra opción.

Encerrado solo en esa habitación sin ventanas, Mitch agachó la cabeza. Una tormenta de imágenes, recuerdos, portadas y páginas, palabras y ruidos desfiló ante él; y luego todo se borró para dejar paso únicamente a un par de zapatos a los que habían quitado los cordones. Cada cual ve la desesperación a su manera.

*

La puerta volvió a abrirse diez minutos más tarde.

—¡De acuerdo, he tomado una decisión! —gritó Mitch aterrorizado ante la idea de que el plazo hubiera expirado.

El inspector, con la mandíbula apretada y mirada torcida, mostraba unas ganas locas de darle un puñetazo en la cara. Le quitó las esposas y le ordenó que se largara.

—¿Es una trampa? —preguntó Mitch frotándose las muñecas—. Ya me conozco esta historia. En cuanto salga, fingiré que me he intentado escapar, quizá incluso se golpee la cabeza contra la pared para hacer creer que le he pegado.

—Lee usted demasiados libros; es malo para la salud. ¿Qué es lo que no ha entendido de «lárguese de aquí»?

—¿Ha encontrado al verdadero culpable?

—El único culpable aquí es usted, y lo terminaré demostrando, aunque haya quien nos intente hacer creer que estaba con usted la

noche del asesinato. Al parecer, tiene una coartada. Disfrute de este breve respiro antes de que yo demuestre que se trata de otra mentira más.

*

Un agente de policía uniformado lo condujo al gran recibidor de la comisaría principal. El encargado de las entradas y salidas le entregó sus efectos personales: su cartera, los pocos billetes y monedas que llevaba en los bolsillos en el momento de ser arrestado, los cordones, su reloj y sus llaves.

Mitch miró a su alrededor. Un buen tercio de la habitación, dividida por una reja que la recorría de lado a lado, formaba un calabozo. En su interior, una mujer tremendamente ebria esperaba en un banco a que se le pasara la cogorza. Su cabeza se balanceaba lentamente, su busto se bamboleaba unas veces a la derecha, otras veces a la izquierda; solo el culo y las piernas resistían aún al oleaje. Un carterista farfullaba palabras incomprensibles debido a un hermoso corte en su labio inferior. Dos tipos que se habían peleado, esposados a un barroto a cada lado de la puerta, se miraban mal, listos para volver a enfrentarse. Una prostituta deambulaba de una pared a otra, colocándose por debajo del corsé su pecho marchito por el desamor de los hombres. Mitch se dirigió hacia la puerta y abandonó aquella corte de los milagros.

Se había hecho de noche temprano, y trajo consigo una de esas lloviznas persistentes que te calan hasta los huesos. Los peatones avanzaban con la cabeza hundida en sus abrigos, pero Mitch, que había recuperado la libertad, veía cómo todos los colores del mundo luchaban para existir en ese espectáculo gris. Las telas de los paraguas entrechocando en la acera, los coches con sus carrocerías brillantes, el asfalto reluciente bajo la luz de las farolas. ¿Cuánto tiempo había pasado detrás de aquellas paredes?

El sonido de un claxon le hizo girar la cabeza. Los faros de una camioneta parecían estar guiñándole el ojo. Se dirigió a la puerta y

vio a Anna al volante, haciéndole un gesto para que se subiera al asiento de atrás.

—Lamento no haberte esperado dentro, pero no me siento muy cómoda en ese tipo de sitios y, además, no quería tentar a la suerte.

—¿Cómo te has enterado de que me habían arrestado?

—De una forma bastante original —respondió, y arrancó.

Había ido a verlo a primera hora de la tarde. La librería estaba desierta, pero de todas formas había empujado la puerta.

—Oí cuchicheos en el almacén. Así que pensé que...

—¿Qué pensaste?

—¡Que estabas en compañía de otra mujer! Y, cuando entré, la situación era muy distinta a lo que había imaginado. Una pareja extraña me miraba con ojos despavoridos. El hombre tranquilizaba a su mujer con voz suave, asegurando que sin duda debía de tratarse de un error y que, evidentemente, tú no habías matado a nadie.

—No es su mujer.

—Si tú lo dices, pero me parece a mí que no es lo más grave en este momento.

—Un poco sí. Lo he echado todo a perder.

Mitch explicó la importancia que esa cita tenía para Verner y la señora Ateltow, y Anna se preguntó si le resultaba más raro o seductor el hecho de que pareciera preocuparle más haberles arruinado su encuentro secreto que haber sido acusado de asesinato.

—O, si no —dijo Anna haciendo crujir la caja de cambios—, puedes pensar que los has obsequiado con un recuerdo inolvidable.

Se saltó un semáforo en rojo y pitó al conductor que había tenido que frenar bruscamente.

—Piensa en todo lo que se van a contar —añadió, y le puso la mano en la mejilla.

Mientras ella conducía, Mitch miraba cómo pasaban las aceras, con su carga de hombres y de luces.

—Ya no tienes de qué preocuparte; soy tu coartada —encadenó Anna.

—Si no fuera porque yo no estaba contigo la noche del asesinato.

—Lo sé y lo siento —dijo Anna—. Y lo peor de todo es que te he echado terriblemente de menos, aunque parezca que esas cosas no se dicen. —Mitch se volvió hacia Anna. Estaba tan emocionado como ella—. ¿Estás bien? —le preguntó.

Él esperó un instante antes de responder. No, no estaba bien. Lo estaba encajando, aturdido, pensando en el futuro que le esperaba.

—He pasado dos periodos en la cárcel —dijo con voz cansada—. Aquel en el que echaba constantemente de menos mi vida de hombre libre: el olor del café por las mañanas, la ducha que me daba en la intimidad de mi baño, mis paseos hasta la estación, el andén donde esperaba mi cercanías y donde echaba pestes cuando se retrasaba, el olor tan peculiar de ese tren, la suciedad del cristal que deformaba la luz de la mañana, mis pasos una vez más hacia mi librería, el ruido de la llave en la cerradura. Revisaba cada uno de estos detalles, a los que pensaba que nunca había concedido ninguna importancia, con una precisión sorprendente. Y entonces llegó el día en el que todo se puso patas arriba sin que me diera cuenta...

Se interrumpió en medio de la frase. Anna se olvidó un segundo de la carretera para observarlo. Se le veía desaliñado, pálido, con la mirada derrotada, perdido en un mundo que ella desconocía, pero cuya crueldad comenzaba a vislumbrar. La camioneta se comió un bordillo. De un volantazo, la devolvió a su sitio.

—¿Y después de ese día? —preguntó tímidamente.

—Ya solo pensé en mi día a día en la cárcel: la hora de la comida, el paseo por el patio, la sala de gimnasia, el debilitamiento de los colores por la tarde, la angustia de escuchar cómo una tormenta erosionaba el camino de los muertos por la noche, la carrera que emprendía para escapar a la locura cuando una nueva mañana entraba en mi celda.

Anna levantó el pie del acelerador al comprender que tendría que conducir el mayor tiempo posible para que Mitch se liberara del peso de su corazón, que sus confidencias formaban parte de esa carretera que estaban recorriendo juntos.

—No te he contado todo de mi juicio —prosiguió Mitch—. El fiscal presentó al estrado otros libros, aparte de los dos ejemplares que

encontraron en mi almacén: *El extranjero*, de Albert Camus; *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood; *La confesión*, de Artur London; *La escritura o la vida*, de Jorge Semprún, y *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Me acusó de haberlos distribuido a una juventud inocente para pervertirla, de querer atizar en ellos el miedo y el odio al poder, de desestabilizar la sociedad oponiéndome a la voluntad de sus padres y de sus profesores. La verdad es que no lo escuché demasiado; pensaba únicamente en la extraña paradoja a la que estaba asistiendo. Este hombre era un erudito y temía el poder de las palabras. Y no paraba de preguntarme qué era lo que le podía haber pasado en la vida para llegar hasta ese punto. Las obras de las que se había servido como pruebas para que me condenaran provenían de su biblioteca. Salinas era un gran lector, sabía el daño que hacía, mentía a los demás y se mentía a sí mismo.

La ciudad y su periferia se habían borrado, la carretera formaba una larga cinta que se desplegaba ante ellos en medio del campo. Bajo la noche estrellada, tierras cubiertas de cebada y de trigo se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Anna abrió la ventana y llenó sus pulmones de aire.

—¿Cómo descubriste la procedencia de esos libros? —preguntó.

—Me colé en su casa el día en que murió.

Mitch apoyó la cabeza en el marco de la puerta del coche y cerró los ojos. Anna no le preguntó nada más.

Cuando llegaron a una pequeña ciudad a orillas del mar, Anna detuvo la camioneta junto a un dique y esperó a que las luces del día se asentaran para sacarlo de su sueño. Luego abrió la puerta del coche y bajó, llena de energía.

—Haz como yo —dijo feliz—: quítate los zapatos y sígueme.

En lo que Mitch se desataba los cordones, ella ya estaba corriendo hacia las olas.

Los gritos de las gaviotas cubrían el ruido del oleaje. El viento soplaba a ráfagas, llevándole obstinadamente el pelo de Anna a los ojos.

El día anterior, Mitch estaba esposado en la sala de interrogatorios, pensando que ya nunca más volvería a ver el día si

no era a través de los barrotes. Esta mañana, caminaba descalzo por la arena, embriagado por las salpicaduras de las olas y la risa de una mujer. Desde que había conocido a Anna, la realidad y los sueños se entremezclaban de manera formidable.

22. *El color púrpura*

El sol se reflejaba ya en la espuma. Mitch y Anna se quitaron la ropa y, aunque la temperatura fuera en aumento, el agua les pareció helada.

Poco después, tumbado en la arena, Mitch, con la cabeza apoyada en el vientre de Anna, sintió latir su vida bajo la nuca. Pasó una hora durante la cual se dejaron arrullar por el oleaje, luego recogieron sus cosas, se subieron a la camioneta y condujeron hacia el centro de la estación balnearia en busca de un lugar donde poder desayunar.

Caminando por la acera, Anna se detuvo delante de un quiosco y compró el periódico de la mañana. El retrato de Salinas aparecía en primera plana. Dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

Cuando estuvieron sentados, lo puso delante de Mitch y le pidió que le leyera el artículo.

—Murió presa de horribles dolores —anunció él esforzándose en ocultar su alegría.

—¿De qué manera? —preguntó Anna, y mojó una rebanada de pan en su taza de café con leche.

—Envenenado —respondió Mitch.

—Qué original —soltó Anna con sincero desinterés.

Tenía los ojos entornados y sonreía de manera extraña. Mitch trató de leerle la mente, intrigado por saber si seguía con él o si ya había volado hacia su cocina de gas y el frigo de su restaurante, a cientos de kilómetros de allí.

—¿No me preguntas si lo he matado?

—¿Lo has matado?

En el café, solo se escuchaba el silencio. La camarera que colocaba los cubiertos en las mesas se paró en seco, con un tenedor en una mano, un paño en la otra y la mandíbula descolgada.

—En ese caso, no volveremos a hablar de ello —prosiguió Anna.

Se levantó, cogió dos cruasanes en una cesta del mostrador, volvió a sentarse enfrente de Mitch y le ofreció uno.

—Es increíble cómo abre el apetito la brisa marina. Tendría que haberme sentado en la esquina. La gente debe de pasarse el día muerta de hambre. Al menos, yo lo estoy. Bueno —dijo Anna apartando el periódico—, ahora que conocemos el arma del crimen, solo queda encontrar una razón.

—Salinas tenía un montón de enemigos.

—Eso sin duda, pero la policía ha detenido solo a uno.

—De tanto rondar a su alrededor, les he dado motivos, así de sencillo.

—Pues yo creo que es mucho más complicado, y también creo que no te han elegido a ti por casualidad. Siempre y cuando no hayas sido tú el que lo ha matado, por supuesto, pero hemos prometido que no íbamos a hablar más de ello. Y, aunque así fuera, lo sensato sería encontrar otros culpables.

—¿El que dio el golpe, por ejemplo?

—Es justo lo que estaba diciendo. Bueno, él u otro, con la condición de que hubiera cometido un crimen. ¿Qué fue lo que condujo a tu primera detención?

—Ya te lo he dicho, unos libros que no estaba autorizado a tener en mi librería.

—No es eso lo que te estoy preguntando. ¿Cómo se enteró la policía de que los tenías?

—Un inspector me había multado unas semanas antes, yo me había negado a retirar el *Diario* de Ana Frank; habría sido absurdo e indigno. Me imagino que su informe bastó para que la poli hiciera una redada.

—¿Cuántos polis aparecieron el día de la redada?

—Ni lo sé. Seis, ocho quizá.

Anna apoyó la barbilla en sus manos y se acodó en la mesa, mirando al techo.

—Ocho policías por un simple informe, no me cuadra. He conocido restaurantes a los que las autoridades sanitarias les han dado un toque, y he trabajado en otros que se han llevado una multa. En el peor de los casos, tenían derecho a una segunda visita unas semanas después, pero nunca a una redada policial en toda regla.

—A los tiranos les dan más miedo los libros que la comida en mal estado.

—¿Y nunca se te ha pasado por la cabeza que quizá te hubieran denunciado?

—Sí, pero ¿por qué iban a haberlo hecho? —preguntó Mitch.

—Para mandarte a la cárcel. ¿Alguien de tu entorno podría tener interés en hacerte desaparecer de la circulación?

—Lo siento, pero no lo creo.

A Mitch se le había quitado el hambre. Volvió a dejar su cruasán en el platito. Anna dio únicamente dos bocados.

—La brisa marina —continuó, y se limpió la comisura de los labios.

—Quizá el anticuario —prosiguió Mitch—. Me vendió el local donde monté mi librería. Y después quiso que le alquilara el sótano, a lo que me negué.

—¿Cómo era ese anticuario?

—No muy amable.

—«No muy amable» es un buen comienzo —dijo Anna, y se chupó los dedos—. ¿Compartirías conmigo un bollo? No, olvídalo, son demasiado pequeños.

Salió corriendo hacia el mostrador, volvió con la cesta de bollería y se marchó por donde había venido para dirigirse a la camarera que, desde hacía diez minutos, llevaba secando el mismo vaso sin quitarles ojo de encima.

—Si le interesa tanto nuestra conversación, sírvase un café y venga a sentarse con nosotros. Tal vez se le ocurra algo que compartir.

La camarera se encogió de hombros y siguió con su trapo.

—Lo siento —dijo, y se volvió a sentar—, he heredado el gen del «odio a la gente que se mete donde no la llaman».

—¿Eso existe? —preguntó Mitch.

—Sí, es una mutación del «no me gusta la gente en general».

—¿Cómo convenciste a ese inspector de que me liberara? —preguntó Mitch, que prefería cambiar de tema para no echar a perder un día del que estaba disfrutando cada instante.

—¿En resumen o en detalle?

—En detalle —insistió Mitch.

—Teniendo en cuenta mi pasado, las comisarías no son la clase de lugar donde me siento más cómoda, así que, antes de entrar, inspiré hondo. Una vez dentro, pedí hablar con el poli que te había arrestado. El policía de guardia quiso saber por qué, y su tono fue lo bastante arrogante como para hacerme recuperar la determinación que había perdido frente a los uniformes. Me incliné hacia él y le insinué que tenía un secreto muy importante que contarle.

—¿Qué secreto?

—Que había pasado la tarde y la noche con el hombre al que estaban interrogando. También le dije que seguramente su superior tendría cosas más importantes que hacer que perder el tiempo con un sospechoso que no podía haber cometido el asesinato que estaban intentando endiñarle y que estaría bien informarle antes de sacarle una confesión por la fuerza, porque entonces yo iría a la prensa y lo largaría todo. Me miró de reojo y mi aspecto despreocupado provocó el efecto esperado.

Anna había contado aquello de un tirón y su cadencia demostraba que su fanfarronada le había costado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿De verdad quieres que siga? Vale, pues sigo. Entonces el inspector me dijo que entrara en su despacho, y yo le repetí exactamente lo mismo. Quiso pillarme, afirmando que no te soltaría tan fácilmente, y que tenía que decirle en qué momento preciso estábamos juntos, donde y qué estábamos haciendo en el momento del crimen. No te lo he dicho todavía, pero cuando era adolescente jugaba mucho al póquer, y también un poco después. Ya sabes que en el póquer hay que ir de farol (es el arte de las pequeñas mentiras). Al comienzo de la partida, cuando tienes una mano mala, haces un gesto determinado, una pequeña mueca, un tic nervioso...;

bueno, tú ya me entiendes. Y, cuando tienes una buena mano, reproduces el mismo gesto. Tus adversarios creen que han visto tu juego, pujan y te llevas el bote. ¿Me sigues?

—Lo intento, aunque no veo qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Te equivocas, y te voy a demostrar por qué. Entonces le expliqué al inspector que, para responder a su pregunta, tenía que decirme la hora exacta a la que había tenido lugar el crimen. Era demasiado estúpido para conocer el alcance de su estupidez. Añadí que, si se había producido en torno a las cinco de la tarde o después, no podías estar implicado porque estábamos juntos en mi futuro restaurante, en el que me ayudabas a alinear las mesas en diagonal, lo cual, como todo el mundo sabe, es imposible hacerlo uno solo, y que después cenamos en la cocina antes de volver a mi casa.

—¿Y te creyó? —se sorprendió Mitch.

—No has entendido nada del póquer. —Anna suspiró—. La cuestión no es si me creyó o no, sino averiguar si él iba de farol y ponerle nervioso antes de que le entraran ganas de mostrar sus cartas. Añadí que el mozo de la sala de subastas, al que había contratado esa misma tarde, estaba presente cuando tú llegaste y que debía de acordarse seguro de que eran más o menos las cinco y media, ya que en el momento de echar cuentas le había pagado generosamente la hora entera. Cuando empecé a describir al mozo, tu inspector me paró en seco y puso cara de derrota. Me dijo que esperara en el recibidor. El resto ya lo conoces; preferí mi camioneta: los uniformes me hacen sentir incómoda.

—¿Y no te pidió que te identificaras?

—Pues claro. Le presenté mi documentación.

Lo cual contrarió visiblemente a Mitch.

—Joder, Anna, con tus problemas y tu pasado, no deberías haber corrido semejante riesgo.

—¿Cuál de los dos se ofreció primero para hacer de coartada al otro? —se cabreó Anna—. Y tú ¿acaso no llevabas una mochila a tus espaldas cuando me lo ofreciste?

—Sí, pero no es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo. Se le llama estar en pie de igualdad, lo cual es fundamental en una relación.

Mitch se olvidó de los problemas que le agobiaban, de la cara del inspector, de la hora que pasó en la sala de interrogatorios contando los últimos segundos que le quedaban de libertad, incluso de que estuvo dispuesto a firmar su confesión. Una sensación de calor le subía por el pecho hasta los brazos, y se propagaba hacia los hombros, alcanzaba la nuca y se irradiaba a sus mejillas. Anna había calificado su relación de «relación», lo que, para alguien que conocía el valor que se le concede a las palabras, y lo que revelan cuando se les presta atención, abría una puerta a otra dimensión.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Anna.

—Por nada —respondió Mitch.

Ella estaba erguida, con el pelo echado hacia atrás, y la piel incluso más luminosa por la brisa marina, con los dedos tamborileando en la mesa en medio de migas de cruasán; y el calor que él sentía desde que estaba con ella se volvió aún más fuerte. Esta vez, Mitch actuó en consecuencia y alargó las manos para ponerlas en la cara de Anna. Ese fue el primer beso de una relación de ahora en adelante declarada.

23. *A sangre fría*

—¿Sabes dónde podríamos encontrar a ese anticuario? —preguntó Anna, saliendo del café.

—Vive en el edificio cuya fachada trasera da al patio de luces. Bueno, o eso me dijo.

—¿Ves? Tienes tus dudas sobre la sinceridad de ese hombre. Deberías confiar en mi instinto.

Anna le lanzó las llaves del coche y se subió al asiento del pasajero.

—No he pegado ojo desde ayer.

Habían viajado de noche para llegar de día a aquella estación balnearia, y viajaron de día para volver a la ciudad cuando cayera la noche. De camino, Anna durmió un poco, le contó su estancia en el Gran Norte, desde su llegada hasta el día que hubo ahorrado el suficiente dinero para comprar las paredes de un restaurante ruinoso. Le contó lo emocionada que estaba cuando se mudó a su casita de la altiplanicie, las penurias que había pasado en aquellos inviernos mucho más áridos de lo que había podido imaginar, las fascinantes ventiscas y su asombro por la naturaleza salvaje.

Los primeros meses, hacerse un hueco en el equipo del restaurante de primera que la había contratado había sido difícil, había tenido que aprender a trabajar con un chef tan autoritario como apasionado y cuyo talento admiraba. Al cabo de un año, el respeto se había vuelto mutuo. Poco a poco él le había ido dejando

libertad de creación, al principio, con curiosidad, y después, interesándose cada vez más en su trabajo. Le había enseñado muchas cosas antes de dejarla volar con sus propias alas.

—Por lo menos, estabas bien acompañada —dijo Mitch.

—Es más complicado de lo que parece —respondió Anna.

Habló de la relación íntima que mantenía con la soledad: los exiliados se golpean contra las paredes de su memoria, y sus recuerdos son exigentes. Echan de menos los amaneceres de su tierra y los anocheceres de su ciudad. Los presos sienten una nostalgia parecida. Mitch se identificó con cada una de sus palabras cuando ella le habló de esas tardes oscuras en las que la noche te asfixia, de los días cargados de esperanza, de la tristeza que surge sin avisar, de la inquietud cuando se oye el eco tan cercano y tan distante de tu propia voz al hablar solo y, cuando el sueño te ignora, de la sensación de que esa soledad está tan profundamente anclada en ti que ya nunca te abandonará. Aunque uno se acostumbre, la noche siempre vuelve. Trabajar en el tumulto de una cocina, la cacofonía de la sala, perderse entre la multitud cuando por la tarde las aceras se llenan de transeúntes, cenar tarde en un *pub* rodeada de gente...; nada de eso importaba.

—¿En quién pensabas cuando estabas en la cárcel? —preguntó Anna.

—En mi madre en su lecho de muerte, y a menudo en mi padre. Ellos sabían lo que era ser pobres y nunca aceptaron resignarse. Papá se implicaba en todas las luchas y solo encontraba la paz en sus libros. Solía dormir mal porque siempre estaba pensando en las desgracias ajenas. Por las tardes, en mi celda, antes de dormir, me preguntaba cómo habría afrontado él mi situación, si le habría causado más sufrimiento que orgullo, o al revés. He odiado a Salinas, me juré que nunca lo perdonaría y que impediría que hiciera más daño. Mi padre me lo habría reprochado, porque aborrecía la cólera; pero yo le habría plantado cara, porque pienso que, si cedes una vez, cedes siempre. Me acordaba de lo que me decía cuando me leía historias, inclinado sobre mi cama de niño, y me leyó muchas. Me decía que bastaba un segundo de cobardía para perder la

dignidad; que en la vida había que estar muy atentos; que aquellos que habían perdido su humanidad llevan en su interior un dolor terrible, del que había que curarlos, y que ese era precisamente el papel de los libros, servir de remedio contra el miedo, los prejuicios y el odio. Mi padre tan solo quería ser un hombre, y, aunque su vida fuera demasiado corta, sé que lo consiguió.

Anna, que había tenido un padre tirano, permaneció en silencio. Sus ojos se enrojecieron. Cuando Mitch le cogió la mano, comprendió que no era angustia lo que estaba sintiendo, sino la sensación de que por fin la soledad la había abandonado.

Anna se quedó mirando fijamente a la carretera durante un buen rato, en silencio. Mitch encendió la radio. Cien kilómetros más adelante, ella la apagó y lo miró, con los ojos cargados de malicia.

—¿En serio cuando estabas en tu celda no pensabas en nadie más? ¡No mientas!

—A veces en una chica con la que mantenía una relación sin futuro, pero que había tenido el mérito de existir.

—¿Sin futuro por su parte o por la tuya?

Mitch giró brevemente la cabeza para observar a Anna. Apoyada en la puerta del coche, con las rodillas dobladas y con los pies descalzos en el asiento; estaba tan a gusto como si se encontrase sentada en su salón.

—No, nunca hablamos de este tema —continuó él—. Estábamos donde estábamos sin necesidad de pensar en el mañana.

—Ya veo, ¿y cómo terminó la historia?

—Mathilde no debía de estar hecha para las relaciones a distancia; no volví a tener noticias tuyas después de que me detuvieran, y de hecho tampoco cuando estaba en la cárcel.

—¿Y después de salir?

—No se me ocurrió dárselas.

—¿Seguías enamorado de ella?

—No, pero durante un tiempo sí lo estuve del recuerdo de los momentos que pasamos juntos.

—Si desapareció tan de repente, podría ser perfectamente ella la que te denunció.

—Era estudiante y firmemente contraria al Gobierno.

—Lo mismo aseguraban los topos de la Unión Soviética. Prostitutas de lujo se hacían pasar por estudiantes y seducían a sus presas. Al parecer, el espionaje sexual se sigue practicando mucho hoy en día, y no solo en los países totalitarios. ¿Sabías que, no hace tanto, los servicios de inteligencia ingleses descubrieron que uno de sus ministros le contaba secretos de almohada, y de Estado, a su amada, que trabajaba para Rusia?

—Para, por favor. No quiero hablar de ella en esos términos.

—¿Sabes al menos qué ha sido de tu Mathilde?

—Ni idea. Seguramente terminó sus estudios y supongo que trabajará en un laboratorio... o en una farmacia.

—O quizá ni siquiera estuviera en la universidad.

—¿Por qué te empeñas en que me haya denunciado alguien?

—Estamos hablando de la muerte de un fiscal. El inspector no se va a quedar ahí. Necesita un culpable, y rápido. Tiene una buena baza para mantener la acusación contra ti y mandarte al banquillo de los acusados. Yo soy tu única línea de defensa, pero mi testimonio le llevará a investigar también sobre mí.

Mitch analizó la situación y supuso que aquello no haría más que empeorar.

—Mañana mismo vas y te retractas; simplemente tienes que decir que te equivocaste de tarde.

—Tenemos que tomarle la delantera —encadenó Anna, como si la sugerencia de Mitch no hubiera existido—, y darle lo que busca antes de que saque conclusiones definitivas. Después será demasiado tarde para los dos.

—¿Qué relación puede haber entre el asesinato de Salinas y esa persona que me habría denunciado?

—Tal vez ninguna, pero, si la poli ha reunido tan rápido tantas pruebas, es que sabían lo que andaban buscando. Yo sí que creo que hay relación. O, al menos, me gustaría creerlo —dijo Anna.

Y, como si hubiera estado esperando a llegar a este punto de su razonamiento para dejarse llevar por el cansancio, cerró los ojos y se quedó dormida apoyada contra la puerta del coche.

Mitch estuvo dándole vueltas el resto del viaje, preguntándose sin cesar quién habría podido querer mandarlo a la cárcel y por qué

motivo.

El anticuario se había comportado de manera extraña después de venderle el local, y su repentino interés por el sótano podría explicar que lo denunciara. Verner no tenía ningún motivo para emprenderla con él, como tampoco la señora Ateltow. Su librera, por celos o por convicción, quizá. La anciana señora Bergol había pasado mucho tiempo en la librería. Había sido ella la que le había suplicado que la dejara participar en las reuniones, y había recuperado milagrosamente la vista, lo cual era una extraña coincidencia, pero no lo suficiente como para sospechar de ella. En cuanto a Mathilde...

—No puede ser Mathilde. ¡La policía nunca encontró la entrada! —exclamó Mitch negándose a ceder a la paranoia.

—¿Qué entrada? —preguntó Anna con un largo bostezo.

—La de la librería secreta.

—¿Qué es eso de la librería secreta?

—Tras la promulgación de la Ley HB 1467, reunía dos veces por semana a estudiantes con los que compartía lecturas prohibidas. No era el único que estaba en el ajo: Mathilde y la señora Ateltow, mi antigua profesora de literatura, animaban conmigo los debates.

—Definitivamente, estaba en todas partes, tu Mathilde. ¿Y erais muchos en esas reuniones?

—Al principio unos cincuenta; luego las filas se fueron ampliando. Al final, habría unos ciento cincuenta participantes.

—¿Movías las mesas para alojar a toda esa peña?

—No, precisamente. El anticuario que me vendió el local me había hablado de una gran sala emparedada en el sótano. Afirmaba que era tan solo una leyenda, pero yo supuse que sabía más de lo que pretendía. Un día, hice un agujero en los ladrillos y descubrí que esa habitación existía de verdad. Vino de nuevo a verme para preguntarme si la había encontrado, porque quería alquírmela. Mentí y le respondí que allí no había nada. Aquello le puso furioso y me aseguró que me había estado observando desde su ventana cuando transportaba los materiales. Pero ahí quedó la cosa.

Con un gesto de la mano, Anna le pidió que parara. Se dio la vuelta para coger un bolso de tela y sacó un cuadernito de espiral y un boli.

—¿Qué haces? —preguntó Mitch.

—Este cuaderno está reservado a mis recetas, pero no tengo nada más a mano y quiero tomar notas. Entonces —dijo, y empezó a escribir rápidamente—, ¿por qué el anticuario tenía tanto empeño en alquilarte el sótano?

—La habitación que descubrí debajo de mi librería era mucho más que un simple espacio de almacenaje; era más bien una sala de subastas clandestina donde se vendían objetos robados de gran valor.

—¿Y el anticuario era el subastador?

—Probablemente. En cualquier caso, la habitación la habían tapiado de prisa y corriendo, porque el mobiliario que contenía seguía aún ahí cuando la encontré: sofás, mesas, sillas y un bar para acoger a bastante gente. Según había sido concebida originariamente, se entraba bajando por la trampilla de la carbonera desde el patio de luces. Yo abrí otro acceso en el suelo de mi almacén y coloqué una escalera que permitía pasar directamente desde ahí sin tener que ingresar por el exterior. De esta manera, mis invitados entraban en la librería y se metían sin que los vieran desde fuera. Estas reuniones tuvieron un éxito que ni yo mismo me esperaba, hasta el día en que...

—¡Irrumpió la policía! ¿Y dices que no entraron en esa habitación secreta?

—No, y menos mal. Si se hubieran molestado en levantar la alfombra, Salinas me habría penado con diez años de condena.

—¿Y no se les ocurrió abrir la trampilla del patio de luces?

—Sí, pero al bajar las escaleras solo se encontraron con un pequeño sótano polvoriento y carente de interés. Yo había construido una librería que escondía el agujero que había abierto en la pared. Estaba hecha con viejos tablones y paneles de madera que daban la impresión de haber estado ahí siempre.

—Hay una cosa que se me escapa. El anticuario te espía desde su ventana, entiende que has encontrado su escondite y vuelve poco después para reclamarte su uso. Si tanto cariño le tenía, ¿por qué te vendió el local?

—Hace mucho me hice esa misma pregunta. Supongo que se deshizo de él por dos razones: la primera, porque temía que terminaran por establecer una conexión entre su comercio legítimo en la superficie y sus actividades ilícitas en el sótano, y con ese nivel de receptación se habría enfrentado a una dura condena. La segunda, porque, privado de buena parte de sus ingresos, necesitaba dinero y se tuvo que resignar a vender la tienda.

—Y, una vez que la situación se calmó, quiso volver a empezar —concluyó Anna.

—Eso es lo que pensé.

—Lo cual lo convierte en un sospechoso con una razón de peso. Y tendría todo el sentido que no quisiera contarle la existencia de esa habitación a la policía. Después de tu condena, tenía vía libre para retomar sus actividades. ¿Y lo hizo?

—No lo sé, no he tenido el valor de volver a poner los pies en ese lugar. Es una chorrada, pero así es.

—No, no es ninguna chorrada; reconocer una herida es lo contrario a confesar una debilidad.

—Admitiendo que nuestras hipótesis tuvieran sentido, ¿por qué la habría emprendido con Salinas?

—Para que te volvieran a acusar y te mandaran a la cárcel, y esta vez para siempre. El Estado se queda con tu librería, la pone en venta, y él ya solo tiene que recuperarla a bajo coste: un negocio estupendo.

Mitch frunció el ceño. La teoría de Anna le inquietaba, pero no podía negar que lo que decía era plausible.

Cuando llegaron a las afueras, el día se desprendía de sus últimos destellos.

Durante la cena, el silencio fue sepulcral. Abatido y preocupado, Mitch evitaba la mirada de Anna. Aunque no estuviera completamente convencido de la culpabilidad del anticuario, ahora se planteaba muy en serio la posibilidad de que alguien hubiera tratado de quitarlo de en medio para sacar provecho de su destrucción.

Tumbado junto a Anna, esperó a que esta se durmiera para apoyarle la mano en el vientre, como si se aferrara a ella para no naufragar. Los rostros de Verner, de la señora Ateltow y de su librera, de la señora Bergol y de Mathilde desfilaban ante él en cuanto cerraba los ojos.

Solo veía una forma de quitarse ese peso del corazón: enfrentarse a sus recuerdos y reunir el valor para bajar a la librería de los libros prohibidos.

A medianoche, el sueño se lo llevó en su manto de cielo y de estrellas.

24. El cuaderno azul

Mitch se despertó oyendo a Anna canturrear en la cocina. Un olor a pan caliente se extendía por toda la casa. Bajó para reunirse con ella.

Anna podía leer en él como en un libro abierto; notaba cuando quería ocultarle algo, y sabía que la conversación que habían mantenido el día anterior le rondaba por la cabeza y que seguía dándole vueltas. Hizo como si nada, le dio un beso, sirvió café y lo dejó en la mesa, le dio otro beso y le declaró que tenía algo importante que decirle. Entendiendo que no iba a obtener nada de él en ayunas, lo invitó a sentarse, preparó dos huevos revueltos y se puso a pasear por la cocina mientras él desayunaba.

—¿Tenías enemigos? —le preguntó con un tono tan indiferente como si le hubiera preguntado si le gustaban los huevos.

—No, no creo.

—Normalmente, uno suele saber este tipo de cosas. Aparte de Mathilde, ¿con quién más salías por aquella época?

—Las únicas personas que veía con regularidad eran clientes de la librería.

—¿Qué clientes?

—Verner y la señora Ateltow, con los que te cruzaste en el almacén. Pero me cuesta mucho imaginármelos matando a nadie.

—¿Te fueron a ver cuando estabas en la cárcel?

El silencio de Mitch respondió a su pregunta.

—Entonces, no los conoces tanto. ¿Quién más?

—La señora Bergol, una anciana inofensiva.

—Las ancianas nunca son inofensivas; han sido jóvenes y lo recuerdan muy bien.

—Ni la señora Bergol ni los demás tendrían ningún motivo para matar a Salinas.

—¿Quién te ha dicho a ti que esa encantadora mujer o alguno de tus amigos —había pronunciado la palabra como si fuera veneno— no tenían algún problema con él? Tengo otra teoría, aparte de la del anticuario.

Mitch frunció el ceño. No le gustaba lanzarse a acusaciones precipitadas. Al igual que los rumores, podían difundirse muy rápido, y luego resultaba muy difícil deshacerse de ellos. Si alguien cuenta que tu carnicero es un asesino que trocea a sus víctimas, ya sea verdad o mentira, sus filetes rusos nunca volverán a saber igual. No había quien parara a Anna.

—Pongamos a tu antigua profe como ejemplo —prosiguió— y supongamos que ha tenido sus roces con la justicia. Le propone un trato al fiscal, una denuncia relacionada con un caso mucho más interesante que el que la concierne.

Desconcertado, Mitch dudó si zamparse los huevos revueltos que tenía delante. Apoyó el tenedor, por educación, se limpió los labios y se volvió hacia Anna.

—¿En serio? —replicó con un tono falsamente interesado—. ¿Me habría denunciado a Salinas para envenenarlo cinco años más tarde?

Anna se encogió de hombros, como si aquello cayera por su propio peso.

—No tiene gracia.

—No pretendía ser gracioso, pero, si conocieras a la señora Ateltow, te parecería tan divertido como a mí.

Esta vez, los huevos revueltos sí que pasaron.

—Ella o su amante —respondió secamente Anna.

—No sé yo si están ya en ese punto, pero ¿por qué motivo? —preguntó Mitch.

Anna se acercó al fregadero y comenzó a lavar los platos, buscando aquello que podría explicarlo todo. Resolver problemas era una de sus pasiones. Para llegar a un resultado, tenía una técnica:

formular el enunciado y estudiar las posibles soluciones sin descartar ninguna, ni siquiera las menos probables. Estrellarse en un avión es poco probable, pero aun así ocurre. Y, cuando Anna pensaba, era incapaz de quedarse quieta. Se trataba de una predisposición temprana surgida en su infancia. Repasaba las asignaturas en voz alta y recitaba sus lecciones yendo y viniendo.

—¿Quieres sentarte? —le suplicó Mitch.

—No, necesito pensar.

Mitch bajó la vista al plato y esperó a que pasara la tormenta.

—Así pues, la señora Ateloquesea llega a un acuerdo con Salinas para que este la deje en paz, sin imaginarse que te vas a chupar una pena tan grande. Mantiene más o menos a raya su conciencia, hasta que vuelves a aparecer. Al verte, no soporta su propia traición, se acerca a casa del fiscal con la excusa de que tiene más información que darle y lo envenena. He ahí la razón. Por otro lado, ¿qué hacías tú en su casa el día del asesinato?

Mitch negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Y has llegado hasta ahí tú sola?

—¿Dónde está el trapo?

—En la silla que tengo delante.

—Es posible que haya leído un guion parecido en una fotonovela que había por ahí tirada en el dentista.

Mitch se levantó, cogió el trapo y se lo tendió, consciente de que no podría salir de ahí sin entrar en su juego.

—Esta deducción podría aplicarse a Verner o a la señora Bergol o...

—A Mathilde —soltó Anna, encantada de haberse guardado lo mejor para el final.

—O a un estudiante, simplemente.

Se aclaró los dedos de jabón, se secó las manos y se lo quedó mirando de forma extraña.

—¿Qué he dicho de malo? —se inquietó Mitch.

—Lo cual sigue sin explicar por qué la policía encontró solo dos libros en tu almacén y no la habitación secreta que contenía cientos. ¿Por qué el o la que te denunció se abstuvo de mencionarla?

—Si descartamos al anticuario..., porque no sabía de su existencia o lo que contenía —respondió Mitch.

—Estamos dando vueltas en círculos. Nada de esto tiene ningún sentido.

Mitch se levantó y la abrazó.

—Anna, esta historia no tiene que convertirse en obsesión. Ante todo, tienes que pensar en la apertura de tu restaurante, y no quiero ser yo quien te lo impida.

—A no ser que —prosiguió ella imperturbable— el asesino de Salinas no se limitara a un simple acuerdo, sino que fuera un soplón habitual.

—En ese caso, ¿qué tengo que ver yo en todo esto?

—Al poco de tu liberación, Salinas necesita más información para ganar un caso importante. Tú mismo lo has dicho, no había nada que lo detuviera para impulsar su carrera. Recurre a su soplón, pero, por alguna razón que aún desconozco, tal vez porque la de Salinas fuera una petición no exenta de riesgos, el soplón se niega. Salinas lo amenaza con revelar que ha sido él quien te ha denunciado. El soplón se rebela y se deshace de su chantajista.

—Por qué no —concedió Mitch, que ya no podía más.

Anna miró su reloj y le ordenó que fuera a vestirse en el mismo tono que si fuera un niño que fuese a llegar tarde al colegio.

—Lo siento —dijo con voz más conciliadora—; tengo una cita a la que no puedo faltar.

Un argumento infalible contra el cual Mitch no tenía nada que decir.

Quince minutos más tarde, dejaban la casa de Anna, él con la misma ropa que llevaba desde hacía dos días, y ella, con un vestido corto verde que había comprado dos años antes en unos saldos, pero que parecían habérselo hecho a medida.

En un semáforo en rojo, se volvió hacia él.

—Tienes razón en una cosa: no tengo que olvidarme de mi restaurante, ni tú de tu librería. No me extrañaría que tu inspector estuviera vigilando nuestras maniobras. Tenemos que llevar vidas normales, al menos, en apariencia.

Anna le sugirió que, cuando uno u otro de los sospechosos se presentaran, les hiciera preguntas que pudieran hacer avanzar su investigación.

—Son mis clientes; no sospechosos —rectificó Mitch.

La camioneta se colocó delante de la librería.

—Un día —dijo ella con voz tranquila— te arrepentirás terriblemente de haberme subestimado.

Le dio un beso y le pidió que bajara.

—¿Qué tipo de preguntas? —inquirió él.

—Interésate por su vida; eso siempre queda bien. A la mayoría de la gente le encanta hablar de sí misma.

—Yo lo detesto —objetó él.

—Tú eres diferente, Mitch. Venga, no puedo permitirme perderme esa cita. Encontraremos al culpable que nos exculpará, créeme.

Mitch nunca había visto a nadie tan firmemente decidido a no rendirse. Después de que se fuera, se preguntó qué habría querido decir con lo de «diferente». A menudo se había sentido fuera de lugar, pero por primera vez lo veía con cierto orgullo.

Subió por el bulevar y se acercó a unos grandes almacenes. Sus noches se habían vuelto imprevisibles; necesitaba urgentemente ropa de emergencia. Frente al espejo de un probador, se preguntó cómo una mujer como Anna podía encontrarlo atractivo. El único cumplido que le habían hecho sobre su físico era acerca de su sonrisa, lo cual no estaba mal, ya que, desde que se había enamorado de Anna, sonreía mucho.

*

A las once de la mañana, Verner entró en la librería con paso vacilante. Mitch dejó que se acercara al mostrador.

—He de reconocer que no tengo suerte —dijo el profesor.

—Lo siento, no tenía previsto que la policía viniera a detenerme.

—Me alegro de que lo hayan soltado. En ningún momento dudé de que se trataba de un error. Esto roza ya el acoso.

—¿La señora Ateltow se ha recuperado ya emocionalmente?

—He ahí el problema —gimió Verner—, y el motivo de mi visita.

—Entiendo —respondió Mitch.

—Lo dudo. Imagínese, este incidente le ha parecido endiabladamente romántico, apasionante; no sé si dijo «palpitante». Incluso llegó a añadir que hacía tiempo que no estaba tan cachonda. ¡Cachonda! ¿Ve la dimensión del problema?

La respuesta era «no», así que Verner no añadió nada más.

—Bueno, al menos me tranquiliza que mis sinsabores hayan contribuido a hacerles pasar un momento agradable. ¿Nunca se las ha tenido que ver con la justicia? —preguntó, seguro de que Anna se sentiría orgullosa de esta pregunta hecha de sopetón.

—Soy demasiado corto de miras como para infringir la ley —respondió Verner con un puntito de arrepentimiento en la voz.

—¿Y la señora Ateltow?

—Desconozco su pasado, pero, a juzgar por su excitación cuando estábamos encerrados en su almacén, más bien diría que no. Francamente, ha puesto usted el listón muy alto. ¿Cómo voy a hacer para ponerla tan cachonda?

Verner se frotó la barbilla y apoyó su largo esqueleto en el taburete. Mitch percibió en su rostro un terrible desasosiego, una especie de hundimiento interior que rozaba el naufragio. Se hizo un largo silencio, Verner, con la mirada perdida en sus diez dedos; Mitch, hojeando su cuaderno de pedidos.

—¿Tal vez ha venido a buscar algo para leer? —sugirió Mitch.

—En absoluto, he venido para pedirle un pequeño favor.

Poco después, en torno a un té con agua templada, Verner se lanzó. Mitch era responsable de su problema y tenía que ayudarlo a encontrar el modo de hacer que la señora Ateltow reviviera un momento que la hiciera disfrutar, en circunstancias que calificó como «más normales».

—Sin policía ni esposas, si he entendido bien —respondió Mitch.

—Preferiblemente —asintió Verner.

—¿El tango?

—No la veo yo muy emocionada con mis pasos de baile.

—¿Se lo ha preguntado? —sugirió Mitch.

—No, porque, incluso si aceptara, ya no sería una sorpresa.

—¿Está seguro de que le apetece que la sorprendan?

—He llegado a despertarme en plena noche con unas ganas terribles de hacerle el amor. Estoy seguro de que a usted también le habrá pasado, pero no iba a llamarle a las tres de la mañana para decírselo.

—Me refería a una sorpresa... menos sorprendente —respondió Mitch en tono evasivo—. ¿No se ha planteado la posibilidad de que no fuera la intrusión de la policía lo que le pareció romántico y palpitante, sino el hecho de estar encerrada con usted en ese almacén, de descubrir una cercanía hasta entonces inédita?

Verner se lo quedó mirando con la mandíbula descolgada, atónito.

—No me deje así. Tengo el presentimiento de que se le ha ocurrido algo, y a mí, nada, así que, venga, ¿qué me sugiere? —dijo con un entusiasmo que demostraba que había depositado todas sus esperanzas en Mitch.

—Una cena a solas.

—Nunca lo aceptará; le daría demasiado miedo el qué dirán.

—Se refiere a su hijo.

—¿Le ha hablado de él?

Mitch no respondió. El secreto profesional de librero era sagrado.

—Verner —dijo con tono grave—, confíe en usted, infrinja la ley, al menos la suya propia, reserve una mesa en un lugar discreto, pase a buscarla sin avisar y sorpréndala.

—¿Una especie de secuestro? —preguntó Verner, con los ojos chispeantes.

—Efectivamente, algo así.

El profesor de música se incorporó en su taburete y dio una palmada, visiblemente satisfecho.

—Tiene usted toda la razón: quedarme de brazos cruzados no me llevará a ninguna parte, ¡y su idea es muy original!

—Yo no diría tanto, pero tiene la virtud de...

A Mitch no le dio tiempo a terminar su frase; Verner ya se estaba dirigiendo hacia la puerta.

—¿Nada de libros, entonces? —quiso saber Mitch.

—Sí, por supuesto, qué menos. Elíjame uno, incluso dos, y anótemelos a mi cuenta. Pasaré a buscarlos otro día y le contaré todo.

—¡No tiene cuenta! —gritó Mitch.

Pero Verner ya se alejaba a paso ligero por el bulevar.

*

Mitch recibió una breve llamada de Anna, para fijar una cita al pie de las escaleras del palacio de justicia a la una de la tarde, e insistió en que fuera puntual. Ella ya estaba ahí cuando él llegó.

—En una escala del 1 al 10, ¿cómo puntuarías tus dotes de actor? —preguntó ella. Lo que le sorprendió no fue que le hiciera esa pregunta, sino que le hubiera besado en la mejilla y de manera distante—. No pongas esa cara, debemos ser profesionales hasta el final. Bueno, ya lo entenderás cuando estemos dentro. Por una vez, vamos a apartarnos de las normas de esta sociedad patriarcal. Tú eres mi ayudante y me dejas hablar —ordenó, y le entregó una cámara de fotos que se había traído de su exilio.

Anna le cogió de la mano, un acto reflejo que rectificó inmediatamente; solo faltaba que la acusaran de acoso sexual en el interior mismo del palacio de justicia.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —preguntó Mitch siguiéndola mientras subía por un pasillo a toda velocidad.

—¿Tú qué crees? Hacer una foto cuando llegue el momento.

Preguntó a un abogado que leía el periódico sentado en un banco dónde se encontraba el despacho de los secretarios judiciales.

—Tengo algo que decirte —anunció Mitch mientras ella lo arrastraba hacia las escaleras.

—Después, he dejado tirado al técnico de la cámara frigorífica para venir a esta cita. Me ha prometido que cuando volviera habría terminado la reparación. De todos modos, no le queda otra: lo he encerrado con doble llave.

—He visto a Verner, y es inocente —dijo Mitch al llegar al descansillo de la primera planta.

—¿Te ha contado su vida?

—No, pero...

—Entonces no tienes ni idea.

Anna se detuvo delante de una puerta en la que había una señal de advertencia:

ACCESO PROHIBIDO AL PÚBLICO.
RECEPCIÓN ÚNICAMENTE POR LAS MAÑANAS Y CON CITA.

Anna entró sin llamar.

—Buenos días —dijo.

Sorprendido al escuchar una voz, el secretario judicial empujó el cajón del armario archivador que ocultaba su cara alargada, con la frente tan arrugada como un mapa en relieve y una nariz prominente que emergía en medio del paisaje cual cadena montañosa.

La bata que le cubría el traje estaba impecable, al contrario que su escritorio, una leonera de expedientes apilados en un equilibrio precario.

—¿No saben leer? —gruñó él.

—Encantada —respondió Anna.

—No tienen ningún derecho a estar aquí —insistió el secretario, exasperado.

—Sin derechos en un palacio de justicia, apúntelo —replicó dirigiéndose a Mitch—; podría ser una buena entradilla.

—¿Qué entradilla?

—A las frases cortas en negrita que aparecen encima de un artículo las llamamos «entradillas», en nuestra jerga.

—¿Son ustedes periodistas?

—Habría preferido venir con cita, pero, en lo que tardamos en llegar hasta aquí, ya no sería de actualidad —prosiguió Anna.

—¿Qué actualidad?

—El tristemente difunto fiscal Salinas, un asunto trágico y lo bastante raro como para despertar el interés de nuestros lectores. El público no sabe casi nada de él.

—Pues, al parecer, igual que usted; si no, no habría utilizado el término «tristemente». Le ruego que no escriba eso en su artículo.

—Puede confiar en mí como yo confío en usted para sacarme de mi ignorancia.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—¿Exactamente? Dicen que era temible.

—Su trabajo consistía en conseguir condenas.

—¿Aunque el acusado fuera inocente?

—Soy secretario judicial, no juez.

—¿Lo apreciaban sus compañeros?

—Salinas era un hombre inteligente, culto y exigente; un orador sin igual, perfeccionista, entregado a su trabajo y que preparaba sus casos de forma meticulosa, sin dejar nada al azar. En efecto, era temible y temido, y no solo por aquellos que tenían que vérselas con él en la sala de audiencias.

—Lo cual no responde a mi pregunta.

—Siempre fue educado conmigo.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—¿Conoce algún fiscal que no los tenga? ¿Qué quiere saber exactamente?

—Quién podría haber querido matarlo; parece que la investigación policial no avanza.

—Su muerte se remonta a hace unos días... Un hombre de su posición... No tardarán en arrestar al culpable.

—Si fuera a usted a quien hubieran asesinado, ¿qué probabilidades tendría el culpable de salirse con la suya?

El secretario judicial se sentó en su sillón e indicó a sus dos visitantes que podían tomar asiento en las sillas que había delante de su escritorio.

—Algo loable tendría este hombre —continuó Anna.

El secretario se encogió de hombros, en una atmósfera similar a la de un estudiante que se enfrenta a un examen oral para el que no ha estudiado.

—Nuestras fuentes son siempre anónimas —dijo Mitch, saliendo de su zona de silencio.

El secretario se pellizcó su cadena montañosa, pensando en su respuesta.

—Sus compañeros acudían a él sobre todo para pedirle favores — prosiguió—. Pero nada era gratis, y, cuando él los necesitaba, no hacía falta decirlo dos veces.

—¿Podría ser más preciso? —preguntó Mitch frunciendo el ceño.

—Cuanto más casos importantes ganaba, más avanzaba su carrera. Y, cuanto más avanzaba, más crecía su poder, un poder del que se beneficiaban ciertos abogados que, a cambio, tiraban la toalla antes de subirse al *ring*.

—¿Los juicios estaban amañados? —preguntó Mitch, con la mirada clavada en la cubierta de un expediente que sobresalía de la pila.

—No, solo los miembros del jurado pueden decidir, en conciencia. Pero, cuando la acusación la dirigía Salinas, sin que una defensa intentara contradecirlo, el caso estaba decidido de antemano.

—¿Y los jueces estaban al tanto de estos amaños? —preguntó Anna.

—Digamos que no los desconocían. Mi trabajo consiste en trasladar todo lo que se dice en la sala de audiencias, y ejerzo este oficio desde hace mucho tiempo. Es una profesión agotadora, pero que tiene la ventaja de desarrollar una memoria fuera de lo común —añadió, y miró fijamente a Mitch—. Ahora dejémonos de jueguecitos estúpidos y usted deje de tratarme como si fuera idiota. Cuando entró en mi despacho, su cara no me era desconocida, y cuando se puso pálido al ver este expediente —dijo volviéndose—, supe quién era: un librero, no un periodista. Me acuerdo perfectamente de su caso. Al ser yo mismo un amante de la lectura, recuerdo que en su día me había sentido indignado. Por fortuna, los tiempos han cambiado y me alegra mucho saber que está libre. Si quiere mi opinión, Salinas no necesitaba a nadie para acabar como acabó, el veneno lo llevaba en la sangre. Si me promete la mayor de las discreciones, podría entregarle algo que le interesará.

—¿Qué? —preguntó Anna.

El secretario judicial echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que no pasaba nadie por el pasillo.

—Su cuaderno de notas —dijo, y apartó el sillón—. A veces el azar juega malas pasadas. El día antes de su muerte, Salinas se lo había olvidado en su despacho. A menudo se acercaba a molestarme,

obligándome a leerle en voz alta la transcripción de alguna audiencia, para copiar lo que le interesaba.

—¿La policía no ha confiscado ese cuaderno? —se sorprendió Anna.

—No me lo ha pedido porque no sabe que existe. De no ser así, no estaría en condiciones de entregárselo a ustedes. —El secretario judicial abrió el cajón y puso en la mesa el cuaderno de cuero azul noche—. Menudo inspector —prosiguió diciendo—, que se interesa solo por el asesino, y no por la víctima, ni por el hombre que era, ni por la vida que llevaba. Sin embargo, yo en su lugar habría empezado por ahí mi investigación, pero yo no soy policía.

Durante su corto juicio, Mitch no había prestado atención en absoluto a ese hombre que había registrado todo lo que se había dicho en la sala durante la audiencia. Cogió el cuaderno de Salinas y le dio las gracias al secretario con un sincero apretón de manos.

—Como se puede imaginar, el fiscal tenía más de uno. Su caso es demasiado antiguo para que aparezca en este, pero quizá encuentre lo que anda buscando. ¿Puedo preguntarle por qué el expediente que tengo aquí detrás le ha hecho poner esa cara?

—Por una antigua conocida —se limitó a responder Mitch.

—¿Le gustaría consultar el suyo? No está permitido, pero el tribunal se lo debe. Simplemente pásese mañana. Iré a buscarlo a los archivos.

*

—¿Quién era esa antigua conocida? —preguntó Anna al salir del palacio.

—Mathilde.

—¿Tu Mathilde?

—No tiene gracia.

—No pretendía ser graciosa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Mitch.

—Analizaré el cuaderno de Salinas en cuanto pueda. Y tú, mañana, cuando vuelvas a ver al secretario judicial, trata de echarle un vistazo al caso de tu ex. Sus diferencias con la justicia podrían

decirnos algo, como que era la soplona de Salinas, por ejemplo, lo cual explicaría que su expediente siga por un despacho del palacio de justicia después de todo este tiempo.

Como tenía mucho trabajo, Anna le propuso volver a verse a la hora de la cena. Ni en su casa ni en la de Mitch, sino en un restaurante, como una pareja que no teme a cada segundo que la policía pueda irrumpir para enviarlos a la cárcel.

*

—¿Han arreglado tu cámara frigorífica? —preguntó Mitch cuando llegó la hora de sentarse a la mesa.

Anna había tirado su bolso al suelo antes de dejarse caer en la silla, visiblemente agotada por su día.

—Me conmueve que te preocupe —respondió, y cogió el menú.

Lo estudió durante un buen rato, en silencio, apenas sorprendida, a menudo dubitativa. Mitch terminó por preguntarse si dudaba qué elegir o si estaba en pleno espionaje industrial. Cuando le sugirió que pidiera raviolis y un *tian* de verduras, mientras ella optaba por el plato del día, comprendió que se estaba dejando llevar por motivos profesionales.

—Ha tenido que cambiar toda la maquinaria —continuó ella, retomando el hilo de sus pensamientos—. Me va a costar una pasta. A este paso, voy a lograr la hazaña de acabar en quiebra antes de haber abierto.

Volvió a coger el menú, exasperada.

—El chef que trabaja aquí o es un timador o no ha entendido nada de la química de la cocina —despotricó Anna.

Mitch tampoco entendía nada, pero tenía la sensación de que estaba a punto de salir de dudas.

—Un ser humano puede distinguir solo tres sabores a la vez; es el límite de nuestro paladar, así que vender un «pato a las cinco especias» es ignorancia o chulería; en ambos casos, es tomarles el pelo a los clientes —afirmó, exasperada.

—Tengo unos ahorros que no me sirven para nada. Podría...

Al ver ausencia de reacción por parte de Anna, se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de decir.

—Asegurarme de no hacerte sentir incómoda tal vez sería más sensato —dijo antes de beberse el vaso de agua de un trago.

*

Anna giró pasivamente su tenedor en un plato de espaguetis a la boloñesa que el camarero acababa de llevarle.

—¿Por qué me molesto tanto si la gente se conforma con comer heno? Mira a nuestro alrededor, todos parecen felices. No veo a nadie que ponga mala cara, ¡y mira lo que tienes en el plato!

Mitch se inclinó sobre sus raviolis inmersos en un caldo opaco, ligeramente cremoso. Sacó un billete de su bolsillo, lo deslizó debajo de la cesta de pan y se levantó.

—Ven —le dijo indicándole la salida.

En la calle, la cogió por la cintura y la arrastró. Esta vez sabía exactamente adónde ir. Diez minutos más tarde, después de caminar muy por encima de la velocidad que le permitía su pierna, se detuvo delante de la caseta de un crepero e hizo un pedido sin preguntar a Anna. Al morder su crepe de castañas, Anna se quedó ojiplática y se acercó al crepero.

—¿Las hace con castañas de verdad?

—Si le gusta lo que hago, sea educada.

Dos crepes más tarde, Anna estaba exultante, satisfecha y feliz.

—¿Mejor? —preguntó Mitch, mientras se alejaban.

—Lo siento por lo de antes. Estoy de los nervios.

—¿Por haberme salvado de un envenenamiento? Quizá Salinas vino a cenar a este restaurante la noche de su muerte.

—Estoy sobrepasada. Tal vez debería parar antes de que sea demasiado tarde y preguntarle a José si necesita una mano derecha.

—Anna, no tiene nada de malo creer en ti.

—Voy contra reloj. Nunca llegaré a cocinar, a innovar y a poner en marcha ese maldito restaurante.

—El tiempo es mucho más largo de lo que pensamos; te lo digo por experiencia. Ten paciencia; ya verás.

Llegaron a la camioneta. Mitch se sentó al volante y la llevó a su casa. Nada más entrar en casa, subieron a la planta de arriba y entraron en la habitación de Anna.

Le quitó la ropa y la estrechó, desnuda, entre sus brazos. La levantó y la llevó a la cama, insuflando todo su amor en sus caricias y besos. Anna hundió las manos en su pelo y se dejó llevar por sus movimientos, fuertes, pero no bruscos, y embriagar por el placer que la invadía. Soltó un largo grito, con la piel empapada, y la respiración tan entrecortada que pensó que ya no sabía respirar. Con la cara hundida en la nuca de Mitch, volvió lentamente al mundo.

—El día que te conocí —susurró ella—, me sentí segura por primera vez en mi vida. Había algo en ti que no podía explicar. No era una sensación, sino más bien la certeza de que ya nada volvería a ser como antes. Te esforzaste mucho en conocerme y me siento fatal por no haber hecho yo lo mismo. Mitch, no sé hasta cuándo durará nuestra historia, si seguiremos juntos diez meses, diez años o cien, si tendremos tiempo de vivir todas las promesas y todas las penas; pero prométeme que, si un día, cuando te tenga enfrente, no te veo, me pedirás que te mire; y que, si no te oigo cuando estés a mi lado, me pedirás que te escuche. Hoy sé lo importante que es, que incluso es lo que más cuenta, pero mañana no quiero olvidarlo.

*

En plena noche, mientras Mitch dormía profundamente, Anna se levantó en silencio. Despacio, se puso la camisa que había dejado tirada a los pies de la cama y bajó, parando cada vez que crujía el parqué antes de bajar al siguiente escalón.

Sentada a la mesa de la cocina, abrió el cuaderno de Salinas.

La primera frase sonaba a confesión:

En esta sociedad desesperada, cada uno debe ser considerado como un enemigo en potencia. Es la única manera de luchar contra la locura y las aberraciones.

Pasó la página y continuó su lectura. Una hora más tarde, un mal presentimiento le hizo levantar la cabeza. Salió de la cocina, cruzó el salón y se acercó a la ventana que daba a la calle. La oscuridad olía a peligro. Observó los coches que había aparcados a lo largo de la acera y le pareció entrever una silueta detrás de un volante. El coche estaba aparcado demasiado lejos para estar segura de ello, pero Anna había aprendido a confiar en su instinto, que nunca le había fallado.

25. *Fahrenheit 451*

Habían salido de casa por la mañana. Anna había dejado a Mitch en la librería antes de ir al mercado y regresar al restaurante. El contratista le había prometido pasarse a eso de las diez para ver los últimos retoques. La palabra «retoques» le parecía de un optimismo apabullante.

Desde que había abierto, Mitch había vendido tan solo dos libros, así que decidió volver a las once al palacio de justicia. Pensando en la señora Bergol, pegó una hoja en la puerta en la que anunciaba que volvería sobre las dos de la tarde.

El secretario judicial pareció alegrarse al verlo entrar en su despacho. Ello rompía su polvorienta soledad. Aún se podía entrever el niño que en su día fue en la expresión del anciano secretario judicial que le entregó a Mitch su expediente y lo invitó a sentarse en una silla.

—Me reclama una audiencia —dijo—. Le dejo que lea tranquilamente; no toque nada: conozco mi desorden a la perfección.

Absorto en su lectura, Mitch respondió con un gesto de la mano. El secretario judicial cerró la puerta.

Desde las primeras páginas, recordó aquella tarde que pasó sentado en el banquillo de los acusados, y aquello le provocó una punzada en el corazón. Iluso de él, creía que aquella farsa terminaría

con un sobreseimiento, que volvería a casa unas horas más tarde con, a lo sumo, una multa en el bolsillo; pero nunca se le ocurrió pensar que tendrían que pasar cinco años antes de que volviera a girar de nuevo la llave de su librería.

No recordaba casi nada de lo que se había dicho aquel día, como si hubiera estado en otra parte el tiempo que había durado el juicio. Recordaba vagamente el aspecto distante de su abogado cuando entró en la sala de audiencias. Mitch no comprendía su empeño en rehuir su mirada y lo que pensó fue que era bastante probable que no le interesara su caso. En cambio, cuanto más recorría su expediente, más comprendía que los dados ya se habían lanzado y que la partida se había jugado con anterioridad. Su abogado no había intentado ni una sola vez batirse en duelo con el fiscal, no había emitido ni una sola objeción cuando Salinas le había endilgado los peores vicios y había afirmado a los miembros del jurado que se las estaban viendo con un alma perversa, con un reincidente comprometido con un proyecto pensado para corromper a la juventud.

Su mirada se detuvo en el documento probatorio número tres, «la prueba irrefutable», en palabras de Salinas, y Mitch se hundió en la silla al leer las declaraciones del fiscal.

Fahrenheit 451, he aquí un libro que el acusado se empeñaba en vender a nuestros hijos, aunque estuviera terminantemente prohibido hacerlo, y por buenas razones. Un suicidio, una joven de diecisiete años que vive rodeada de hombres, sin madre, una pretenciosilla asocial que se cree diferente porque piensa. He aquí la bonita moral que a este librero le gusta difundir. El propósito mismo de esta novela demuestra las intenciones del acusado. El héroe, o debería decir mejor el lamentable personaje principal de este relato escandaloso, es un hombre que no ama a su mujer, un hombre que no tiene la conciencia tranquila, porque infringe la ley. ¿Y cómo? Robando un libro que las autoridades han prohibido. Si nos limitamos a ver en ello una simple coincidencia, es que ya no vemos nada.

El secretario judicial se había tomado la molestia de apuntar que el fiscal había gritado tan fuerte que el juez, frente a la incomodidad de los miembros del jurado, le había pedido un poco de contención.

Un hombre que asesina al jefe de bomberos que ha ido a detener el incendio que está arrasando su casa, que abandona a los suyos y se refugia en el seno de una comunidad de marginales que pretenden tener la capacidad de recordar de memoria el contenido de los libros. Aquí tienen el resumen del veneno que el acusado destila y con el que comercia. Que mi colega no ponga en duda la proveniencia de esta publicación incendiaria contra los valores morales de nuestra sociedad. Una fuente anónima ha tenido la honradez de entregarlo a la justicia: el sello de la librería aparece en la contraportada.

El secretario judicial había señalado que el fiscal había hecho circular la obra entre los miembros del jurado y que tres de ellos se habían negado a cogerla.

¿Cómo había conseguido Salinas la novela de Bradbury? ¿Quién era esa fuente anónima que había mencionado? Mitch recordaba perfectamente su desconfianza tras la visita del inspector. No se la habría vendido a un desconocido. ¿Habría enviado Salinas a alguien en quien él confiara para tenderle una trampa? ¿La señora Bergol, la señora Ateltow o Verner? ¿Anna había dado en el clavo al suponer que alguno de ellos era su cómplice? De una cosa Mitch estaba seguro, y era de que Mathilde era demasiado rebelde para haber cedido a un chantaje.

Se levantó, entornó la puerta, asomó la cabeza por el pasillo para asegurarse de que el secretario judicial no volvía de la audiencia que le tenía ocupado, y volvió a cerrar la puerta despacito. Luego pasó por detrás de su escritorio, se apoderó del expediente que había en lo alto de una pila y lo examinó antes de metérselo debajo de la camisa. Garabateó una notita de agradecimiento que dejó a la vista encima de su propio expediente y abandonó el palacio de justicia.

Diez minutos más tarde, al bajar por el bulevar, se cruzó con un contenedor de basura, en el que tiró el expediente de Mathilde, y empezó a correr hacia el restaurante de Anna.

*

—¿Habla de una fuente anónima? —volvió a preguntar por tercera vez ella.

Y, por tercera vez, Mitch asintió con la cabeza.

—¿Y estás seguro de que ese libro era tuyo?

—*Fahrenheit 451* no es un libro cualquiera —masculló él.

—Es increíble el don que tienes para apartarte de lo esencial y centrarte en los detalles. Vale, pues, puesto que se trata de una obra maestra —había puesto la suficiente ironía en su voz como para que Mitch alzara la vista al cielo—, tienes que acordarte de a quién se la vendiste.

—Pues precisamente ahí es donde está el problema, en que estoy seguro de no haberla vendido.

—¿Y prestado a alguien en alguna de tus reuniones secretas?

—Si en la contraportada aparecía el sello de mi librería, es porque provenía de mi colección personal.

Anna volvió corriendo a la preparación de su receta; una emulsión de leche rebosaba de la cacerola, y el quemador no paraba de chisporrotear.

—Subestimamos el poder del calor. —Ella suspiró y agarró una espátula.

Vació la preparación en el fregadero, decepcionada, y arrancó de cero, empezando por rayar una vaina de vainilla con la punta de un cuchillito.

—¿Qué me decías sobre mi don para lo esencial? —preguntó Mitch.

—En lugar de decir tonterías, pásame la huevera.

—Tonterías o no, has sonreído.

—Sí, pero no ha sido aposta. En cualquier caso —continuó imperturbable—, esta noche te vas a armar de valor. Con una vez,

será suficiente, y vamos a bajar juntos a tu maldita librería de los libros prohibidos. Es una orden.

—Hay algo que te raya, lo veo, y no me digas que es esa *crème brûlée*.

—Es un sabayón —soltó ella—; no tiene nada que ver con una *crème brûlée*. Esta noche, mientras leía las notas del tristemente fallecido Salinas, he tenido la sensación de que me espiaban.

—¿Tu casa está encantada?

—Lo digo en serio, Mitch. Me acerqué a la ventana y me pareció ver a alguien en un coche que había aparcado en la calle.

—¿Te pareció o estás segura?

—Si hubiera estado segura, te lo habría dicho.

—¿Qué tipo de coche?

—De tipo camuflado.

—Si la policía espía delante de tu casa, es que los dos somos sospechosos. ¿Has encontrado algo interesante en ese cuaderno?

—La confirmación de lo que nos ha revelado el secretario judicial. Salinas negociaba sus juicios por adelantado, llegando a pequeños acuerdos con sus colegas. Pierdo uno, gano otro, pierdes uno, ganas otro, nos devolvemos los favores, los suyos contaban doble, y el partido estaba perdido. Al día siguiente de su muerte, le tocaba defender un asunto importante, que evidentemente ya había amañado.

—¿Cómo?

—Consiguiendo que el abogado defensor se olvidara de presentar una prueba que habría arrojado serias dudas sobre la culpabilidad de su cliente —respondió Anna.

Mitch recordó la conversación telefónica que había pillado, escondido en un armario del despacho del fiscal.

—Bueno, al menos su muerte le habrá salvado la vida a un inocente —dijo Mitch, renunciando a contárselo a Anna.

—Es una manera de ver las cosas. Pero eso no es todo: unas horas antes de la traca final, recibió una visita, alguien que no tenía cita y que se presentó en su domicilio. Escribió en su cuaderno que se sentía en deuda con esta persona que le había hecho un gran

favor en el pasado, y que sentía no poder hacer lo mismo, porque, cito textualmente, «los tiempos han cambiado».

—¿Crees que...?

—¿Que podría haber una conexión entre esa visita y tu caso? Si Salinas no hubiera muerto un poco después, me habría parecido una coincidencia improbable; pero así, la verdad es que sí que me lo pregunto.

—¿Y no dice nada sobre su identidad?

—No, ni la más mínima mención —mintió descaradamente Anna, que sin embargo lo había leído negro sobre blanco.

«He recibido la visita de mi vecino y nuestra conversación me ha disgustado. Aunque esté en deuda con él, no he podido aceptar su petición; no hay ningún cargo sobre el hombre al que quiere volver a mandar a prisión. No depende de mí, pero los tiempos han cambiado».

—La verdad es que no ayuda mucho a nuestra investigación. —Mitch suspiró.

—Al contrario —respondió Anna, sentenciosa—. Tenemos la prueba de que alguien fue a ver a Salinas unas horas antes de su muerte, algo que la policía parece ignorar, o al menos finge ignorar. Y sin embargo es un sospechoso de primera.

—Aunque su cartero le llevara el correo esa misma mañana, eso no le convierte en un asesino.

—A no ser que la carta que le entregó estuviera embebida en un veneno mortal que se inoculara por vía cutánea.

—¿Sabes tanto de venenos? —preguntó Mitch, estupefacto.

—Un poco —respondió Anna removiendo su sabayón.

Mitch cogió su chaqueta del respaldo de la silla. Tenía una manga vuelta y se empeñó en pasar el brazo por ella, lo cual era prácticamente imposible. Estaba de los nervios, no por culpa de las elucubraciones de Anna, sino porque, desde que había salido del despacho del secretario judicial, solo pensaba en una cosa, que se estaba convirtiendo en una obsesión: encontrar a la persona a la que podía haber confiado la novela de Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*.

—A lo mejor te enfadas conmigo —retomó Anna—, pero igualmente vamos a hacer una visita a tu habitación secreta en

cuanto termine con mi receta, digamos que a eso de las seis de la tarde. Me imagino que no tienes nada que decirme de tu ex, ¿no?

Mitch se puso la chaqueta del revés y se alejó hacia la puerta.

—Nada que tenga que ver con nosotros. Iban tras ella por posesión de marihuana sin propósito de reventa.

—¿Iban? —preguntó Anna con una vocecilla falsamente aguda, con la mirada puesta en los ramequines que había alineado delante de ella.

En ausencia de respuesta, levantó la vista hacia el escaparate. En la acera, Mitch trataba desesperadamente de meter las manos en los bolsillos, que se encontraban en el interior de la chaqueta.

Anna vio cómo se marchaba, sonriendo de forma maliciosa. Acababa de germinar una idea por encima de su sabayón.

*

En la otra punta de la ciudad, el inspector hervía de impaciencia en su despacho. Tenía aspecto apagado y las bolsas de los ojos de alguien que no ha dormido lo suficiente. Y con razón. El prefecto, ese viejo metomentodo, le había llamado dos veces el día anterior y una vez más esa misma mañana para recordarle que el asesinato de un fiscal no podía quedar impune durante más tiempo. Aumentaba la presión. No entre la población en general, a la que le traía totalmente al fresco, sino en el Ministerio de Justicia, que quería asegurarse cuanto antes de que lo de Salinas se trataba de un caso aislado y específico de su persona.

Ya circulaban rumores que decían que un justiciero había decidido castigar a los altos funcionarios corruptos. Si se confirmaba el rumor, era crucial arrestar al criminal antes de que aquello se volviera una hecatombe.

El inspector contaba únicamente con una pista, que, por fuerza, se había vuelto demasiado endeble. Tenía que darle cuerpo, espesarla, que diría Anna refiriéndose a una salsa. El librero al que había interrogado le había parecido más un chalado que un asesino en serie, y su comportamiento durante el interrogatorio le había dejado dubitativo. No obstante, había estado en la cárcel, lo cual le hacía

parecer menos inocente, incluso siéndolo. Había rondado a la víctima como un alma en pena, con tal torpeza que resultaba patético. Todo aquello habría bastado para construir un caso creíble si no hubiera llegado el inesperado testimonio de aquella mujer que le había proporcionado una coartada, una coartada que había que desmontar. Dicho de otra forma, había que demostrar que mentía.

Y el inspector estaba prácticamente seguro de que así era. Para empezar, porque lo deseaba con todas sus fuerzas, y también porque ella se había asomado por su ventana a las cuatro de la mañana. Porque, aparte de un policía emérito, obligado a pasar la noche en su coche para satisfacer al metomentodo del prefecto, alguien que no tuviera nada que reprocharse estaría durmiendo a esas horas.

Cuando un subalterno le había entregado el expediente que había pedido, demasiado tarde para su gusto, se entregó en cuerpo y alma al mismo.

Una hora más tarde, se le arquearon las cejas. Ahora el inspector parecía feliz. Se puso el abrigo y condujo su coche hacia la *brasserie Aux Trois Cousins*.

*

Ella había ido andando a la librería, a un paso tan rápido como si se dirigiera a una isla donde un genio surgido de las arenas los fuera a liberar a ambos. Una vez dentro, Mitch echó el cierre metálico del escaparate y bajó las luces.

En el almacén, los dos juntos contemplaban una vieja alfombra persa que había en el suelo, como si recubriera un antiguo sepulcro sagrado. Mitch pensaba en todo lo sucedido en aquel sótano antes de que lo enviaran a la cárcel. Anna pensaba si comprar o no un robot amasador.

—No me apetece —dijo Mitch.

—Ya, pero no siempre hacemos lo que nos apetece —contestó Anna. Había llegado el momento de que ella se hiciera cargo de la situación—. Inspira y expira hondo. Solo hay que levantar esa

chisma costrosa. A no ser que ahí abajo tengas enterrado algún cadáver... Si es así, no te preocupes; te seguiré queriendo.

Había soltado aquello sin darse cuenta. Anna se puso roja como un tomate.

Aunque no fuera su intención, su inesperada declaración tuvo un efecto inmediato. Mitch retiró la alfombra de un golpe seco, abrió la trampilla y bajó por la escalera que conducía a la librería de los libros prohibidos.

—¡Mai-Mai! —exclamó Anna esperando no cruzarse con un esqueleto al bajar las escaleras.

*

La habitación era más grande de lo que hubiera imaginado. La recorrió en silencio, se detuvo delante de las estanterías que cubrían completamente la pared del fondo, y se quedó estupefacta ante el póster de Freddie Mercury que había colgado encima de una barra que recordaba la de los viejos *pubs* ingleses.

—¿Y bien? —dijo tímidamente, y contempló los sofás chéster colocados enfrente del estrado.

—Y bien nada —respondió Mitch—. Aparte del polvo, no ha cambiado nada.

—¿No ha venido nadie desde la última noche?

—No, nadie —afirmó Mitch, y miró el vaso desportillado que había dejado en la barra cinco años atrás.

Los recuerdos subían a la superficie, en sucesivas oleadas.

Era alrededor de medianoche, la velada había durado más que de costumbre. Verner y la señora Ateltow se habían marchado juntos, Mathilde había dicho que su intervención la había dejado agotada y había desaparecido, con lo que se quedó solo, recogiendo. Era la última vez que se habían visto. Al día siguiente, a Mitch lo habían detenido.

Al examinar su expediente en el despacho del secretario judicial, le había sorprendido que Mathilde siguiera viviendo en la habitacioncita que ocupaba cuando salían juntos. Se había enterado

de que trabajaba de auxiliar en una farmacia de un barrio del norte de la ciudad, un empleo que le daba acceso a todo lo que se necesitaba para preparar un veneno, aunque la idea de que ella lo hubiera denunciado ni se le pasaba por la cabeza.

—No es ahí donde está la llave —dijo él con voz lúgubre.

—¿Qué llave? —preguntó Anna mirando la caja fuerte abierta.

—¿Cómo no he podido darme cuenta antes? —continuó hablando consigo mismo.

—¿Mitch?

Anna sacudió la mano delante de su cara. Su mirada era la de un hombre proyectado a otra dimensión, luchando contra un demonio surgido del pasado.

—¿Qué llave? —insistió Anna.

—¿Qué?

—Vale, ¿has vuelto a nuestro mundo?

—Tenemos que subir —dijo febril, y la cogió de la mano.

Ella lo siguió hasta el almacén, preocupada, casi arrepintiéndose de haberlo conducido a ese descenso a los infiernos. Antes de levantar la maldita alfombra, Mitch parecía más o menos normal, mientras que ahora no lo parecía en absoluto. Mitch señaló con el dedo una pila de libros apoyados en una caja, tan aturdido como si contemplara la punta de la pirámide de Imhotep desenterrada unos minutos antes.

—¡Mitch, di algo, por favor!

—Pensé que había sido un roedor —masculló.

—Algo sensato, te lo suplico.

—¡No era *El cuento de la criada*!

—Pero ¿de qué hablas?

Con la cara transfigurada, Mitch la abrazó y la besó en la boca apasionadamente, lo cual no tranquilizó mucho a Anna.

—Alguien se coló en el almacén. Estaba casi seguro, pero no entendía con qué fin —explicó—. No había ningún objeto de valor. En todo caso, no del que les interesa a los ladrones, y no parecía faltar nada. Hubo un detalle que me alertó. *Rojo y negro* no estaba en su sitio, como si el intruso lo hubiera cogido antes de dejarlo, pero no exactamente donde lo había encontrado. Puse mala cara,

porque pensaba que había dejado *El cuento de la criada* en lo alto de la pila. Pero me equivoqué; iera *Fahrenheit 451*!

—¿El *Fahrenheit* del que hablaba Salinas?

—*Fahrenheit 451*, el libro del que hablaba Salinas —respondió Mitch—. El cierre de la librería estaba intacto, la alfombra no se había movido, la alarma no había saltado, pensé que había sido una rata que, al salir corriendo, había movido el libro. Pero no era así. Alguien me lo había robado —concluyó con voz temblorosa.

—Vale, vamos a calmarnos, bueno, sobre todo tú, y empecemos de cero. Si te han robado un libro, ¿cómo explicas que la puerta no estuviera forzada y que no saltara la alarma? ¿Alguien tenía la llave?

Mitch se dejó caer en una caja, con la cabeza entre las manos.

26. El misterio de la cámara frigorífica

El silencio de Mitch y su mirada inexpresiva manifestaban un malestar insuperable frente a una traición evidente y difícil de admitir. Anna le había convencido de que una bocanada de aire y una buena comida le devolverían la confianza. Ella había conseguido llevarlo hasta su restaurante, le había preparado un plato de orzo con espárragos —espárragos silvestres que había ido a buscar esa misma mañana al mercado, destinados a una nueva experiencia culinaria, una sopa de primavera con tofu—, pero, desde que se habían sentado a la mesa en el comedor, Mitch parecía incluso más abatido.

—Mitch —comenzó prudentemente Anna—, cualquiera diría que se te ha caído el cielo encima.

—Ya no sé ni dónde estoy. Tengo la sensación de que mi pasado se desvanece.

—¿Crees que terminarás por olvidarlo?

—No, pero quizá llegue el día en que deje de parecerme real.

—Sé exactamente lo que necesitas para cambiar de idea.

Anna sacó el cuaderno del bolsillo de su delantal, lo abrió por una página y se lo tendió a Mitch.

—Encontrarás todo lo que necesito en la cámara frigorífica, simplemente tienes que seguir lo que hay escrito; y tráemelo todo a la cocina, no te olvides de nada. ¿Es posible?

Mitch dijo que sí con la cabeza y se marchó al cobertizo.

—Acuérdate de cerrar la puerta cuando entres. ¡La temperatura tiene que permanecer constante! —gritó ella.

Anna soltó un suspiro de alivio. Necesitaba estar sola un instante.

No duró mucho su descanso. El inspector acababa de entrar en el restaurante y la miraba de una forma muy poco cordial.

—¿Cree en Dios? —le dijo con una arrogancia que en él parecía natural.

—No, pero a veces me gustaría creer en el infierno, para que algunos pudieran pasar en él la eternidad. Hay quien me reprocha ser demasiado optimista.

—Yo no voy nunca a la iglesia, pero hoy he revisado mi opinión sobre los misterios de la fe. He tenido derecho a mi pequeño milagro —dijo él frotándose las manos.

—Yo, por mi parte, tengo que elaborar el menú, contratar empleados y familiarizarme con el material. Así que, si me pudiera ahorrar sus citas de almanaque y decirme qué quiere, ganaríamos tiempo.

—No está mal este lugar —respondió el inspector—. Bonita decoración. No le falta gusto. Esperemos que tenga el mismo talento con los fogones. Sería prometedor. A menos que...

Se pasó la lengua por los dientes, como si quisiera sacarse una piel de cacahuete atrapada entre el colmillo y el incisivo. El ruido de la saliva era insoportable.

—Qué elegante, ¿quiere un palillo?

—Así que hizo sus prácticas en el Trois Cousins.

—Era camarera, no estudiante.

—¿Y después?

—Fui a formarme con un chef...

—A pesar de entenderse a la perfección con el que trabajaba —la interrumpió el inspector—. Me dieron a entender que...

—No hay que hacer caso a los chismes. No trabajaba en cocina, ya se lo he dicho; era camarera.

—Así que sí o sí tuvo que atender al inspector jefe Jabert. Por aquella época era un asiduo, un cliente habitual que tenía su propia mesa asignada.

—Servíamos trescientos cubiertos al día. Había muchos clientes habituales, como seguro que todavía seguirá pasando.

—Esperemos que sean menos los que mueran después de cenar allí. No deja de sorprender que, tan poco tiempo después de la muerte del pobre Jabert, usted se marchara a vivir a la otra punta del mundo, un viaje un poco precipitado...

Anna contuvo la respiración. Se había puesto del mismo tono verde que los espárragos silvestres.

—Y entonces va el fiscal Salinas y muere también envenenado —prosiguió el inspector—. Y el principal sospechoso es el amante de usted. Por supuesto, no es más que una inquietante coincidencia, pero, en vísperas de la apertura de su restaurante, dos personas de su entorno envenenadas, usted que habla de chismes, he aquí uno con el que no darían ganas de venir a probar sus platos —dijo, y apoyó la mano en el hombro de Anna.

—Vuelva a tocarme una sola vez más y se arrepentirá por mucho tiempo.

—¿Me va a envenenar a mí también? —preguntó el inspector metiéndose de nuevo las manos en los bolsillos.

Su arrogancia preocupaba cada vez más a Anna, que comenzaba a ver por dónde iba.

—Las circunstancias de la muerte del inspector jefe Jabert nunca se aclararon. Pero tal vez merezca la pena que me encargue yo de ello; al fin y al cabo, era un compañero. A no ser que... —repitió él.

Anna hizo como que no entendía.

—Todo el mundo puede equivocarse. Supongamos que no estaba en compañía de su amigo librero el día en el que asesinaron al fiscal; yo me olvidaría de todo lo que sé de usted. Consúltelo con la almohada... Le dejo hasta mañana para que se lo piense.

Lanzó una sonrisa ambiciosa y se marchó.

Mitch cerró lentamente la puerta de la cámara frigorífica, esperó unos segundos y la volvió a abrir.

—Creo que está todo —dijo apoyando una caja en la encimera.

Anna se volvió hacia él, haciendo un gran esfuerzo para no dejar traslucir la rabia que la invadía, una rabia que le era familiar y que le recordaba a cierta noche, a la salida de Trois Cousins. Se dirigió al

fregadero y se lavó las manos con ayuda del rascador de un estropajo, con tal saña que se lastimó los dedos.

—He leído tu receta; es increíble. ¿Por qué has esperado todo este tiempo para lanzarte? —dijo Mitch, y la rodeó con los brazos antes de confiscarle el estropajo.

Anna se puso rígida, se dio la vuelta, lo miró directamente a los ojos y le contó lo que nadie más que José sabía.

—Porque me violó un inspector de policía a la salida del trabajo y lo maté para vengarme; por eso mis proyectos van con retraso.

Mitch no encontró palabras para expresar el dolor que le supuso escuchar esa confidencia. Las lágrimas le empañaron los ojos, abrazó a Anna y el amor que le ofreció disipó todas las desilusiones y las desgracias.

—¿También mataste un poco a Salinas por venganza?

—Mitch, tenemos que encontrar urgentemente un culpable que nos exculpe.

*

Anna cerró el restaurante y llevó a Mitch a su casa. En esta ocasión, no era el caso de darle a probar una de sus nuevas recetas. Lo invitó a sentarse en el salón y se plantó delante de él, apoyada en una gran alacena, con las manos apoyadas en la repisa. Se lo quedó un buen rato mirando, escrutándolo, como si tratara de decidir de una vez por todas si su oreja derecha era más grande que la izquierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Mitch.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Estoy bien, tranquila.

—Mitch, no se te da nada bien mentir. Pensé que estábamos de acuerdo en ese punto. No me malinterpretes: es una cualidad que aprecio mucho, pero ha llegado el momento de que me digas la verdad. Cuando te pregunté cómo habían podido entrar en tu librería sin forzar la puerta y sin hacer saltar la alarma, casi te desmayas. No, te desmayaste... porque inmediatamente pensaste en alguien. Lo tenías escrito en la cara, en letras más grandes que el «1Q84» de

la portada de Murakami —dijo sacando el libro del cajón de la alacena.

—¿Lo has guardado todo este tiempo? —se sorprendió Mitch.

—Soy muy fiel en la amistad; bueno, soy muy fiel, sin más. ¿Y bien?

Mitch negó con la cabeza, aceptando su derrota.

—Le había entregado otro juego a la señora Ateltow, y ella conocía el código de la alarma. No sé por qué razón, pero no quería preparar sus presentaciones en casa. A veces venía durante mi pausa del almuerzo para ensayar en el sótano. Pero no ha podido ser ella.

—¿Y por qué no?

—Porque, cuando algo es demasiado horrible para que sea verdad, normalmente lo es —dijo tratando de no parecer más deprimido de lo que ya estaba.

—No quiero llevarte la contraria, pero creo que el refrán se aplica cuando algo es demasiado hermoso.

—Por lógica debería funcionar en ambos sentidos. Fue ella quien me animó a tener una visión más amplia. Cuando promulgaron la ley, yo solo había pensado en alquilar libros prohibidos en lugar de venderlos. ¡Mira tú qué espíritu de resistencia! Maldita sea, Anna, ella fue mi profesora de literatura, ¡y menuda profe! La literatura es su vida.

—Pero ¿no se pasó recientemente a la música?

—No tiene gracia.

—Bueno, yo lo he intentado. ¿Y no sería mejor hablarlo con ella directamente? —propuso con prudencia para no agobiarlo.

—Acusarla directamente —rectificó Mitch.

—Yo no he dicho eso, pero también puede verse así. Bueno, el tiempo corre y yo tengo que ponerme con mi receta. Dos por día, es el mínimo si quiero abrir a tiempo. Y tiempo es lo que más he perdido hoy... Tampoco es eso lo que quería decir —se corrigió—, sino que me faltan horas. Me vendría bien una mano.

Mitch arrastró su pierna hasta la cocina, se puso un delantal y esperó las indicaciones. Anna se quedó petrificada en el salón.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

Mitch se la quedó mirando sin un ápice de sonrisa.

—Quizá haya mencionado la idea de ponerme a cocinar —añadió ella con voz inocente.

—Quizá.

—Es simplemente para relajar el ambiente.

No era el caso. La verdad es que ella había querido ponerse a trabajar y cuando Mitch había aceptado ayudarla, sin pensar en que tenían cosas más urgentes de las que ocuparse que preparar una pastela, ella había entrado en razón por los dos.

—Te haces el remolón para no enfrentarte a tu antigua profe. Vayamos al menos a ver a su amante.

—¿A Verner?

—¿Es que tiene más de uno?

Mitch comprobó la hora en su reloj y se quitó el delantal.

—Sus clases terminan en media hora —dijo, y cogió las llaves de la camioneta.

*

Mitch y Anna salieron de casa para dirigirse al conservatorio de música. Pero, al llegar al aparcamiento, Mitch se fijó en que todas las plazas estaban libres. Pasó por la entrada de artistas: la sala estaba desierta. Escuchó un ruido detrás del escenario y condujo a Anna hacia los bastidores.

Verner estaba sentado en un sillón, llevaba puesto un batín y sostenía un vaso de *whisky* en la mano.

—Llega un poco tarde, qué pena. La velada ha sido un éxito —dijo el profesor, que parecía agotado.

—¿Grieg? —se aventuró Mitch.

—No, el concierto de los alumnos de primer ciclo. He mentido: ha sido un horror, pero los padres han hecho como que les gustaba. Tenga en cuenta que, después de Papá Noel y el Ratoncito Pérez, qué más les da otro cuento más para contentar a sus pequeños monstruos. ¿Qué le trae por aquí, a estas horas? —preguntó, y dirigió la mirada a Anna.

Como sabía lo mucho que le iba a costar a Mitch, Anna se le adelantó y le explicó la razón de su visita.

Verner la escuchó con gran atención, sin interrumpirla, ni siquiera cuando contó lo que había descubierto en el cuaderno de Salinas o de lo que Mitch se había enterado al acceder a los minutos de su juicio en el despacho del secretario judicial; ni cuando ella mencionó la denuncia, ni siquiera cuando citó el robo de la novela de Ray Bradbury para entregarlo a la justicia como prueba de cargo. Sin embargo, cuando evocó la puerta intacta de la librería y cómo la alarma no se había activado, el profesor se terminó su vaso de un trago, lo dejó rodar a sus pies y se levantó, con aire culpable, para enfrentarse a Mitch.

—Fui yo quien lo denunció.

—Pero ¿por qué, Verner? ¿Qué le había hecho yo?

—Nada en absoluto. No estaba en mis planes convertirme en un cabrón; ocurrió por accidente. De hecho, antes de unirme a su proyecto de lectura en el sótano, solía pensar que era un hombre más o menos decente. Qué sabrá usted de lo difícil que es hacerse viejo. Pero me reconocerá que no poder ignorar que vas a morir pronto es ya de por sí un problema. Con todo, puede ser aún peor: saber que has llevado una vida de gilipollas, créame, es horrible. Ay, y yo tuve que esperar a llegar a esta edad para darme cuenta. Ni siquiera los vanidosos ignoran su mediocridad. De hecho, me imagino que deben de ser perfectamente conscientes de ella. Así que imagínese que la vida le ofrece, por fin, hacer algo extraordinario, o que a los demás les parezca extraordinario, un paréntesis moral que le conceda los privilegios que nunca ha tenido, reconocimiento, importancia. Treinta años enseñando música y no siendo, al volver solo a casa, más que un impermeable gris en el metro. Treinta años para los domingos acabar hablando con los patos, sentado en un banco al borde de un lago. Me entregaron una medalla, me ofrecieron un sillón en la Academia y —levantó un dedo en el aire, con los ojos brillando de orgullo— un título *honoris causa* en música.

—¿Y eso qué es? —preguntó Mitch.

—No tengo ni puta idea, pero debe de ser algo muy prestigioso, porque después de aquello me invitaron a recepciones oficiales, a cenas elegantes donde, después de los discursos y de los brindis que se van sucediendo, no queda tiempo para conversar con el de al lado, un sueño. Incluso tuve un sillón asignado en la Ópera, por no hablar de una jubilación decente.

—¿Decente, en serio? —replicó Anna.

—Dejémonos de juegos de palabras. ¿Quiere que me disculpe por todos los problemas que le he ocasionado? Pues le presento mis disculpas, y las más sinceras del mundo.

Anna se levantó y se acercó a Verner, se inclinó tan cerca de su cara que por un momento él pensó que le iba a dar un bofetón. Se conformó con mirarlo fijamente, con observarlo con tal intensidad que cualquiera habría pensado que iba a meterse en sus pupilas.

Luego se volvió a incorporar y le dirigió una sonrisa socarrona que a Verner le pareció sorprendentemente seductora, vistas las circunstancias.

—Está mintiendo, Verner. Usted no hizo nada de todo eso —dijo ella.

El profesor soltó un largo suspiro, y tanto sus hombros como su soberbia se vinieron abajo.

—Tiene razón, jamás habría tenido el valor de hacer semejante vileza.

—¿Y a qué viene esa mentira? —preguntó Mitch.

—Para imaginarme por un instante cómo podría haber sido mi vida, con certezas, en la piel de un hombre que no fuera un usurpador. Sigo sin saber qué pude hacer para merecerme tales honores, y la ignorancia me quema la sangre. Al principio pensé que se habían equivocado de persona. Incluso llevé a cabo mis investigaciones para saber si tenía un homónimo, pero no era el caso. Aunque tiene todo el derecho a pensar que miento, todo lo que le he contado me ocurrió el año pasado.

—¿Y la idea de que le recompensaran por su trabajo no le parece de lo más lógica? —preguntó Mitch.

—No me tome el pelo; no está bien —respondió Verner.

Anna interrumpió su conversación.

—La señora Ateltow...

El profesor se giró, furioso.

—No tiene usted vergüenza, después de todo lo que ha hecho por ustedes, ¿piensan que ella ha podido denunciarles? Y no me refiero al hecho de que lo ayudara a organizar esas reuniones clandestinas, sino a todo lo que le enseñó cuando era...

—Querido Georges, es usted un hombre maravilloso, y sin duda el más caballeroso del mundo, pero puedo defenderme sola —soltó la señora Ateltow, que llevaba espiando la conversación desde el principio escondida en el camerino del director de orquesta, y que iba vestida igualmente con una bata.

Se arregló un poco el pelo y se acercó a Mitch.

—No, yo no le denuncié, y que lo haya pensado me duele en el alma. Sin embargo, tengo que reconocer que le mentí en una cosa: sí que sabía que le habían arrestado. Georges, por su parte, lo ignoraba, créame, nunca se lo dije, ni a él ni a nadie. Me callé, aterrada ante la idea de poder llegar a tener problemas con la justicia; en el fondo yo también era un poco cómplice. Mi hijo nunca me lo hubiera perdonado. Hubiera temido por su reputación, por su responsabilidad. Con tal de conservar la simpatía de sus socios, que en su mayoría eran del Gobierno, habría asegurado que si su madre se había involucrado en un asunto ilegal era porque había perdido completamente la cabeza. Me habría encerrado en un asilo. El único crimen que he cometido es hacer como que no sabía nada de lo que le había pasado. No me quedaba otra opción.

Mitch se encogió de hombros. No le apetecía lo más mínimo emitir ningún juicio. El chantaje que pesaba sobre Anna contaba más que cualquier otra cosa. El inspector le había dado esa noche para pensar. Y ya estaba todo pensado: mañana, al final del día, iría a la comisaría central y confesaría ser el autor de la muerte de Salinas.

27. Matar a un ruiseñor

Bien entrada la noche, Mitch se detuvo en el umbral de la puerta del baño, únicamente para ver cómo Anna se cepillaba los dientes. Ella se dio la vuelta y sonrió.

Los dos se hallaban sedientos de cariño en un mundo en el que ya no quedaba mucho de aquello. En el calor de las sábanas, Mitch, que comenzaba a descontar sus últimas horas, le confesó algo:

—A la hora de la comida, en el comedor de la cárcel, a veces les contaba historias a mis compañeros de infortunio. No teníamos libros, así que hacía memoria entre los recuerdos de aquellos que había leído. En mi cabeza reescribí *Las uvas de la ira* y *Dulce jueves*, *El conde de Montecristo* y algunas páginas de *Los miserables*. Steinbeck, Dumas y Hugo tuvieron que revolverse en sus tumbas. Me hacía gracia lo irónico de la situación, ya que todas estas obras figuraban en la lista de libros prohibidos, y yo los recitaba delante de los guardias, que no se daban cuenta de que me estaba saltando la ley delante de sus narices. Al menos, eso creía yo, hasta el día en que uno de ellos se me acercó durante el paseo y me pasó con disimulo una edición de bolsillo de *La peste*, de Albert Camus. Me murmuró: «No estoy de acuerdo; se han vuelto locos». Nunca más volví a intercambiar una palabra con él. ¿Se había arrepentido de su gesto, temiendo que pudiera delatarlo? Tal vez se hubiera forjado un vínculo de amistad en un momento de valentía, por breve que fuera. Leí tantas veces *La peste* que me aprendí la novela de memoria, línea por línea, palabra por palabra.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Y por qué ahora?

—Por nada —respondió Mitch, y apagó la luz.

Hay tantos modos de engañar al dolor, de olvidar los días sin futuro y de vivir únicamente de los recuerdos que se han vuelto inútiles...

Anna no tardó en quedarse dormida. A Mitch le hubiera gustado acariciarle la cara, acurrucarse contra ella. Se conformó con mirarla, inmóvil, como un hombre al borde de un precipicio temeroso del gesto que le haría caer.

*

A las tres de la mañana, Anna se levantó de puntillas. Bajó a la cocina, cogió su cuaderno y escribió lo que se le pasaba por la cabeza con letra nerviosa:

Fahrenheit 451

¿Por dónde ha entrado?

El testimonio anónimo.

Verner...

¿Por qué estaba el expediente de Mathilde en lo alto de una pila?

Mordisqueó el lápiz y levantó la vista, pensativa.

—Espera un segundo —murmuró.

Unos instantes más tarde, apartó la silla, fue al salón y abrió el armario. De rodillas en el suelo, buscó entre los estantes y sacó un viejo anuario que databa de antes de marcharse al Gran Norte.

Pasó las páginas, siguiendo con el dedo las líneas que le interesaban, y se le iluminó la cara.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido, tanto en su cabeza como en sus actos, aunque le llevaran sus dos buenas horas, después de dejar la casa por la puerta del jardín, antes de volver por la puerta principal para acostarse junto a Mitch, con los tobillos llenos de tierra, lo que traicionaba su escapada nocturna. Sin embargo, como al despertar Mitch solo pensaba en su rendición inminente, no le prestó ninguna atención, como tampoco a los zapatos embarrados que ella había dejado a los pies de la escalera.

Si hubiera sabido lo que Anna había hecho mientras él dormía, se habría culpado terriblemente por haber estado distraído.

*

—Vaya cara —le dijo Anna cuando la abrazó para despertarla.

—Y tú al revés, ¿qué te hace estar de tan buen humor?

—Con verte me es más que suficiente —respondió, y le dio un piquito—. Vístete, nos espera un largo día.

Cuando se disponía a bajar a la cocina, la cogió del brazo.

—Anna, dejémonos de tonterías. Sé lo del chantaje del inspector.

—Pues claro que lo sabes. Estabas escuchando detrás de la puerta de la cámara frigorífica. ¿No te he dicho que nos esperaba un largo día?

—Sí, ahora mismo.

—Entonces, ¿qué haces aquí perdiendo el tiempo en lugar de estar duchándote?

Incrédulo, Mitch atrapó al vuelo la toalla que ella le había lanzado y se fue a la ducha.

Cincuenta y tres minutos más tarde, se detuvo en doble fila delante de la librería y se estiró para abrir la puerta del pasajero, esperando impaciente a que bajara.

—Ah, y ven a verme al restaurante a las cinco en punto. Estoy segura de que él será puntual.

—¿Qué? —preguntó Mitch, con los dos pies en la acera y asomándose por la ventanilla.

—A las cinco entonces —repitió Anna.

—Pero...

—Sí, yo también te quiero, pero hasta luego.

—¿Hay alguna razón en particular que explique por qué estás tan rara?

—Todo el mundo es raro, ¿no te parece? Si tú te hubieras visto esta mañana cuando te has despertado.

—¿Eso es un sí? —preguntó Mitch.

—Nos vemos a las cinco —insistió Anna, e hizo crujir la caja de cambios.

Mitch siguió con la mirada la camioneta, que subió por el bulevar, preguntándose qué demonios le pasaba a Anna. Saber qué le estaba sucediendo era lo más difícil de mundo, incluso para él, sobre todo, para él...

*

A las cinco, Mitch entró en el restaurante. Por primera vez, todas las mesas estaban puestas y, si la cocina no hubiera estado tan tranquila, habría podido pensar que había llegado la tarde de la apertura.

—¿Y bien? —preguntó ella al ver la reacción de Mitch, con los dedos enredados en la cinta del delantal como cada vez que estaba muy nerviosa.

—Pues... lo has logrado —respondió, con la cabeza en otra parte.

—A mí también me lo parece —convino Anna—. Mesa 4 —ordenó, y apuntó con el dedo la mesa que le había asignado.

Mitch se dirigió allí, listo para probar un plato sin el más mínimo apetito. Anna se sentó enfrente de él, con los codos en la mesa, miró el reloj, sin decir ni mu, y empezó a tamborilear en el mantel. Seis minutos después, un coche negro se detuvo delante del restaurante.

—Pues me equivoqué: llega tarde —dijo; acto seguido, se levantó.

*

El inspector empujó la puerta del restaurante y se dirigió hacia Anna. Ella estaba de pie frente a él, erguida y orgullosa, con la mirada cargada de valentía.

—Yo estaba con Mitch la noche que murió el fiscal —exclamó—. Puede difundir todos los rumores que desee e investigar lo que quiera; no cambiaré mi testimonio.

El inspector la ignoró olímpicamente, pasó por delante de ella y fue a sentarse a la mesa 4, al lado de Mitch.

—Le debo una excusa. Hemos detenido al culpable esta tarde.

*

Si hay investigaciones que requieren meses para resolverse, está estuvo lista en el día. «Y qué día», añadió el inspector, que había cambiado radicalmente de actitud, y asentía con la cabeza con la regularidad de un metrónomo.

—Esta mañana dejaron una carta en comisaría. Por lo general, no solemos prestar atención a las denuncias anónimas —explicó.

—¿En serio? —le cortó Mitch.

El inspector tosió y prosiguió, incluso más incómodo que al llegar.

—Contenía una indicación lo bastante precisa como para presentarme directamente en el despacho del juez y obtener una orden de registro inmediata.

—¿Qué indicación? —preguntó con prudencia Anna, y se sentó entre ambos.

—Tenía que ver con la persona que, al día siguiente de la muerte de Salinas, me había puesto sobre su pista —respondió mirando a Mitch—. Descubrimos el arma del crimen en su casa, oculta bajo un arbusto del jardincito que bordea su mansión. La tierra aún estaba fresca.

—¿Un arma? Pensaba que Salinas había sido envenenado —retomó Anna.

—Se trata de un estuche en piel, cerrado con un cordón de cuero, en cuyo interior encontramos dos viales y una pipeta. Bastó una hora de laboratorio para identificar la naturaleza del veneno: la decocción de una seta especialmente tóxica. Al parecer, seis veces más potente que la *Amanita phalloides*.

—Yo me niego a cocinarlas —afirmó Anna—: las setas son demasiado peligrosas. Nunca sabes lo que puede venir en la caja que te traen del mercado.

—No fue en un plato donde Salinas ingirió el veneno, sino en un vaso de oporto.

—¿Quién es el asesino? —preguntó Mitch con voz poco convencida.

—Las estadísticas son claras: en el setenta por ciento de los casos, el asesino es del entorno de la víctima. Sencillamente, su vecino (un

banquero).

—¿Mató a Salinas por un problema entre vecinos? —preguntó Anna.

—En este asunto, la pregunta no es por qué, sino por quién —respondió el inspector, derrotado.

Se volvió hacia Mitch, y estuvo a punto de darle unas palmaditas en la mano, de lo mucho que lo sentía.

—Usted fue víctima de un complot que comenzó hace mucho tiempo. Los hijos únicos pueden comportarse de manera excesiva con sus madres; no se puede generalizar, pero a veces ocurre. Y así fue en este caso. Él ejercía un poder malsano sobre su madre. Los hechos se remontan a cinco años atrás. Una noche, Rony sorprende a su madre volviendo tarde a casa. Ella le confiesa que vuelve de un club de lectura al que se ha apuntado. Otra noche, Rony la sigue hasta una librería, la suya, en concreto. Usted se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Ella entra en su tienda acompañada de un centenar de estudiantes. Pero cuando Rony se acerca al escaparate, las luces se apagan y no puede ver a nadie entre los travesaños del cierre metálico. Se esconde. Dos horas más tarde, la señora Ateltow vuelve a salir del brazo de un hombre, lo cual no le gusta nada a su hijo. Al día siguiente, él la interroga, ella se rebela y le confiesa que nunca amó al padre de Rony. Habría hecho mejor en evitarle semejante revelación. Loco de rabia e incapaz de hacerla entrar en razón, Rony decide poner fin a la relación de su madre. No vio más que una forma de alcanzar sus fines: acabando con el club de lectura. Al parecer, la señora Ateltow era una íntima conocida suya, ya que su hijo encontró en casa de su madre las llaves de su librería y el código de la alarma, que había apuntado en el llavero. Muy imprudente, por cierto. Pero el problema no era ese. Bueno, sí, también, ya que una noche Rony se cuela en su librería, roba un libro prohibido por las leyes en vigor de aquella época y se lo entrega a su vecino, un poderoso fiscal que se va a ocupar del caso. Y ya conoce lo que viene después: su arresto y su condena.

Mitch encajó el golpe lo mejor que pudo. Hubo un intercambio de miradas con Anna, que le sonrió llena de ternura.

—¿Y por qué motivo Rony mató a Salinas, tanto tiempo después?
—preguntó Mitch.

—Siempre por usted.

—¿Por mí?

—Sí. Si quiere puede llamarlo obsesión. Rony Ateltow se entera de su liberación al verlo espiar al fiscal delante de su domicilio. Que usted rondara bajo su ventana le preocupa mucho. Y lo que le preocupa aún más es encontrar en el cuaderno de su madre el día y la hora de una cita romántica que va a tener lugar en su librería. Hace una visita al fiscal y le pide que lo meta a usted entre rejas. Salinas lo manda a paseo: él no tiene nada contra usted y los tiempos han cambiado. Entonces Rony decide tomarse la justicia por su mano y envenena a su vecino, a sus ojos, culpable de no devolverle el favor. En fin, eso es lo que suponemos. Una vez llevado a cabo su plan, llama a la policía al día siguiente y le denuncia a usted. Siendo un exconvicto que ronda por la calle particular de la víctima, sin la coartada de la señora —dice volviéndose hacia Anna—, usted no tenía ninguna posibilidad de salir de semejante marrón.

—¿Qué quiere decir que eso es lo que suponen? —intervino Anna.

—Rony ha reconocido todo lo concerniente a las reiteradas denuncias, pero se empeña en negar que a Salinas lo asesinó él. Con el arma del crimen enterrada en su jardín, ahora es él quien no tiene ninguna posibilidad.

El inspector se levantó, tiró de las mangas de su chaqueta para cubrir sus bonitos gemelos y se dirigió a la puerta. Justo antes de salir, se dio la vuelta, contempló la sala y le prometió a Anna que alguna noche volvería para probar su comida. Luego les deseó buena suerte y se subió de nuevo a su coche.

28. El arte de cocinar setas

Durante los ocho días siguientes, Mitch y Anna no dijeron ni una palabra sobre la visita del inspector. Anna estaba ocupada poniendo en marcha su restaurante. Había contratado a un pinche de cocina y a una camarera, a los que entrenaba cada noche en un comedor cuyo único cliente era Mitch, al que habían ascendido a conejillo de Indias oficial.

El noveno día, al finalizar el turno, mientras ayudaba al pinche a secar los platos, se reunió con Anna en la cámara frigorífica. Ella estaba de puntillas, sosteniendo en la cabeza una caja de tomates en un equilibrio precario.

—¿Cómo has logrado esta proeza? —preguntó cogiéndole la caja.

—¿Mi gazpacho? Me ha salido mal.

—Anna, por favor.

—¿Lo de Rony? —preguntó ingenuamente—. Gracias a Verner.

—¿Verner?

—¿No te preguntaste por qué había confesado de manera tan espontánea, para inmediatamente después retractarse?

—Supongo que él tampoco sabe mentir.

—Pues supones mal. Es un mentiroso profesional; y me reconocerás que tampoco tuve que presionarle tanto. No obstante, lo que más me sorprendió fue ver lo aliviado que se sentía por haberse contradicho, demasiado aliviado, como si su numerito hubiera sido ideado únicamente para darnos una pista. En realidad, debería decir el numerito de ambos, ya que la señora Ateltow

también participó cuando, al excusarse por haberte mentido, nos contó su historia. Ella sospechaba lo que Rony te había hecho por su culpa; mejor dicho, lo sabía. Y, si quieres saber mi opinión, se lo había contado a Verner. Una madre no puede renunciar a su hijo, ni tampoco al hombre que ama, al menos, no directamente. Pero, si alguien que no fuera ellos podía solucionar el problema, todos tan contentos...

—¿Cómo hizo Rony para preparar el veneno?

—¿El arte de cocinar setas? Tuvo que aprenderlo en algún libro —respondió Anna sonriendo con una inmensa sonrisa—. ¿En verdad es el responsable de la muerte de Salinas? Puede que sí y puede que no; pero culpable de haberte mandado cinco años a la cárcel, de haber querido que volvieras a ingresar para pasar allí el resto de tu vida, y de haber envenenado la vida de su madre, eso, seguro. La justicia seguirá su curso. Y ahora, si podemos hablar de otra cosa... Me apetece tanto hacerte el amor.

*

Unos días más tarde, Mitch se decidió a hacer lo último que le quedaba para sentirse totalmente liberado de su pasado. Una noche, antes de quedar con Anna, dio un gran rodeo y se acercó a una farmacia que había en el norte de la ciudad.

Mathilde había cambiado: sus rasgos se habían vuelto más duros, tenía el rostro demacrado, y la indolencia que la caracterizaba había desaparecido. Cuando lo vio entrar, le pidió con voz glacial que esperara en la acera, y él esperó sus buenos diez minutos antes de que ella saliera.

—¿Qué haces aquí, Mitch?

—He venido a hablar contigo.

—¿De qué? Tienes cara de hombre enamorado y, lo que es peor, de ser muy feliz.

—Así es.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, después de tanto tiempo? ¿Anunciarme que te vas a casar? Me da igual.

—¿Por qué no viniste el día del juicio o tan solo una vez a visitarme a la cárcel?

—¿Y tú, viniste acaso a verme cuando yo estaba en la cárcel? Me tiré seis meses en prisión preventiva.

—¿Por mi culpa?

—No, por tu culpa no. No eres el centro del universo. Si de verdad quieres que hablemos de los viejos tiempos, tengo algo que decirte.

Se sentó en el asiento de su moto, que estaba aparcada delante de la farmacia, y se encendió un cigarrillo. Dio una larga calada antes de contarle a Mitch que los estudiantes que habían participado en la librería de los libros perdidos habían seguido con el movimiento que ellos habían iniciado.

—Gracias a dos imprentas que simpatizaban con la causa, recuperamos un fondo entero de libros censurados. Los hicimos circular por todas las universidades. Había tantos que la pasma no podía hacer nada, salvo alguna que otra redada de vez en cuando. Los libros que confiscaban eran inmediatamente sustituidos por otros; las fotocopadoras echaban humo. Los encuadernábamos nosotros mismos. Y fue entonces cuando me arrestaron. Como ves, tú no tuviste nada que ver, o casi nada. El periodo que pasé entre rejas no cambió las cosas, lo que demuestra que nadie es irremplazable. Las filas no pararon de crecer, los estudiantes se pusieron las pilas. Por la noche, dejaban libros por toda la ciudad, incluso en los bancos de los barrios pijos. En la portada aparecía escrito en grandes letras negras: PROHIBIDO POR VUESTRO GOBIERNO. La gente comenzó a indignarse por el hecho de que se prohibieran tantos libros, y se dieron cuenta de todas las libertades que les habían sido confiscadas. Cada vez se iban uniendo más personas al movimiento: mujeres que se negaban a que los hombres se otorgaran el derecho de decidir sobre su cuerpo y prohibieran el aborto, comunidades, minorías acosadas por las autoridades... Y, entonces, un día, el gobernador cayó. Ya ves, Mitch, toda esa energía surgió de tu librería. Bastó con unos cuantos libros para encender la mecha. Libros que se convirtieron en chispas de libertad, gracias a los cuales la gente se dio cuenta de que eran más

iguales que enemigos, que vivían las mismas alegrías y las mismas penas, que tenían los mismos sueños. Nunca he estado enamorada de ti —declaró Mathilde con los dedos cruzados detrás de la espalda—, pero no me arrepiento de haberte conocido. Espero que seas feliz con ella por mucho tiempo.

Y así fue.

29. *La librería de los libros prohibidos*

Un año después

Desde que abrió su restaurante, Anna trabaja como nunca y su comedor siempre está lleno.

Mitch ha ampliado su librería, que ahora acoge en el sótano las reuniones del club de lectura que dirige la señora Ateltow. Cada semana invita a autores y autoras cuyos libros fueron censurados en el pasado. La señora Ateltow vive en pareja con Verner, también se ha aficionado al tango y visita una vez por semana a su hijo en la cárcel.

Cada martes, a las once en punto, la señora Bergol aparece por la librería y elige ella misma su lectura semanal.

Un martes de otoño llegó unos minutos tarde.

—¿Está bien el libro ese del escaparate? —preguntó a modo de saludo.

—¿Cuál? —preguntó Mitch, que esperaba ansiosamente su visita.

—*La librería de los libros prohibidos*. He visto a gente leyéndolo en el autobús. Hasta mi vecina está enganchada. ¿De qué va?

—¡Ah! —respondió Mitch—. Es la historia de un hombre y de la mujer a la que ama, que encuentran la manera de vengarse de alguien que le había condenado (al hombre) injustamente.

—¿Cómo?

—Haciendo que a su vez lo condenen por un crimen que sí que había cometido un poco.

—¿Un poco?

—Sí, un poco... Es una larga historia. Se lo recomiendo encarecidamente.

La Ley HB 1467

La Ley HB 1467 no es una invención

Firmada por el gobernador de Florida el 25 de marzo de 2022, permite a todo residente del Estado ordenar la retirada de libros de programas educativos, así como de bibliotecas escolares y públicas accesibles a menores.

A lo largo del primer semestre del año escolar 2022-2023 fueron prohibidos 1477 libros; es decir, más de 100 títulos al mes se han vuelto inaccesibles para los estudiantes.

Y la Ley HB 1467 ha sido implantada por otros estados dirigidos por republicanos conservadores. En Texas, Florida, Misuri, Utah, Carolina del Sur, y la lista sigue creciendo. Los censores criban de manera abrumadora las novelas y documentos creados por escritores y escritoras de color, o pertenecientes a la comunidad LGTBQ+, así como las obras que abordan el racismo o las cuestiones de identidad.

En la actualidad, numerosos títulos han sido retirados siguiendo el principio de precaución para poder investigarlos más a fondo. Se trata de un truco empleado por los censores para dilatar el alcance de su acción.

Se prohíben de manera «preventiva» las novelas que retratan la violencia, especialmente la violencia de género, el abuso de poder; así como aquellas que tratan temas de salud relacionados con el cuerpo, el bienestar, la muerte y el duelo.

Una legislación voluntariamente vaga obliga a las escuelas, institutos y bibliotecas a retirar un gran número de obras para no correr ningún riesgo jurídico.

Por medio de sus maniobras, los censores no dejan de ganar terreno. A lo largo del año escolar 2021-2022, se organizaron grupos de padres de alumnos religiosos o caracterizados por su conservadurismo, que ejercieron presión para que los centros escolares y bibliotecas se vieran obligados a retirar libros sin ni siquiera poder leerlos. Esta tendencia continuó durante el año escolar 2022-2023, favorecida por la legislación de algunos estados.

Los centros escolares y las bibliotecas deben enfrentarse de este modo a nuevas leyes que dictan qué tipo de libros están autorizados en las escuelas, y el procedimiento que deben seguir los centros que quieran añadir nuevas obras a sus colecciones.

Cada vez más libros son considerados como «pornográficos» o «indecentes». Y centenares han sido prohibidos bajo el pretexto de que contenían, a veces en unas pocas líneas, un propósito calificado de sexual.

Esta fórmula se ha convertido en un argumento extremadamente eficaz para los activistas y políticos conservadores, para poder justificar la retirada de libros que, sin embargo, no se corresponden en absoluto con las definiciones legales y habituales de «pornografía».

La retórica relativa a la «pornografía en las escuelas» se ha utilizado igualmente para justificar la introducción de nuevas leyes o proyectos de ley, algunas de las cuales pretenden prohibir todos aquellos libros que mencionan el cuerpo o la desnudez, entre ellos gran cantidad de obras relacionadas con la salud. Un libro de anatomía que represente el cuerpo humano desnudo se considera pornográfico.

El efecto de estas acciones supera lo que han contabilizado las asociaciones de defensa de los libros, ya que ahora los conservadores imponen prohibiciones preventivas llamadas «de masa», restringiendo el acceso a una cantidad incalculable de obras en aulas y bibliotecas escolares.

Muchos estados han promulgado dichas intervenciones de masa. Se han suspendido cursos, y bibliotecas escolares han sido cerradas o vaciadas de libros, de manera permanente o temporal.

Bibliotecas públicas se han visto obligadas a negar el acceso a lectores y lectoras menores de dieciocho años.

Los profesores y los bibliotecarios de varios estados son ahora objeto de presión y son amenazados con sanciones legales.

Algunos libros de culto prohibidos

To Kill a Mockingbird, Harper Lee.

Matar a un ruiseñor, HarperCollins, 2015.

Cuestionado por su registro lingüístico y por la manera de abordar temas raciales.

The Hate U Give, Angie Thomas.

El odio que das, Gran Travesía, 2017.

Cuestionado por su registro lingüístico, y las escenas de consumo de drogas, violencia policial y racismo.

1984, George Orwell.

1984, Penguin Clásicos, 2024.

Cuestionado por la manera de abordar temas sociopolíticos que pueden ser considerados controvertidos.

The bluest eye, Toni Morrison.

Ojos azules, Debolsillo, 2024.

Cuestionado por su contenido explícito en materia de racismo y de incesto.

The Catcher in the Rye, J. D. Salinger.

El guardián entre el centeno, Alianza Editorial, 2020.

Cuestionado por su lenguaje coloquial, véase grosero, y por las escenas de desobediencia y malestar.

Journal, Anne Frank.

Diario, Punto de Lectura, 2025.

Prohibido por su contenido violento.

Of Mice and Men, John Steinbeck.

De ratones y hombres, Edhasa, 2019.

A menudo prohibido por su registro lingüístico, los insultos racistas y la representación de la discapacidad mental y de la eutanasia.

Gender Queer: A Memoir, Maia Kobabe.

Género Queer. Una autobiografía, Astronave, 2019.

Cuestionado y prohibido por las escenas LGTBI+ y por sus ilustraciones explícitas.

Beloved, Toni Morrison.

Beloved, Lumen, 2021.

Prohibido por las escenas violentas y por su contenido sexual.

Me and Earl and the Dying Girl, Jesse Andrews.

Prohibido por falta de decoro y su contenido sexual.

All American Boys, Jason Reynolds.

Cuestionado por las escenas de brutalidad policial y conflictos raciales.

I Know Why the Caged Bird Sings, Maya Angelou.

Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado, Libros del Asteroide, 2016.

Prohibido por las escenas de violación y racismo.

Speak, Laurie Halse Anderson.

Cuéntalo, Ediciones La Cúpula, 2018.

Prohibido por la manera en que evoca la violación.

The Perks of Being a Wallflower, Stephen Chbosky.

Las ventajas de ser un marginado, Alfaguara, 2012.

Prohibido por las escenas de consumo de drogas, sexo y maltrato.

Brave New World, Aldous Huxley.

Un mundo feliz, Punto de Lectura, 2022.

Prohibido por las escenas de control distópico y de uso de drogas para controlar a la sociedad.

A Clockwork Orange, Anthony Burgess.

La naranja mecánica, Minotauro, 2023.

Prohibido por su contenido violento y su registro lingüístico.

The Color Purple, Alice Walker.

El color púrpura, Punto de Lectura, 2024.

Prohibido por su contenido sexual y las escenas de violencia.

Looking for Alaska, John Green.

Buscando a Alaska, Punto de Lectura, 2016.

Prohibido por su contenido sexual y el lenguaje ofensivo.

Drama, Raina Telgemeier.

Drama, Maeva, 2024.

Prohibido por su contenido LGBTI+.

Something Happened in Our Town, Marianne Celano, Marietta Collins y Ann Hazzard.

Algo pasa en mi ciudad: un relato sobre la injusticia y el racismo, Fineo, 2020.

Prohibido en algunas regiones por las escenas de tiroteos policiales y de injusticia racial.

Lord of the Flies, William Golding.

El señor de las moscas, Alianza Editorial, 2024.

A menudo prohibido por las escenas de violencia y la representación de la naturaleza humana desde una perspectiva negativa.

Entre los autores y los libros citados, varios de ellos se distinguen por su renombre o por el importante papel que han desempeñado en la historia de la literatura:

Toni Morrison, ganadora del Premio Nobel de Literatura. Sus libros *Beloved* y *The Bluest Eye* son estudiados y alabados por su profundidad en la manera de abordar la experiencia afroamericana y su gran calidad literaria.

John Green, autor del libro *Looking for Alaska*, recibió numerosos elogios y se ha convertido en uno de los clásicos de la literatura *crossover*.

Thirteen Reasons Why, de **Jay Asher** (en español, *Por trece razones*, Nube de Tinta, 2017), alcanzó un éxito considerable, en parte, gracias a la adaptación de Netflix. El libro aborda temas tan serios como el suicidio y el acoso, y suscita importantes discusiones y controversias.

The Hate U Give, de **Angie Thomas**, ha impactado por su temática centrada en cuestiones de raza y de violencia policial. Ha cosechado un gran éxito de crítica y público, y ha sido adaptada satisfactoriamente al cine.

The Kite Runner, de **Khaled Hosseini** (traducido al español como *Cometas en el cielo*, Salamandra, 2005), es una novela mundialmente conocida por su retrato de la amistad en el contexto convulso de un Afganistán en pleno cambio.

Estos autores y sus obras son reconocidos no solo por su capacidad narrativa, sino también por sus aptitudes a la hora de abordar problemas sociopolíticos y humanos complejos que ciertos colectivos consideran inapropiados para los ambientes educativos, y especialmente para los lectores más jóvenes.

Podéis encontrar aquí la lista de todas las obras prohibidas, así como mucha más información sobre la ley HB 1467.



<https://pen.org/report/banned-in-the-usa-state-laws-supercharge-book-suppression-in-schools/>

Agradecimientos

A

Mis padres

Pauline, Louis, Georges y Cléa

Mi hermana Lorraine

Susanna Lea, Léonard Anthony

Antoine Caro, Marie Dubois, Marie-Odile Mauchamp

Elsa de Saignes, Miguel Courtois

Sophie Charnavel, Catherine Lucet

Céline Poiteaux, Solveig de Plunkett, Caroline Babulle

Catherine Lauprêtre, Joël Renaudat, Céline Ducournau,

todos los equipos de Éditions Robert Laffont

Marie-Ève Provost y Pauline Normand,

Sébastien Canot, Charlotte Lefèvre, Cécile Chertok

Mark Kessler, Carole Delmon, Agnès Arnaut

Neyla Downs, Lauren Wendelken

Thérèse Coen, Una McKeown

Sarah Altenloh

Alexis Bruchon

Liza Faja, Julie Montet, Axelle Gaulupeau



La sinfonía de los monstruos

Levy, Marc

9788410640764

368

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

«Veronika es de esas mujeres que no se rinden ni en los peores momentos. Una no elige ser enfermera si acepta la derrota... Ha domesticado su soledad. Pero domar el miedo es otra cosa».

Una noche, al volver a casa, Veronika descubre que su hijo de nueve años ha desaparecido. Desamparadas, ella y su hija adolescente Lilya tratan de entender dónde se han llevado a Valentyn. Moverán cielo y tierra hasta dar con el paradero del niño, la una animada por su temeridad adolescente y la otra por su determinación de madre.

Pero el enemigo acecha, y Lilya y Veronika no podrán fiarse de nadie... o casi. Juntas tratarán de desbaratar «La Sinfonía de los Monstruos», un proyecto mucho más terrorífico que la ficción. A lo largo de una aventura poblada de personajes inolvidables, una madre y una hija aprenderán de nuevo a conocerse y a quererse.

A través de un poderoso estilo literario, Marc Levy nos ofrece una novela magistral: una gran aventura humana en pleno corazón de la tumultuosa historia que se está narrando hoy día ante nuestros ojos.

Esta novela está inspirada en hechos reales. La estimación conservadora del número de niños ucranianos secuestrados desde la invasión a gran escala de Ucrania es actualmente de 20 000.

Desde hace más de veinte años, Marc Levy es el escritor francés más leído en el mundo:

«Simplemente mágico». ***New York Post***

«Una aventura llena de suspense alrededor del mundo...

Apasionante». ***La Stampa***

«Las novelas de Levy son cautivadoras. El lector queda completamente prendado». ***Bild am Sonntag***

«Las novelas de Marc Levy son entretenidas y magníficas». ***La Vanguardia***

«Los grandes escritores logran crear excelentes historias a partir de

la vida cotidiana, de experiencias y sentimientos del día a día que resultan tan difíciles de explicar. Marc Levy es realmente un gran escritor». ***Beijing Youth Daily***

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



La metamorfosis infinita

Pen, Paul

9788491397540

304

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Se llama Alegría. Tiene diecinueve años y toda la vida por delante. Esta noche ha quedado para salir con sus compañeras de academia. Se viste frente al espejo con la camiseta extragrande que deja al descubierto su hombro, mostrando el tatuaje de su mariposa favorita. En la cocina, se despide de su madre. Viven solas en un apartamento de la periferia, el primer hogar que han logrado construir tras un pasado marcado por la violencia. Ahora, después de muchos años, por fin están en paz. Lo que ninguna de las dos sabe es que el beso con el que se despiden en la cocina es el último que van a darse.

Volviendo a casa de madrugada, Alegría se encuentra con un grupo de hombres en un callejón. Un supuesto coqueteo escala hasta la agresión. En el hospital, la madre de Alegría tan solo llega a tiempo de escuchar el sonido más terrible al que puede enfrentarse una madre: el último latido del corazón de su hija.

La muerte de Alegría sacude a un país indignado con el asesinato de otra mujer. Masivas manifestaciones piden una pena ejemplar para los Descamisados, apodo con el que la prensa ha bautizado al grupo de agresores. Pero el juicio culmina con una injusta sentencia.

Esta vez, la madre de Alegría no va a agachar la cabeza frente a la violencia. Otra vez no. Sola, planea una venganza contra los asesinos, inspirada en el fenómeno natural que tanto fascinaba a su hija: la metamorfosis de las mariposas. Para llevarla a cabo, necesitará ayuda. Y la encontrará en un grupo de desconocidos con los que mantiene un vínculo tan inesperado como asombroso.

Paul Pen cuenta en su quinta novela la historia más desgarradora de toda su bibliografía. Sin dejar de lado la tensión habitual en sus tramas, el autor profundiza en el retrato emocional de unos personajes que conquistarán el corazón del lector para después destrozarlo. Y volver a reconstruirlo. Quienes hayan leído a Paul Pen volverán a experimentar en *La metamorfosis infinita* el duradero impacto emocional que provocan sus historias. Quienes lo lean por primera vez descubrirán la absorbente voz y el peculiar universo de un autor español de éxito internacional cuya trayectoria empieza a rebelarse contras las etiquetas.

"Una historia de amor y venganza protagonizada por una madre coraje inmensa."

Alejandro Palomas

"Esta historia te atrapa desde su cautivador arranque y no te suelta hasta su trepidante final".

Sónsoles Ónega

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El último secreto

Frech, Steve

9788410641518

288

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

¿Hasta dónde llegarías para proteger a tu familia?

Mark Burcham y su esposa Amy tienen la vida perfecta: un matrimonio feliz, una buena casa en Los Ángeles y una hija preciosa, Tatum. Pero una noche Amy no regresa a casa de un viaje de

negocios en Boston, y en su oficina no tienen constancia de que haya un cliente en la Costa Este.

Entonces, Mark recibe la peor de las noticias: han encontrado el cadáver de Amy. Pero nada tiene sentido. ¿Por qué seguía Amy en la ciudad, si él la había despedido en el aeropuerto unos días antes? ¿Quién es el misterioso cliente con el que se había estado reuniendo durante meses? Solo hay algo que Mark sabe con certeza: su mujer guardaba secretos.

A medida que indaga en la vida que Amy quiso mantener oculta, Mark se da cuenta de que alguien intenta detenerlo, alguien que vigila cada uno de sus movimientos. Sin embargo, no se frenará ante nada para mantener a su familia a salvo, sobre todo cuando amenazan a Tatum para evitar que descubra la verdad.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra

9788410021242

288

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antiinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del

futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



El coleccionista de historias

Woods, Evie

9788419809667

352

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

De la mano de la autora del gran éxito de ventas *La librería perdida*, llega una novela sugestiva, encantadora y repleta de secretos y misterios.

En un tranquilo pueblo de Irlanda, un misterioso mito local está a punto de cambiarlo todo...

Hace cien años, Anna, una joven campesina, se presta voluntaria para traducir historias de hadas del gaélico al inglés a un fascinante norteamericano que se encuentra visitando la zona. Pero no todo es lo que parece, y, muy pronto, Anna se ve envuelta en el corazón de un misterio que amenazará su forma de vida.

En el Nueva York actual, Sarah Harper embarca en un avión con destino a la costa oeste de Irlanda. Una vez allí, descubre que ha desenterrado secretos oscuros, secretos que se sitúan en la fina línea que separa lo cotidiano de lo sobrenatural, lo visible de lo invisible.

Con un gusto definido por lo mágico de la vida cotidiana, la última novela de Evie Woods está repleta de personajes comunes con historias extraordinarias que contar.

Los lectores se han enamorado de *El coleccionista de historias*:

«Si te gusta la ficción histórica y quieres aprender más sobre Irlanda y la historia de su folklora relacionado con las hadas, te recomiendo encarecidamente este libro».

«Romántico y mágico, una aventura para disfrutar».

«Bellamente pintada».

«Una historia cautivadora que guardaré como un tesoro».

«Un tesoro místico que rememora el poder del mundo de las hadas en Irlanda. Una historia fascinante narrada en dos líneas temporales distintas, donde el pasado se despliega y se extiende como una ola hacia el futuro».

«El libro perfecto para leer una tarde de invierno delante de la chimenea».

«Un delicioso relato sobre el amor, la pérdida y las historias mágicas».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)